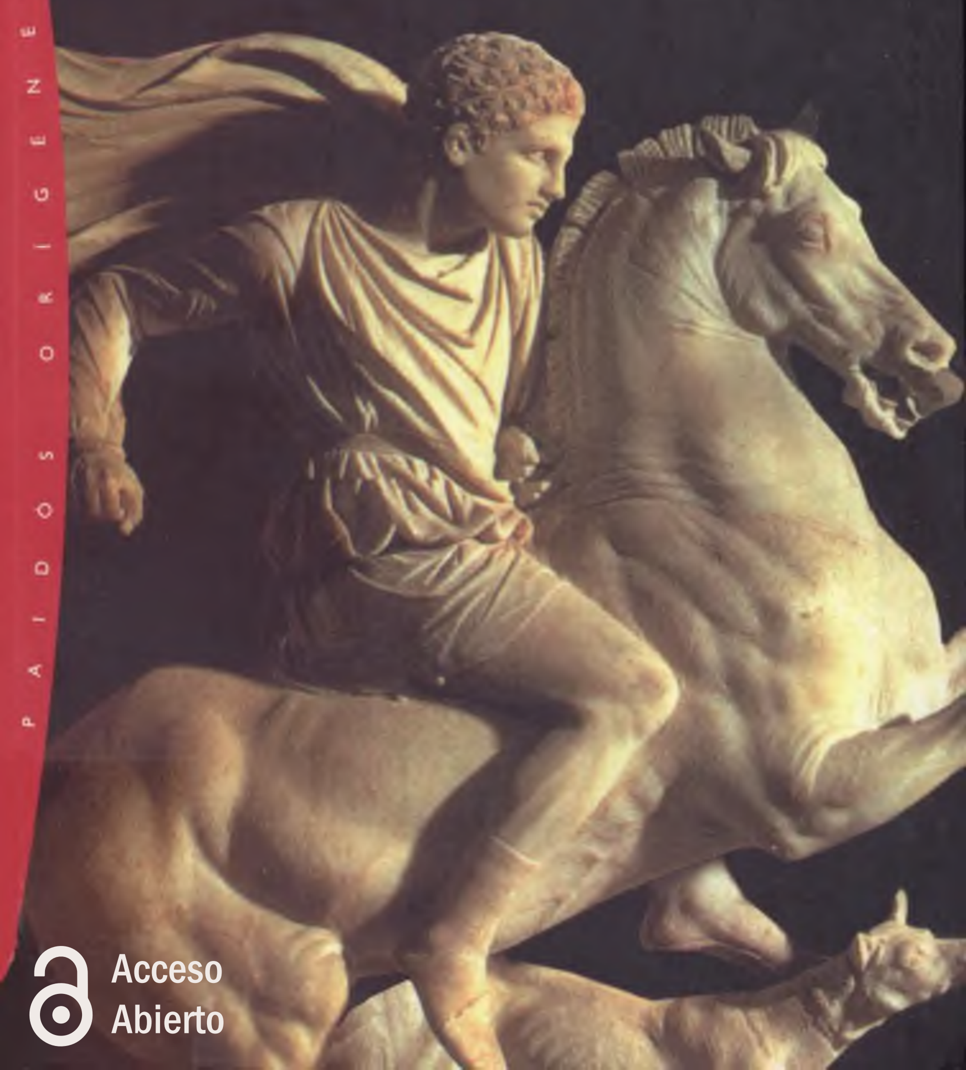
EL MUNDO HELENÍSTICO

PIERRE LÉVÊQUE

PAIDOS ORIGENES



Pierre Lévêque (1921-2004) fue profesor en las universidades de Lyon, Montpellier y Besançon. Fundador de la revista *Dialogues d'Histoire Ancienne*, es también autor, entre otros muchos libros, de *L'Aventure Grecque*, *Les Grandes divinités de la Grèce*, *La Naissance de la Grèce*, *Bestias, dioses y hombres: el imaginario de las primeras religiones* o *Las primeras civilizaciones*.



La «gesta» de Alejandro extendió la civilización griega hasta los límites del mundo entonces conocido. Desde Alejandro hasta Augusto, el período helenístico abarca tres siglos. Lejos de ser una época de decadencia, incluso de transición, la civilización helenística, particularmente creativa, constituye un todo de cuyas riquezas tenemos noticia gracias a las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo incluso en la India.

El presente volumen explica esta historia apasionante con gran dinamismo narrativo y exquisita erudición. Y el resultado es una fascinante galería de retratos que logra dar vida a toda una época.

PAIDOS ORIGENES

www.paidos.com



PIERRE LÉVÊQUE

EL MUNDO HELENÍSTICO



PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

PAIDÓS ORÍGENES

Últimos títulos publicados:

14. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, II*
15. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, III*
16. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, IV*
17. S. Whitfield, *La vida en la ruta de la seda*
18. J. Freely, *En el serrallo*
19. J. Larner, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*
20. B. D. Ehrman, *Jesús, el profeta judío apocalíptico*
21. J. Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*
22. L.-J. Calvet, *Historia de la escritura*
23. W. Treadgold, *Breve historia de Bizancio*
24. K. Armstrong, *Una historia de Dios*
25. E. Bresciani, *A orillas del Nilo*
26. G. Chaliand y J.-P. Rageau, *Atlas de los imperios*
27. J.-P. Vernant, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*
28. G. S. Kirk, *La naturaleza de los mitos griegos*
29. J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua, vol. I*
30. J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua, vol. II*
31. I. Mereu, *Historia de la intolerancia en Europa*
32. P. Burke, *Historia social del conocimiento*
33. G. Leick, *Mesopotamia*
34. J. Sellier, *Atlas de los pueblos del Asia meridional y oriental*
35. D. C. Lindberg, *Los inicios de la ciencia occidental*
36. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, I*
37. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, II*
38. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, III*
39. J. M. Bloom y Sh. S. Blair, *Islam*
40. J. Dugast, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX*
41. J. Brotton, *El bazar del Renacimiento*
42. J. Le Goff, *En busca de la Edad Media*
43. Th. Dutour, *La ciudad medieval*
44. D. Buisseret, *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800*
45. F. Seibt, *La fundación de Europa*
46. M. Restall, *Los siete mitos de la conquista española*
47. P. Grimal, *Historia de Roma*
48. J. Sellier, *Atlas de los pueblos de África*
49. J. Le Goff y N. Truong, *Una historia del cuerpo en la Edad Media*
50. A. Kenny, *Breve historia de la filosofía occidental*
51. R. Mankiewicz, *Historia de las matemáticas*
52. P. Lévêque, *El mundo helenístico*

Título original: *Le monde hellénistique*
Publicado en francés, en 1992, por Armand Colin Éditeur, París

Traducción de Julià de Jòdar

Cubierta de Joan Batallé

Lévêque, Pierre
El mundo helenístico - 1a ed. - Buenos Aires : Paidós, 2006.
264 p. ; 23x15 cm. (Orígenes; 52)

Traducido por: Julià de Jòdar

ISBN 950-12-5952-8

1. Cultura y Civilización-Historia. I. de Jòdar, Julià , trad. II. Título
CDD 909

1ª edición en Argentina, 2006

Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores

Esta obra es una reedición de la última parte de mi *Aventure grecque* (publicada en la colección «Destins du Monde»), revisada y aumentada.
Agradezco profundamente las novedades que me han proporcionado a Jacques Annequin (hermetismo y magia), Pierre Cabanes (Épiro) y Françoise Dunand (Isis).

Impreso en Buenos Aires Print,
Anatole France 570, Sarandí, en septiembre de 2006
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 950-12-5952-8

Sumario

Introducción: Alejandro Magno (336-323)

En el 336, al morir su padre, Alejandro tenía 20 años. A los 13, aquél lo había puesto bajo la severa autoridad de Aristóteles. El chico escuchó con pasión a un maestro que lo sabía todo, y leyó a Píndaro, Herodoto y Eurípides. De esta manera, adquirió una cultura profundamente helénica y una disposición al cultivo del espíritu de la que ya no se desprendería. A los 16 años, durante una expedición de Filipo, le fue confiada la regencia y se inició en los quehaceres reales. Tras haber reñido con su padre, se reconcilió con él y, en tanto que primogénito cuando Filipo murió a manos de Pausanias, Alejandro fue proclamado rey por el ejército. Empezaba un reinado de doce años y medio que había de cambiar la faz de la Hélade y del mundo oriental.

Un héroe ungido por la providencia

En Alejandro se unían, en una mezcla única, la prudencia y la inspiración, la reflexión y la intuición. Cabe explicar tan excepcional naturaleza a partir de una doble herencia, realista por parte de Filipo y mística por parte de Olimpias, su madre. Era ésta una persona violenta, de sensibilidad irreprimible y entregada al frenesí de los ritos dionisíacos, perteneciente a la familia real de los molosos, los eácidas, que se proclamaban descendientes de Pirro, el hijo de Aquiles, y que poseían la impetuosidad y el arrebato de los héroes «de corazón de león» que la devoción de

los comentaristas eruditos consideraba como sus antepasados. Alejandro tenía accesos incontrolables de cólera y de entusiasmo, como les ocurría también a otros eácidas, Pirro II y Filipo V.

Creerse descendiente de Heracles, por parte de padre, y de Príamo, por parte de madre, no era una herencia mediocre para un adolescente generoso. Apasionado por las tradiciones mitológicas, sentía hervir en él la sangre de los héroes, sus ancestros. Pero saberse descendiente lejano de Zeus, padre de Heracles, era demasiado poco para él. En una época dominada por lo sobrenatural, la decisión de convertirse en un dios fue rápida. Esta convicción, que él ya poseía, se vio corroborada durante su visita al oráculo de Amón, en Siwa. En el sanctasanctórum recibió la doble respuesta que esperaba del dios: Amón le proclamó hijo suyo y le prometió el Imperio universal. El hecho de que Alejandro diera un sentido demasiado literal a la expresión «hijo de Amón», corriente en la nomenclatura faraónica, poco importa. Lo que cuenta es aquella certeza exaltadora —que le caracterizaría a partir de entonces— de que él no era solamente un rey dentro de una dinastía, sino el amado hijo de la divinidad y, por tanto, también dios.

Puesto que se creía un superhombre, Alejandro actuaba como un superhombre. En este punto, y sin tener en cuenta las lecciones de Aristóteles, que proclamaba que la moderación era la única salvaguarda de las monarquías, estaba poseído por el genio de la desmesura. G. Radet nos ha hecho partícipes de la visión de un Alejandro místico, entusiasmado con la idea de imitar la noble valentía de Aquiles. F. Schachermeyr lo muestra más romántico, más demoníaco: un Titán apocalíptico en el que convivían la luz y la sombra, el filántropo y el asesino, el benefactor de la humanidad y el tirano sanguinario. Tanto uno como el otro son retratos verosímiles, pues, en el fondo de su conciencia, anidaba el sentimiento profundo de la diferencia que lo hacía único entre los más grandes de los mortales. Así, puede comprenderse, sin por ello excusarla, la locura asesina que se apoderó de él cuando Clito, su hermano de leche, citó a la salida de un banquete, para molestarlo, unos versos de Eurípides:[1] «Aquellos que se creen superiores al pueblo y que no son nada...». Puesto que él no pertenecía a la naturaleza humana, nada podría detenerlo: ni la moderación que los griegos llamaban sabiduría, y que él tenía por mediocridad, ni la moral tradicional. Nada le estaba prohibido, porque él era plenamente deseado. Pero los hechos indiscutibles que ensombrecie-

1. *Andrómaca*, 693 y sigs.

ron su vida son poca cosa al lado de aquel entusiasmo, de aquel instinto creativo, tan violentos e impetuosos que, de buena fe, y tal vez sin las interesadas exhortaciones de los sacerdotes de Siwa, Delfos y Gordion, él pudo tener por divinos.

La visión del Imperio universal

Desde el principio de su reinado, Alejandro actuó con presteza y energía. Liquidó a los pretendientes y llevó la guerra a los Balcanes. Grecia se inquietaba y Demóstenes se burlaba del «jovencito» que reinaba en Pella. Una fulminante campaña acabó con todas las esperanzas que había despertado la muerte de Filipo y, para mostrar su implacable resolución, Alejandro arrasó la resistente Tebas, dejando únicamente en pie los templos y la casa de Píndaro; sin embargo, al igual que su padre, fue generoso con Atenas. Seguidamente, habiendo movilizado al ejército macedonio y a los contingentes de la Liga helénica, partió hacia Asia cuando todavía no se habían cumplido dos años de su ascensión al trono (fig. 10, págs. 224-225).

A nuestro parecer, no se ha insistido lo suficiente en este acto inicial de la partida hacia Asia, del que iba a depender todo lo demás. Posteriormente, las cosas se encadenaron con una lógica muy simple: la facilidad de los primeros éxitos, el derrumbamiento de la monarquía persa —tan manifiestamente corrompida como venían proclamándolo los panfletistas desde hacía medio siglo—, la necesidad de consolidar lo conquistado y las excitantes tentaciones de un Oriente cada vez más lejano explican el desarrollo sistemático de una conquista desmesurada. Pero si el «plano inclinado de la victoria», mencionado en relación con otro genio conquistador, explica tan bien la larga marcha triunfal que convirtió a Alejandro en el dueño del mundo, en el rival de Dionisos, en el fundador del mayor Imperio que jamás conoció el mundo, ¿por qué puso entonces los pies en suelo asiático?

Los historiadores han avanzado diversas interpretaciones de la partida de Alejandro. Unos le ven ansioso por arrebatarles los griegos de Anatolia a los bárbaros y vengar los daños sufridos durante las guerras Médicas; otros, deseoso de propagar la civilización helénica por Oriente; algunos —más realistas— creen que su meta era proseguir la obra de su padre: no abandonar el ejército de 10.000 hombres que Filipo había enviado a Asia a las órdenes de Parmenio y que estaba a punto de reti-

rarse por mar, así como cimentar la precaria unión del reino de Macedonia y la Liga de Corinto.

Probablemente ninguna de estas razones es rechazable. Pero existía también el deseo de hacer revivir los recuerdos de la *Ilíada* mediante una coalición de Europa contra Asia. La figura de Jerjes también lo dominaba: como él, había ofrecido sacrificios, en Troya, a Atenea y a los héroes; como él, lanzó desde su nave una copa de oro al mar en honor de Poseidón. El hijo de Darío había pedido a Helios que no permitiera que obstáculo alguno le impidiera alcanzar los límites de Europa. Alejandro se veía como la antítesis de Jerjes, y su programa inicial no era menos ambicioso. La primera acción en tierras asiáticas fue clavar su lanza para hacer de ellas una «tierra conquistada con la punta de la lanza». Así pues, nos parece que, desde el inicio de su expedición, lo acompañaba el sueño, o más bien el proyecto, de la monarquía universal. Oriente caería bajo sus golpes porque llevaba consigo el ímpetu irresistible de un dios.

La epopeya asiática y africana

El ejército de los sátrapas lo esperaba en el valle bajo del Gránico, con el apoyo de los mercenarios griegos de Memnón de Rodas. Y Alejandro, al frente de una violenta carga de la caballería macedonia, los derrotó. En pocos meses, casi toda Asia Menor era suya: se apoderó de Sardes, de Éfeso, que, sabiéndole próximo, se sublevó contra el Gran Rey, y tomó Mileto al asalto. En Gordion cortó con su espada el nudo inextricable del carro de Gordias, anticipo de la conquista total de Asia.

Tras conquistar Anatolia, penetró en Siria y, en Issos (333), derrotó por completo al Gran Rey en persona. El propio Darío hizo la señal de la derrota dejando en manos del vencedor incluso a su madre, su esposa y todos sus efectos personales. El rey intentó negociar ofreciendo un rescate por los suyos: Alejandro le respondió altivamente que, en primer lugar, debía someterse.

A continuación, el rey macedonio quiso acabar con el poder marítimo de Persia. Las ciudades fenicias estaban divididas. Sólo Tiro osó resistir, pero tras un asedio de siete meses, Alejandro la tomó y le propinó un trato extremadamente riguroso: la arrasó y vendió a todos sus habitantes como esclavos. Luego se apoderó de Gaza y pasó a Egipto, donde fue recibido como un libertador. Se colocó la doble corona en Menfis, fue a solicitar la investidura divina del oráculo de Siwa, y fundó Alejandría.

En la primavera de 331 abandonó Egipto para acudir al encuentro decisivo con el Gran Rey. Darío lo esperaba cerca de Arbelas, en Gaugamela, en un terreno que favorecía sus carros de guerra; por otra parte, Arbelas contaba con superioridad numérica, pero, a pesar de ello, fue derrotado de nuevo. Una tras otra las capitales fueron cayendo: Babilonia, donde Alejandro ofreció el sacrificio real a Marduk para ser reconocido como «rey de las cuatro partes del mundo»; Susa, donde recuperó el grupo de los Tiranicidas, robado por Jerjes, para devolverlo a los atenienses; Persépolis, entregada al saqueo de sus soldados; y Ecbatana, que fue incendiada. Dueño y señor de Irán, continuó persiguiendo a Darío, que finalmente fue ejecutado por Besso, sátrapa de Bactriana. Alejandro celebró unos solemnes funerales en su honor con la intención de proclamarse heredero de los aqueménidas.

En aquel momento, no estaba dispuesto a detener su marcha triunfal sin antes haber conquistado las satrapías orientales, antaño bajo la autoridad del Gran Rey. Con extraordinaria flexibilidad, Alejandro se adaptó a las nuevas condiciones en países desconocidos, donde la resistencia a lo extranjero era muy enérgica, y no todo se resolvía en batallas convencionales. Hircania, Partia, Aria y Aracosia cayeron sucesivamente en sus manos. El Hindukush no logró detenerlo; entró en Bactriana y Sogdiana, y el río Yaxartes fijó la frontera de su Imperio. Tras estas difíciles conquistas, pasó el invierno en Bactra, donde condenó a muerte a Besso como castigo por su regicidio.

Pero un nuevo sueño había hecho presa en él. Si a Dionisos no se le había resistido la India, ¿por qué iba a resistírsele a él? Por consiguiente, se alió con el rajá de Taxila, deseoso de someter a Poros, su viejo enemigo, que fue derrotado a orillas del Hidaspo (actual Jhelum); en un santiamén, Alejandro se plantó en Hifasis (actual Bias), donde los soldados, hartos de una empresa tan descomunal, se negaron a continuar la expedición. Antes de regresar, Alejandro hizo levantar doce altares para los dioses del Olimpo, que rodeaban una columna de bronce con la inscripción: «Hasta aquí llegó Alejandro».

Descendiendo el Hidaspo y el Indo, dividió a sus tropas en tres facciones. Crátero partió hacia Aracosia; Alejandro se reservó el trayecto más difícil, a través del terrible desierto de Gedrosia, y Nearco regresó por mar costeando el litoral, para volver a encontrarse en Carmania, desde donde Alejandro alcanzó las viejas capitales: Susa, Ecbatana y Babilonia.

A las posesiones heredadas de su padre, el reino de Macedonia y la hegemonía sobre la Liga helénica, Alejandro sumó tanto o quizá más que el Imperio aqueménida en su momento de máxima expansión con Darío I. Ningún conquistador reunió bajo su yugo tantas provincias ni llevó a su ejército tan lejos de su patria. Para explicar estos éxitos no es suficiente con invocar la fuerza militar de la joven Macedonia, la bravura de los soldados griegos, la descomposición de la monarquía aqueménida ni la debilidad y cobardía de Darío Codomano. Por lo demás, sorprende la escasez de los contingentes que permitieron a Alejandro conquistar el mundo: quizá 40.000 hombres a raíz del desembarco, 120.000 en la India y 80.000 en el momento de su muerte. Pero siempre omnipresente, incansable, cargando al frente de su caballería tal y como aparece en el mosaico de la batalla de Arbelas, Alejandro animaba a su ejército con su valentía al mismo tiempo que la dirigía con la ciencia del más seguro de los estrategas. Por otra parte, aquel intrépido jinete, temible manipulador de hombres, aquel capitán de capitanes, demostraba ser el más genial de los organizadores.

Hacia la unificación del mundo

El Imperio reposaba en un hombre, dotado de una prodigiosa capacidad de trabajo y rodeado por algunos íntimos, como el canciller Eumenes y el quiliarca Hefestión. El tradicional autoritarismo de la monarquía macedonia se intensificó al entrar en contacto con Oriente, ya que Alejandro quería ser considerado sucesor de los aqueménidas. En la corte se introdujo el ceremonial real, donde se entremezclaban lo griego y lo bárbaro, el harén con los filósofos y los artistas.

El principal sostén del Imperio era el ejército, que fue transformándose profundamente a medida que las expediciones fueron deshaciendo la composición inicial, macedonia y griega, y obligando a enrolar cada vez a más orientales. Los gastos militares, a los que debían añadirse los sueldos de los funcionarios, las grandes obras públicas y los fastos de la corte, requerían unos recursos inmensos. Alejandro, que extraía poco de su reino macedonio y nada de Grecia, mantenía en Asia una fiscalidad incoherente, ya que prácticamente cada satrapía tenía su propio sistema de impuestos, territorial o personal, de cargas personales, y de aduanas. De ahí que tuviera que echar mano sobre todo, y abundantemente, de los tesoros acumulados en los palacios aqueménidas.

En cuanto a la administración regional, mostró idéntica flexibilidad. La unidad continuó siendo la satrapía, excepto en los confines orientales, donde creó grandes dominios militares. Originariamente, los sátrapas eran orientales, a excepción de los de Asia Menor y Siria, pero Alejandro los reemplazó rápidamente por macedonios o griegos; sólo ejercían el poder civil, ya que la autoridad militar estaba confiada a un estratega, que dependía únicamente del rey. Las tareas intermedias y subalternas se dejaron en manos de los oriundos, los únicos que dominaban las lenguas y las costumbres. De esta manera, tuvo la prudencia de no querer unificar un imperio polimorfo y de conservar, en cada región, la administración propia.

Esta política de colaboración se completaba con una política mucho más ambiciosa y de concepción radicalmente nueva. Alejandro no adoptó el ideal panhelénico: no quería humillar y someter a los bárbaros, sino unirlos a los griegos en un conjunto armonioso, donde cada cual tendría su parte. ¿Qué mejor manera de lograr esa combinación que multiplicando los matrimonios mixtos? El rey predicó con el ejemplo: desposó a Roxana, hija de un noble de Sogdiana, y luego a tres princesas persas. En un solo día, de regreso de la India, la mayor parte de sus generales y 10.000 soldados se unieron a mujeres nativas en una espléndida ceremonia (bodas de Susa). Al mismo tiempo, mandó educar bajo los preceptos griegos a 30.000 niños iraníes.

Pero, al parecer, Alejandro percibió el peligro de degeneración que ocultaba semejante política. A pesar de lucir la parafernalia de los Grandes Reyes, el discípulo de Aristóteles se mantenía fiel al helenismo. La mejor manera de asegurar la helenización de Oriente era, según él, fundar nuevas ciudades que, de un extremo a otro del Imperio, se enorgullecieran con su nombre: aquellas Alejandrías, treinta y cuatro a lo sumo, respondían al mismo tiempo a necesidades militares, administrativas y económicas. Dotadas en apariencia de instituciones copiadas de la *polis* griega, de hecho estaban sometidas a la autoridad del gobernador. A lo largo del tiempo su influjo fue considerable, aunque no todas alcanzaron el renombre de la Alejandría de Egipto, que había de convertirse en una de las ciudades más bellas del mundo.

Aunque urbanización y helenización habían ido siempre de consuno, Alejandro conocía otros modos de propagar la incomparable cultura de los griegos; así, hizo aprender el griego al mayor número de personas de su entorno, llamó a artistas griegos, tales como Lisipo o Apeles, para celebrar su gloria, e instituyó de buen grado, ante los bárbaros,

concursos musicales o de gimnasia a la manera griega. A pesar de que no dejó de honrar a las divinidades helenas, era bastante liberal y generoso a la hora de admitir las distintas creencias. Volvió de la India con un viejo brahmán, Calano, a quien autorizó a quitarse la vida en la hoguera. Toleró las costumbres religiosas de cada región —por otra parte fiel, en ello, a la tradición aqueménida— y realizó grandes dispendios en la restauración del templo de Marduk, en Babilonia, o en el de Amón, en Karnak.

Por lo demás, este príncipe, del que se alaba con todo merecimiento el apasionado interés que sentía por las cuestiones espirituales, era demasiado realista para no darse cuenta de que los intercambios eran la garantía más segura de la progresiva unificación del Imperio. Los intercambios de especies animales o vegetales entre regiones alejadas fueron la anticipación de las selecciones de la época helenística. Los intercambios humanos se produjeron gracias, sobre todo, a los caminos, canales, puertos, dársenas y barcos que construyó o reconstruyó. Y, aún, la genial intuición de imponer una moneda única al Imperio: las monedas macedonias, de patrón ático, reemplazaron en Asia al dárico, de mayor peso.

La institución del culto real

En Grecia, la trascendencia de los dioses era limitada: los héroes, especialmente los fundadores de ciudades, recibían un culto; además, la realeza, allí donde subsistía, conservaba parte de la sacralidad de sus orígenes. Por otro lado, Oriente ofrecía el ejemplo de las monarquías teocráticas milenarias, en las que el rey era considerado como un dios en sí mismo (Egipto) o como el mensajero del dios (Mesopotamia). Fue en esta atmósfera compleja donde Alejandro instauró el culto real.

Las primeras pruebas para reforzar el poder de un hombre mediante la inmensa fuerza de lo sobrenatural se realizaron en tiempos anteriores a Alejandro. Clearco había instaurado en Heraclea Póntica una tiranía grecobárbara. Se proclamó hijo de Zeus y, rodeado de un ceremonial litúrgico, exigió de sus súbditos la *proskynesis* (genuflexión). Filipo II fue más allá: en una procesión, hizo llevar su estatua detrás de los doce dioses; encargó a Leocares un grupo crisoelefantino que le representara con los suyos para recibir adoración en el tolos de Olimpia, auténtico monumento del culto heroico.

Pero el pleno desarrollo del culto real estaba reservado a Alejandro. De espíritu lógicamente místico, imbuido por su misión divina, el orácu-

lo de Siwa le convenció de que era hijo de Amón. Desde entonces, todo lo que aconteciera iba a reforzar esa íntima convicción: sus grandes éxitos, sus proezas de exaltada valentía en los campos de batalla o su épica marcha hasta las orillas del Indo, que recordaba la conquista de la India por Dionisos. ¿Cómo no iba a creerse un dios alguien que había superado los límites de lo posible y había consumado todos los triunfos? No menos realista, sin embargo, percibió las ventajas que podía extraer de su divinidad: el culto al soberano, dios vivo y glorioso (de donde el sobrenombre «Epifanio» de sus sucesores), era el único capaz de ofrecer la indispensable unidad —más allá de la diversidad de las regiones, de los pueblos y de las religiones— a un Imperio desmedido.

La adopción consiguiente del ceremonial casi divino de los aqueménidas produciría las primeras resistencias entre los griegos, que no podían admitir la apoteosis de un hombre en vida y que se indignaban al verse obligados a la genuflexión, cuya verdadera naturaleza ignoraban en la corte del Gran Rey: un acto de fidelidad antes que de adoración. Ante ello, Alejandro se enfureció y pasó al ataque: Clito fue asesinado y Calístenes, sobrino de su maestro Aristóteles, fue enviado a prisión. Poco a poco, los opositores se fueron debilitando. Atenas lo veneraba como a un nuevo Dionisos. En el 324, las ciudades griegas delegaron teoros —embajadores enviados a los dioses— a Babilonia para coronarlo de oro. Se había fundado el culto real, la base más segura de la autocracia, heredero al mismo tiempo de las especulaciones del pensamiento griego y de las tradiciones monárquicas de Oriente.

La muerte del Titán

Alejandro murió de repente, tras algunos días de agonía, cuando estaba a punto de abandonar Babilonia (323). Circularon rumores deshonrosos acerca de muchos de sus familiares, pero ¿no era natural que la malaria arrebatase tan rápidamente un cuerpo cosido a cicatrices y agotado por las orgías, las cabalgadas y las noches de estudio?

Doce años y medio de reinado. Es fácil trazar el balance negativo: violencias inútiles; excesos de un rey abandonado a las delicias de la *hybris*; incomprensión de los griegos, inquietos ante la genuflexión y, más aún, ante la fusión de razas, frente a la que hubiesen preferido la dura servidumbre del vencido; y la desmesura geográfica de un Imperio que no sobreviviría a su creador. Pero ¿qué significan esas innegables taras al

lado de tantas novedades aportadas?: concepción de una monarquía autocrática, dominio griego sobre Egipto y Asia, urbanización de las lejanas satrapías, e interpenetración de las civilizaciones helénica y oriental. Alejandro conquistó el mundo llevando consigo una *Ilíada* con anotaciones de su maestro Aristóteles, pero aquel héroe de epopeya fue también un innovador genial que repudió la diferencia entre lo griego y lo bárbaro, base del helenismo clásico, en pro del generoso ideal de la unidad de la humanidad. No hay prueba más fehaciente de que Plutarco estaba en lo cierto al afirmar que, en ciertos momentos, los grandes hombres conducen la historia. Se entiende la admiración de un Pirro o de un Julio César por el héroe que, sin haber cumplido los 33 años, murió habiendo creado un mundo nuevo.

Capítulo 1

Los Estados helenísticos

La época llamada convencionalmente helenística se abre con la muerte de Alejandro y concluye, en fechas muy distintas según las regiones, con la conquista romana. Se caracteriza por la extensión de las tierras que ocupaban los griegos y por el desplazamiento del centro de gravedad del helenismo; en adelante, Grecia pasaría a desempeñar un papel secundario en relación con el protagonismo de los grandes reinos orientales. Su historia es particularmente compleja: una larga sucesión de guerras encarnizadas y sangrientas y de usurpaciones que modificaban sin cesar las fronteras de los Estados. Por otra parte, los documentos son mucho más abundantes que en períodos anteriores. En especial, debe mencionarse la gran cantidad de papiros[1] conservados, sobre todo en Egipto, en los que se recogen testimonios muy diversos: cartas reales, textos administrativos, archivos notariales, correspondencia privada, cuadernos escolares...

1. Las hojas de papiro estaban fabricadas con el tallo del vegetal tratado a fin de poder entrecruzar las fibras; generalmente, se presentan en forma de rollos. Los papiros egipcios proporcionan una enorme cantidad de documentación que abarca, en conjunto, desde la conquista persa hasta la época bizantina. Están escritos en demótico, en griego y, posteriormente, en latín. Entre los más interesantes, desde el punto de vista histórico, cabe citar los informes de Zenón (véase la pág. 88) y las *Revenue laws* o reglamentaciones para garantizar las rentas reales (véase la pág. 81). Mapa de los principales hallazgos de papiros en H. Bengtson, *Grosser historischer Weltatlas*, I, mapa 26.

La evocación de los destinos políticos del mundo griego en una época tan turbulenta será forzosamente breve. Contar aquí las interminables guerras que desencadenaron los generales de Alejandro para disputarse su Imperio no es lo primordial. Desde 321, tras el asesinato del regente Perdicas, se efectuó un primer reparto en Triparadiso: Macedonia para Antípatro, Egipto para Tolomeo, Tracia para Lisímaco, Asia Menor para Antígono Monoftalmos o el Tuerto, y Babilonia para Seleuco. Desde 306-305, todos ellos adoptaron el título de rey (Antípatro sería reemplazado por su hijo Casandro). Las luchas continuaron durante más de veinte años, marcadas por sangrientos episodios, como la humillación y la muerte de Antígono el Tuerto en Ipso (301), la de Lisímaco en Corupedio (281) y el asesinato de Seleuco a manos de Tolomeo Soter (280).

En este último año, todos los sucesores (diadocos) directos de Alejandro habían desaparecido tras cuarenta años de esfuerzos, intrigas y conflictos para apoderarse de una parte del inmenso Imperio que no habían sido capaces de gobernar en su conjunto. La situación se estabilizó con la constitución de tres grandes reinos: Egipto, para Tolomeo II Filadelfo, hijo de Tolomeo I; Asia para Antíoco I, hijo de Seleuco; y Macedonia, que pasó muy pronto a gobernar Antígono Gonatas, nieto del Tuerto. En ninguna otra época hubo luchas personales tan ásperas, ni generales tan intrépidos, ni alianzas tan inestables. ¡Qué admirable galería de retratos, la del indomable Tuerto, su hijo Demetrio I Poliorcetes («el conquistador de ciudades»), tan ardiente en el combate como en las orgías, el implacable Seleuco, el astuto Tolomeo y el brutal Casandro! La generación siguiente, la de los epígonos, no verá tantas ambiciones —ningún príncipe desearía restablecer el Imperio universal que, durante largo tiempo, había sido la esperanza de los diadocos—, pero será testigo de la consolidación general de los reinos creados en medio de tantas pruebas.

No es nuestro propósito, por otra parte, narrar las sucesivas campañas que permitieron a los romanos poner fin a la independencia del mundo griego, ni analizar los motivos y pretextos de sus intervenciones o sondear los misterios de la sinuosa política del Senado y la codicia de los équites. Unos y otros pertenecen, de hecho, a la historia romana. Cuando estos eventos sean evocados, lo serán siempre desde el punto de vista de los griegos.

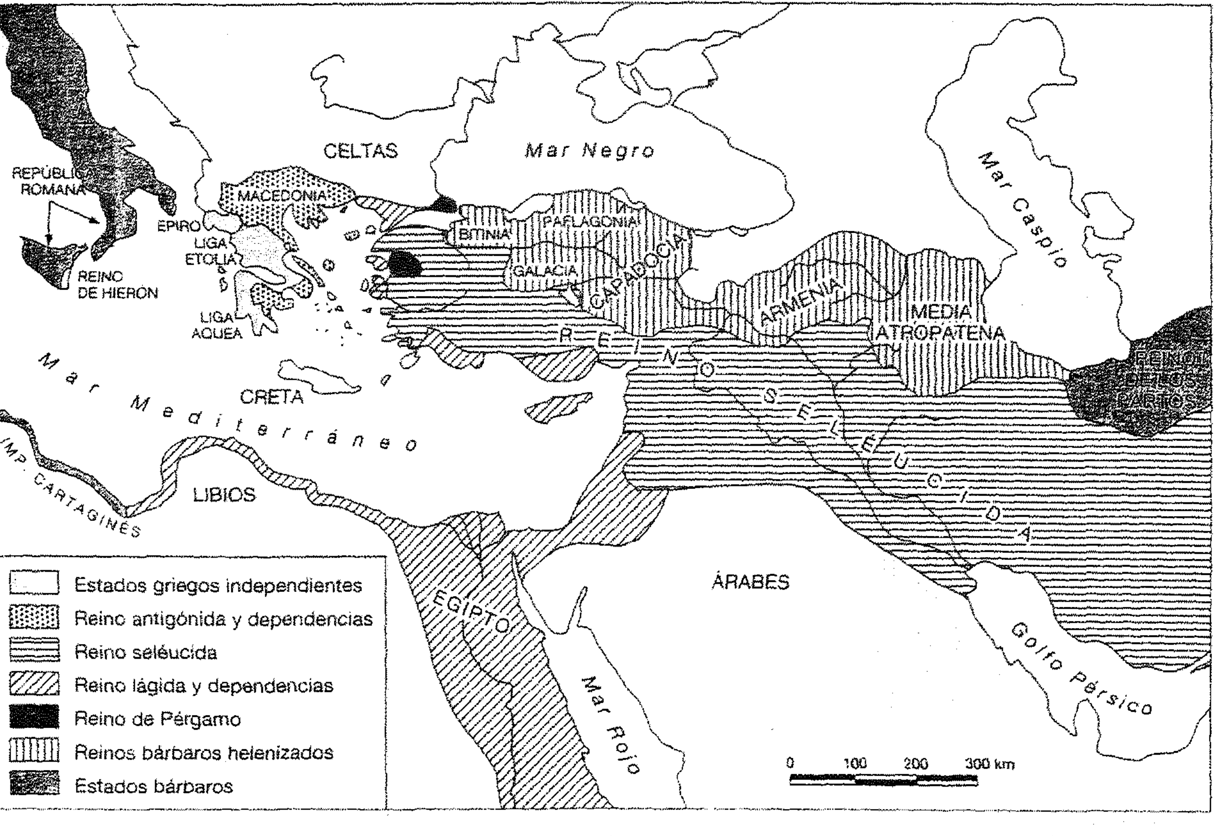


FIGURA 1. El mundo helenístico hacia el 240.

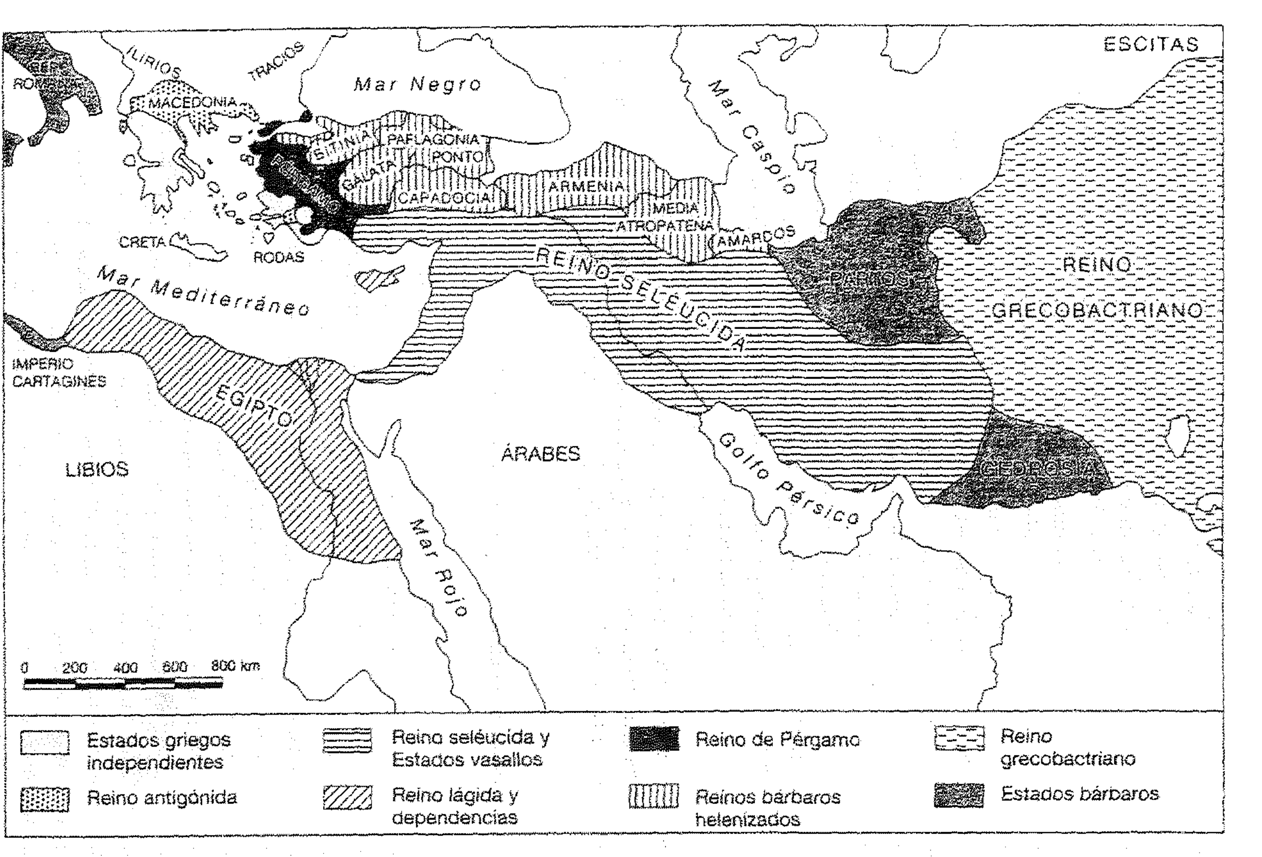


FIGURA 2. El mundo helenístico hacia el 185.

El declive de la Grecia independiente

En la Grecia estricta quedaban algunas ciudades que, en apariencia, mantenían su independencia e instituciones tradicionales: sobre todo Atenas y, esporádicamente, Corinto. Pero el declive se acentuó con el empobrecimiento y los problemas sociales. Sólo algunas ciudades insulares se aprovecharon del desplazamiento del poder político y económico hacia Oriente.

Una Atenas burguesa

Si Atenas perdió peso, no fue debido tanto a las empresas de los soberanos de Macedonia (que en el 228 expulsó a la guarnición del Pireo, recuperando así, en apariencia, una total autonomía), como a la muerte del espíritu democrático. Las instituciones apenas habían cambiado, a pesar de que se habían añadido dos tribus a las diez de la reforma de Clístenes, apenas habían cambiado, pero el pueblo ya no era el dueño. Los *theoricoi* (derecho a representaciones teatrales gratuitas) y la mayor parte de los *misthoi* (salarios e indemnizaciones a cargo del Estado) fueron suprimidos. El poder estaba en manos del Areópago y del más importante de los estrategas: el de los hoplitas. El servicio militar había desaparecido y el Estado confiaba sus defensas a los mercenarios. La efebía fue completamente reformada a fines del siglo III: convertida en facultativa, en adelante quedaría reservada a los hijos de familias acomodadas, que así recibirían una educación tanto militar como retórica y filosófica. A partir del 130, numerosos extranjeros —sobre todo procedentes de Asia Menor y Siria— fueron admitidos a fin de completar su formación y, quizá, para facilitar la compra posterior del derecho de ciudadanía en Atenas.

La actividad económica disminuyó tras la desaparición de las cleruquías; el Pireo ya no aparecía entre las grandes rutas comerciales, aunque seguía siendo un importante mercado de trigo (procedente del Ponto, Egipto y Numidia). La economía tomó nuevo impulso tras la «liberación» de Grecia por Flaminio (196) y, en particular, cuando, en el 166, los romanos restituyeron a Atenas algunas cleruquías (Lemnos, Imbros, Esciros) y le entregaron Delos para provocar a Rodas (véase la pág. 30). Hasta que el saqueo de la ciudad por Sila, en el 86, provocó una nueva crisis económica.

Sin embargo, quedaban los ricos, que monopolizaban el poder. Su política fue prudente, ya que para ellos nada era tan importante como

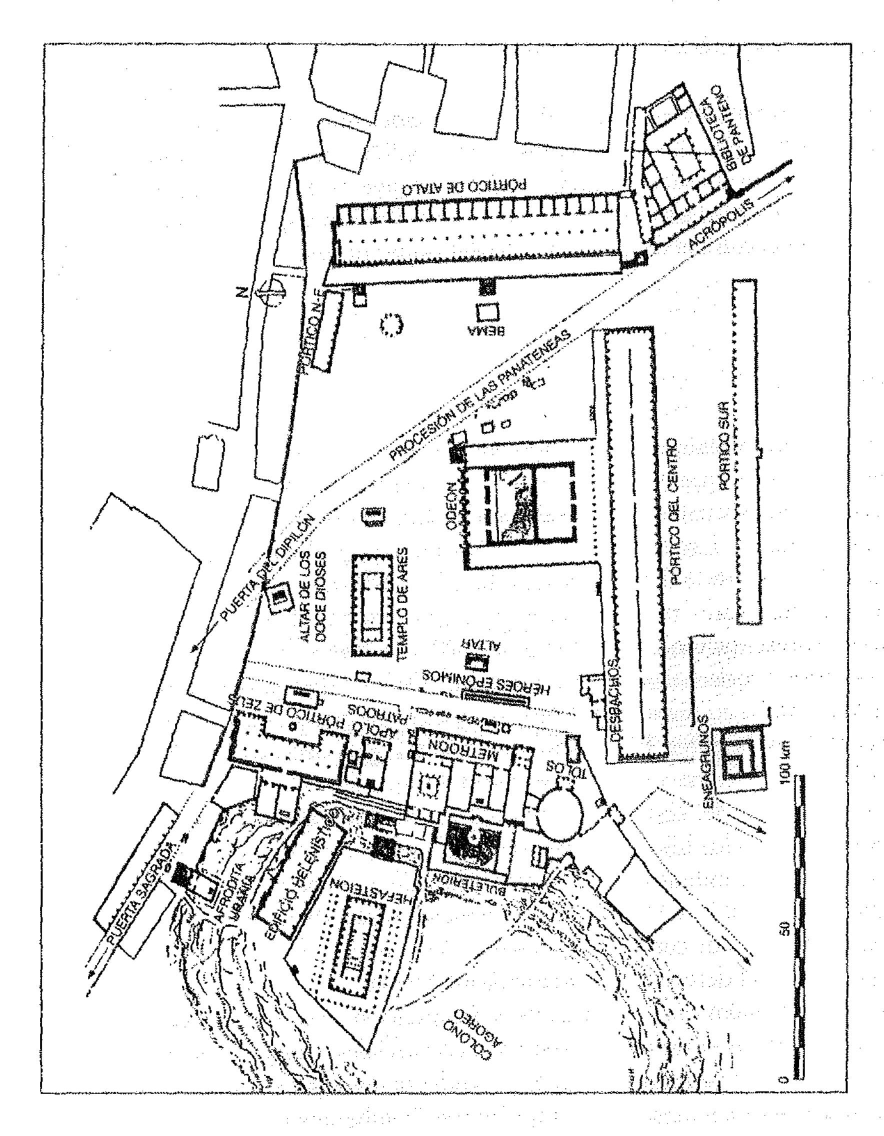


FIGURA 3. El ágora de Atenas (según el plano de las excavaciones estadounidenses).

Las construcciones de la época helenística en el ágora eran principalmente los pórticos: pórtico de Atalo II al este (Atalo había estudiado en Atenas y había sido discípulo del filósofo académico Carnéades), pórtico sur y pórtico del centro (ambos del siglo II). Estos pórticos delimitaban un ágora comercial y específica. El Metroon (templo de la Madre de los dioses, que servía de depósito de los archivos del Estado) también fue restaurado en el siglo II.

conservar sus privilegios y la pacífica posesión de sus bienes. Sólo intentaron equilibrar la influencia macedonia manteniendo buenas relaciones con los atálidas y con los lágidas, que colmaron Atenas de favores y levantaron hermosas construcciones. Pero la sustitución de la burguesía por el *demos* significó el fin de la grandeza ateniense.

A pesar de ello, el prestigio intelectual de la ciudad continuó siendo considerable. Las fiestas seguían revestidas de un brillo excepcional, especialmente los misterios de Eleusis y las Dionisíacas, donde se representaba no sólo a los clásicos, sino también «comedias nuevas» (véanse las págs. 109-110), sutil retrato de la sociedad contemporánea. A las Panateneas no desdeñaban concurrir un seléucida, un lágida o un príncipe númida. Sus escuelas filosóficas eran las más brillantes del mundo griego (véanse las págs. 120-121) y sus especulaciones seducían a un público hastiado, pero que no había perdido el gusto por el cultivo del espíritu. Sus talleres de escultura abastecían al mundo entero con excelentes copias de las obras maestras del clasicismo[2] (véanse las págs. 141-142). Empezaba ya a esbozarse el papel que iban a desempeñar en la época romana, el de una ciudad universitaria, un reservorio del pasado abolido en el marco aún intacto de la ciudad de Pericles (fig. 3).

La crisis económica y social en la Grecia continental

La situación era crítica en toda Grecia. Cierto es que la agricultura progresaba gracias al empleo de abonos, con los que se obtenían mejores cosechas, y que la ganadería se beneficiaba de las extensas praderas, pero era en beneficio de unos pocos, porque la gran propiedad progresaba cada vez más, de acuerdo con la tendencia iniciada en el siglo IV. Tras un breve renacimiento en los años que siguieron a la conquista de Alejandro, la industria y el comercio periclitaron, pues, en efecto, los reinos de Oriente fabricaron muy pronto los productos indispensables para su propio consumo. Grecia tenía, pues, las mismas necesidades de grano, necesidades tanto más costosas cuanto que el precio del trigo, tras un descenso a principios del siglo III, subió considerablemente en el siglo II; pero apenas podía exportar más que vino y aceite —cuyo precio, desgraciadamente, se mantenía estable— y productos de lujo que aseguraban una modesta supervivencia al artesanado, especialmente en Co-

2. Véase el navío procedente de Atenas hundido en Mahdia (véase la pág. 196).

rinto y Atenas. Por otra parte, los elementos más dinámicos se habían exiliado. Los ricos sólo invertían en tierras, lo que hizo desaparecer el motor esencial de la actividad económica de la época clásica.

Las repercusiones sociales fueron graves. La sociedad se dividió cada vez más entre una clase ínfima de ricos y un proletariado miserable. Los dueños de grandes fortunas eran, ciertamente, escasos: *Polibio menciona* al etolio Alejandro, el más rico de los griegos, que poseía 200 talentos, es decir, no mucho más que el ateniense Calias, cuñado de Cimón. Pero había una burguesía acomodada, cultivada, que tendía a crecer; en adelante, sería la única en alcanzar el poder en todas partes, lo que colmaría su apego a los cargos, en ocasiones a costa de duros sacrificios económicos.

El empobrecimiento del resto de la población era inquietante. Durante el período helenístico, los salarios habían disminuido indiscutiblemente, según atestiguan los documentos de Delos. Resultaba difícil encontrar trabajo, puesto que los esclavos hacían la competencia a los hombres libres. Para muchas personas, sólo había una solución: hacerse mercenarios.

No se sabe si la clase servil aumentó. Es cierto que, en los santuarios, especialmente en Delfos, se han hallado numerosas estelas de manumisión, lo que prueba, sencillamente, que a la sazón se aceptaba fácilmente la redención del esclavo a cambio de una suma en metálico, seguramente por el influjo de las filosofías humanistas. Esta mejora de la condición servil explica el hecho sorprendente de que durante las revueltas sociales no hubiera una conjuración entre esclavos y proletariado.

Las consecuencias de esta crisis social se revelarían siniestras. Grecia se despobló y la oligantropía, denunciada por Polibio, se convirtió en una plaga. Los ricos por comodidad, y los pobres, por estar abocados a la más extrema miseria, no querían tener hijos, y, si los tenían, los abandonaban. Filipo V intentó en vano devolver el vigor a Grecia preconizando una política de natalidad y de inmigración.

La miseria engendró, así, la revuelta; reaparecieron el bandolerismo y la piratería; y resurgieron las viejas reivindicaciones sociales de la época arcaica: abolición de las deudas y reparto general de tierras. Hubo al menos una ciudad —Esparta— donde tuvieron un comienzo satisfactorio, porque allí las desigualdades sociales eran aún más profundas que en otros lugares. Dos reyes encabezaron el movimiento: Agis IV, que fracasó por exceso de comedimiento, y Cleómenes III, que aplicó un programa realmente revolucionario, aboliendo las deudas, creando nuevos ciudadanos escogidos entre los inferiores o ilotas, y repartiendo lotes de

tierras. Igualmente, dotó a su patria de un nuevo poder militar y logró grandes éxitos en el Peloponeso apoyándose en las clases populares, hasta que la coalición de la Liga aquea y macedonia acabó con él (batalla de Selasia, 222). Sin duda influido por las filosofías igualitarias (se ha querido ver en él a un estoico), fracasó por la conjuración de los partidarios del orden social establecido. Sin embargo, la revolución continuó latente, y el rey Nabis, considerado por sus adversarios como un tirano, desarrolló el programa revolucionario de Cleómenes, provocando esta vez la intervención de Roma.

Por otra parte, Esparta ya no era la misma. Aquella que un día contó con el valor de sus ciudadanos para defenderse, se fortificaba en el año 317 y no cesaría de reforzar sus murallas; olvidada su antigua severidad, se dotó de un teatro y reconstruyó el templo de Artemisa Ortia (siglo II).

La prosperidad de la Grecia insular

La situación era menos grave en el conjunto de islas del Egeo, que habían aprovechado las importantes vías de intercambio entre Asia, Egipto y Occidente, inseguras, no obstante, ante la presencia de piratas fondeados en Iliria, Creta y Cilicia.

Es bien conocida la prosperidad de *Cos*, basada en el vino, la cerámica, y una especie de seda local teñida con púrpura (bombicina). Los *Mimos* de Herondas o los *Idilios* de Teócrito retratan agudamente sus ambientes de ricos comerciantes o de poetas esotéricos. El Asclepeion, dotado de nuevas construcciones y de una auténtica escuela de medicina, atraía enfermos sin cesar.

Rodas eclipsó a todas sus vecinas. Fundada en el 408 por el sinoecismo de tres ciudades, sorteó hábilmente el siglo IV tras resistir los asaltos de Poliorcetes. A continuación, vivió un siglo de gran apogeo, manteniendo su independencia entre intrigas reales y mostrando una asombrosa capacidad de supervivencia del régimen de la *polis* en pleno período helenístico. Regida por una constitución moderada, era una república de comerciantes, celosa de su derecho de ciudadanía, pero que acogía generosamente y protegía a todos los extranjeros que ayudaran a incrementar su riqueza.

La ciudad debió esencialmente dicha prosperidad a su posición privilegiada: estaba situada muy cerca de la costa asiática y frente a Alejandría. Poseía tres puertos, llenos de diques e importantes arsenales: uno para el comercio, otro para la guerra y otro más para las escalas. En sus gigantescos depósitos se almacenaban vino y aceite del país o importados, trigo del Ponto y de Egipto, jarras y productos exóticos que redistribuía seguidamente por todo el Mediterráneo. Las ánforas marcadas con sus sellos llegaban a todas partes, desde las estepas del Póntico hasta Galia e Hispania. En definitiva, tomó el relevo del Pireo de la época clásica, con una banca especialmente activa y una marina de guerra —cincuenta buques, admirablemente atendidos— que mantenía la paz en el Egeo en lucha con la piratería. Su legislación marítima, la *lex Rhodia*, fue tan conocida que incluso Marco Aurelio tomó algunos de sus principios, heredados por Bizancio y Venecia. Rodas era tan rica y tan útil para todos que, tras ser destruida por un terremoto en el 227, fue reconstruida inmediatamente con ayuda de todo el mundo griego.

Tan alto esplendor se derrumbó casi de golpe. Fiel aliada de Roma durante largo tiempo, Rodas obtuvo, con el tratado de Apamea (véase la pág. 48), importantes posesiones en el continente, en Licia y en la Caria meridional; pero se pasó de lista y sus intrigas agotaron la paciencia de Roma, que, en el 166, creó un puerto franco en Delos, cuya competencia hundió el negocio rodio. En dos años, el beneficio de sus aduanas (tasas *ad valorem* del 2‰) pasó de la colosal cifra de 1 millón de dracmas a 150.000. Obligada a pactar con Roma, perdió de facto su independencia.

Rodas pasó a ser una ciudad de las artes y las ciencias, un foco universitario al que acudían los jóvenes romanos de la aristocracia para completar sus estudios. Sus escuelas de retórica, conocidas a partir de Esquines, propagaban un despojado aticismo. Posidonio de Apamea enseñaba con brillantez el estoicismo (véase la pág. 126) y los escultores investigaban en direcciones muy diversas, con predilección por el patetismo de Pérgamo (véase la pág. 145).

Delos fue poco a poco desempeñando un nuevo papel que convertiría la cuna de Apolo en uno de los mayores centros comerciales. En este aspecto, la posición de la isla aún era predominante, pero también jugaban en su favor las enormes riquezas acumuladas en los templos, de las que los inventarios grabados en los mármoles nos permiten hacernos una idea. Los sacerdotes se transformaron en banqueros y su ejemplo fue rápidamente seguido por los particulares (véanse las págs. 76 y sigs.).

Liberada de la tutela de Atenas en el 314, Delos se dotó de una constitución democrática: es el período llamado de la independencia (314-166), durante el cual la ciudad estuvo primero sometida a la hegemonía de los lágidas, que la convirtieron en el centro de la Liga de los Nesiotes (Insulares).

En el 166, Roma puso fin a la independencia de Delos y la devolvió a Atenas, que la convirtió en cleruquía; para importunar a Rodas, su puerto fue declarado franco, lo que dobló el comercio de la ciudad. Poco después, el derrumbamiento de Corinto y de Cartago, junto con la creación de la provincia romana de Asia, incrementó aún más su prosperidad e inauguró una época de extraordinario apogeo. Se construyeron muelles, puertos y dársenas; la sagrada isla se convirtió en puerto franco general, en el que confluían las mercancías del mundo entero, especialmente trigo, aceite, vino, madera, cerámica y productos exóticos, llegados a través de Alejandría o de los puertos sirio-fenicios. Delos se transformó en un gigantesco mercado de esclavos; de hecho, la difusión del gusto por el lujo en Roma multiplicó la necesidad de los mismos y fue muy fácil procurarse ganado humano gracias a las capturas de piratas o a las ventas de los reyes de Capadocia y de Bitinia. Estrabón (10, 5, 4) declara, quizás exagerando un poco, que podían recibirse y expedirse 10.000 esclavos por día.

La población cambió por completo. Todos los delios fueron expulsados a Acaya. En su lugar llegaron, además de los colonos atenienses, comerciantes y banqueros del mundo entero. Los del Levante mediterráneo fueron, sin duda, los más numerosos. Estaban organizados en poderosos gremios, como los heracleístas de Tiro y los posidoneístas de Beritos (Beirut). Los comerciantes «itálicos» (se designa con este nombre a todos aquellos que venían de Italia, fuera cual fuere su condición jurídica: ciudadanos romanos, libres, aliados o incluso esclavos), que habían empezado a frecuentar Delos en el 250, desempeñaban un papel cada vez más importante, y se agrupaban a su vez en *fratrias* (cofradías o asociaciones gentilicias), bajo la advocación de una divinidad (hermaístas, apoloneístas, posidoneístas). Atenienses, itálicos y orientales se codeaban, pero cada comunidad se mantenía fiel a sus costumbres y a sus dioses y construía sus propios almacenes en el puerto y sus propios santuarios (véase la pág. 162). En las inscripciones, aparece un bilingüismo grecolatino. No había escuelas de retórica o de filosofía, pero las mansiones, colmadas de estatuas, frescos y mosaicos mostraban la riqueza y la afición por el lujo de una burguesía mercantil (véase la pág. 135). Los

santuarios manifiestan un auténtico cosmopolitismo y la invasión de los cultos orientales.

La prosperidad subsistió hasta el siglo I. Pero, en el año 88, la isla se mantuvo fiel a Roma a raíz de la rebelión de Mitrídates IV y uno de sus generales, Menofaneses, la saqueó y ordenó la matanza de unas 20.000 personas. Fue el principio de una irremediable ruina.

Los Estados federales

Aunque el mundo de las ciudades no era más que una caricatura de las instituciones clásicas, el espíritu republicano sobrevivió en los *koinón* (plural, *koina*) o Estados federales (llamados a menudo, sin demasiada propiedad, ligas o confederaciones). Estos *koinón* se desarrollaron, sobre todo, en regiones atrasadas, donde las ciudades eran pequeñas o inexistentes, y donde sobrevivía una organización a base de *éthné* (etnias) anterior al sistema de la *polis*. Dos de ellos tuvieron una gran expansión en la época helenística, a buen seguro porque los griegos se acostumbraron poco a poco a las federaciones a partir de la creación de la Liga de Corinto y, sobre todo, porque tomaron conciencia de que sólo la unión podía permitir una resistencia eficaz contra las empresas del rey de Macedonia.

Hacía ya mucho tiempo que existía un *koinón etolio* en los alrededores del santuario federal de Thermos, cuyas excavaciones han sacado a la luz un lugar de culto micénico que, sin embargo, nunca llegó a desempeñar un papel histórico. Etolia era conocido como un país rudo, cuyos habitantes iban siempre armados por miedo al bandolerismo. Aprovechando la valerosa actitud que tuvieron durante el ataque a Delfos por parte de grupos galos (279-278), los etolios se aseguraron el dominio del santuario ejerciendo su hegemonía en la anfictionía y acrecentando considerablemente su prestigio. Al mismo tiempo, llevaron a cabo grandes progresos territoriales hacia el oeste, en Acarnania y, sobre todo, hacia el este, en Fócida, Lócrida occidental y Tesalia, formando así el Estado griego más extenso hasta entonces.

La asamblea del pueblo agrupaba, sin necesidad de estar censados, a todos los ciudadanos de todas las ciudades que pertenecían a la confederación. Celebraba dos sesiones anuales, una de ellas en Thermos. Había dos consejos, uno de 1.000 miembros (*bulé* o *synedrion*) y otro más restringido (consejo de los *apokletoi*). La asamblea elegía a los magistra-

dos, el más importante de los cuales era el estratega, quien, de hecho, ejercía de jefe del ejecutivo durante un año. El número de delegados de cada ciudad en el consejo, así como los contingentes que proporcionaba y los impuestos que aportaba, eran proporcionales a su importancia.

La constante hostilidad de los *koinón* etolios con respecto a Macedonia los llevó a abrazar la causa de Roma, lo que no fue obstáculo para que, en el 189, pagasen con la pérdida de su independencia diplomática un infeliz cambio de posición contra su aliada.

En el 281-280, la Liga aquea, rival de la confederación etolia, hizo resucitar un antiguo *koinón* de la época arcaica, disuelto a principios de siglo. Pero desbordó rápidamente los límites de la empobrecida Acaya, incorporó Sición, se apoderó de Corinto gracias a la enérgica acción de Arato, y fue anexionándose poco a poco, de grado o por fuerza, todo el Peloponeso.

Sus instituciones son mucho menos conocidas. La asamblea federal, seguramente accesible a todos los ciudadanos de las ciudades miembros, se reunía cuatro veces al año en el santuario de Zeus Hamario, en el nomo de Aigión (Egio), pero había también asambleas extraordinarias. El principal papel lo desempeñaba el consejo, el colegio de los diez demiurgos (*damiorgoi*) y el estratega elegido anualmente. Algunas personalidades eminentes dieron un gran impulso a esta magistratura, especialmente Arato de Sición y Filopemén, cuyo desdichado valor frente a los romanos le valió el apelativo de «el último de los griegos» por parte de Plutarco.

También, en este caso, el declive del *koinón* se produjo a causa del progreso del poder romano, a lo que cabe aún añadir las intrigas de ciudades como Esparta, que, a su pesar, entraron en la confederación. Los aqueos suscitaron hasta tal punto la desconfianza de Roma, con la que estuvieran aliados en un principio, que, tras la tercera guerra de Macedonia, mandó deportar a 1.000 ciudadanos, entre ellos Polibio, hijo del estratega Licortas. Se alzaron en armas contra Roma en el 146, pero Corinto fue arrasada y la liga disuelta.

Es habitual oponer a ambos *koinón*, y está claro que el etolio fue más democrático que el aqueo. De hecho, ambos fueron gobernados por los ciudadanos más acomodados, ya que no había *misthoi* para los magistrados. Representan, en todo caso, el máximo esfuerzo del espíritu griego para organizar Estados suficientemente fuertes como para oponerse a la rapacidad de los antigónidas.

Los reinos nórdicos

El verdadero poder estaba representado por Macedonia, que, de hecho, extendió su hegemonía sobre las ciudades aparentemente independientes de la Grecia estricta, hegemonía a la que sólo podían enfrentarse las Ligas etolia y aquea. Al lado de Macedonia, Epiro desempeñaba un triste papel, excepto durante el fulgurante reinado de Pirro.

El reino de Macedonia

En el 276, Antígono Gonatas reconquistó definitivamente el reino de Macedonia, que ya había pertenecido a su padre, Demetrio I Poliorcetes, y fundó una dinastía que reinaría hasta la conquista romana. Su autoridad, salvaguardada por guarniciones al mando de estrategas, no se extendía sólo sobre Macedonia, sino también sobre la parte de Grecia que no estaba en manos de los etolios o los aqueos.

El gran rey Antígono (276-239), amigo de filósofos y rodeado de gentes de letras, como el historiador Jerónimo de Cardia y el poeta Arato de Solos, actuaba con energía y prudencia. Tenía un alto concepto de su oficio de rey: «¿Has entendido —le dijo a su hijo— que nuestra realeza no es más que una noble servidumbre?». A pesar de que Atenas fuese en cierto modo su «capital intelectual», él se estableció nuevamente en Pella, en tanto su padre había construido una nueva capital, Demetríade, en el golfo de Pagasas. Antígono defendió Macedonia con éxito frente a las acometidas de Pirro y su hijo Alejandro, reyes de Epiro. Sometió Atenas, que, instigada por Cremónides, se había sublevado en su contra en nombre de la libertad. Pero no pudo evitar que Arato incorporara Sición a la Liga aquea y le arrebatase Corinto. En el interior, instauró el absolutismo real y prosiguió la creación de ciudades: fundó tres Antigonia en la Calcídica, sobre el Axio (actual Vardar) y sobre el Aoos (actual Vijöse).

Su hijo, Demetrio II el Hermoso, tuvo que luchar contra una coalición general de la Grecia central y del Peloponeso. Al morir, su primo, Antígono Dosón, heredó una situación complicada. Con una hábil maniobra, restauró la influencia macedonia en el Peloponeso, donde había sido reclamado por los aqueos, antiguos adversarios de Macedonia, a la sazón inquietos por las revolucionarias reformas del lacedemonio Cleómenes; recuperó Corinto, ocupada por el rey de Esparta, organizó una poderosa simmaquia agrupando la mitad de Grecia (de donde

surgiría la Liga aquea) y de la que él era *hegemón*; venció a Cleómenes en Selasia (222) y entró en Esparta, profanada por vez primera por un enemigo victorioso. Pero mediante una concesión cuya importancia se hace difícil entender, quizás aceptó la constitución junto a él de un *koinón* de los macedonios, que, en cierta medida, debió de limitar su absolutismo.

El reinado de los dos últimos monarcas, Filipo V (hijo de Demetrio II) y su hijo Perseo, estuvo dominado totalmente por la lucha contra Roma. Filipo V era un príncipe que llevaba su energía hasta la violencia. Se dejó llevar por los aqueos a una guerra con los etolios, «la guerra de los aliados», que finalizó en 217 con la paz de Naupacta, basada en la *uti possidetis*. La primera guerra de Macedonia, en la que los etolios y Pérgamo estaban al lado de los romanos, mientras que Filipo se había aliado con Aníbal, terminó en Fénice (205) con el reparto de Iliria entre Roma y Filipo. La segunda guerra, en la que los etolios e incluso los aqueos eran aliados de Roma, provocó la derrota de la falange macedonia en Cinoscéfalos (197). Al año siguiente, la paz obligó a Filipo a renunciar a Tesalia y Grecia y a entregar su flota. Flaminio proclamó en Corinto la libertad de los griegos.

Perseo volvió a la lucha, pero era un hombre poco resuelto y avaro y estaba lejos de poseer las cualidades de su padre. La tercera guerra de Macedonia acabó en derrota: vencido en Pidna (168), fue llevado a Roma con el triunfo de Paulo Emilio. Macedonia fue dividida en cuatro distritos antes de ser reducida a provincia (148). En el 146, Lucio Mummio tomó y arrasó Corinto tras una revuelta: esta acción infame hizo desaparecer una de las más bellas ciudades de Grecia. A excepción de Esparta, Atenas y Delfos, que obtuvieron el título de federadas, todas las ciudades de Grecia debían pagar tributo. Grecia estuvo sometida al procónsul de Macedonia hasta el 27, año en que Augusto la convirtió en una provincia especial: Acaya. Fiel a sí misma, se derrumbó, y, al preferir una alianza con los bárbaros romanos a soportar el yugo macedonio, despreció toda coacción: no hay que olvidar que, en Cinoscéfalos, los furiosos asaltos de los etolios determinaron, en parte, la victoria romana.

Macedonia fue, sin duda, el menos brillante de los reinos helenísticos, entre los cuales ocupa un lugar muy especial. Desde luego, durante mucho tiempo su poder militar fue considerable, gracias al valor de la falange reclutada sobre el terreno, y a la que, por otra parte, pronto hubo que incorporar mercenarios gálatas y, posteriormente, ilirios y cretenses, e incluso sirios; tampoco su flota, excepto con Gonatas, estuvo nunca a la altura del ejército, a causa de sus limitados recursos financieros y de la concentración

de la tierra en manos de unas pocas familias. Por otra parte, su proximidad a Grecia la arrastró a una serie de intrigas, dada la propensión de los griegos a confundir sus sangrientos juegos con la defensa de la libertad. La fuerza de las tradiciones era tal que no aparecen allí ni el culto monárquico ni la administración jerarquizada de las cortes de Oriente (sólo se conoce un alto funcionario: el secretario del rey). Sin embargo, el papel desempeñado por Macedonia fue considerable: sus reyes aseguraron la protección del helenismo contra los turbulentos vecinos del norte y contra las incursiones celtas; fueron los únicos en luchar con todas sus fuerzas contra las exacciones de Roma. Y aunque la empresa pudiese resultar inútil, no fue por ello menos digna del glorioso pasado de la Hélade.

El reino de Epiro

La montañosa Epiro estaba habitada por tres pueblos: los molosos, los tesprotes y los caonios. En el siglo IV, los molosos incorporaron las demás tribus a un Estado federal que se llamó sucesivamente *koinón* de los molosos y simmaquia de los epirotas: unas inscripciones hacen referencia a su asamblea (*ecclesia*) y a su magistrado principal (el prostato). Al frente del Estado había un rey que pertenecía a la dinastía molosa de los eácidas, que pretendían descender de Pirro-Neoptólemo, hijo de Aquiles (véase la pág. 11). Entre los más importantes cabe destacar a Alcetas I, un poderoso príncipe, aliado de Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa, y, sin duda, el verdadero fundador del federalismo epirota, y Alejandro I, cuñado de Filipo II de Macedonia, prestigioso monarca que, por vez primera, acuñó moneda con su nombre.

Pirro

De hecho, sólo hubo un príncipe que contara en la línea de sucesión de los eácidas, Pirro, cuya violenta codicia azotó Grecia y Occidente a lo largo de veinte años. Dotó a su reino de nuevas fronteras, anexionándose provincias epirotas sometidas a Macedonia desde Filipo II (Parauaia, Timfea, Atintania, Atamania, Anfiloquia), una parte de Iliria, Ambracia, y Acarnania. Su verdadero anhelo era conquistar Macedonia, y lo consiguió ayudado tanto por su capacidad para maniobrar entre las intrigas reales como por su valor y sus brillantes dotes en el campo de batalla. Pero, desalojado del trono por Lisímaco, comprendió que los recursos

de su reino, a pesar de haberse ampliado considerablemente, eran insuficientes para permitirle actuar.

En el 281 tuvo una nueva oportunidad cuando los tarentinos reclamaron su ayuda contra los romanos. Siguiendo el ejemplo de su primo, Alejandro Magno, que mostró hasta dónde se podía llegar con un espíritu apasionado, encaminado a la consecución de un fin sobrehumano, acompañado por el sentimiento de ser descendiente del ardoroso Aquiles, puso rumbo a Italia, donde alcanzó los éxitos más brillantes, y pasó después a Sicilia para defender a los griegos contra Cartago. Paladín del helenismo, creó un vasto reino en Occidente, pero, abandonado por sus propios aliados, volvió a Epiro para obtener nuevos recursos, sin renunciar al gran proyecto de un Estado unificado de las Dos Sicilias y dejando, además, un hijo en Tarento con un importante contingente armado.

Reconquistar el trono de Macedonia fue un juego para él, de modo que se lanzó al asalto del Peloponeso. Su muerte en Argos sólo tornó definitiva una derrota en Occidente que él siempre creyó provisional.

Pirro, uno de los genios militares con más talento de la Antigüedad, el único, según Apiano (*De rebus Syriacis*, 10, 39), digno de ser comparado con Alejandro, fue también un organizador. Ya habrá ocasión (véanse las págs. 39 y sigs.) de analizar su política en Occidente. En el propio Epiro, su actividad no fue menos importante: poco a poco, su reino abandonó la barbarie, su nueva capital, Ambracia, se convirtió en una hermosa ciudad, dominada por el palacio real y adornada con numerosas obras de arte; el santuario de Dodona albergó nuevas construcciones y se intensificaron las relaciones económicas con Italia.

El fin de la monarquía

A la muerte de Pirro, Alejandro, su hijo, firmó la paz con Gonatas, pero, con motivo de la guerra de Cremónides, intentó ocupar de nuevo Macedonia, sufriendo tal derrota a manos del hijo de Gonatas, el joven Demetrio, que tuvo que refugiarse en Acarnania; la ayuda de sus aliados le permitió restablecerse en Epiro y, antes de desaparecer, se repartió Acarnania con los etolios.

Tras Alejandro, la reina Olimpias buscó una alianza con Macedonia, pero sus dos hijos, Pirro II y Tolomeo, murieron uno tras otro y la monarquía fue derrocada.

Se instauró entonces una república, dirigida por un colegio de tres estrategas, sin duda elegidos por la asamblea de los epirotas, que tomaba

decisiones, asimismo, con respecto a la guerra y la paz, las alianzas, la elección de embajadores y la concesión del derecho de ciudadanía. Al igual que en la monarquía, el prostato, que aparece en los decretos federales, debía presidir la asamblea de los epirotas. El secretario del consejo (*synedrion*), cuya composición se desconoce, desempeñaba también un papel importante en la gestión de los asuntos de la comunidad.

Los piratas ilirios se apoderaron de Fénice, la fortificación más importante, y Epiro, reducida a las tres tribus originarias, se alió con ellos. En el 219, la protección macedonia no impidió el saqueo de Dodona por los etolios. La intervención romana durante las guerras de Macedonia transformó Epiro en campo de maniobras para los ejércitos de ambos bandos y dividió a la población, una parte de la cual colaboró con el invasor occidental, mientras que la otra apoyó a la Macedonia de Filipo V y de Perseo. En el 167 llegaría la venganza de Paulo Emilio, que destruyó sesenta y siete ciudades, vendió como esclavos a 150.000 habitantes y arruinó el país, que se incorporó a la provincia de Macedonia (148).

La renuncia a Occidente

El mundo colonial carecía de la vitalidad de antaño. Habrá ocasión de estudiar el papel de las ciudades del Ponto y de Marsella en la difusión del helenismo. Pero, a la sazón, Cirene estaba bajo dependencia egipcia y la Grecia de Italia y de Sicilia no tardaría en ser anexionada por Roma. El declive sólo sería frenado por las empresas de un Agatocles, de un Pirro, de un Hierón II.

La monarquía de Agatocles (319-289)

La situación en todo el Occidente griego era grave. Desde finales del siglo IV, Roma había sometido Campania y estaba cada vez más interesada en la Magna Grecia. Los itálicos aumentaron su presión sobre las colonias helénicas descendiendo hacia el sur. Para defenderse, Tarento reclamó, en primer lugar, el auxilio del rey de Esparta, Arquidamo, luego el de Alejandro el Moloso, que obtuvo un efímero reino de Posidonia en Regio, y, por último, el del lacedemonio Cleónimo.

Sicilia vivía bajo la amenaza púnica. En Siracusa, que era la ciudad más próspera, Agatocles, un demócrata, tomó el poder eliminando a los

oligarcas. Sometió la Sicilia oriental y volvió de nuevo a la lucha contra el enemigo ancestral: al no poder someterlo en la isla, se dirigió a Libia mediante un golpe de insólita audacia con el que se mostró como un digno precursor de Escipión. La empresa terminó en fracaso, pero logró imponer a los cartagineses una paz de *statu quo* y el pago de una indemnización en metálico y en trigo.

Agatocles adoptó el título de rey, que, imitando a los monarcas orientales, acuñó en sus monedas. Pero aquel antiguo alfarero detestaba los fastos y seducía al pueblo con su bondad y su talento de actor. Más cruel que Fálaris, ejerció la violencia por toda Sicilia y procedió en Siracusa a una serie de purgas que llevaron a la desaparición de sus más encarnizados enemigos: los aristócratas.

Su notoriedad era tal que los tarentinos, hartos de los servicios de los libertadores que habían llegado de Grecia, recurrieron a él. Luchó en Italia contra los brucianos —de Bruttium, actual Calabria— y sometió Crotona. Logró también apoderarse de Corcira y la entregó, junto a su hija, a Pirro.

Este nuevo Dionisio el Viejo tenía claro que sólo un poderoso reino griego de las Dos Sicilias podía salvar a Occidente, pero topó con demasiadas resistencias, especialmente la de los oligarcas desterrados, refugiados en Agrigento. Al morir (289), los habitantes de Siracusa recuperaron la libertad, según su voluntad, pero la perdieron por sus disputas. Los cartagineses seguían siendo una amenaza y los mercenarios campanianos de Agatocles, los mamertinos, instalados por la fuerza en Messina, aterrorizaban Sicilia.

La gesta de Pirro en Occidente (280-275)

Parecía que Occidente había encontrado a su salvador en Pirro, cuya ayuda también reclamaba Tarento, y que, asimismo, trataba de establecer un reino a ambas orillas del estrecho de Messina.

Por primera vez, Tarento tenía quejas no de sus vecinos itálicos, sino de los romanos. En el 303, había firmado con Roma un tratado que prohibía a sus navíos superar el cabo Lacinion (actual Colonna) y que los romanos violaron en el 282; en una tumultuosa asamblea, el pueblo de Tarento decidió, bajo el impulso de los demócratas, ir a la guerra. Al carecer de jefe, acudieron a Pirro, que ya había dado admirables pruebas de su genio militar y a quien aburría la inactividad.

Al principio, Pirro fue recibido con entusiasmo e incorporó a su causa no sólo las ciudades de la Magna Grecia, sino también a los bárbaros itálicos (lucanos y brucianos). Pero no tardó en ser mal visto por los tarentinos cuando trató de imponerles una severa disciplina. En todo caso, sus éxitos fueron impresionantes: por dos veces salió victorioso, en Heraclea (280) y en Ausculo (279); tras una audaz marcha, acampó en Preneste, desde donde pudo contemplar la humeante Roma. Así, ofreció por dos veces la paz a los romanos, quizá porque reconocía su valor guerrero y su osada obstinación pese a la derrota, pero, sobre todo, porque no pretendía anular su poder: prefería entenderse con ellos para consagrarse a la construcción del gran Imperio griego de Occidente, que antes que él sólo había alcanzado, parcialmente, su tío, el Moloso, y su suegro, Agatocles.

A una nueva llamada, la de los sicilianos, amenazados por los bárbaros, Pirro partió, no sin incertidumbre, de Italia. No dio la espalda a la tarea emprendida; todo lo contrario: en la gran isla halló nuevos recursos para llevarla a buen puerto. Una vez más, todo empezó entre muestras de entusiasmo: proclamado *hegemón* y rey, logró grandes victorias sobre los cartagineses y conquistó todas sus provincias excepto Lilibeo, que no pudo tomar al asalto. Pretendió, entonces, seguir los pasos de Agatocles y atacar a la propia Cartago. Pero chocó con la indiferencia de sus súbditos sicilianos, que lo acusaban de tiranía.

Ante la ingratitud de los sículos, regresó a Italia, se enfrentó de nuevo a los romanos en una batalla incierta (Benevento), y prefirió recuperar su reino epirota a fin de acumular las fuerzas necesarias para su empresa. Sólo la muerte le obligaría a renunciar.

De esta manera se derrumbó su gran sueño: un reino que uniera bajo su férula a griegos y bárbaros helenizados de la Italia meridional y de Sicilia, el único capaz de poner freno a las ambiciones de Roma hacia el sur. La política monetaria que inició demuestra claramente la importancia de su plan; siguiendo el patron ático, acuñó monedas de oro y plata con su efigie para unificar Occidente tal como Alejandro había unificado Oriente. Pero, con flexibilidad y pragmatismo, emitió monedas de bronce fieles al patrón siciliano, que tenía la ventaja de presentar grandes analogías con el patrón romano de la libra. A esta luz, Pirro no aparece como el conquistador efímero de los historiadores griegos ni como el rey caballeresco de los analistas romanos, sino como un organizador sagaz y firme que, entre dos campañas, concibió vastos proyectos y los llevó a cabo sin prisas. Fue el Alejandro de Occidente, pero un Alejan-

dro que no tuvo la suerte de morir de malaria a los 32 años, en la flor de la vida.

La tentativa de Pirro fue el último esfuerzo del helenismo en Occidente. Si fracasó no fue porque la tarea le sobrepasara, sino porque, a pesar de pequeños sobresaltos, ni los tarentinos ni los siracusanos estaban decididos realmente a ir a una lucha feroz, que les hubiera exigido renunciar a sus placeres y comodidades. Como un fruto demasiado maduro, el Occidente griego se sometió a la fuerza de Roma.

En la Magna Grecia, la pérdida de la independencia fue casi inmediata. Tarento capituló (272) cuando las tropas epirotas dejaron de apoyarla. «Tarento vencida, ¿quién podrá tener aún valor?» (Publio Annio Floro I, 13). Una tras otra, todas las ciudades se rindieron, y Locros se humilló hasta el punto de celebrar en sus monedas la *Pistis* (buena fe) de Roma.

Sicilia en tiempos de Hierón II (¿275?-215)

Por el contrario, Siracusa dispuso todavía de algunas décadas de independencia que aprovecharía al máximo durante el reinado de Hierón II.

Hierón se impuso por sus innegables cualidades personales. Era un hombre culto que escribía libros de agronomía, pero también era un soldado valiente, que a sus 90 años todavía fue capaz de batirse. Ante todo era un diplomático acostumbrado a moverse entre los poderes que acechaban Sicilia.

Instauró su autoridad en Siracusa tras derrotar a los mamertinos y recibió el título de rey. Su reino no era grande, pero él lo administró a la manera de los soberanos helenísticos. Del Egipto lágida tomó las principales disposiciones de la famosa *lex Hieronica*, que organizaba la recaudación de los impuestos sobre la tierra de los campesinos asociados a la monarquía y limitaba las ganancias de los recaudadores de impuestos —una ley que Roma adoptaría, no sin cambios profundos—. Hierón mantenía una poderosa flota e hizo perfeccionar las fortificaciones del Euríalo, ayudado seguramente por Arquímedes, su consejero militar de mayor confianza.

La industria artesanal y el comercio eran prósperos. Las monedas con el rostro acuñado de la reina Filistis son auténticas obras maestras. Hierón tuvo también el prestigio suficiente como para intervenir incluso en Oriente, ayudando a un Egipto hambriento y a una Rodas destrui-

da por un terremoto. Dotó a su patria de un nuevo teatro, que reemplazó al de finales del siglo VI, y de un altar monumental que medía un estadio (177,6 m) de largo. Se rodeó de artistas y de gente de letras, y así como Teócrito, que fue el primero en alabarlo en los *Idilios*, prefería a Filadelfo, bastaría con Arquímedes para dar lustre a Siracusa.

Cuando Sicilia se convirtió en campo de batalla entre cartagineses y romanos, Hierón actuó con prudencia. En el 263 se alió con Roma, su antigua enemiga, y se reconoció tributario de ella, y, en el 148, logró ser exonerado del tributo. Los servicios que prestó contribuyeron a la victoria romana. Roma anexionó Sicilia, pero Hierón conservó su reino hasta su muerte, acaecida en el 215, en plena segunda guerra púnica. A la sazón, Siracusa se creyó capaz de romper la alianza con Roma y tomar partido por Aníbal. En 212, Marcelo la tomó al asalto —pese a las máquinas de asedio de Arquímedes, que murió víctima de la soldadesca— y la cedió al pillaje, tras lamentar profundamente su destino. La Sicilia griega había muerto.

Los reinos de Oriente

Sería en Oriente donde la forma monárquica heredada de Alejandro experimentaría su pleno desarrollo, en dos vastas agrupaciones surgidas de la partición del Imperio: el reino de los lágidas y el de los seléucidas. Entre los Estados surgidos del desmembramiento de este último, uno merece una atención especial: el reino de Pérgamo.

El reino lágida

Egipto, del que Tolomeo, hijo de un barón macedonio y fiel compañero de Alejandro, logró asegurarse la posesión, estaba considerado como el más rico, si no el más extenso, de los reinos helenísticos. Tuvo la suerte de ser dirigido durante un siglo por soberanos enérgicos que supieron realzarlo y crear a su alrededor un verdadero Imperio. Pero a este apogeo, durante el que recuperó el poder y esplendor de los grandes faraones, había de seguir una larga decadencia.

Tolomeo I, príncipe prudente y tenaz, demostró ser un pionero en todos los terrenos. Empezó por anexionar tierras en torno a Egipto tratando de llevar a su reino más cerca del Mediterráneo. Introdujo la mo-

neda, atrajo a gentes griegas e intentó retener a sus mercenarios convirtiéndoles en propietarios. Inauguró una política de colaboración entre griegos e indígenas proponiéndoles adorar a un nuevo dios: Serapis. Por ser él mismo escritor, y amigo del filósofo-tirano Demetrio de Falero, Tolomeo no descuidó el cultivo del espíritu y fundó un museo y una biblioteca.

Su hijo, Tolomeo II (283-246), desposó, siguiendo las costumbres faraónicas, a su hermana Arsínoe —por lo que se le conoce como Filadelfo— y desarrolló la obra de su padre. Su política exterior, basada al mismo tiempo en los enlaces reales y en la guerra, fue especialmente activa contra los seléucidas (primera y segunda guerra siria). En el momento de máxima expansión de su poder, dominaba Cirene, Chipre, Panfilia, Licia y Celesiria,[3] y ejercía la hegemonía sobre la confederación de los Nesiotes. Sus inquietudes culturales también le movieron a crear embajadas en Roma e India. En el plano interior, dotó a Egipto de un armazón administrativo que le permitió explotar al máximo sus riquezas, gracias a los monopolios y a una rigurosa fiscalidad; reformó la moneda, hizo acondicionar el canal de Necao y el inmenso oasis del Fayum, y siguió captando mercenarios y capitalistas griegos. Gracias a él, el museo y la biblioteca alcanzaron pleno desarrollo. Además, su corte era punto de encuentro de los poetas, los sabios y los médicos más ilustres.

Su hijo, Tolomeo III Evergetes (246-221), empezó llevando a cabo campañas en Asia que parecían resucitar las hazañas de los grandes faraones del Imperio nuevo, pero en la segunda mitad de su reinado se durmió en los laureles, quizás ahíto de tanto botín. La corte no tenía nada que envidiar al reinado de su padre. Amplió la biblioteca, envió exploradores al golfo Pérsico y apoyó los trabajos de Eratóstenes.

Sin embargo, empezaron las alteraciones sociales y fluctuaciones monetarias que se multiplicarían con sus dos primeros sucesores, cuyo reinado señala el viraje del Egipto lágida. Tolomeo IV Filopátor, amenazado por las ambiciones de Antíoco III, aún alcanzó una brillante victoria en Rafia (217), pero tuvo que incorporar egipcios a su ejército, quienes volvieron sus armas contra él hasta obligarle a hacer concesiones a los nativos. Con Tolomeo V Epífanes, Egipto perdió Celesiria: de todo su Imperio, sólo quedaban Chipre y Cirene. Pese a iniciar su reinado concediendo una amnistía y privilegios, como demuestra la famosa pie-

3. Llanura entre el Líbano y el Antilíbano, cerca de Heliópolis (Baalbek) y de Calcis del Líbano, actual Baqa'a.

dra Rosetta, las rebeliones se multiplicaban tanto en la capital como en la Tebaida. Las fluctuaciones monetarias, que habían empezado en el 234 con Evergetes,[4] acabaron siendo tan graves que en el 210[5] las piezas de oro y plata prácticamente desaparecieron, lo que cercenó poco a poco a Egipto del gran comercio mediterráneo.

A la muerte de Tolomeo V, empieza un largo período de decadencia y ruina que abarca los siglos II y I. Dos hermanos se disputaron el trono, Tolomeo VI Filométor y Tolomeo VII Evergetes II —llamado Fiscón («Morcilla»), y al que sus súbditos preferían llamar Cacergetes (Malhechor)—, apoyados respectivamente por Antíoco IV y Roma. La plebe de Alejandría empezó a intervenir directamente en la elección de los soberanos imponiendo a Tolomeo VIII, echándole, volviéndole a reclamar, dando muerte a Tolomeo X. Un bastardo de Tolomeo VIII, Tolomeo XIII Neos Dionisos, llamado Auletes (el Flautista), usurpó el trono en connivencia con Roma y consiguió mantenerse en él comprando *imperatores* —entre ellos, César—. Expulsado por un pueblo indignado con la anexión de Chipre por parte de los romanos, regresó oculto en el equipaje del procónsul de Siria y fue reinstaurado en el año 55. Las tropas romanas permanecieron estacionadas en Alejandría y el publicano C. Rabirio se convirtió en *dioketes*.[6]

La abyección y los estupros de la corte, la movilidad y crueldad de la plebe de Alejandría, la constante amenaza de intervención de Roma, para la que Egipto era la mejor presa, y el desvergonzado servilismo de sus dirigentes explican la creciente debilidad de la monarquía, arruinada por la pérdida del Imperio, por la falta de mantenimiento de las instalaciones hidráulicas, por la huida de los campesinos y por las concesiones que se hicieron a los sacerdotes y a los clerucos. Los altos funcionarios se independizaban del poder y los sacerdotes, más ricos que el rey, se erigían en protectores de los fellah. La anarquía, el abandono y la deserción reinaban por doquier.

Las disputas se recrudecieron a la muerte de Auletes, momento en que su hija, Cleopatra, demostró ser una gran soberana. La reina de los

4. Se debieron a la contracción del Imperio, fruto de las relaciones comerciales, que hicieron disminuir las partidas de plata.

5. Véanse las págs. 76-77.

6. Sobre el *dioketes*, véase la pág. 57.

grandes ojos dorados era algo más que una simple aventurera o hechicera, y sabía utilizar su encanto para los proyectos importantes. Sedujo a César, sedujo a Antonio y, junto a él, soñó en un Imperio de Oriente que había de devolver a Egipto las fronteras establecidas durante el reino de Filadelfo y que equilibraría el poder romano; pero huyó de Actium (31) cuando la batalla entre Octavio y Antonio todavía no estaba decidida y no pudo seducir a Octavio. La última lágida prefirió la mordedura del áspid al carro del triunfador (30). El único territorio griego independiente aún fue anexionado al Imperio romano.

La Cirenaica

Cirene, anexionada por Alejandro, volvió a manos de Tolomeo a la muerte de aquél. Pero su situación, alejada del valle del Nilo, la convertía en una presa fácil para aventureros como Tibrón y Ofelas, que murieron trágicamente, o Magas, que disfrutó de un largo y próspero reinado. Su hija Berenice se casó con Evergetes, después de haber dado muerte a un primer pretendiente en el lecho de su propia madre, y así unió Cirene a Egipto durante largo tiempo. Sin embargo, Tolomeo Fiscón le devolvió la independencia en beneficio de uno de sus hijos bastardos, Apión, quien la legó al pueblo romano (96). En el 74 se creó la provincia Cirenaica.

Durante toda la época helenística, la Cirenaica vivió una dilatada prosperidad.[7] Hubo numerosas construcciones, no sólo en Cirene, sino también en Tolemaida, una ciudad costera que se desarrolló notablemente, y en Euespérides, a la que se incorporó el nombre de Berenice. El hijo más ilustre de Cirene fue Calímaco, exquisito cantor de su patria que, sin embargo, vivió sobre todo en la corte de Alejandría. La *Venus de Cirene* muestra el esplendor de los talleres de escultura.

El reino seléucida

El imperio que Seleuco I le dejó a su hijo, Antíoco I, era extraordinariamente vasto, ya que abarcaba desde Afganistán hasta los Estrechos, y del Ponto a Siria. Y no menos diverso: en él se hablaban todas las len-

7. Sobre el comercio de la Cirenaica con el África profunda por las rutas del Sáhara, véase la pág. 209.

guas, como el griego, el persa, el arameo, las asiánicas (Asia anterior), y convivían todas las religiones, desde el politeísmo griego, al zoroastrismo, el judaísmo, o los cultos propios de Anatolia. Los contactos eran especialmente intensos.

Un progresivo desmembramiento

Las fuerzas centrífugas eran tan poderosas que la historia de este reino es la de su progresivo desmembramiento, que pudo ser mucho más rápido. Su verdadero centro era Siria, donde Seleuco había fundado en el 300 su capital: Antioquía del Orontes. Asimismo, la división se produjo básicamente en las regiones más alejadas de Siria: Anatolia septentrional y las satrapías orientales. A buen seguro, los seléucidas fueron víctimas de la decisión del fundador de la dinastía: sus antecesores, los Grandes Reyes, habían sido más sagaces al administrar su Imperio desde las capitales situadas en Irán, su centro geométrico. Pero Seleuco era un griego, y quería convertir su conquista en un Estado griego, es decir, mediterráneo.

Durante el reinado de Antíoco I, el Asia Menor septentrional y central se perdió y se constituyeron reinos independientes bajo la autoridad de dinastías autóctonas: Bitinia (que ni siquiera Alejandro había logrado someter), Paflagonia, la Capadocia póntica (también llamada reino del Ponto) y la Capadocia meridional (o Gran Capadocia). Los gálatas, cuya invasión aterrorizó a Anatolia, formaron un Estado en la alta meseta frigia, región que, desde entonces, se llamaría Galacia. Al mismo tiempo, se creó el reino de Pérgamo, muy modesto al principio, pero que se anexionaría casi toda la Anatolia meridional a expensas de los seléucidas.

Más al este, entre el Ponto y el Caspio, Armenia, que Alejandro no había logrado someter, pero a la que Seleuco I había impuesto tributo, quedó bajo la autoridad de príncipes propios. En la parte septentrional de Media, el sátrapa Atropates se proclamó independiente de Seleuco I y fundó un principado que sólo mantenía mínimos vínculos con los seléucidas: la Media Atropatena.

Con la muerte de Alejandro, el Punjab recuperó su independencia. Ya se verá (véase la pág. 218) cómo, poco antes del 250, el sátrapa de Bactriana se deshizo de la soberanía seléucida y se creó un reino grecobactriano en las fronteras orientales del Imperio. Una vez más, el helenismo se mantendría sólidamente implantado con reyes griegos. Pero la región comprendida entre Ocos y el Caspio fue conquistada en el 249

por bárbaros procedentes de las estepas turánidas,[8] los partos, de los que no se sabe si eran escitas o iraníes replegados poco antes de la invasión griega: bajo el mando de Arsaces, de la tribu de los aparnianos, y de su hermano Tirídates, ambos fundadores de la dinastía de los arsácidas, que trató de acercarse a los aqueménidas y que reinaría hasta el 227 de nuestra era, los partos crearon un nuevo Estado independiente, Partia,[9] cuyas ambiciones crecieron con la debilidad de los seléucidas. Mitrídates I (171-138) sometió Media, Pérsida y Babilonia, despojó a los soberanos de Antioquía de las provincias más ricas[10] y separó definitivamente a los griegos de Siria de los de Bactriana. Dejó por tanto a sus sucesores un reino que abarcaba del Éufrates a Herat y del Caspio al golfo Pérsico. Los romanos heredarían la amenaza que los partos hacían recaer sobre los reyes seléucidas. Desde entonces, de un imperio que había sido inmenso, casi tan extenso como el aqueménida, ya sólo quedaba Siria.

Un linaje de mediocres

Lo que permitió un desmembramiento tan deplorable fue la insigne debilidad de los monarcas seléucidas. Su poder se vio minado por las intrigas cortesanas, que daban lugar a asesinatos y usurpaciones, a menudo instigadas por reinas arbitrarias. Tampoco los más altos funcionarios eran de confianza, como Molón, estratega de Media, que se rebeló contra Antíoco III. Los lágidas de Egipto, con los que les unían tantos vínculos dinásticos, libraron contra los seléucidas una interminable disputa por la Celesiria.

Pero la mayor debilidad del reino tal vez radicase en la mediocridad de la mayoría de los soberanos, a pesar de haber contado con el alto ejemplo de su fundador, duro adversario que mereció el apodo de Nicátor («Victorioso»). Tras el fin del reinado de su hijo menor, Antíoco II

8. En el siglo III, el mundo de la estepa iraní estaba muy convulsionado (véase la pág. 171 para los sármatas). Se ha querido hallar la razón en la fuerte presión que los Hiong-nu (hunos) ejercieron hacia el oeste: el siglo III fue un siglo capital en la historia de estas tribus altaicas, ya que, en su segunda mitad, vería convertirse su federación en un poderoso Imperio.

9. Sobre la helenización del reino parto, véanse las págs. 212 y sigs.

10. Por otra parte, los seléucidas ya habían tenido dificultades con la administración de aquellas provincias, donde tuvieron que soportar a veces a príncipes vasallos: así, en Pérsida, los reyezuelos aqueménidas acuñaban moneda con el título de gobernadores o príncipes del feudo.

Teos, oscuras intrigas de palacio, en las que la reina Laodicea desempeñó un lamentable papel, provocaron la división del reino entre dos hermanos, Seleuco II Calínico y Antíoco Hiérax, a cuya muerte los seléucidas perdieron todas las posesiones al norte de los montes Taurus.

Sólo un príncipe detuvo momentáneamente aquella decadencia: Antíoco III (223-187), que restauró el poder debilitado por tantas intrigas; reconquistó gran parte de Asia Menor, recorrió Oriente hasta la India, volvió por Arabia en una deslumbrante retirada que recordaba la de Alejandro y arrebató definitivamente Celesiria a Egipto. En la cima de su poder, recibió merecidamente el apodo de Megas («el Grande»), pero sus ambiciones tropezaron con la envidia de Pérgamo y de Rodas, que apelaron a Roma, inquieta ya de que tuviese a Aníbal por consejero. Vencido por los Escipiones en Magnesia del Sípilo (189), fue despojado, por el tratado de Apamea, de la parte de Anatolia situada más allá del Taurus. Aquel príncipe intrépido y ambicioso, que habría podido ser un nuevo Alejandro, murió a raíz de una simple escaramuza contra una revuelta de sus súbditos de Susiana, dando con ello a los moralistas un ejemplo del poder de la Fortuna sobre el destino de un mortal.

Desde entonces la decadencia, debida sobre todo a los errores y torpezas de sus sucesores, ya fue irremediable. Entre los sucesores de Antíoco III todavía destacó uno de sus hijos, Antíoco IV Epífanes (175-168), quien, a pesar de acumular locuras y excesos, engrandeció Antioquía, favoreció las artes e intentó sinceramente difundir el helenismo. Pretendió lanzarse a la conquista de Egipto, pero el embajador romano Galo Popilio Lenas que le disuadió: trazó a su alrededor un círculo sobre la arena y le prohibió salir de él sin haber antes respondido a su *ultimatum*. Durante un siglo, la dinastía sobrevivió entre las más bajas intrigas, hasta que tuvieron lugar los triunfos orientales de Pompeyo, que se anexionó Siria en el año 64.

Esta última fecha fue crucial, ya que supuso el fin de la independencia para toda el Asia griega o helenizada. Al año siguiente, el último de los soberanos del Ponto, Mitrídates VI Eupátor, vencido definitivamente por Roma, prefirió ofrecer su cuello a la espada de un gálata. Cierto es que su dinastía no era de origen griego, ya que se remontaba a aquel Mitrídates I, príncipe de Cio en el mar Negro, que había impuesto su independencia a Seleuco I, pero se había helenizado profundamente, hasta el punto de que Eupátor bien puede ser considerado como el último de los grandes monarcas helenísticos. Aquel bárbaro refinado y cruel, enérgico y lúcido, hizo temblar Roma uniéndose a todos sus enemigos —Sertorio,

los piratas, Armenia— y dando muerte en Asia a todos los hombres que hablasen latín —unos 80.000—; sublevó Grecia contra Roma en nombre de principios democráticos que podían considerarse obsoletos desde hacía tiempo; unió bajo su cetro las orillas del Ponto Euxino, interviniendo en Crimea en respuesta a la llamada de Quersoneso y anexionándose el reino del Bósforo (107). Pero las sucesivas campañas de Sila, Lúculo y Pompeyo le impidieron toda posibilidad de éxito: por genial que fuese, un rey no podía resistirse a las apetencias de *imperatores* y publicanos.

Así pudo establecer Pompeyo el nuevo estatuto de lo que había sido la Asia griega. Ya existían tres provincias: Asia desde el 129, Cilicia desde el 101, y Bitinia, legada por Nicomedes IV, desde el año 74; Pompeyo amplió Cilicia, a la que incorporó Chipre en el 58, añadió a Bitinia la parte occidental del reino del Ponto, que arrebató a Eupátor, y creó la provincia de Siria. En cuanto a las regiones más periféricas, como el Ponto oriental, Paflagonia, Galacia, Capadocia, Armenia y Comagene, las dejó en manos de reyezuelos vasallos.

El reino atálida

El Estado atálida nació de una traición. Lisímaco había confiado la custodia de la ciudadela de Pérgamo, con un considerable tesoro, a un oficial de padre griego y madre paflagona, el eunuco Filetairo. Éste se pasó a Seleuco I (282), quien lo convirtió en dueño de Pérgamo a cambio de vasallaje. Su sobrino, Eumenes I, rompió con Antíoco I y se proclamó independiente. El paso decisivo lo realizó su sobrino y sucesor Atalo I, que obtuvo grandes victorias frente a los gálatas y osó arrogarse el título de rey (240), pero que, básicamente, estableció una alianza con Roma, de la que se mostró fiel amigo durante las dos primeras guerras macedonias. En adelante, esa alianza dominaría toda la historia de Pérgamo, pues convirtió a sus reyes en algo más que en soberanos de un pequeño reino anatolio y les permitió desempeñar un gran papel en la historia del mundo griego del siglo II.

El hijo de Atalo I, Eumenes II (197-159), un rey que unía la energía a la sutileza diplomática, contribuyó a desencadenar la guerra entre Roma y Antíoco III, luchó valerosamente junto a los romanos en Magnesia del Sípilo y se benefició ampliamente de la victoria, pues le fueron adjudicadas casi todas las tierras arrebatadas a los seléucidas en Anatolia (excepto Caria del Sur y Licia, entregadas a Rodas). Desde entonces, su rei-

no sería el más poderoso de Asia Menor, aunque tendría muchas dificultades para conservarlo, debido al odio que le profesaban todos sus vecinos y a la desgracia a que estaría expuesto el día en que, sin razón aparente, la poderosa Roma se dejara arrastrar por sus caprichos.

Semejante grandeza fue efímera. El segundo sucesor de Eumenes II, su hijo, Atalo III, falleció sin descendencia (133) y legó su reino a los romanos, otorgando la libertad sólo a Pérgamo y las ciudades griegas. Cabe preguntarse sobre la extraña decisión de un príncipe capaz de llevar su misantropía a la más sanguinaria de las tiranías en tanto ocupaba sus ocios cultivando plantas venenosas. ¿Reconocimiento de un estado de hecho? ¿Temor a alteraciones sociales, especialmente a revueltas de los siervos, que sólo Roma podía evitar? Roma aceptó el legado y constituyó una provincia de Asia (129) con Jonia y la región de Pérgamo, cediendo a los reyes vecinos, sus vasallos, las regiones periféricas: un momento crucial en el que, por vez primera, Roma ponía los pies en el suelo de Asia y de la que recibiría, según las palabras de Justino (36,3), «con sus recursos, también sus vicios» (*cum opibus suis vitia quoque*).

El reino de Pérgamo había nacido de una usurpación y sólo tuvo poder aliándose con los romanos contra los monarcas griegos. Sus soberanos, que no podían jactarse de una ascendencia macedonia ni basar su realeza en el derecho de conquista, hacían un triste papel al lado de los lágidas o de los seléucidas. Pero aquellos reyes comodones, afables y accesibles, crearon un estilo personal, y aunque se las arreglasen para explotar a fondo a sus súbditos, imponiendo pesados tributos a las ciudades y a los templos y exprimiendo a los campesinos en los dominios reales de la *khora* (dominio), tenían a su favor haber detenido a los gálatas, haber creado un activo centro de helenismo en Pérgamo y haber efectuado muchas edificiaciones en Grecia.[11]

El problema judío

Tras la conquista asiria, los judíos habían perdido su independencia, pero conservaban tradiciones nacionales muy arraigadas y extraían gran fuerza de la alianza que, según una de sus principales creencias, les unía a Yahvé. Dos grupos de evolución muy distinta se conformaron en Judea y en la Diáspora.

11. Sobre el pórtico de Atalo II en Atenas, véase la pág. 26.

En Judea

Judea formaba parte de Celesiria y, como ella, perteneció durante mucho tiempo a Egipto. Recuperada por Antíoco III, formó una comunidad administrada por el sumo sacerdote y un consejo (el *Synédrion* o Sanedrín), que disponía de los inmensos tesoros del Templo. En el plano espiritual, Judea estaba profundamente dividida: los unos, los Piadosos (*hasidim*), vivían en un rigor austero y rechazaban toda contaminación extranjera; los otros, sobre todo los miembros de la aristocracia, se helenizaron y renunciaron voluntariamente a ciertas prácticas de la Ley. La lengua griega se difundió en Palestina, donde la élite hablaba tanto griego como arameo; son frecuentes los nombres griegos. El «judaísmo reformado», muy alejado de las tradiciones mosaicas, halló su máxima expresión en el sumo sacerdote que helenizó su nombre como Jasón y que no dudó en enviar una ofrenda de 300 dracmas de plata a los juegos quinquenales de Melqart, el Heracles tirio. Abolió la constitución e instituyó un gobierno parecido al de una *polis*; estableció un censo de miembros del *demos*, es decir, ciudadanos; asimismo, quiso crear instituciones educativas de tipo helenístico y osó levantar un gimnasio a los pies de la colina de Sión (175).

Antíoco III no dudó en otorgar a los judíos la autonomía de la que habían gozado con los lágidas. Sus sucesores fueron menos tolerantes y desencadenaron una reacción nacionalista que terminó en un enfrentamiento abierto. Seleuco IV envió a Jerusalén a su visir, Heliodoro, que se dejaría corromper por los judíos: pretende la leyenda que unos ángeles le presionaron y le obligaron a cumplir su misión. Las cosas se agravaron con Antíoco IV, decidido partidario de la helenización. Con motivo de la construcción del gimnasio, se produjeron alteraciones, el rey profanó el Templo con sacrificios cruentos y entronizó la estatua de Zeus, al tiempo que prohibía la circuncisión y el sabbat. Así estalló la guerra santa predicada por Judas Macabeo, que recuperó Jerusalén y purificó el Templo (165).

La lucha prosiguió con distintas alternativas, aunque siempre fue muy encarnizada. Los judíos conspiraron hábilmente y se aprovecharon de las disputas dinásticas de Antioquía y del apoyo de Roma. Finalmente, el sumo sacerdote Simón se vio reconocido como etnarca (jefe del pueblo), aunque aceptó rendir vasallaje. Su nieto, Aristóbulo, cuyo nombre indica ya el grado de helenización, restauró el reino judío, fue proclamado rey (104) y fundó la dinastía de los asmoneos, que conservó el

poder hasta la época de Herodes. Ningún seléucida fue capaz de poner fin a aquella disidencia y, en adelante, ya siempre estuvo presente la «cuestión judía», que los romanos heredaron.

En el siglo II aparecieron dos sectas antagonistas, opuestas no sólo en cuanto al rito (especialmente respecto a la fecha de Pentecostés), sino también en cuanto al dogma. Los saduceos, reclutados sobre todo entre la aristocracia sacerdotal, profesaban cierto materialismo y negaban la resurrección de los muertos y la supervivencia del alma; muy ligados a los bienes de este mundo, se acomodaron de buen grado al helenismo. Los fariseos querían vivir según el rigor de la ley mosaica, y observaban minuciosamente las prácticas y comentaban los textos sagrados con una pasión no exenta de sutileza; contaminados por las doctrinas persas, creían en ángeles y demonios y en la resurrección final de los elegidos —una idea completamente nueva en el seno del judaísmo—. Sin duda, merecían algo más que la reputación de «sepulcros blanqueados» con que los reprendió Jesús, y, en todo caso, desde el siglo I, ejercieron una profunda influencia espiritual en el pueblo.

Como reacción contra el judaísmo oficial de saduceos y fariseos, en el siglo I apareció una secta reformada, la de los esenios: dependían de un mesías, el maestro de justicia, creador de una gnosis que bebía sobre todo del pitagorismo.[12] Tras la pasión y muerte del maestro (hacia 65), la secta de la Nueva Alianza, exiliada durante un tiempo en Damasco, se desarrolló considerablemente. En Qumran se ha encontrado el convento principal, donde los monjes esenios llevaban una vida ascética y de meditación, y su biblioteca (los famosos «rollos del mar Muerto»), que ha legado textos esenciales, entre los que destaca especialmente el *Manual de disciplina*. A pesar de las indudables diferencias —el maestro de justicia era «un Pitágoras judío» (A. Dupont-Sommer) que predica una doctrina esotérica a los iniciados, mientras que Jesús era un hombre sencillo que trataba de llegar al corazón de los humildes—, ambos mesías, con un siglo de por medio, presentan grandes parecidos. E. Renan no iba desencaminado al reconocer el esenismo como «un anticipo del cristianismo» y al afirmar que «el cristianismo fue un esenismo que triunfó ampliamente».

12. La influencia del pensamiento griego sobre el esenismo es notable. Un salmo esenio identificaba a David y Orfeo, no sin numerosas alusiones al pitagorismo: así se prefigura el Cristo-Orfeo de las catacumbas.

La literatura palestina es un buen testimonio de la vitalidad del judaísmo; su redacción en hebreo y arameo la contraponía decididamente a la surgida en Egipto. Además, a menudo era de inspiración nacionalista, dirigida contra la ocupación griega del país y sus violencias. El Eclesiastés (siglo III) expresa con vigor un materialismo pesimista, según el cual las miserias de la vida presente no pueden ser suavizadas por la perspectiva de un más allá bienaventurado; el autor se basaba estrictamente en Jeremías, Ezequiel y Job, pero, si era necesario, utilizaba a Heráclito, Zenón o Epicuro. El Eclesiástico (¿principios del siglo II?) muestra con más claridad aún la compenetración entre judaísmo y helenismo. Es un tratado sobre la educación dividido en breves capítulos intitulados, como las diatribas de los cínicos, que influyó en la literatura moral de los griegos y en los libros sapienciales de los hebreos: el propio tema de la educación aparece tratado con frecuencia en el mundo helenístico del siglo III. Pero hay una diferencia esencial: la filosofía griega tenía como ideal la autarquía, mientras que la judía insiste en la necesidad de la ayuda divina. El primer libro de los Macabeos, que narra la insurrección recurriendo a documentos oficiales y a una fuente seléucida, es un testimonio histórico fundamental. Pero, en lugar de la historia, suelen preferirse «las composiciones criptográficas que disimulan los hechos bajo apariencias noveladas o que los proyectan hacia el futuro en forma de símbolos o de cuadros vivientes» (R. P. Abel): el libro de Daniel comprende una parte histórica y una parte apocalíptica, y, frente a los crecientes atractivos del politeísmo griego, ensalza la grandeza del dios de Israel; el de Enoch contiene una revelación y visiones históricas.

Así pues, en tierra palestina, los judíos supieron conservar sus tradiciones y su espíritu nacional. De natural intolerante y nacionalista, suscitaron violentas reacciones: tras la profanación del Templo, los propagandistas seléucidas difundieron el rumor de que habían descubierto los preparativos para una muerte ritual y que al parecer se había adorado un asno en el Sanctasanctórum —acusaciones lanzadas durante largo tiempo contra los judíos antes de serlo contra los cristianos.

En la *Diaspora*

La emigración de los judíos lejos de Judea era un hecho antiguo, ya que se remontaba, al menos, hasta la gran catástrofe de 586: la caída de Jerusalén en poder de Nabucondonosor seguida del Éxodo. Fue la *Diaspora* (Dispersión), que se acentuó cuando la conquista de Alejandro anexio-

nó Palestina al mundo griego y, más aún, con las alteraciones judías del siglo II.

El área ocupada por esta dispersión era considerable. Se ha podido calcular que la población judía mundial en la época helenística ascendía a ocho millones y estaba agrupada, principalmente, en cuatro zonas: Babilonia, Siria, Anatolia y Egipto, cada una de las cuales comprendía más de un millón de judíos. Pero también eran numerosos en Cirenaica, en las islas del Egeo, en Grecia, e incluso en África, Italia e Hispania. Por todas partes se registraban conversiones —sobre todo entre las mujeres, ya que a muchos hombres les repugnaba la circuncisión—, y se formó una categoría de semiconversos, los *sebomenoi* («los temerosos de Dios»). Aunque sólo habrá un Templo, las sinagogas (lugares de reunión para la plegaria) se multiplican.

Fue en Egipto donde mejor se conocieron los judíos de la *Diaspora*. Allí fueron formando pequeñas comunidades desde el siglo VI; otros llegaron en gran número tras la anexión de Celesiria y, después, con la revuelta de los macabeos. Eran más de un millón, de los que 100.000 se afincaron en Alejandría, donde ocupaban dos de sus cinco barrios. Tendían siempre a agruparse en barrios propios. Ejercían todos los oficios: soldados, agricultores, artesanos, funcionarios, y, más raramente, comerciantes o prestamistas, algo que les diferenciaría de los judíos medievales. No había propiamente antisemitismo, pero, sin duda, suscitaban la desconfianza de los griegos, de los que eran sus mayores competidores; su particularismo chocaba, tal como lo reconocía en el siglo II un *Oráculo Sibilino* judío (3, 272): «Tus costumbres provocarán la ira de todos los hombres».

Mal organizados, salvo en Alejandría, donde su comunidad era administrada por un consejo de ancianos (*gerusia*), los judíos de Egipto, que vivían en contacto con los goyim, se helenizaron: la mayor parte de los que aparecen en los papiros llevan nombres griegos y, a principios del siglo II, abandonaron el arameo por el griego. Los textos sagrados fueron traducidos al griego a partir de Filadelfo: es la famosa versión de los Setenta, que tanta influencia ejercería a la hora de dar a conocer el Antiguo Testamento a los no judíos. También el hebreo, que ya no era necesario en las sinagogas, cayó en desuso.

Se formaron escuelas de exégetas, que aplicaban a la Biblia los métodos de interpretación de los estoicos. Los judíos crearon en griego obras filosóficas, tragedias, oráculos sibilinos. El admirable Filón (nacido poco antes de nuestra era) fue, al mismo tiempo, un rabino empapado de tradición hebrea y un filósofo ecléctico, y, en cualquier caso, uno de

los mejores genios especulativos de la Antigüedad: su capacidad de sintetizar dos pensamientos tan distintos prefiguró el sincretismo heleno-cristiano. Aunque él ya no pertenecía a la época helenística, era del linaje de aquellos judíos de espíritu abierto que, durante tres siglos, se impregnaron profundamente de la educación griega.

En este aspecto, es considerable la diferencia entre los judíos de Judea —cuya helenización fue, en el mejor de los casos, superficial— y los de la *Diaspora*, cuya asimilación de la cultura griega, especialmente en Anatolia, Siria y Egipto, fue más profunda, y que, aun permaneciendo fieles a lo mejor de su fe, es decir, al monoteísmo, no dudaron en renunciar a ciertas prácticas de su religión que les habrían hecho la vida más difícil en un mundo helenizado.

La monarquía helenística

El desmembramiento del Imperio de Alejandro y, posteriormente, el del reino seléucida, no hacen más que confirmar la gran innovación política que representaba la institución monárquica: pequeños o grandes, los reinos se instauraron por doquier.

El rey y la corte

Como en tiempos de Alejandro, en la ideología monárquica a la sazón constituida confluyeron factores muy distintos. Los filósofos, especialmente pitagóricos y estoicos, desarrollaron la concepción del hombre fuerte y providencial que había aparecido desde el siglo IV, sobre todo con Isócrates. Para ellos, el rey era la ley viviente y encarnada (*nomos empsychos*), lo cual se justificaba por su carácter divino. La plebe era, sobre todo, sensible al prestigio que confería la victoria: los éxitos militares le parecían la señal más patente del favor de los dioses. Así cobró cuerpo una monarquía absoluta que, por otra parte, imponía al rey unas obligaciones morales que los textos repiten hasta la saciedad: el monarca debía ser activo, benévolo con todos —y, especialmente, con los humildes—, filántropo y piadoso.

Pero los factores orientales no son menos evidentes. Herederos de las teocracias orientales, los soberanos helenísticos, al ser hijos de la divinidad y de los dioses, disponían de un poder absoluto. Fue así como

los lágidas aceptaron ser faraones. Tolomeo Soter no se sometió al ritual de la coronación pensando, sin duda, que era suficiente reinar por derecho de conquista, pero sus sucesores dejaron hacer a los sacerdotes, que les proporcionaban el fluido mágico del Horus viviente. En adelante, llevarían los cinco nombres característicos del poder faraónico: «Un adolescente valeroso, pleno de gloria, entronizado por su padre, poderoso *ka* de Ra amado de Amón, Tolomeo» —tal era Tolomeo II para un egipcio—. Una inscripción en el templo de Edfu señala que Horus concedió al monarca la tierra de Egipto con sus títulos de propiedad, redactados por Thot, el escriba divino.

La monarquía era hereditaria, y el sucesor del padre era el hijo mayor. Las excepciones son raras y se deben a intrigas cortesanas: así, Tolomeo I impuso como sucesor, en detrimento de su hijo mayor Tolomeo Cerauno, a un bastardo legitimado que se convertiría en Tolomeo II. A veces el padre asociaba a su hijo en calidad de corregente, sobre todo entre los seléucidas, que hacían actuar al príncipe joven como virrey en las satrapías orientales.

La reina desempeñaba un papel importante. A pesar del ejemplo contrario de Filipo y Alejandro, y quizá de Poliorcetes y de Pirro, los reyes practicaban la monogamia, atenuada, por otra parte, por el concubinato. Con muy pocas excepciones, elegían a su futura esposa entre las familias reinantes. Con Filadelfo, se introdujo en Egipto la costumbre local del matrimonio consanguíneo, destinado a conservar la pureza total de la raza, y que también adoptarían algunos seléucidas.

El rey se rodeaba de una corte (*aulé*),[13] cuyos usos remitían, a la vez, a los de la monarquía macedonia y de la monarquía persa; lucía la clámide y el casco o la *causia*[14] de los soberanos macedonios, pero también la diadema de los Grandes Reyes; aunque su palacio no se inspiraba en las gigantescas construcciones de los príncipes de Oriente, era confortable y lujoso. Poco a poco, se introdujo un protocolo que tendía a diferenciar al rey y los suyos del común de los mortales. Aparecieron títulos áulicos, que crearon un tipo de nobleza personal y no hereditaria: generalmente, se distinguía (porque variaban de una dinastía a otra) entre los «amigos del rey» y los «familiares del rey» (por ejemplo, «el padre putativo» o el «hermano de leche», títulos puramente honoríficos que proporcionaban

13. El vocablo apareció con este significado en algunos autores griegos del siglo IV al tratar de las costumbres persas.

14. Sombrero de fieltro de origen macedonio.

cierta pátina de realeza, aunque no implicaban verdaderos vínculos de parentesco). Si se añade el culto real, que estudiaremos más adelante (véanse las págs. 154-155), y la presencia de la efigie real en las monedas (los únicos que no representaban la imagen del soberano viviente eran los atálidas), puede calibrarse la importancia de una época en la que se instituyeron unas costumbres la mayoría de las cuales serían adoptadas por los emperadores de Roma y Bizancio y por los soberanos modernos.

La administración real

El rey era la ley viviente. Así pues, legislaba sin que sus decisiones tuvieran que ser aprobadas por ningún consejo o asamblea, y ésa era la diferencia esencial con el período clásico, en que la ley era la expresión de la comunidad. En los pormenores, los textos en los que se expresaba la todopoderosa voluntad del rey son variados: leyes (*nomoi*), reglamentos (*diagrammata*) y ordenanzas (*prostagmata*), que, a menudo, adoptan forma de cartas.

Como es natural, el rey, omnipotente en todos los aspectos, no podía conocerlo ni decidirlo todo por sí mismo, de modo que invitaba a sus «amigos» a celebrar un consejo para asesorarlo. A algunos de ellos les confiaba cargos que, en la mayoría de los casos, corresponderían a sendos ministerios, aunque, como funciones específicamente reales, siempre se reservaba el mando del ejército y los supremos pontificados. Aparece, generalmente, una suerte de visir, que, por otra parte, exhibe un título modesto (encargado de los asuntos), un gran canciller (especialmente importante en Egipto, donde la burocracia era agobiante), un ministro de Justicia (en Egipto, el juez supremo) y un inspector general de finanzas (entre los lágidas, el *dioketes*, y, entre los seléucidas, el encargado de las rentas reales).

La administración local era un calco de las de los reinos anteriores a la conquista de Alejandro y, como aquéllas, se basaba en la noción de territorio administrado por un delegado real. Pero tanto entre los lágidas como entre los seléucidas, se tendía a sustituir al jefe tradicional de región, nomarca o sátrapa, por un gobernador militar, que progresivamente concentró en sus manos todos los poderes,[15] y que adoptó por doquier el título de

15. Así, en Egipto, a partir del siglo II, el estratega recibía a menudo la intendencia de los ingresos reales, es decir, las atribuciones del ecónomo (jefe de los servicios finan-

estratega, heredado de la Atenas clásica (poco a poco, en el siglo IV, el estratega fue adquiriendo la estabilidad de un cargo funcionarial, lo que podría explicar el empleo de la palabra en la época helenística, un hecho en apariencia paradójico). La institución de los estrategas fue fundamental y, en gran parte, permitió que aquellos reinos, a pesar de la enorme desproporción entre griegos y naturales del país, pudieran subsistir.

Egipto quedó dividido en nomos (una treintena), que administraban los nomarcas, ayudados por un secretario real (basilicográmmata). En principio, cada nomo estaba a su vez dividido en dos toparquías, con un toparco y un topográmmata. Las toparquías estaban formadas, a su vez, por aldeas (*comai*), con un comarca y un comográmmata. Pero Soter introdujo un estratega en cada nomo, el cual, quizá ya con Tolomeo III, concentraba todos los poderes civiles y militares y reducía al nomarca a la gestión de los dominios reales. En el Alto Egipto, donde las revueltas nacionalistas fueron violentas, había un gobernador militar, el estratega de Tebaida, que tenía bajo su autoridad a los estrategas de los diferentes nomos e, incluso, en algunos textos, adoptaba el título de epiestratega.

Los seléucidas mantuvieron la división persa en satrapías, aunque incrementando ligeramente su número. Al parecer, también allí coexistían un gobernador militar, el estratega, y un prefecto, el sátrapa, cuyas funciones semejan desdibujadas.

El presupuesto real

Gracias a los papiros, es posible hacerse una idea del presupuesto real egipcio, cuyo montante era considerable, aunque difícil de establecer.[16]

Los ingresos pueden estar ordenados por secciones muy distintas, ya que no había ninguna riqueza, natural o procedente del trabajo del hombre, de la que el rey no recibiera su parte:[17]

---

cieros). En Tebaida se ha comprobado, en ciertos casos, la acumulación de los cargos de estratega y nomarca. Sin embargo, los lágidas lograron impedir que el estratega, omnipotente, se transformara en un dinasta independiente en demasía trasladándolo de un nomo a otro.

16. Filadelfo habría llegado a disponer de 14.800 talentos de plata anuales. La cifra parece baja, y más aún si fuera cierto que, en un Egipto debilitado y mutilado, Tolomeo Auletes también habría dispuesto de 12.500 talentos.

17. Tabla elaborada a partir de Cl. Préaux, *L'Économie royale des Lagides*.

1. Rentas de la tierra (véanse las págs. 81-82).
2. Rentas de minas y canteras, sobre las que el rey ejercía sus derechos de regalía.
3. Rentas extraídas de los transportes: el rey poseía una pequeña flota en el Nilo y, además, cobraba impuestos sobre las tripulaciones de particulares.
4. Licencias de pequeños comerciantes e importadores.
5. Ingresos de aduanas (aranceles de entre el 25 y el 50 %, destinados a proteger los ingresos de monopolios y concesiones).
6. Rentas de los bancos reales (véanse las págs. 77-78).
7. Derechos de registro, cambio y sucesión.
8. Impuesto sobre bienes raíces, que no afectaba a la propiedad, sino al uso de las fincas.
9. Impuesto sobre las personas (capitación basada en un censo que se realizaba cada catorce años, instituido quizás en el 220).
10. Rentas de los bienes sagrados (en el siglo III).
11. Tasas sobre clerucos y sacerdotes.
12. Tasa sobre la venta de esclavos.
13. Multas.
14. Ingresos del Imperio (en el siglo III): regalos, contribuciones...
15. Ingresos extraordinarios: botín por guerras victoriosas, impuestos suplementarios instituidos en caso de crisis.

Es sorprendente el número y variedad de las exacciones: el gran problema de los lágidas era acumular la mayor cantidad de riquezas posible, valiéndose tanto de las tradiciones egipcias como de las griegas. Era un sistema eficaz, pero nada coherente, ya que pueden observarse estratos cronológicos superpuestos: «Es la fiscalidad de Francia a finales del Antiguo Régimen» (Cl. Préaux).

Por lo demás, los gastos que debían soportar los lágidas no eran menos cuantiosos: el mantenimiento del ejército y de la flota (véanse las págs. 60 y sigs.), los sueldos de los funcionarios, los gastos de culto (que aumentaban a medida que envejecía la dinastía, consecuencia directa del culto real), las obras públicas tanto en el campo como en Alejandría, el suntuoso tren de vida real y el mecenazgo.

La carrera armamentista

En no inferior medida que la administración y la fiscalidad, el poder del rey helenístico descansaba en el ejército y la marina.

El ejército[18] era el de Alejandro, es decir, el ejército macedonio modificado en contacto con Oriente. La fuerza principal era la falange, una masa compacta, acorazada y erizada de hierro, una norma indefectible: Estrabón recordaría que «contra la falange compacta y armada, cualquier tribu bárbara y cualquier tropa ligera es impotente» (7, 306). El papel de la caballería era más importante que en la época clásica: los cuerpos ligeros destacaban en la escaramuza y surgieron auténticos coraceros (catafractarios) a la manera de Persia. Las tradiciones orientales también fueron importantes en el uso de carros falcados (a la manera iraní) por parte de los seléucidas y de elefantes por parte de los soberanos que podían procurárselos.[19] El elefante se convirtió en un elemento indispensable de la fuerza de choque helenística, hasta el punto de que el último rey de Macedonia, al no poseer ninguno, se hizo construir algunos de madera, a los que imprimían movimientos los hombres que llevaban ocultos en su interior.

Los efectivos eran considerables en relación con los de las *polis* clásicas. Filadelfo reunió 240.000 hombres y Filopátor, 75.000. En Rafia, el ejército seléucida comprendía 62.000 infantes y 12.000 jinetes. De ahí el terror que experimentaba el enemigo frente a tales despliegues, tan bien reflejado en el primer libro de los Macabeos, en el episodio de la batalla de Betzacaría: «Los judíos quedaron espantados al oír el estruendo de tal muchedumbre, el marchar de aquella masa y el chocar de sus armas. Era a la verdad un ejército extremadamente grande y poderoso» (6,41).

En relación con el siglo IV, no hubo grandes innovaciones en armamento: la gran lanza (*sarisa*) de los falangistas, la espada corta que sólo tiraba estocadas,[20] el casco, la coraza con lambrequín, el escudo macedonio, muy convexo. No obstante, el escudo oval de los gálatas se difundió en Oriente entre los mercenarios, y los jinetes adoptaron una rodela plana, originaria de Italia y probablemente traída por Pirro.

Los soberanos disponían de acantonamientos fijos para el estacionamiento y la instrucción de tropas: por ejemplo, en Pella, donde el rey de

18. Sobre el mundo de los soldados, véase la pág. 100.

19. Sobre el abastecimiento de elefantes, véase la pág. 207.

20. De ahí el pavor de los soldados de Filipo V ante los estragos de la espada ibérica de los romanos.

Macedonia tenía unas caballerizas con 30.000 yeguas y 300 sementales, o en Apamea del Orontes, donde los seléucidas entrenaban a sus 500 elefantes. Respecto a los campamentos de campaña, generalmente se prefería reforzar una posición natural, lo cual implicaba la existencia de un campamento irregular en el que cada cuerpo no tenía una plaza asignada. Sin embargo, Pirro fue al parecer un maestro en el montaje de campamentos armoniosamente dispuestos.

A grandes rasgos, el combate discurría como en la época anterior: se mantenían el choque frontal de dos falanges, acompañado de una serie de escaramuzas, en las que los elefantes ligeros desempeñaban un importante papel. No obstante, a veces se utilizaban disposiciones más elaboradas: Pirro dividió la *falange* en *batallones* separados por dos contingentes más móviles, creando así un frente más flexible; Filopemén combatió de la misma manera en Mantinea; Mitrídates Eupátor, al modo de los estrategas griegos, renunció también a la disposición masiva de la falange.

El asedio tenía un papel determinante. Todas las ciudades estaban fortificadas, desde Saint-Blaise (Bouches-du-Rhône) hasta Taxila. Incluso Esparta se dotó de muralla. De ahí la importancia de las máquinas, que los griegos utilizaban desde Dionisio el Viejo: máquinas de artillería,[21] que, bajo distintos nombres (arietes, torres, tortugas), partían del principio de la catapulta para demoler o socavar las murallas. La poliorcética se convirtió en una ciencia.

En el mar se asiste a una auténtica «carrera de armamentos navales» (Cl. Préaux). Se construyeron barcos gigantescos (el megalómano Tolomeo IV Filopátor tenía un navío con cuarenta hileras de remeros) y se alinearon flotas con imponentes buques de tonelaje normal (trirremes y pentarremes): Tolomeo I poseía escuadras de entre 150 y 200 unidades; Demetrio Poliorcetes, de 500; Pirro, de 200; y Antíoco III, de 100 barcos con puente y de 200 ligeros. Ello provocaba batallas más pesadas y menos ingeniosas, debido a las dificultades de maniobra; destaca, sin embargo, un nombre, el de Demetrio Poliorcetes, que, gracias a su habilidad, logró una victoria decisiva sobre Soter en Salamina de Chipre (306).

21. La artillería sólo se utilizaba en los asedios. No hay más que un ejemplo de la utilización de catapultas en campaña (batalla de Mantinea en 207). Sobre el progreso en el arte del ingeniero constructor de máquinas, véanse las págs. 130 y sigs.

En todos los conflictos, el comandante tenía un papel decisivo, sobre el que Polibio siempre centraba su atención; el historiador distinguía dos tipos: el capitán impulsivo (Filipo V o Perseo), que provocaba su propia derrota descuidando las coordenadas lógicas, y el estratega razonable (Filopemén, Flaminio, Paulo Emilio, Aníbal), auténtico héroe que sabía reunir la clarividencia y la audacia. El arte de la guerra, recogido en tratados, era estudiado por los generales, que también contaban con la ayuda de los técnicos, a quienes incluso se dirigían los soberanos bárbaros: Aníbal recurrió al lacedemonio Sósilos; Mitrídates V y VI a Dorileo el Táctico y a su sobrino, Dorileo el Joven.

Las instituciones helenísticas andaban preñadas de futuro, tanto en el plano de los hechos como en el de la ideología. El Trajano que presenta Plinio el Joven en su *Panegírico* es el heredero directo de un *basileus* y, sin ninguna duda, el estratega sirvió de modelo al procónsul y, más aún, al legado de Augusto (gobernador de las provincias imperiales); en cuanto al veterano romano, remite al cleruco. Pero el estudio de la economía y de la sociedad surgidas de la conquista de los reinos griegos de Oriente plantea problemas no menos apasionantes: pueden constatarse la misma audacia, la misma modernidad en las soluciones adoptadas, en las que estalla la vitalidad de un helenismo que rechazaba la esclerosis.

Capítulo 2

El mundo de la conquista: la explotación de los reinos

Los sucesores de Alejandro se encontraron con el mismo problema que él: organizar la vida económica y social de unos reinos en los que, tradicionalmente, era regulada por la autoridad real. Y a ello se aplicaron con la preocupación constante —que era la más lógica— de no trastornar demasiado el orden anterior. Pero las nuevas condiciones —desarrollo de una burguesía mercantil de origen griego y, en Egipto, introducción de la moneda— provocaron profundas transformaciones, especialmente visibles en las ciudades. La superposición de una clase de conquistadores a una masa de nativos vencidos (pero, en su mayoría, acostumbrados desde hacía tiempo a la dominación extranjera) dotó al mundo helenístico de su faceta más peculiar y lo convirtió muy a menudo en la prefiguración del Imperio romano.

La urbanización

Las civilizaciones arcaica y clásica habían coincidido con el auge de la *polis*, y fue en los grandes centros urbanos, como Mileto, Corinto, Atenas o Siracusa, donde se desarrolló la civilización griega; al sembrar el Imperio recién conquistado de numerosas Alejandrías, destinadas a helenizar Oriente y a realizar aquella fusión de razas que él consideraba necesaria, Alejandro demostró claramente ser el heredero de la tradición.

Sus sucesores siguieron de forma desigual su política, que no dejaría de inspirar, asimismo, la de Roma: los seléucidas dotaron a sus Estados de numerosas ciudades de nueva planta; los atálidas, a pesar de que Asia Menor estaba urbanizada desde hacía ya mucho tiempo, fundaron Pérgamo para disponer de una capital capaz de rivalizar con las grandes metrópolis de Oriente;[1] el Egipto de los lágidas continuó siendo básicamente rural, pero Alejandría, una creación de Alejandro, experimentó un prodigioso apogeo que la convirtió en la ciudad más importante del mundo helenístico (fig. 6).

Las creaciones de los seléucidas

Seleuco I fundó por su cuenta más de sesenta ciudades, dieciséis de ellas con el nombre de Antioquía (del nombre de su padre) y nueve con el de Seleucia. Las fundaciones se multiplicaron con Antíoco I, pero se detuvieron con sus sucesores hasta la llegada al trono de Antíoco IV Epífanes, con quien se recuperaron esplendorosamente. Por otra parte, no hay que dejarse engañar por la palabra fundación, que no implicaba necesariamente una creación *ex nihilo*, sino que podía significar un sinoceísmo de ciudades, o la elevación de una aldea indígena a la categoría de ciudad, cuando no un simple cambio de nombre.

Aquellas ciudades eran auténticas *poleis* en el sentido griego del término, con un territorio, una autonomía municipal —especialmente en materia jurídica y financiera—, con magistrados. Por supuesto, ya no eran Estados independientes como en la época clásica: en la mayoría de los casos, estaban estrechamente sometidas a la vigilancia de un gobernador (*epistates*) y, a veces, debían albergar una guarnición. Por otra parte, el rey multiplicaba las muestras de filantropía, participando con su propio dinero en la construcción de edificios públicos, ayudándolos en caso de catástrofe, y otorgándoles privilegios que acrecentaban su independencia, como el derecho de asilo o la inviolabilidad.

Los objetivos urbanizadores eran muy distintos. Las ciudades favorecieron el auge económico, que acrecentaba en igual medida el tesoro real;

1. Otras regiones fueron helenizadas en Anatolia bajo el impulso de los atálidas, especialmente Panfilia (llanura entre los montes Taurus y la costa meridional), tierra fértil en realizaciones urbanas que, como Pérgamo, «muestran un valor monumental, un incremento de las proporciones, una composición arquitectónica como en lugar alguno» (R. Martin). Perga, por ejemplo, posee magníficas murallas helenísticas.

permitieron la implantación de tropas, que vigilaban las grandes vías de circulación y las posiciones estratégicas: el ejemplo más claro se dio en Asia Menor, disputada encarnizadamente a los atálidas, donde eran numerosas las instalaciones de clerucos en forma de pequeños agrupamientos urbanos (*politeumata*). Las ciudades también hicieron disminuir las resistencias autóctonas, al dividir las antiguas satrapías entre las ciudades. Se ha llegado a plantear que, con ello, los soberanos encontraban la manera de satisfacer hábilmente las aficiones tradicionales de sus súbditos griegos, al ahorrarse lo gravoso de una administración como la que los lágidas debían utilizar en un reino estrictamente rural como Egipto. Finalmente, las ciudades tampoco olvidaban el designio de Alejandro: ya no se trataba de mezclar las razas, pero al menos soñaban con helenizar Oriente, con la doble finalidad de dominar a los nativos por asimilación y de difundir la superior civilización griega —la única digna del hombre.

Los resultados de aquella política fueron desiguales. Los seléucidas se crearon sus propias dificultades, porque las ciudades eran levantiscas, siguiendo la gran tradición griega, de modo que se registraron varias revueltas en Antioquía. Es cierto que el sistema persa de las satrapías no era mucho más favorable a un poder central fuerte. Por otra parte, los seléucidas limitaron sus ingresos al recortar los dominios reales para dotar de territorios a las ciudades, cuyos impuestos directos e indirectos proporcionaban rentas menores que la explotación de la tierra por los campesinos sujetos a la monarquía. Pero, más allá de los beneficios militares y económicos, la urbanización fue, políticamente, una medida hábil, ya que es indudable que favoreció la difusión del helenismo.[2] Mientras que los lágidas actuaban a menudo como acumuladores de capital, preocupados únicamente en aumentar sus rentas, los seléucidas se comportaban como reyes, y no descuidaban el supremo interés de su reino.

Dura y Antioquía

Las ciudades seléucidas se construyeron siguiendo el mismo modelo y las reglas estrictas del urbanismo de plano cuadriculado, difundido por

2. La difusión del derecho griego hasta el Irán seléucida es notable. Se han encontrado actas de manumisiones conforme a los usos griegos en la región de Gorgan (en el ángulo S-E del Caspio, en Hircania) y en Seleucia del Euleo (Susa): se hacían «en beneficio del rey y de la reina» y el esclavo se consagraba, tras su manumisión, a una divinidad —Serapis, en el primer caso, y la diosa indígena Nanaia, en el segundo—. Sobre el edicto de Antíoco III en Laodicea, véase la pág. 213.

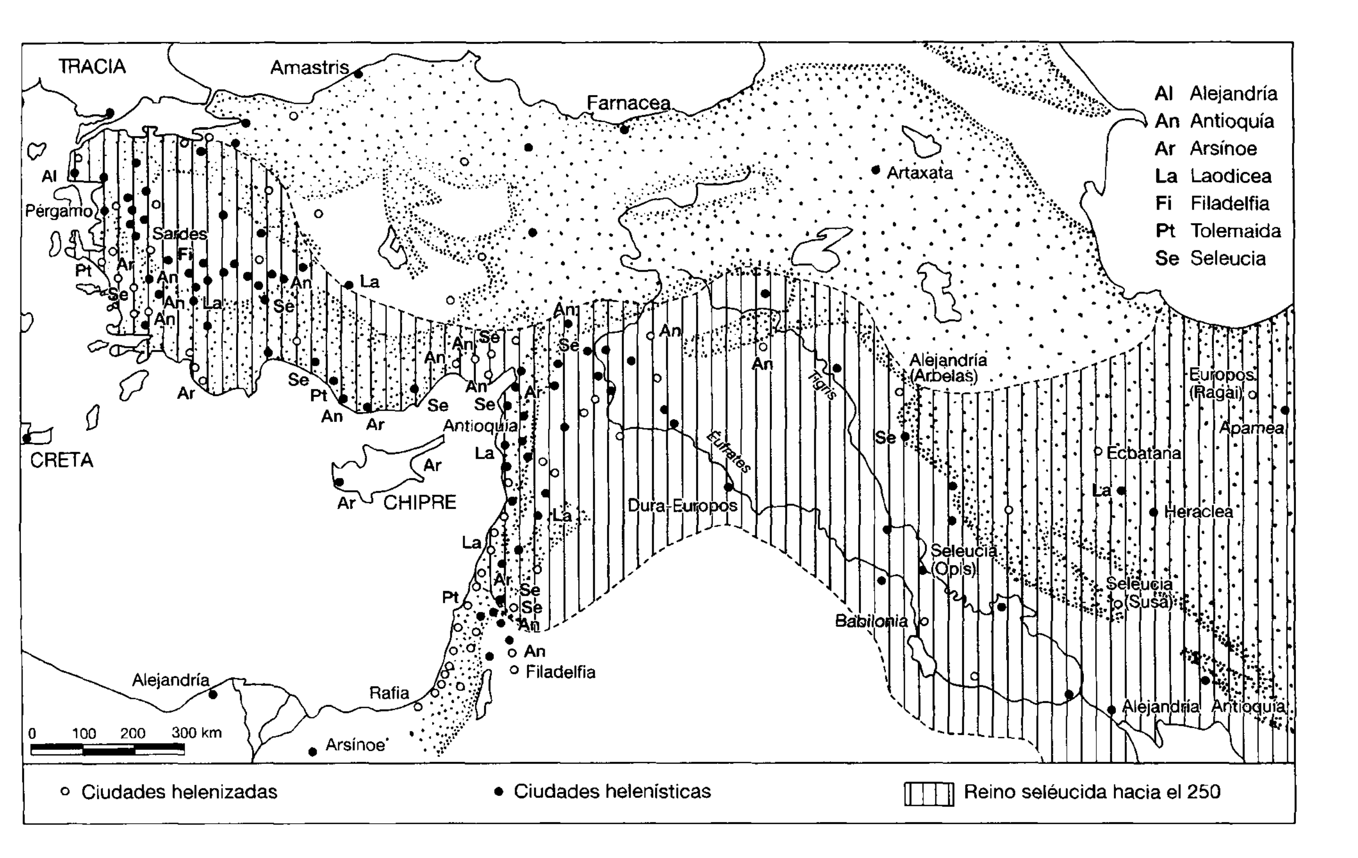


FIGURA 4. Urbanización de Oriente y creaciones dinásticas.

Hipódamo de Mileto.[3] Eran edificios construidos deprisa, que sólo en contadas ocasiones daban una impresión de monumentalidad y belleza.

Una primera zona de urbanización estaba formada por la antigua Mesopotamia, con Antioquía-Edesa, Antioquía-Nisibis, Dura-Europos, Seleucia del Tigris y Babilonia. De aquellas ciudades, la más conocida, gracias a importantes campañas de excavaciones, es Dura-Europos, en la orilla derecha del Éufrates, una creación de Seleuco I. Fortificación para vigilar el paso del río y centro comercial de primer orden, la ciudad estaba construida en forma de tablero alrededor de una gran ágora. Las instituciones eran griegas, con una *bulé*, un estratega, tesoreros, *sitonai* encargados del abastecimiento de trigo, pero el rey ejercía su control mediante un *epistates*. Los ciudadanos poseían *kleroi* (parcelas de tierra), que los nativos preparaban para ellos. Junto a los templos dedicados a los dioses griegos (Zeus Megisto,[4] Apolo y Artemisa), había numerosos santuarios de divinidades propias y el arte demuestra claramente el rápido predominio de los elementos orientales. En todo caso, la prosperidad económica era considerable y el desarrollo de Dura fue continuo durante la época romana, más allá del período de ocupación por los partos.

Sin embargo, las mejores creaciones seléucidas están en Siria, que, por otra parte, se convirtió en el centro del reino tras las sucesivas reducciones del mismo. Había cuatro ciudades importantes, dos puertos, Seleucia de Pieria y Laodicea (actual Latakia), y dos ciudades sobre el Orontes, Antioquía y Apamea.

Antioquía estaba situada en la orilla izquierda del Orontes, a 22 km de su desembocadura, en un rico valle que, en este lugar, alcanzaba los 40 km de anchura y cuyo fértil suelo y abundantes precipitaciones permitieron transformarlo en un vasto vergel. El Orontes, navegable hasta

3. El urbanismo hipodamiano apareció hacia el 480. La tradición lo vincula al nombre de Hipódamo de Mileto, un filósofo (¿pitagórico?) que, en realidad, sintetizó investigaciones anteriores llevadas a cabo, especialmente, en las ciudades coloniales. Se basaba en dos nuevos principios:

a) las calles se cortan en ángulo recto, lo que da una disposición en tablero, sin que, por otra parte, tenga que haber necesariamente dos ejes principales, como será el caso en las creaciones romanas;
b) el plano pretende ser funcional y, por ejemplo, reserva zonas especiales para el puerto, los edificios oficiales y las viviendas.

4. Muy grande.

el mar, estaba franqueado por una ruta que, en sentido opuesto, permitía alcanzar el Asia anterior con caravanas.

La ciudad, fundada en 300 por Seleuco I para 10.000 colonos, alcanzó un desarrollo considerable. A finales del período helenístico agrupaba, sin contar los populosos barrios nativos, entre 300.000 y 400.000 habitantes, repartidos en cuatro barrios: dos cercanos al río, creados desde su fundación, un tercero, Neápolis, en una isla del Orontes, añadido por Antíoco III el Grande, y un cuarto en las primeras estribaciones del monte Silpio, obra de Antíoco IV Epífanes, que también amuralló la ciudad. El plano se ceñía a las normas ordinarias del urbanismo helenístico: una gran vía, sobre la que se ordenaban las calles en ángulo recto, discurría paralelamente al río.

Las instituciones de Antioquía eran las de una *polis*, con *bulé* y arcontes. Muchos griegos habían llegado para unirse a los colonos macedonios de Seleuco I y la población autóctona era muy importante: numerosos sirios nativos, que se helenizaron rápidamente, y los judíos, agrupados en un gueto. Metrópolis cosmopolita con calles llenas de vida, una floreciente industria textil y capital del reino seléucida, Antioquía fue una de las ciudades más prósperas y vitales del Oriente helenístico. Pero, a pesar de los esfuerzos de algunos de sus reyes (Antíoco III y Antíoco IX intentaron crear un museo y una biblioteca) y pese a que se trabajaban los metales preciosos, no podía rivalizar con Alejandría o con Pérgamo como centro literario y artístico. Su destino era ser una ciudad del Levante mediterráneo, cuya incomparable riqueza y la propensión al lujo y los placeres se consolidarían en la época romana.

Pérgamo la Atálida

Muy distinto fue el destino de Pérgamo. La capital de los atálidas se levantaba a 30 km de la costa, sobre un espolón formado por dos afluentes del Caicos (actual Bakir), el Selinus y el Cetios: este saliente de traquita, a 335 m de altitud, ofrecía una vista admirable, aunque difícil de acondicionar debido a su altura. Los arquitectos lo consiguieron superponiendo tres ciudades, unidas entre sí mediante escaleras, con azoteas y terrazas que sostenían pórticos a dos plantas, que atestiguan un gusto innovador por lo pintoresco y que se adaptaban perfectamente al paisaje (fig. 5).[5]

5. Sobre el urbanismo de Pérgamo, véase la pág. 138.

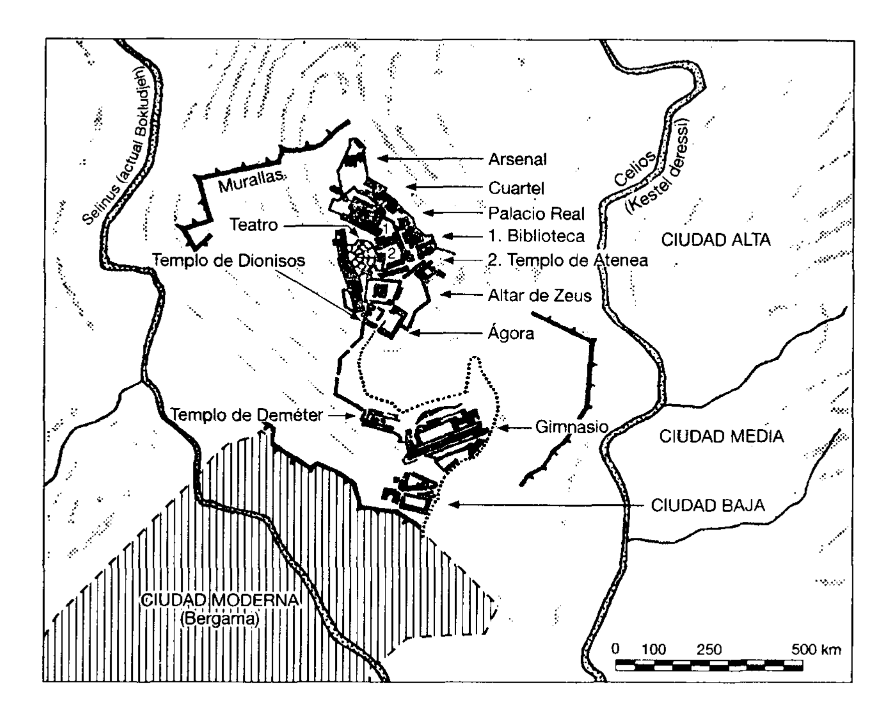


FIGURA 5. Pérgamo helenístico.

La ciudad alta, la más importante, y donde se concentraban las funciones políticas y administrativas, tenía una doble ágora, bordeada por un templo de Dionisos. En la planicie superior se alzaban el gran altar de Zeus y Atenea, uno de lo edificios más notables tanto por sus colosales dimensiones como por la belleza romántica de su decoración escultórica,[6] el santuario de Atenea Políada, delimitada por dos pórticos y que dominaba excepcionalmente el valle del Selinus (con su templo dórico de sobria decoración), la biblioteca y, en lo más alto, el palacio y un gran arsenal. Un poco más abajo, el teatro, suspendido sobre una larga terraza, en cuyo extremo se erigía el pequeño templo jónico de Dionisos.

En la ciudad media, un magnífico gimnasio, quizás el más bello del mundo helenístico, dispuesto sobre varios planos superpuestos, unidos por tramos de escaleras y pasajes subterráneos, y los templos de Demé-

6. Véanse las págs. 135 y 144.

ter y de Hera Basileia (Reina), separados por el Pritaneo. La ciudad baja, alrededor de una espaciosa ágora rodeada por una columnata a dos pisos, era el centro comercial. En resumen, aquella ciudad, erigida para rivalizar con Atenas, y donde vieron la luz tantas innovaciones, fue un logro admirable. «¿Qué tienen en común los trofeos con los que Roma jalona el mundo y la pasión con que los helenísticos hicieron, del vasto espacio de Pérgamo, una arquitectura desplegada desde el horizonte hasta los dioses?» (A. Malraux).

Semejante éxito se explica por las múltiples actividades que albergó Pérgamo por deseo de los atálidas. No es el comercio lo que justifica su desarrollo, puesto que estaba demasiado apartada de las grandes rutas que alcanzaban el Asia interior, pero era el centro de una rica campiña (trigo, olivares, viñedos) y se practicaba una cría científica por selección de especies. Se instaló en ella una industria diferenciada: perfumes, paños finos, papel de pergamino (cuyo nombre proviene del nombre de la ciudad). Además, era la capital de un Estado que, sin tener las dimensiones de los grandes reinos helenísticos, era uno de los más ricos y mejor administrados.

La ambición de los atálidas era convertir Pérgamo en la Atenas del mundo helenístico. Su biblioteca rivalizaba con la de Alejandría; el palacio real albergaba un auténtico museo de escultura, en el que, sin duda, nació la crítica de arte. Su escuela de retórica y sus talleres de escultores, partidarios del género patético y del efectismo (véase la pág. 144), eran justamente célebres, al igual que sus artistas dionisíacos, protegidos también por los soberanos, y gracias a los cuales la ciudad se convirtió en el principal centro de arte dramático. Tal vez el mejor homenaje a Pérgamo sea el de Plinio el Viejo (33, 149): «A partir de la muerte de Atalo [el soberano que legó sus Estados a Roma], los romanos empezaron a amar, y no solamente a admirar, las maravillas extranjeras». En cuanto a servir de escuela, Pérgamo es a Roma lo que Atenas a Grecia.

Alejandría de Egipto

«Todo lo que pueda existir o producirse en la tierra se encuentra en Egipto: fortuna, deporte, poder, cielo azul, gloria, espectáculos, filósofos, oro fino, niños hermosos, templos de los dioses adelfos, un rey muy bondadoso, museos, vino, todas las cosas buenas que podemos desear, y mujeres, tantas mujeres...» Éste es el discurso confuso, pero verídico, de

una anciana alcahueta en el *Mimo 1* de Herondas (29 y sigs.). De hecho, la ciudad creada por Alejandro donde había un pueblo de pescadores, Rhakotis, resume todas las maravillas de Oriente.

La ciudad y el puerto

Alejandría estaba situada al oeste del delta, en el istmo entre el mar y el lago Mareotis (actual Maryut), cerca del afluente Canope del Nilo, un lugar salubre, incluso en verano, a causa de los vientos etesios. El puerto, protegido por la isla de Faros, estaba relativamente al abrigo de las grandes tormentas (fig. 6).

La ciudad antigua no es muy conocida, ya que se hundió bajo las aguas; sin embargo, se sabe que tenía forma alargada (la de una clámide, diría Estrabón) y que su perímetro era superior a los 15 km. El plano, diseñado por el rodio Dinócrates, era cuadriculado. Dos vías principales, de gran longitud (30 m), se cortaban en ángulo recto; estaba dividida en cinco barrios, que llevaban el nombre de las cinco primeras letras del alfabe-

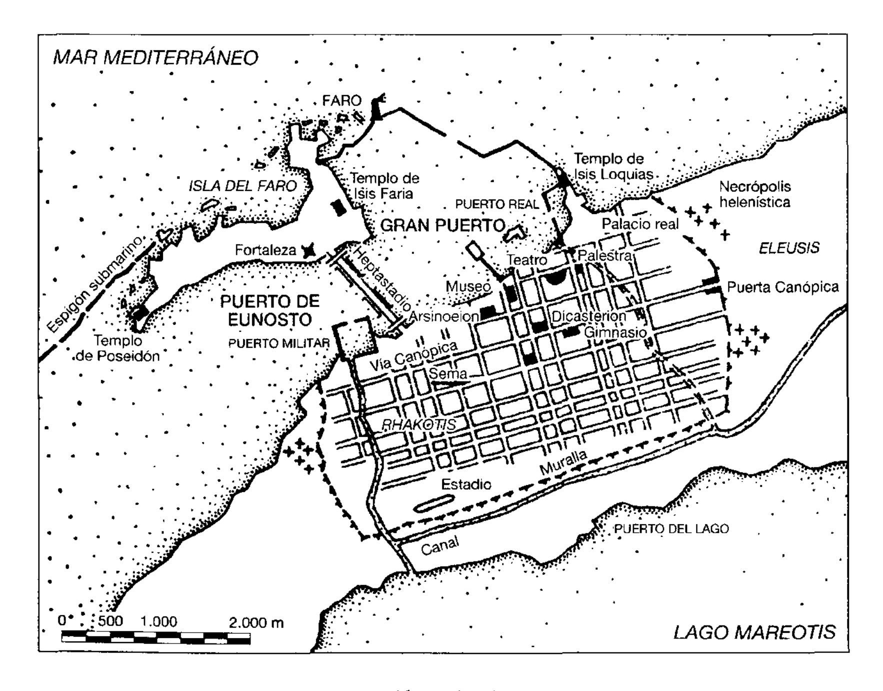


FIGURA 6. Alejandría helenística.

to. Entre los monumentos más importantes destacaba el gimnasio, con sus magníficas columnatas, el *dicasterion* (tribunal) y el *Sema*, o tumba de Alejandro, aislado de la ciudad por un gran muro. Sólo el palacio ocupaba ya una cuarta parte de Alejandría, pero no se parecía en nada a los conjuntos monumentales de las residencias faraónicas: construcciones ligeras, jardines, el museo y la biblioteca; el teatro formó Neápolis, la ciudad nueva.

El puerto estaba dividido en dos por el espigón o Heptastadio que unía la isla de Faros con tierra firme: al este, el gran puerto, que recibía el tráfico principal, y una parte del cual estaba reservado al rey; al oeste, el Eunosto («buen regreso») con el puerto de guerra, un estanque artificial que comunicaba con el Mareotis. En medio de la isla, el Faro, obra de Sóstrato de Cnido, con sus tres pisos superpuestos (110 m) y coronado por una linterna con un juego de espejos convexos que reflejaban la luz de un fuego de madera resinosa.

En el populoso barrio egipcio de Rhakotis, las calles eran más estrechas; allí se alzaba el Serapeum. Por otra parte, la ciudad desbordó rápidamente las murallas: al este estaba el suburbio de Eleusis, con el estadio, el hipódromo y un cementerio; al oeste, la necrópolis principal y, a lo largo del canal que unía Alejandría con Canope, habrá hermosos jardines y suntuosas residencias en las que, según testimonio de Estrabón, se llevaba una vida de holganza.

La preocupación por el confort y la propiedad llegaba muy lejos: el agua se distribuía a través de una estrecha red de canalizaciones situada sobre el canal que transportaba el agua del Nilo.

Un remolino cosmopolita

La ciudad ofrecía uno de los espectáculos más cosmopolitas de todo el Oriente griego. Según el testimonio de Estrabón, tenía más de un millón de habitantes. Todas las naciones estaban representadas: griegos, egipcios, sirios y, a partir de un cierto momento, itálicos. Los judíos habitaban las dos quintas parte de la ciudad: sus violentas disputas con los griegos provocaban, a menudo, graves problemas, que se perpetuarían hasta la época romana.

La ciudad se administraba por sí sola, al menos en apariencia. Conocemos, a través de las inscripciones, dos asambleas: la *bulé*, creada por Alejandro y que se suprimió muy rápidamente, y la *ecclesia*, organizada, siguiendo el sistema ateniense, mediante tribus, fratrías y demos. El magistrado más importante parecía ser el gimnasiarco, que aparece como el

representante de los ciudadanos y el defensor de las libertades republicanas. De hecho, en una ciudad que era no sólo capital de un reino muy centralizado, sino también residencia real, la autonomía era más una fachada que una realidad: los funcionarios reales se inmiscuían en los asuntos municipales, especialmente el «jefe de la vigilancia nocturna», titular de un cargo no demasiado conocido, pero seguramente cercano al que ocuparía en Roma el prefecto de los vigilantes.

La vida era animada, ruidosa y frenética. Los atascos de Alejandría, cantados por los poetas, servirían de modelo a los satíricos que evocarán los de Roma y, más tarde, los de París. Se daba rienda suelta a todos los placeres, incluso los menos inocentes. «Afrodita se sentía como en su casa», decía Herondas (1, 26). Como se trataba de una ciudad en la que no era muy difícil esconderse, muchos campesinos que huían de la dureza de la vida rural se refugiaban en ella (véase la pág. 95). El pueblo era rebelde: su carácter sedicioso tuvo oportunidad de manifestarse tanto durante las disputas dinásticas del siglo II como a raíz de la intervención de Julio César.[7]

Las funciones de Alejandría

Alejandría era prácticamente la única ciudad de Egipto, ya que no podemos tener en cuenta las dos ciudades que también tenían estatuto de *polis*, la vieja Náucratis, y Tolemaida, fundada por Soter.

Tres factores explican un desarrollo único en la historia del mundo griego. En primer lugar, Alejandría era el centro político del reino lágida y la sede de la enorme burocracia que administraba Egipto.

En segundo lugar, era el centro de una intensa actividad económica. Sus manufacturas producían vasos de terracota o de metal, delicadas telas, papel (a partir del papiro) y perfumes. De sus talleres salían artículos de lujo conocidos en el mundo entero (véase la pág. 150). Además, Alejandría era propiamente el único puerto de Egipto en el Mediterráneo y, por lo tanto, el único vínculo con los otros reinos helenísticos y, más tarde, con Roma.[8] A Alejandría llegaban productos de importación como

7. Los problemas se remontan al 203, cuando la población linchó a los nefastos consejeros de Filopátor.

8. Sus relaciones eran universales: en el siglo II, comerciaba sobre todo con Grecia, las islas del Egeo, Asia Menor, Siria y Fenicia, Chipre, Sicilia, el mar Rojo y el Ponto. A pesar de la crisis del siglo II, extendió su clientela a Cartago (hasta 146), Campania y Roma.

madera, metales, mármol —de los que la ciudad carecía—, aceite de oliva y vinos de cosecha. Y exportaba, principalmente, trigo, papiros, toallas o muselinas de lino, perfumes y «artículos de Alejandría». Finalmente, era un puerto de tránsito que reexpedía a todo el Mediterráneo los productos procedentes del África interior (marfil, oro, plumas de avestruz, esclavos negros, animales salvajes) o de Arabia y de la India (especias, plantas aromáticas, perfumes, sedas), mercancías que llegaban a Alejandría por el canal de Necao o las rutas terrestres y el Nilo (véanse las págs. 205 y sigs.), o por mar tras sobrepasar Gaza (véase la pág. 210). La importancia del tráfico marítimo y fluvial —con ruptura de carga en Alejandría— explica el desarrollo de los astilleros.

Habrá ocasión de comprobar que Alejandría fue uno de los centros culturales más activos del mundo griego. Tanta era su brillantez que, durante mucho tiempo, se denominó erróneamente alejandrino a todo lo que era helenístico. Gracias al mecenazgo de los soberanos ilustrados y a las fundaciones de que dotaron a la ciudad, Alejandría encabezó durante un siglo el nuevo helenismo surgido de la epopeya de su fundador. Sus poetas, sus sabios, sus eruditos, sus escultores y sus toréuticos ilustran el siglo III. Después vendría un declive no exento de encanto...

Pero este auge tuvo lugar al margen de Egipto. La fórmula latina *Alexandria ad Aegyptum*, «Alejandría junto a Egipto», muestra una realidad válida también para la época tolemaica. La gran ciudad, que se parecía a las otras ciudades helenísticas, aunque mejoradas, era la capital de un reino que continuaba su existencia inmemorial e inmutable en la *khora*, el país profundo. Ésa fue, de hecho, la auténtica debilidad de Alejandría y de quienes dirigieron sus éxitos: obnubilados por las formas específicamente griegas de Estado, lograron crear una *polis* grande, hermosa, próspera, pero no la integraron en la vida del reino donde había sido plantada.

Mercantilismo capitalista e intervencionismo de Estado

La vida económica sufrió una transformación radical. Grecia ya no desempeñaba el papel central y dominador del que había disfrutado durante siglos y que había empezado a perder desde el siglo IV: sólo dos emplazamientos insulares (Rodas y, más tarde, Delos) y Corinto tenían importancia internacional. Toda la actividad tendía a concentrarse en Asia Menor, Siria y Egipto.

Los intercambios internacionales

La economía colonial, dominante durante mucho tiempo, estaba desapareciendo: excepto en el Mediterráneo occidental y en el Ponto, los productos griegos ya no tenían salida en las regiones subdesarrolladas. Por el contrario, aparecían dos nuevos tipos de intercambio.

Por un lado, el comercio mutuo entre los reinos helenísticos, o con Grecia, era activo. En primer lugar, se basaba en los productos alimenticios (Egipto, especialmente, era un gran exportador de trigo; en cambio, los griegos de Oriente eran muy aficionados al buen vino, que siempre procedía de Grecia o de Anatolia, y al aceite de oliva; los papiros también mencionan algunos negocios más específicos, como el de las avellanas del Ponto) y las materias primas (madera, pez, metales). En segundo lugar, circulaban productos manufacturados de primera calidad: cerámica de Megara, vasos metálicos, bronces artísticos, exvotos y joyas, tejidos y tapices de lujo (en adelante, todo lo que era producción corriente sería fabricado en todas partes con el desarrollo de las industrias de base). Finalmente, también el tráfico de esclavos era considerable.

Por otro lado, la conquista de Oriente permitió la llegada al Mediterráneo de productos originarios del África interior, de Arabia y de las Indias: marfil, especias, incienso y perfumes, perlas y pedrerías, maderas preciosas... La importancia de los puertos sirios y de Alejandría se explica, en gran parte, porque las rutas terrestres o marítimas de transporte de mercancías confluían en ellos. La compra de productos de gran lujo provocó el déficit de la balanza comercial, origen de una hemorragia de oro y plata que persistiría hasta finales del Impero romano. Ya habrá ocasión de volver sobre este tráfico lejano, causa y consecuencia a la vez de la apertura del mundo helenístico a las regiones a las que la Grecia clásica sólo había podido asomarse.

Cierto es que no todas las condiciones favorecían el desarrollo del tráfico. Las guerras asolaron los reinos helenísticos, y la piratería, sobre todo en el siglo I, fue un mal difícil de atajar. Los griegos tenían rivales con los que debían compartir sus beneficios y el comercio con India implicaba a intermediarios: en la ruta marítima, los árabes; en la ruta terrestre, los partos tras la formación de una Partía independiente. Incluso en el Mediterráneo, los griegos tenían rivales osados y emprendedores: Cartago experimentó un nuevo auge tras su retroceso en la época clásica; Roma se interesó cada vez más por Oriente y, si bien la gran demanda de

productos de lujo, surgida de Italia con la renovada avidez de la *nobilitas* y la del orden ecuestre, estimulaba los intercambios, no es menos cierto que ello benefició en particular a los *negotiatores* itálicos, cuya arrogancia y seguridad en sí mismos iba creciendo a medida que el peso del poder de Roma sobre el mundo se dejaba caer.

Sin embargo, el remarcable auge económico que caracteriza la época se explica por un conjunto de factores convergentes. Mejoraron las técnicas de navegación, fueron acondicionados o ampliados excelentes puertos de mercancías, y los soberanos se preocuparon de crear rutas y canales. En todas partes se constata un esfuerzo sensato, en la línea de los Grandes Reyes y Alejandro, para dotar a Egipto y a Asia de la infraestructura económica necesaria para el gran comercio.

La demanda era considerable. No sólo se trata de factores constantes y subsistentes: la necesidad de Grecia de procurarse alimentos o la de Egipto de abastecerse de madera y de hierro. A esas necesidades vitales se unían otras, surgidas del refinamiento de una civilización que no quería renunciar a ningún placer ni tampoco a lujo alguno. Los reyes gastaban sin tasa en el mantenimiento de su corte y en festejos casi obligados para garantizar su prestigio. Una burguesía opulenta e ilustrada, amante de los fastos, ya no se contentaba con la vida austera de los griegos del siglo V, pues no podía prescindir de todo aquello que, en otros lugares, resultaba envidiable o suntuoso. Incluso el Mediterráneo resultaba demasiado pequeño para sus apetencias: el África negra o la India les proporcionaban objetos con que embellecer sus palacios o residencias, con que engalanarse, con que dar un toque de exotismo a la vida cotidiana.

Monedas, bancos y capitalistas

Por otra parte, ciertas aportaciones de la técnica económica, como la extensión de la economía monetaria y el desarrollo de la banca, facilitaron los intercambios. El uso de la moneda se generalizó incluso entre los pueblos bárbaros: árabes, partos, tracios, celtas, íberos, romanos. El caso más interesante fue el de Egipto, que hasta entonces vivía al margen de la economía monetaria a pesar de que circularan monedas griegas (sobre todo atenienses), dáricos y piezas acuñadas por las últimas dinastías nacionales para pagar mercenarios. Después de Alejandro, a partir del 305, Soter emitió con su efigie las primeras monedas reales lágidas: estateras de oro, tetradracmas de plata y óbolos de cobre, ejemplo que seguirían todos sus sucesores. A pesar de que la economía tradicional,

como podrá constatarse, se mantuvo vigente en algunos sectores, Egipto abandonó finalmente la era del trueque.[9]

La cantidad de metal precioso acuñado era considerable, hasta el punto de que se produjo cierto agotamiento a finales del período, en un momento en el que, por otro lado, pillajes, multas y comercio hacían aflorar en Italia gran parte del monedaje de los reinos griegos. El monometalismo de plata se mantuvo como norma, pero los sucesores de Alejandro no supieron permanecer fieles a la unidad monetaria que él había instituido. Mientras que seléucidas, antigónidas y atálidas conservaron el patrón ático, Rodas y los lágidas adoptaron un patrón más ligero, inspirado en el patrón fenicio de Cartago.

Las distintas monedas circulaban libremente, salvo en Egipto, donde Filadelfo prohibió el uso de monedas extranjeras. Una de las primeras actividades de los bancos, que adquirieron a la sazón un increíble desarrollo, fue el cambio. Así, prestaban a una tasa de interés que rondaba generalmente el 10 % (en Rodas o en Delos, por ejemplo, que fueron las primeras plazas bancarias), mientras que en Egipto esa tasa alcanzaba el 24 %. Poseían las cuentas de sus clientes, y la letra de cambio, el cheque y tal vez las transferencias se convirtieron en prácticas habituales.

Junto a los bancos privados, a menudo en manos de atenienses expatriados (desde finales del siglo V, Atenas llevaba una gran ventaja en ese ámbito), había los bancos de la ciudad, como sucedía, por ejemplo, en Mileto. También en los templos se desarrollaron instituciones bancarias, siguiendo una tradición muy antigua, ya que fueron los clérigos de los grandes santuarios los que tuvieron la idea de rentabilizar el dinero de los depósitos sagrados: las más conocidas estaban en Anatolia (en Éfeso o Sardes) y en Delos, pero, desde que los sacerdotes de Egipto recuperaron su autonomía respecto al rey, se adentraron a su vez por una senda altamente fértil en beneficios.[10]

9. Cabe subrayar, de todos modos, que las manipulaciones monetarias en Egipto (véase la pág. 43) afectaron rápidamente a los países del mundo mediterráneo. En los siglos III y II, las monedas de oro y plata ya no tenían una ley uniforme: se convirtieron en objetos preciosos y dejaron de ser una simple muestra fiduciaria. Fueron reemplazadas por piezas de cobre, cuyo peso, por otra parte, disminuyó gradualmente.

10. Por el contrario, en el siglo III, los bienes de los templos eran administrados por el Estado, y su dinero era confiado a los banqueros para que lo hicieran fructificar.

Los lágidas crearon también bancos de Estado, cuyo monopolio estaba consolidado y cuya función era doble: realizaban por cuenta de particulares las mismas operaciones que los bancos privados y recibían regularmente las recaudaciones de impuestos de las cajas públicas, ya que los recaudadores rentabilizaban el dinero del rey, y efectuaban los pagos oficiales. Los papiros permiten calcular la profunda implantación de la banca en el Egipto lágida: griego o egipcio, el artesano y el traficante recurrían a sus servicios para efectuar todas sus transacciones.

La razón más importante del auge de este vasto negocio internacional cabe hallarla en el ascenso definitivo de una gran burguesía capitalista, a la que pertenecían banqueros y recaudadores de impuestos, así como armadores y comerciantes; a menudo, los traficantes se asociaban, como puede apreciarse claramente en Delos. A veces eran tan poderosos como para actuar solos: ése fue el caso de Apolonio, *dioketes* de Filadelfo, que comerció a gran escala en Asia y explotó una hacienda piloto en el Fayum (véanse las págs. 84 y sigs.). De este modo, los más dinámicos de los griegos expatriados amasaron extraordinarias fortunas y fueron rápidamente imitados por sirios, e incluso por egipcios y, más tarde, por los *negotiatores* itálicos, que se aprovecharon del progresivo predominio político de Roma para imponerse como señores del tráfico.

El intervencionismo en la agricultura

El comercio a gran escala estaba, por consiguiente, en manos de la iniciativa privada, que parece triunfar cuanto más osada se muestra. La vida rural ofrece el cuadro antitético de un mundo que evolucionaba poco y donde el Estado ejercía un auténtico intervencionismo.[11]

Tierras reales, concesiones y tierras privadas

Sin perjuicio de otros factores capitales, que serán oportunamente analizados, los soberanos se vieron obligados a ocuparse de la tierra muy de cerca, ya que la conquista les había conferido el derecho eminente ante-

11. Recientes investigaciones demuestran, por otra parte, que el intervencionismo al servicio de la fiscalidad, tan claro en el siglo III, se atenuó en el siglo II.

riormente en poder de los faraones o de los aqueménidas. Así pues, la mayor parte de la tierra pertenecía al rey: era la «tierra real» (*basilicé gé*), arrendada por contrato a «campesinos reales». Éstos la cultivaban mediante un canon que, con los impuestos, podía ascender a la mitad de la cosecha.

Sin embargo, no toda la tierra del reino era real. Por un lado, el rey otorgaba una parte a colectividades o individuos. En el primer grupo se incluyen las ciudades (lo que no es válido para los lágidas, quienes, por así decirlo, no fundaron ciudades) y los templos, que vieron confirmadas sus posesiones anteriores o que incluso recibieron nuevos dominios: en Asia Menor existían auténticos Estados sacerdotales alrededor de los santuarios —como en el caso de Pesinunte o de Comana—,[12] que disponían de una gran riqueza en bienes raíces; el mismo fenómeno se produjo en Egipto, donde, además, los últimos lágidas ampliaron considerablemente los bienes del clero para intentar asegurarse su favor. En el segundo grupo se encuentran los soldados que el rey trataba de ganarse mediante la institución de la cleruquía (véase la pág. 102) o grandes funcionarios que recibían, en prueba de satisfacción, asignaciones o *doréai*, la más conocida de las cuales fue la de Apolonio en el Fayum.

Por otra parte, existía una propiedad privada que, según textos del Alto Egipto, era claramente anterior a la implantación de los griegos, y que se desarrollaba de dos maneras: el rey vendía una parte de la tierra real para obtener dinero, fórmula usada muy a menudo por los seléucidas, que así disminuyeron notablemente sus dominios; o bien acordaba arrendamientos enfitéuticos (que, en la práctica, equivalían a una venta) cuando se trataba de tierras muy ingratas, recuperadas al desierto, o de dominios beneficiados como huertos o viñedos, que evidentemente no se prestaban a un contrato anual de la tierra real.

Al margen de estas consideraciones, los reyes griegos de los reinos orientales heredaron un régimen de la tierra que les otorgaba en propiedad una parte considerable de suelo. ¿Cómo la explotaron? El ejemplo de Egipto, muy estudiado gracias a numerosos papiros, lo demostrará.

El caso de Egipto

1. *Factores nuevos y factores antiguos*: en Egipto, la riqueza esencial procedía de la tierra; no obstante, allí, más que en cualquier otro lugar,

12. Santuarios anatolios de Grandes Madres asiáticas, Cibeles en Pesinunte, Enió-Ma en Comana.

y debido a las crecidas anuales, era necesario organizar el trabajo. Además, el suelo debía abastecer a los recién llegados, administradores, soldados o comerciantes, que no producían lo suficiente para subsistir. Por consiguiente, había que dirigir el esfuerzo del campesino para obligarle a producir más.

El problema era todavía más complejo. Hasta entonces, Egipto había vivido en la autarquía, replegado en sí mismo; en adelante, debería comprar al extranjero los productos que eran necesarios para la vida de los griegos que lo habitaban, especialmente del rey y de la corte. Hasta entonces había vivido al margen de la economía monetaria; sin embargo, a la sazón, los reyes necesitaban dinero para pagar los servicios de todas aquellas personas a quienes empleaban: mercenarios, técnicos, administradores. Era necesario, por lo tanto, que las exportaciones fuesen muy superiores a las importaciones; pero tales exportaciones, dejando a un lado determinadas mercancías originarias del África interior o del Lejano Oriente que pasaban a través de Egipto, estaban compuestas principalmente por productos agrícolas, ya fuesen éstos directos (especialmente el trigo, que en Egipto crecía en grandes cantidades y del que había una gran demanda en el mundo griego), ya fuesen indirectos, si se trataba de productos manufacturados, cuya materia primera procedía del suelo (papiros, telas de lino).

Así pues, el soberano tenía que organizar necesariamente la producción agrícola: hacer producir al máximo la tierra egipcia era el único medio de que disponía para enriquecerse, o sea, para poder regular las importaciones y pagar los sueldos y pagas de las personas que estaban a su servicio.

Esa necesidad fue rápidamente comprendida. Para aumentar la producción, los lágidas aprovecharon la milenaria experiencia del Egipto faraónico. El valle del Nilo estaba acostumbrado desde tiempos inmemoriales a una economía dirigida de forma estricta por el faraón: estaba ya instaurado un completo sistema de censo de los hombres y de las tierras, y de estadísticas, absolutamente indispensable para quien quisiera hacer una planificación de manera autoritaria. Los tolomeos, pues, no tenían más que utilizar los marcos previamente establecidos y mantener la infraestructura del llano.

2. *Monopolios y fiscalidad*: no obstante, el sistema se vio en cierta medida, por otra parte difícil de determinar, afectado por la gran novedad que suponía la introducción definitiva de la moneda. La economía meramente natural de Egipto se vio profundamente transformada por

dos consecuencias propias del uso de la moneda: la banca y el cobro de impuestos.[13]

Vale la pena entrar brevemente en los detalles para constatar de qué modo las soluciones aplicadas por el poder real para controlar la vida agrícola eran flexibles y variadas.[14]

Para el trigo, que era un cultivo básico, el propio rey fijaba la superficie a sembrar mediante una relación detallada (*diagraphé*). Por otra parte, la propia naturaleza de aquel listado real ha provocado polémicas entre los especialistas: para unos, era una orden que se aplicaba a cuantos cultivaban sin reparar en su estatuto, o sea, el instrumento de una economía de Estado absoluta; para otros, era un programa de gestión para las tierras reales. Sea como fuere, y tras enumerar las obligaciones de campesinos y aldeas en materia de siembra, dicho listado era establecido por la administración local según el estado de la inundación, y luego promulgado por el *dioketes*, que se encargaba a partir de entonces de velar por su aplicación con el mayor rigor, aunque no siempre con fortuna.

El rey prestaba semillas a los campesinos,[15] lo que representaba para él una excelente inversión y le permitía introducir nuevas especies, de las que esperaba un mejor rendimiento. Los campos eran vigilados muy de cerca por los funcionarios reales hasta la llegada de la siega. La cosecha era completamente embargada en garantía de los cánones e impuestos que se debían al rey en forma de trigo (el más importante de los cuales, el impuesto sobre los bienes raíces, era proporcional a la superficie cultivada). Los intereses de los préstamos de semillas, la recaudación de impuestos y las contribuciones suponían fácilmente la mitad del producto de la tierra.

Los beneficios del rey eran enormes. Poseedor de inmensas cantidades de trigo que se amontonaban en los graneros reales, era el dueño del campo. Además, disponía de un estimable producto para exportar. Este poder absoluto sobre el mercado de cereales se obtenía casi sin recurrir al absolutismo.

13. El sistema de recaudación de impuestos, que sobrepasaba de largo el ámbito de la vida rural, era una garantía que los lágidas creyeron útil instaurar para percibir sus rentas. Originalmente era un sistema griego, ya que no podía existir en un país de economía natural.

14. Esencialmente, el sistema es conocido por los famosos papiros de las *Revenue laws*, hallados en el Fayum: es un rollo largo que ofrece la memoria de las cargas del cobro de diversas tasas establecidas por la oficina del *dioketes*. (La descripción que sigue está esbozada a partir de los trabajos de Cl. Préaux.)

15. El préstamo de semillas existía también en la tierra privada.

La cerveza se fabricaba a base de cebada, y la explotación de las fábricas de cerveza era concedida en arriendo.

El caso del aceite era muy distinto. Se extraía esencialmente de granos oleaginosos (ricino, sésamo, *cnécus*)[16] y, en menor medida, tras la conquista griega, de las aceitunas. Toda la producción era estrechamente vigilada, desde la plantación de las semillas hasta la cosecha; a continuación era absorbida totalmente por los servicios reales y arrendada tras su estimación. Se trataba de establecer un monopolio absoluto en la fabricación y el comercio; de ese modo, el aceite podía venderse a un precio bastante elevado, muy por encima del precio de coste, lo que tenía como consecuencia unos considerables derechos que gravaban toda la importación. Además, al monopolio se le añadía el impuesto sobre los productos brutos entregados por los agricultores y una tasa sobre el aceite, la *élaicé*, una especie de impuesto de consumo a tanto alzado.

Así pues, el aceite ofrece el ejemplo de una economía totalmente estatal y cerrada. El rey fue muy hábil al escogerlo como objeto de monopolio, debido al papel que tenía en la alimentación y en el alumbrado. El rey, con un numeroso funcionariado y ayudado por los grandes proveedores de fondos que eran los recaudadores de impuestos, no encontró ninguna resistencia, excepto la voluntad de los campesinos y la astucia de los defraudadores.

También en el caso del lino una ordenanza determinaba cada año la superficie que había que sembrar e, igualmente, la cosecha era vigilada y arrendada. Después, el lino se tejía en talleres sometidos a un riguroso control a fin de evitar la fabricación clandestina. Por lo tanto, había monopolio, pero más flexible que en las almazaras: el tejedor podía producir una cantidad de tela superior a la que se debía al rey. Por otra parte, algunos talleres se libraban del dominio del soberano: los de los templos, donde se tejía el *byssos* —estofa ritual de las momias y los dioses—, una materia de gran lujo, muy solicitada fuera de Egipto. Había más libertad en el trabajo de la lana, sobre la que pesaban los impuestos, entre ellos el de la veinteava parte de las lanas.

Viñedos y huertos se multiplicaban gracias a la enfiteusis. En ese ámbito, la intervención del rey era necesariamente más limitada y el impuesto sustituía a los arriendos y las requisiciones. Lo mismo sucedía con el papiro, una planta vivaz de las ciénagas del delta o del Fayum que también era objeto de un control fiscal y no económico.

16. Azafrán bastardo.

La caza era otorgada en arriendo, mientras que la pesca tan pronto se sometía directamente a la administración directa como se concedía a arrendatarios.

La ganadería estaba muy desarrollada en un Egipto que al parecer disponía de muchos más pastos que en la actualidad. El ganado mayor se usaba principalmente para el trabajo del campo, pero el ganado menor era explotado como el capital: en la dotación de Apolonio, en el Fayum, había grandes rebaños de carneros, entre otros uno de 6.381 cabezas. El ganado podía pertenecer al monarca, o bien a particulares, a cleruquías, a templos. En el primer caso, el rey lo alquilaba y recibía al mismo tiempo ganancias e impuestos. En el segundo caso, los propietarios eran sometidos a un impuesto especial, el *ennomion*, que gravaba a todos los animales, incluso a los camellos. Este impuesto, que era arrendado a los recaudadores, implicaba un recuento general del ganado: se realizaba en la zona más abrupta del terreno, cuando los rebaños se refugiaban en las colinas, para poder verificar las declaraciones de los propietarios. La cría de palomas y abejas estaba sometida a tasas especiales.

Semejante sistema, cuya flexibilidad es impresionante, no se inspiraba en planes preconcebidos. El control que el rey ejercía sobre la producción agrícola variaba de un producto a otro, incluso cuando se trataba de dos tipos de cultivos parecidos, realizados en las mismas tierras, como el trigo y las oleaginosas. En realidad, a los tolomeos sólo los movía el deseo de llenar sus cajas. Se ha llegado a decir que eran grandes capitalistas, básicamente ansiosos de enriquecerse y que consideraban Egipto como un gran dominio de su propiedad del que debían asegurar la mejor explotación para sus intereses. El artefacto elaborado se demuestra poco sólido y coherente: unas veces es una auténtica economía, dirigida con monopolios opresivos, y, en otras, por el contrario, el Estado se contenta con descontar su parte de las riquezas producidas por particulares en tierras y ganados que les pertenecen. Lo que unificaba el sistema era la unicidad de su objetivo: favorecer una producción intensiva que, en la mayor cantidad posible y a través del arriendo o del impuesto, o de ambos a la vez, le estaba reservada al soberano.

Los progresos del Egipto rural

Tamaño interés del poder respecto a la vida rural, absolutamente novedoso en la historia del mundo griego, no dejó de dar excelentes resultados. Se redactaron tratados de agronomía y la superficie cultivada

aumentó con el drenaje de los pantanos y la irrigación de los márgenes del desierto.[17] La creación más hermosa del Imperio nuevo, el inmenso oasis del Fayum, recobró su vigor y se extendió tras el largo abandono de la Baja Época. Se introdujeron técnicas de perfeccionamiento de la irrigación: una máquina con rueda dentada y cuerda sin fin,[18] o con el tornillo sin fin de Arquímedes,[19] fueron reemplazando a los primitivos *shadufs*.

Antes de Alejandro, la civilización de Egipto seguía siendo decididamente neolítica: Cl. Préaux señala que aún podían encontrarse las técnicas de la última edad de piedra, apenas influidas por el uso del cobre, del bronce o, excepcionalmente, del hierro. Con los griegos, se produjo una revolución brutal. Merced a la gran cantidad de hierro importado, las herramientas se tornaron más resistentes: arados, layas, azadas, guadañas y hachas eran de hierro; se utilizaba un arado sembrador[20] y, tal vez, un lagar de tornillo sin fin para la uva y las aceitunas.

Para aclimatar las nuevas especies, se hicieron grandes esfuerzos; el viñedo y el olivo, que ya existían en Egipto, aunque muy diseminados, se desarrollaron considerablemente para satisfacer las necesidades de los inmigrantes griegos; aparecen higueras, granados, manzanos y nogales, así como el ajo. A fin de paliar la falta de maderas de construcción, se fomentó la plantación de árboles en los escasos lugares donde era factible. Una verdadera selección permitió mejorar las semillas de trigo[21] e introducir carneros de Milesia, de abundante lana, y asnos de Siria.

El ejemplo de la *dorea* de Apolonio es especialmente interesante. Situada al borde de la depresión del Fayum, donde la inundación no alcanzaba, era un cuadrado dividido en cuatro partes por dos grandes canales ortogonales; en cada uno de los cuartos, cuatro fosas cortadas por un canal transversal establecían diez parcelas alargadas; un canal unía este espacio con las vías navegables y con el Nilo. En total, los canales constituían un 5 % de las tierras irrigadas. Seguidamente, hubo que preparar la tierra, quemar la vegetación leñosa y roturar con el pico para empezar la explotación intensiva: Apolonio creó una vasto viñedo (exis-

17. Se crearon numerosos centros habitados en Egipto, por ejemplo en el nomo Arsinoitia Filadelfia (donde estaba la *dorea* de Apolonio), Carano, Tebtynis, y en la capital del nomo Cocodrilópolis o Arsinoe.

18. Esta máquina (llamada *mechané* u *organon*) aparece en los papiros a partir del siglo II. También se utilizaba en el Éufrates y el Orontes.

19. Véase la pág. 130.

20. Traído de Babilonia.

21. Anteriormente, sólo el almidonero estaba extendido en Egipto.

te un recibo por 65.000 estacas y un tratado de viticultura copiado por el intendente Zenón), plantó árboles frutales y coníferas «porque son útiles al rey», crió grandes rebaños y levantó fábricas (tejidos: manufacturas de tapices de Milesia por las dos caras o ribeteados de púrpura; curtidurías; alfarería). Para el transporte, poseía caravanas de asnos y toda una flotilla. Una parte de la *dorea* estaba dividida en granjas, arrendadas a griegos o egipcios; otra parte era cultivada por obreros agrícolas, que trabajaban a las órdenes de un empresario; y, finalmente, otra parte más se concedía a clerucos. Es un magnífico ejemplo del aprovechamiento del suelo por parte de una gran propiedad, de acuerdo con las teorías de la escuela de Aristóteles.

Así pues, los resultados económicos de dicha política parece que fueron buenos, ya que se incrementó la producción agrícola y ganadera. Pero, socialmente, no se había hecho nada por mejorar la suerte del campesino, explotado entonces más duramente que en la época de los faraones y que, en períodos de crisis, no tenía más recurso que la anacoresis, la huida ante la opresión y la iniquidad.[22]

Por lo demás, los lágidas nunca entendieron que, aumentando los salarios y disminuyendo la presión sobre el mundo rural, habrían desarrollado el poder adquisitivo y el comercio interior. La corriente iba en sentido único: los barcos descendían por el Nilo, cargados de trigo, tela y papiros, y lo remontaban vacíos. La *khora* no era partícipe en absoluto de las comodidades, los beneficios y el humanismo del mundo griego.

UNA SOCIEDAD COLONIAL

La sociedad surgida de la conquista era una sociedad colonial (en el sentido moderno de la palabra), en que los nativos —unos ocho millones— tenían que acarrear con los invasores macedonios o griegos —apenas un millón.

Semejante desproporción provocaba las consecuencias habituales en tales casos: por parte de los grecomacedonios, reacciones defensivas para preservar la pureza de su civilización y, a pesar de ello, una progresiva orientalización, especialmente visible en el ámbito religioso; por parte de los nativos, reacciones nacionalistas para preservar sus costumbres y creencias y, a pesar de ello, la aparición de una élite helenizada por interés.

22. Sobre la anacoresis, véase la pág. 94.

Escisión étnica y escisión económica

Como en toda sociedad colonial, la escisión tuvo lugar, en primer término, según criterios étnicos: para los conquistadores, poder y riqueza. Pero la desproporción entre ambos elementos y las cualidades naturales de algunos nativos, poseedores de una civilización milenaria, junto a los logros personales de individuos capacitados y dinámicos, condujeron rápidamente, a partir del siglo II, a otra diferenciación, basada antes en la fortuna que en la raza. Incluso sin tener en cuenta a los sacerdotes, que conservaron o recuperaron su dominio, muchos indígenas se enriquecieron en la administración, las explotaciones agrarias, la agricultura, o el comercio: en la jerarquía social, ocupaban un lugar más elevado que los «pequeños griegos» venidos a menos que subsistían en puestos subalternos. A partir del siglo II, especialmente en Egipto, se asiste a la aparición, en las metrópolis de los nomos, de una burguesía caracterizada por la acumulación de actividades urbanas y de funciones de terrateniente y por su cultura helenística, que desempeñará una función muy importante con el Imperio romano. A ello cabe añadir los mestizajes, tanto más cuanto que, entre los inmigrantes griegos, los hombres eran más numerosos que las mujeres.

Solía existir desprecio —recíproco, por otra parte— entre las dos etnias presentes, pero, generalmente, no había segregación ni en la ley ni en la práctica. En la dotación de Apolonio, cohabitaban granjeros griegos y egipcios (también sirios, árabes y judíos), y lo mismo sucedía en todos los niveles de la administración y en los dominios reales. Por consiguiente, es mejor analizar las diferentes clases sociales prescindiendo de la raza, sin dejar por ello de constatar que los indígenas son cada vez más numerosos a medida que descendemos en la escala social.

La nueva burguesía

La aparición de una burguesía numerosa y acomodada es el hecho más destacado de la época. Sus ingresos procedían de la industria y, sobre todo, del comercio, sin descuidar en absoluto la adquisición de bienes raíces; sus medios materiales y su nivel intelectual eran más elevados que en la época anterior, lo que explica la transformación profunda de la vida cotidiana. Los burgueses amaban los placeres de la vida, la buena comida, las cortesanas y las viviendas confortables, pero también

reclamaban las satisfacciones más refinadas que le proporcionaban la poesía, el arte y la filosofía.

Una tipología en expansión es la del financiero. En los grandes enclaves, los banqueros acumulaban enormes fortunas, junto con los no menos poderosos recaudadores de impuestos, que, especialmente en Egipto, se aprovechaban del afán real por disminuir riesgos. La mayor parte de los ingresos procedían de arrendamientos, como una garantía suplementaria en un país que conocía desde hacía poco la economía monetaria. El soberano, por su parte, tomaba grandes precauciones: el arrendatario debía depositar una fianza; era responsable de sus bienes; y sus cuentas eran verificadas todos los meses por el ecónomo. Los papiros dan cuenta de los grandes contenciosos en los distintos tipos de arriendos. Pero, si el sistema no hubiera sido de lo más lucrativo para los publicanos, no se habrían disputado las adjudicaciones a hombres de distintas procedencias, sobre todo griegos, pero también egipcios y judíos.

En mayor medida que en la Atenas del siglo IV, el desarrollo de una economía capitalista permitió que los más dinámicos, o los que el azar premió con la fortuna, acumularan enormes riquezas. Tal sería el caso de Apolonio, amigo y *dioketes* de Tolomeo Filadelfo, cuyos cargos oficiales no le impidieron gestionar intereses personales de gran complejidad: tráfico con Asia Menor, Palestina, Siria y Arabia, y la explotación de la *dorea* de 10.000 aradas (2.700 ha), dotación real en Filadelfia, al borde de la depresión del Fayum, como se ha indicado antes. Su energía y actividad hicieron maravillas en su explotación piloto, donde se trataba de producir no sólo para contentar a un rey cuya política económica U. Wilcken ha comparado con la de Colbert o la de Federico el Grande, sino también para enriquecerse, ya que los excedentes de vinos, aceite, tela y papiros podían ser vendidos.

El admirable informe de Zenón permite conocer la fastuosa vida de Apolonio, con su mesa repleta de vajillas de plata y de flores exóticas, y servida con los manjares más exquisitos: pescados, caviar, vinos de calidad. Y, ante todo, muestra sus dotes de organización: los despachos se dividían en dos secciones (secretariado y contabilidad), y en ellos incluso trabajaban escribas nativos en la redacción de contratos con los campesinos egipcios. Por último, revela a un hombre de espíritu decidido, y de habla clara e imperiosa, seguro de su restallante éxito: «En su pluma, los superlativos abundan como en el inglés de los americanos» (Cl. Préaux).

Quizá por primera vez en la historia, la figura de un gran capitalista aparece con rotunda claridad. El dinero, que era su primer objetivo, no bastaba: pensaba también en su prestigio, en su gloria. Rodeado de una auténtica corte de clientes y criados, vivía como un gran señor ecléctico y filantrópico, generoso con los dioses, ya fueran griegos o egipcios, y generoso con los hombres que recurrían a su omnipotencia.

El mismo informe descubre también la figura de Zenón, un griego de Caria, hombre de confianza del gran *dioketes*, de quien sería, sucesivamente, agente comercial para los asuntos de Oriente, secretario, e intendente en Filadelfia. Se trata de una persona culta, que pergeñaba en un borrador notas musicales o versos de Eurípide, en un griego excelente y vigoroso, aunque su personalidad aparece menos nítida y su determinación menos firme que en su patrón. Sin embargo, parece sentirse a gusto en la administración de aquella inmensa tierra, donde todo estaba por crear, y muy orgulloso, por lo demás, de su papel de fundador de una ciudad, de su misión de generar vida y prosperidad a partir del desierto. Su tren de vida no era principesco, como el de Apolonio, pero vivía en la opulencia, comía delicados manjares los días de fiesta y poseía hermosos perros de caza. También él ejercía de filántropo y recibía cartas de sus amigos de Caria preñadas de una desprendida amistad, que revelan a un hombre digno de su triunfo social.

Los funcionarios

El funcionario es un personaje totalmente nuevo en el mundo griego. Si el reino de los seléucidas padecía una manifiesta carencia de administración, no ocurría lo propio con los atálidas ni, sobre todo, con los lágidas, que disponían de una sólida jerarquía de servidores.

El funcionario era el hombre del rey —a quien estaba ligado bajo juramento—, encargado de transmitir y de hacer ejecutar su voluntad y, sobre todo en las monarquías capitalistas, de asegurar la máxima explotación y de percibir las rentas. De hecho, el sistema estaba viciado por partida triple. Por un lado, el funcionario, teóricamente designado por el rey, lo era, en realidad, por su superior, por lo que, con el tiempo, acabó convirtiéndose en un hombre ligio: los papiros reflejan los regalos con que debía colmar a sus jefes para conservar su puesto. Así, con el debilitamiento de la monarquía, fue formándose una nueva feudalidad: los que ocupaban los puestos más elevados de la jerarquía se transformaron en

auténticos déspotas que, escasamente sujetos a la autoridad central, trataban a sus subordinados con tanta mayor altivez, menosprecio y arrogancia cuanto que dependían de ellos incluso en el plano judicial, ya que los funcionarios estaban sometidos a una jurisdicción administrativa especial.

Por otra parte, el soberano creyó encontrar una garantía suplementaria en la responsabilidad financiera de los funcionarios. Mediante una reacción en cadena, cada cual intentaba recuperar, a través de su inmediato subordinado, los caudales que debía; los de condición más baja, presionaban a sus administrados para conseguir el dinero a toda costa: todos los medios eran buenos, desde embargos y requisiciones hasta castigos corporales. Por lo demás, la violencia engendraba violencia: en los papiros, las quejas de los aldeanos contra el arrogante menosprecio y los excesos de los funcionarios se corresponden con las quejas de los inspectores o recaudadores, recibidos a palos.

Finalmente, los funcionarios estaban a menudo mal informados y eran poco escrupulosos. En sus informes, e incluso en los catastros, no dudaban en incluir cifras imaginarias, de lo que hay pruebas manifiestas. De hecho, se veían aplastados bajo inventarios, censos, instrucciones, ordenanzas. El «papiroleo» provocó el más absoluto de los desórdenes o, lo que es peor, un orden ficticio.

De todos modos, no hay que dejarse abrumar por los innumerables testimonios sobre los perjuicios administrativos, ya que, por definición, los papiros sólo dejan constancia de las imperfecciones del sistema —por otra parte, evidentes—. También aparecen las trazas del buen funcionario ideal, escrupuloso, atento con sus superiores, generoso con sus administrados: heredero tanto de una clase de escriba respetable e íntegro, tradicional en Egipto, como del modelo griego de magistrado filantrópico. Los buenos soberanos no dejaban de recordar sus deberes a los administradores: «En vuestros recorridos de inspección —escribe uno de ellos—, procurad animar a las gentes e inspirarles la mejor disposición, y no sólo con palabras, pero, si los campesinos se quejan de los cosmográmmatas y de los comarcas[23] con relación al trabajo de la tierra, investigad y poned fin a las prácticas delictivas». Sería en el funcionariado lágida donde romanos y bizantinos habían de encontrar el modelo para sus instituciones y la base firme para una administración eficaz.

La carrera administrativa permitió que griegos y nativos se acercasen, pues los tolomeos tuvieron la habilidad de no prescindir de una es-

23. Sobre los funcionarios, véase la pág. 58.

tructura preexistente. Cierto es que los cuadros superiores eran estrictamente griegos, al menos hasta la llegada de Evergetes II, que confió en los egipcios para los cargos de estratega; pero los escalafones medios e inferiores los ocuparon, principalmente, los nativos, e incluso desde el comienzo ya hubo nomarcas egipcios. En otra casta tradicional, el clero, continuó siendo dueña indisputable la antigua élite indígena.

El clero indígena

Los sucesores de Alejandro conservaron por doquier su misma política de tolerancia con los dioses propios. Esencialmente por una cuestión política —ya que sabían de su influencia sobre el pueblo— intentaron acomodarse con el clero autóctono, arreglando los antiguos santuarios, construyendo otros nuevos y colmando de presentes y regalías a dioses o sacerdotes con la esperanza de que tamaña generosidad les facilitara un mejor control de las masas. Aunque algunos templos de Asia son bien conocidos, especialmente el Artemisio de Éfeso —auténtico Estado sacerdotal con inmensas riquezas y un innumerable personal, formado por sacerdotes castrados, los megabises, y las sacerdotisas vírgenes—, o el Esagil[24] de Babilonia y el templo de Nabu, en Borsippa, ambos restaurados por los seléucidas, es en Egipto donde se da la documentación más abundante y la descripción menos imprecisa.

Así como el funcionario era el hombre del rey, el sacerdote era el hombre de dios. Disponía de un poder inquietante, porque era el único capaz de establecer relaciones con el mundo sobrenatural y de dar estabilidad al universo a través de las liturgias cotidianas o solemnes que, al ofrecer a la divinidad todo lo necesario para su vida en el templo, a saber, alimento, bebida, vestidos y distracciones, garantizaban al mismo tiempo su benevolencia a los mortales. Heredero de una ciencia milenaria,[25] depositaria de las tradiciones y de la escritura sagrada, el clero conservaba el inmenso prestigio del que siempre estuvo rodeado en el valle del Nilo, aunque, en la época tolemaica, los medios sacerdotales tendieron a replegarse sobre sí mismos y a anquilosarse (Estrabón nota, por ejemplo, que desaparecieron todas las escuelas de santuario que existían

24. Templo de Marduk.
25. Sobre la extraordinaria cantidad de conocimientos grabados en el templo de Edfu, véase la pág. 157.

en tiempos de Herodoto o de Platón), un preludio de la imparable decadencia, harto visible en tiempos de Antonino, en las pobres inscripciones del templo de Esna.

Hay, sin embargo, un equívoco, porque los tolomeos se presentaron como sucesores legítimos de los faraones y los sacerdotes, por hastío u oportunismo, aceptaron entrar en el juego. Ahora bien, el faraón era el sacerdote único y verdadero, y todos los sacerdotes recibían de él su ministerio. El rey era quien designaba los puestos más importantes y, de todos modos, percibía una tasa especial por cada investidura o ascenso en la jerarquía, ya que los sacerdotes debían comprar tanto su cargo como las prebendas a él vinculadas. Cada año, en ocasión de su aniversario, el soberano era saludado solemnemente por el consejo de cinco miembros electos que administraba cada templo. Así, se establecieron relaciones más estrechas entre el rey y el clero en interés mutuo: el monarca para asentar su legitimidad ante los súbditos indígenas y garantizar el culto real en su forma tradicional, y los sacerdotes para seguir disfrutando de sus ancestrales privilegios.

Mientras conservaron su poder, los tolomeos mantuvieron a raya al clero. La tierra sagrada, que no había sido confiscada y que seguía comprendiendo grandes dominios territoriales con talleres —especialmente, de tejidos—, era administrada directamente por el rey que, en su calidad de dios, recibía naturalmente los ingresos: no había expolio, porque lo había habido en el Egipto independiente, cuando el poder faraónico era fuerte. A cambio, el rey aseguraba la subsistencia a los sacerdotes y el homenaje litúrgico a los dioses.

Pero al debilitarse los tolomeos, las revueltas indígenas hicieron más necesario el apoyo del clero, por lo que concedieron inmunidad a los templos (decreto del 118), privándose de unos considerables ingresos y colmando de regalos a los encargados de su grey. Cada vez eran más campesinos fugados de los dominios reales que solicitaban refugio al abrigo de los santuarios: los sacerdotes se convirtieron en sus patronos (en el sentido que adquirió dicho vocablo en el Bajo Imperio) y acrecentaron en mayor medida su influencia. A partir de entonces, su riqueza fue tal que incluso hacían de prestamistas del monarca, recuperando de esta suerte el inmenso poder temporal adquirido en la VI y XIX dinastías, pero sin conservar la autoridad espiritual y la dignidad que a la sazón justificaban, al menos parcialmente, su poder en el seno del Estado.

Si se quiere descender al detalle, es preciso matizar un poco, ya que el clero era innumerable. A los purificados que sólo podían entrar en el

Sanctasanctórum (grandes sacerdotes, profetas, estolistas y pastóforos)[26] y a los escribas de libros divinos se contraponía el bajo clero, cuya misión era preparar las ceremonias o asegurar la gestión de los bienes sagrados. Conocemos, a través de un informe papirológico de Tebas, el pequeño mundo de los coaquitas (los que vertían las libaciones), sacerdotes encargados del culto a los muertos: necios, codiciosos y proclives a pelearse cuando se trataba de sus beneficios. Por doquier, sin embargo, se encontraba un mismo universo tradicionalista, conservador y oportunista, que durante siglos se había habituado en demasía al dominio extranjero como para emocionarse por algo más que por sus intereses.

El mundo del trabajo

Rey, burgueses, funcionarios y sacerdotes vivían del duro trabajo que realizaban los humildes. La división de la sociedad en dos clases antitéticas, ricos y pobres, y la explotación de los unos por los otros, existente ya en el siglo IV griego, no haría sino acentuarse en el mundo de los conquistados.

En la época helenística el trabajo servil se generalizó por todo el mundo mediterráneo. No hay acuerdo sobre el número de esclavos, que, desde nuestro punto de vista, debió de ser importante, tanto por las guerras como por el tráfico a gran escala de que eran objeto. A los esclavos domésticos, muy numerosos debido al desarrollo de una burguesía ávida de confort, hay que añadir los esclavos utilizados como mano de obra industrial en las manufacturas de Pérgamo, Antioquía y, sobre todo, Alejandría, donde, por vez primera, parece surgir una importante concentración servil.[27]

Las revueltas serviles, raras hasta entonces, se multiplicaron, por ejemplo, en Pérgamo, Delos, Laurión y Sicilia. No hay que descartar la posibilidad de que las concepciones igualitarias de ciertos estoicos, que postulaban la unidad de la humanidad y, por tanto, se oponían al punto de vista de Aristóteles, según el cual había hombres que eran esclavos por naturaleza, hubieran desempeñado algún papel en su desencadenamiento.

26. Estolistas: quienes vestían al dios; pastóforos: quienes lo alimentaban.

27. Por el contrario, en la llanura egipcia, los griegos no habían cambiado las formas de trabajo: en las tierras reales, almazaras, hilanderías, minas y canteras, no había esclavos. El rey utilizaba eventualmente una mano de obra forzada, no servil.

La mayoría de trabajadores, artesanos y campesinos era libre, aunque tenían que destinar algunos días al año a la corvea o prestación personal en los dominios reales.[28] La agricultura seguía siendo la actividad fundamental, y en la *khora* (país llano), la vida apenas había cambiado salvo en algunas mejoras técnicas. En Egipto, particularmente, el fellah llevaba una existencia tradicional, en miserables aldeas concentradas en montículos artificiales, fuera del alcance de la inundación, y donde las requisiciones de viviendas para agentes reales o soldados hicieron sentir duramente sus consecuencias: a menudo, el soberano, en respuesta a las innumerables quejas registradas en los papiros, tenía que recordar que no se podía requisar más de la mitad de una casa. La vida del campesino, independientemente de para quién trabajase era dura —con arrendamientos, impuestos, corveas, toda clase de requisiciones legales y, cada vez más, ilegales, que los funcionarios multiplicaban—, más dura que antes de la conquista, ya que se le exigía una producción mayor.

Sin embargo, los textos permiten vislumbrar una evolución. En el siglo III, la condición del campesino egipcio no era del todo mala. Alquilaba sus brazos al rey (ya que la mayor parte de la tierra era real), pero también a templos o a particulares: el contrato que le vinculaba a su dueño era libremente discutido y pactado. Pero, a principios del siglo II, la situación empeoró: las guerras civiles arruinaron el campo; el rey, empobrecido por la pérdida del Imperio, quería aumentar la producción de una tierra que iba disminuyendo, porque las regiones que se habían ganado al desierto mediante obras de irrigación estaban siendo abandonadas por falta de mantenimiento de las instalaciones hidráulicas; y los funcionarios, menos controlados, a menudo se comportaban como déspotas. Era cada vez más difícil encontrar campesinos dispuestos a cultivar las tierras, y los papiros son testimonio de que acabó recurriéndose a todo tipo de argumentos para persuadirlos a firmar contratos de trabajo, desde apelar a la abnegación hasta la tortura.

Los remedios que buscó la administración a tan severa crisis no fueron más que paliativos que a veces agravaron el mal: es cierto que hubo minuciosos reajustes de arriendos que mostraban un verdadero afán de justicia, pero se llegaba a utilizar medidas de coacción. Se impusieron tasas suplementarias de arrendamiento a los campesinos menos pobres:

28. Sólo estaban exentos de prestación personal quienes no ejercían trabajos manuales en la aldea. En Egipto había un curioso elenco de semejantes privilegiados: encargados reales, soldados griegos, embalsamadores de gatos...

fue la temible epibolé, que apareció en el 164 y mantuvo sus perniciosos efectos hasta el período romano. Desde finales del siglo II, se estableció la responsabilidad colectiva del pueblo: la comunidad de arrendatarios de dominios reales de una aldea era responsable del conjunto de obligaciones. Se exigía al campesino el juramento de «mantenerse a la vista de los funcionarios reales»,[29] pues estaba bien claro que la simple firma de un contrato no era suficiente. Se alargaron los arrendamientos y, en caso de grave crisis, se impusieron bajo coacción.[30]

Aplastados por un sistema opresivo y por arrendamientos injustos y perniciosos, los campesinos empezaron a huir: fue la aparición de la anacoresis, uno de los fenómenos más graves de la baja época helenística que acabó convirtiéndose en uno de los lastres del Egipto romano e impregnándose de valores religiosos con los primeros anacoretas cristianos. Por más que se diga, el desierto sólo ofrecía acogida a una ínfima minoría, pues la vida en él era imposible para quien no estuviese acostumbrado al nomadismo. Pero Alejandría, con su población bulliciosa y difícil de controlar, ejercía una creciente atracción tanto más fuerte cuanto que ofrecía la posibilidad de encontrar trabajo, y sus templos estaban dispuestos a ofrecer derecho de asilo al campesino desertor. Por su parte, otros se agrupaban en bandas de salteadores que asolaban el llano. En los papiros se percibe la angustia y las amargas quejas de los que se quedaban, a quienes la solidaridad de la aldea obligaba a pagar por los que habían huido: las denuncias indignadas se multiplicaban ante los agentes del rey.

Los papiros (especialmente el informe de Zenón) muestran claramente el profundo descontento que reinaba en el campo. Los campesinos aparecen en ellos como harto violentos e incapaces de soportar la presión: sus reivindicaciones son presentadas con un énfasis de revuelta opuesto al tono de rastrera adulación que adoptan, en parecidas circunstancias, los «pequeños griegos». Esa frustración y ese ambiente enrarecido explican que las revueltas alcanzaran tanto eco en la *khora* egipcia.

29. Juramento de Tebtynis (107): «Hasta que entregue mi renta, me mantendré a la vista cada día, aplicado a los trabajos agrícolas, sin refugiarme en el altar sagrado de ningún templo, sin pedir ninguna protección y sin inventar ninguna excusa para librarme de ello».

30. Sin embargo, hay que señalar que nunca se llegó a la servidumbre. Aunque no había feudalidad, los estrategas concentraban todos los poderes en sus manos, pero no tenían grandes posesiones.

De esta manera, la brecha entre el mundo urbano explotador y el mundo rural explotado se hizo cada vez mayor, brecha en la que M. Rostovtzeff ve, no sin razón, la tara más profunda de las sociedades antiguas a partir del siglo IV y que, finalmente, será una de las causas más patentes de su derrumbe.

La inevitable fusión

En aquella sociedad colonial que ignoraba, en cuanto al derecho, las discriminaciones raciales entre vencedores y vencidos tan fundamentales en el Imperio romano, se iba esbozando poco a poco la fusión de razas soñada por Alejandro.

«Los macedonios se han convertido en egipcios», declaraban Polibio y Tito Livio. Pese a la evidente exageración de semejante frase, el atractivo de Oriente se hacía sentir entre todos los griegos, tanto en Egipto como en Asia, principalmente en el terreno religioso. En Egipto, algunos griegos se hicieron momificar y enterrar con los libros de los muertos; el sistema de pesos y medidas[31] y el calendario[32] faraónicos (véase la tabla de la pág. 97) se impusieron en la administración lágida. Pero, así como el contagio era débil en las ciudades, donde los helenos conservaban su marco tradicional y eran relativamente numerosos, colonos y clerucos, que vivían mucho más aislados y no podían agruparse más que en las *politeumata* —asociaciones reconocidas, pero no institucionalizadas, y que no eran más que una caricatura de ciudad—, adoptaron progresivamente las costumbres autóctonas,[33] tanto más cuanto que éstas respondían a un ambiente muy distinto al de Grecia o Anatolia y a que los matrimonios mixtos se multiplicaron a partir del año 250.

31. Medidas de longitud: codo (0,52 m), vara (100 codos). Medidas de superficie: arada (1 vara cuadrada = 2.735 m^2), millar (10 aradas).

32. Con frecuencia, en los documentos, ambas fechas se daban conjuntamente. Por ejemplo, en la piedra Rosetta: «El 9º año (de Tolomeo V = 196) el 4 del mes Xandicos y el 18 del mes de los egipcios Mechir».

33. Es particularmente interesante conocer a los dioses honrados en la *doréa* de Apolonio, en el Fayum. Estaban Zeus, Deméter y Hermes, pero también Poremanres (rey divinizado en forma de cocodrilo), Isis, Ptah y, finalmente, los nuevos dioses (Serapis, culto real). Y los griegos veneraban a los dioses egipcios: uno prometía «ofrecer un sacrificio a la divinidad del lugar, como es costumbre en todas partes» (P. Lond, 2666); otro levantaba una estela con la imagen de Anubis en honor de Apolonio.

Un papiro tebano del 113 da testimonio del préstamo que un griego llamado Psen-Mont, hijo de Pa-Thot le hizo a un coaquita: de griego no tenía más que el estatuto jurídico. El mismo fenómeno sucedía en Siria o Babilonia, especialmente en Dura-Europos, donde la onomástica muestra la fusión entre elementos griegos e indígenas.

El fenómeno inverso es aún más evidente, porque para los nativos era interesante imitar a los vencedores, en los que, por otra parte, seguramente también reconocían la superioridad y el dinamismo. Probablemente, los campos no se vieron muy afectados por este movimiento, y las lenguas autóctonas, el arameo, el persa y el egipcio, resistieron al griego. Por otra parte, los ambientes sacerdotales se mantuvieron bastante impenetrables: la escritura cuneiforme y el sumerio, en tanto que lengua litúrgica, sobrevivieron largo tiempo, y más aún los jeroglíficos.

Pero, en las ciudades atálidas o seléucidas y en las metrópolis de los nomos egipcios, la helenización fue imparable, sobre todo entre comerciantes y funcionarios. Ello condujo a la constitución de una élite indígena que hablaba griego, vestía a la griega, y adoptaba los usos y costumbres griegos. Incluso en Tebas, en un ambiente sacerdotal y tradicionalista, se recurría cada vez más a los agoránomos, notarios de expresión griega que difundían ampliamente el derecho helénico y desacreditaban a los notarios egipcios que escribían en demótico.[34] Los graffiti escritos en griego en la vieja metrópolis religiosa eran numerosos, y algunos de sus autores, que se proclamaban sacerdotes, magos o embalsamadores, sólo podían ser egipcios. Los textos escolares, muy numerosos en los papiros, muestran que por doquier se leía a Homero, a los trágicos, a Demóstenes o a Menandro. El gimnasio, allí donde era accesible a los indígenas, es decir, sobre todo en Asia, era un medio ideal para formarse en el estilo de vida helénico (fig. 7): los que lo frecuentaban estaban muy orgullosos, y formaron las asociaciones de *apo tou gymnasiou* (los que salen del gimnasio).

Desde un punto de vista social, el desarrollo de una clase media helenizada fue un éxito. Y cabe añadir que, dejando a un lado a Beroso, Manetón (véanse las págs. 107-108) y Zenón, el fundador del estoicismo (véase la pág. 125), ninguno de los que brillaron en las letras, las artes, la ciencia o la filosofía perteneció a ella. Sus miembros podían hablar o leer

34. El demótico era la escritura cursiva que se usaba en Egipto en la Baja Época. Derivado de los jeroglíficos —que se mantenían para las inscripciones monumentales— se valía de caracteres muy simplificados y numerosos signos dobles.

EL CALENDARIO EGIPCIO EN LA ÉPOCA LÁGIDA

1. *El año*: calendario meramente solar.
   Los egipcios usaban conjuntamente dos sistemas cronológicos:

   a) *el año indeterminado*: 12 meses de 30 días + 5 días epagómenos (suplementarios) = 365 días;
   b) *el año sotíaco* (Sotis = la estrella Sirio): 364 días y 1/4.

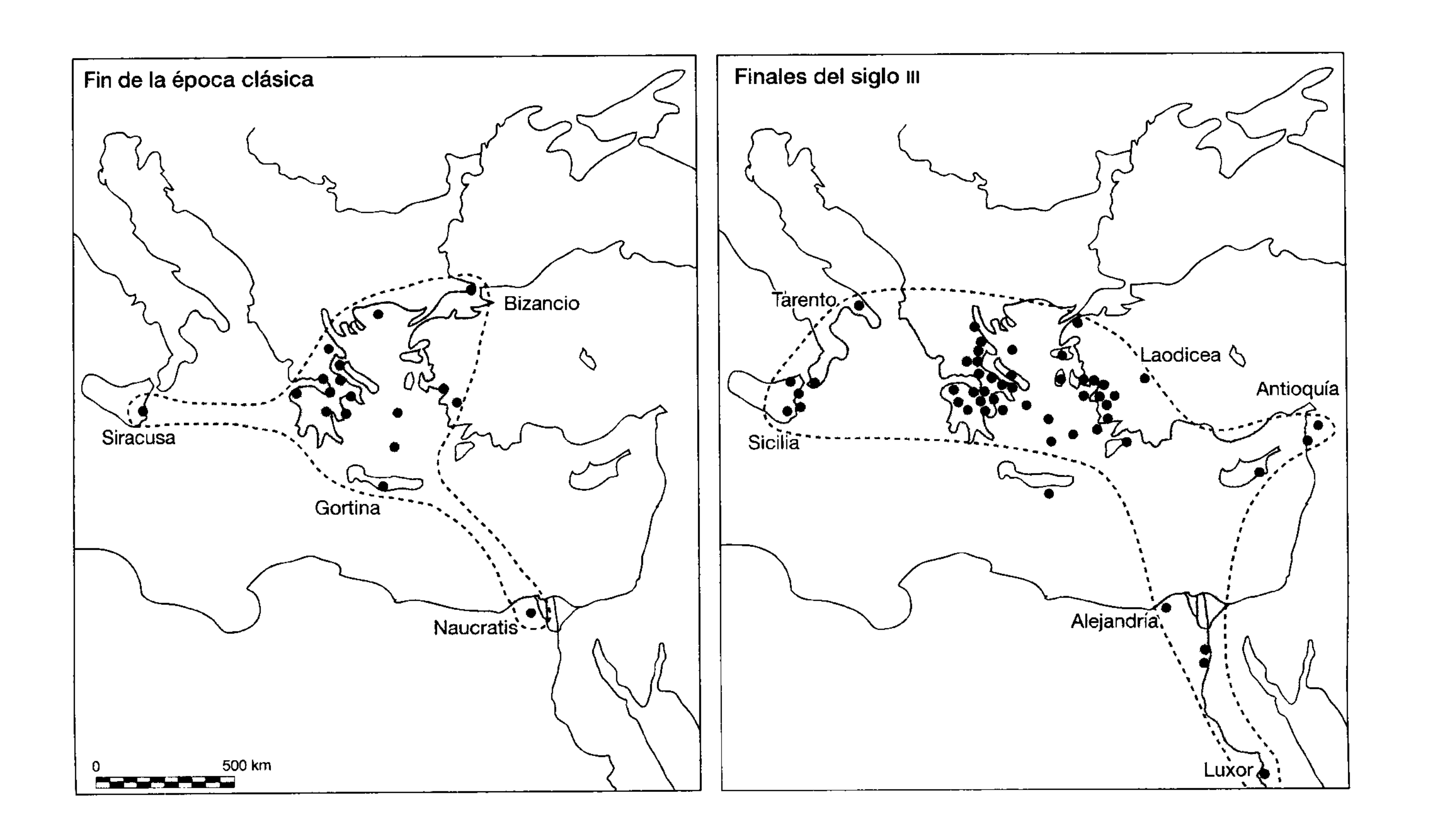
Cada año, el año indeterminado perdía 1/4 de día en relación con el año solar al que se acercaba mucho el año sotíaco: las fiestas religiosas, que se organizaban siguiendo su plan, no se correspondían, más que raramente, con los fenómenos naturales que conmemoraban.

En el 237, Evergetes introdujo un 6° día epagómeno cada 4 años para restablecer la concordancia entre ambos años. Una reforma capital (conmemorada en el decreto del sínodo de Canope) inspirada por los astrónomos griegos, pero que no sobreviviría debido a las resistencias del clero indígena.

2. *Los meses*: 3 estaciones de 4 meses, a su vez divididos en 3 décadas.

	1ª estación *Cría*	*2ª estación* *Germinación*	*3ª estación* *Calor*
1	Thot	Tybi	Pachons
2	Paophi	Mechir	Payni
3	Athyr	Phamenoth	Epiphi
4	Choiak	Pharmouthi	Mesori

en griego, vivir a la manera griega en viviendas griegas, pero nunca formaron parte de la élite intelectual. Paradójicamente, habría que esperar a la llegada del Imperio para que surgiera de esa clase media helenizada un Filón, un Plotino, un Atanasio.


Fin de la época clásica
Bizancio
Siracusa
Gortina
Naucratis
0
500 km
Finales del siglo III
Tarento
Laodicea
Antioquía
Sicilia
Alejandría
Luxor

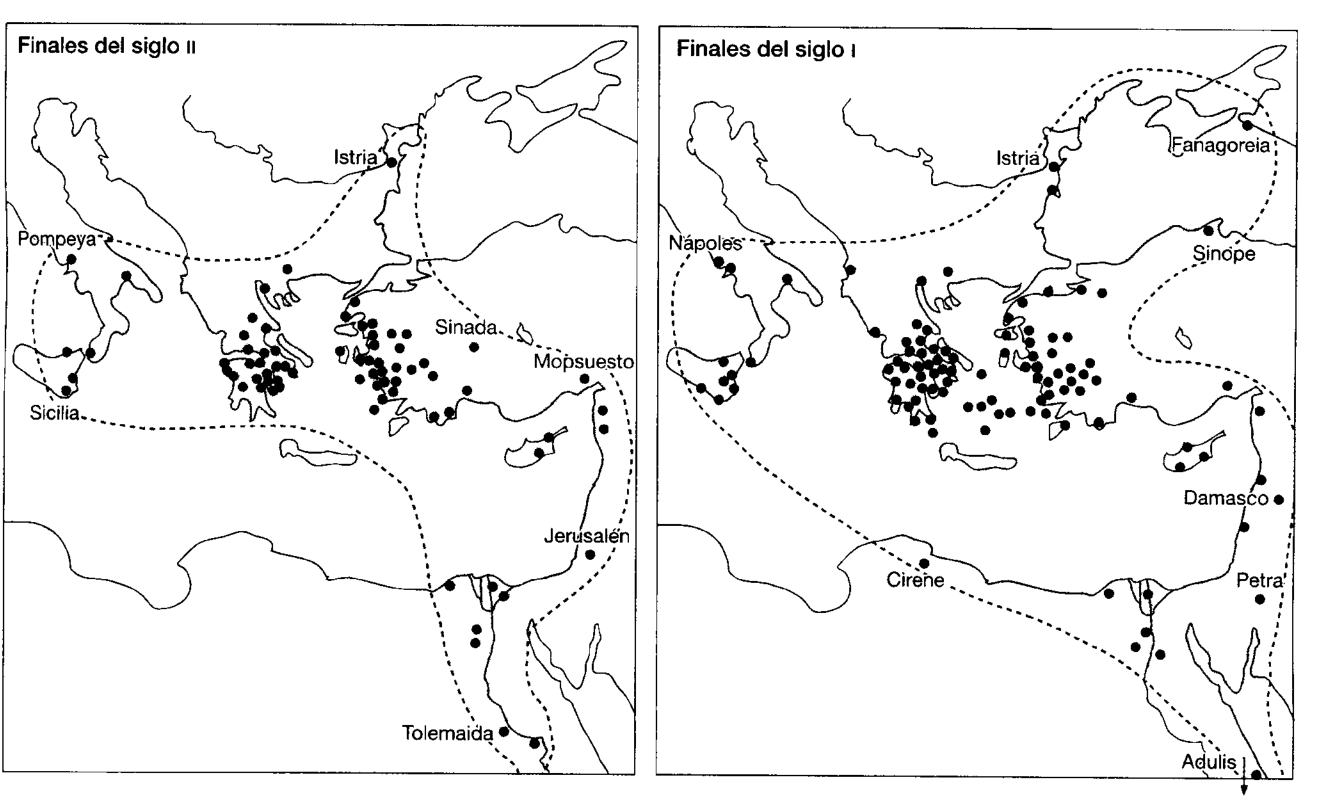


FIGURA 7. La multiplicación de los gimnasios en la época helenística.

EL MUNDO DE LOS SOLDADOS

Uno de los factores esenciales de la helenización fue la presencia de soldados en las ciudades o en las metrópolis de los nomos. Por lo demás, en el mundo helenístico surgido de la conquista y plagado de incesantes conflictos, el ejército desempeñó un papel tan importante que merece un análisis particular.

El reclutamiento de mercenarios

Cuando las necesidades de hombres se hicieron tan imperiosas, el reclutamiento cívico, vinculado al sistema de la *polis*, se había agotado. De ahí la necesidad, por parte de los soberanos, de recurrir a los mercenarios, siguiendo una evolución que ya había comenzado en el siglo IV.

El reclutamiento se hacía de distintas maneras: envío de sargentos reclutadores, alistamiento de jefes de mercenarios con tropas propias, o establecimiento de acuerdos diplomáticos entre ciudades que preveían la cesión de contingentes en caso de necesidad. Una vez contratado, convenía conservar al mercenario el mayor tiempo posible; entonces se procuraba convertirlo en un colono militar o cleruco, proporcionándole un lote de tierra en usufructo a cambio de distintas obligaciones: obligaciones financieras y obligación de estar siempre preparado para una movilización inmediata.

¿Dónde se reclutaban mercenarios? Hasta finales del siglo III, el elemento griego tuvo un papel fundamental. Originarios de las regiones más pobres de la Hélade (algunas comarcas del Peloponeso, de la Grecia central y septentrional, y del Egeo), un gran número de griegos entraron al servicio de las nuevas monarquías. La proporción de griegos disminuyó considerablemente en el siglo II, porque, por un lado, las condiciones del mercenario empeoraron y, por otro, muchos de ellos se adaptaron mal al clima, especialmente en Egipto, donde consta que las familias de clerucos languidecían. El caso de los macedonios es algo distinto: desde el principio fueron numerosos y se quedaron; se cree que al pertenecer a una raza joven, se adaptaron mejor y siguieron multiplicándose.

También los bárbaros se enrolaron de buen grado. Entre ellos, los gálatas, aquellos celtas que invadieron Grecia, asolaron Anatolia, e incluso prosiguieron sus hazañas hasta Egipto. Restos de sus bandas fue-

ron incorporados por los soberanos, especialmente antigónidas y atálidas, que apreciaban su valor y su total entrega. Los semitas eran también muy apreciados, incluso en Egipto, donde acostumbraban a sustituir a los griegos en el ejército.

Los soberanos debían recurrir cada vez más a elementos nativos a fin de paliar la carestía de soldados griegos. A partir de la batalla de Rafia (217), los lágidas decidieron incorporar egipcios. Más de la mitad de las tropas seléucidas llegó a estar formada por indígenas.

Tanto la afluencia de mercenarios extranjeros como la leva de soldados indígenas provocó una progresiva «barbarización» del ejército. Según M. Launey, en ello reside el drama del mundo helenístico: demasiado escasos para poder defender por sí solos sus reinos, los conquistadores vieron afectados, progresivamente, los principios mismos de su civilización.

La condición del mercenario

El mercenario, a menudo exiliado para siempre, se convirtió en una especie de apátrida desprovisto de cualquier derecho político. La vida militar y la vida civil, tan estrechamente unidas en la Grecia clásica, se disociaron definitivamente. Cierto es que había guarniciones, unidades e incluso asociaciones de soldados que votaban los decretos honoríficos y elegían magistrados, pero dicha actividad carecía de auténtica realidad y, seguramente, dejaba traslucir la nostalgia que muchos de ellos sentían por las antiguas instituciones.

La condición social del mercenario es difícil de definir, ya que evolucionó de modo considerable. En el siglo III, estaba bien retribuido en metálico y en especies, sin contar con las ventajas suplementarias, lo que hacía que la carrera de las armas estuviera muy solicitada. El soldado era, a la sazón, un personaje bien alimentado, bien vestido, bien servido, y feliz con su situación. Por el contrario, en el siglo II, con la crisis económica que castigó severamente a las monarquías helenísticas, la profesión perdió muchos de sus atractivos: mal remunerado y menesteroso, el soldado no era muy distinto del campesino con el que, forzado a cultivar su tierra, compartía las ocupaciones más bajas.

Semejante evolución explica las nuevas relaciones entre el soldado y la población de la ciudad o de la aldea donde estaba acantonado. En el siglo III, las quejas contra los mercenarios eran numerosas: durante el reinado de Evergetes, hubo propietarios que arrancaban las techumbres de

sus casas y obstruían las puertas con altares como muestra de resistencia a aceptar la requisición. En el siglo II, parece que se estableció un *modus vivendi*, en la medida en que el ejército era mucho más autóctono y el soldado ya no era el privilegiado de antes: más cercano al campesino, ya no suscitaba aquel odio feroz que se entrevé en los papiros del siglo III.

Desarraigados, los mercenarios griegos o macedonios se mantuvieron radicalmente vinculados al helenismo, aunque padecieron el influjo profundo de los cultos locales. Parece que, en gran parte, hay que atribuirles la fundación de los gimnasios, que se multiplicaron en los reinos helenísticos. Cabe hacer de nuevo, sin embargo, una distinción: en el mundo sirio-anatolio, los gimnasios se abrieron a los indígenas ansiosos por acceder a la cultura griega; por el contrario, en Egipto, eran clubes celosamente reservados a los ocupantes; cuando el ejército fue invadido por los semitas, los gimnasios se convirtieron en el centro de una especie de francmasonería helénica que quería preservarse de la contaminación de los bárbaros.[35]

La tenencia de la tierra en la cleruquía

Una de las instituciones más originales de la época helenística fue la de la cleruquía, destinada a retener a los mercenarios a cambio de un lote de tierra (cuya superficie variaba considerablemente, entre 1 y 250 ha), tomado de los dominios reales o religiosos, o de las *doreai*. Aunque la palabra es griega y remite a los clerucas de la Atenas clásica, ese modo de recompensar los servicios militares, normal en un país de economía agrícola, era tradicional en el Egipto faraónico. Los lágidas[36] cayeron en la cuenta de que conservarla era una gran ventaja: de esa manera, querían formar un ejército hereditario y librarse del delicado problema que implicaba reclutar nuevos mercenarios; al mismo tiempo, esperaban que, al instalar colonos griegos en la llanura, contendrían mejor a los nativos y favorece-

35. Esta distinción, defendida especialmente por M. Launey, actualmente parece demasiado tajante: en Egipto, había adolescentes judíos que participaban de la vida del gimnasio; incluso algunos jefes de los destacamentos de *neaniscoi* eran egipcios.

36. El sistema militar de los seléucidas era muy distinto del de los lágidas: «Entre los lágidas, los colonos estaban obligados personalmente a hacer el servicio militar en calidad de propietarios de lotes de tierra. Así pues, el servicio militar era la servidumbre aneja a la donación. Los clerucos de Egipto representaban una especie de ejército sedentario. El sistema seléucida era el de reclutamiento; se era enrolado como habitante de Larisa y no como beneficiario de una dotación» (E. Bikerman).

rían su helenización. Pero el sistema se vio fundamentalmente viciado cuando los indígenas fueron introducidos en el ejército real y se les concedieron también tierras de colonización o cleruquías.

En sus orígenes, cuando moría el cleruco, su tierra volvía al rey, a menos que tuviera un hijo en edad de tomar las armas. Pero las relaciones entre soberano y cleruco evolucionaron. En el siglo III, las primeras operaciones de adaptación, roturación y desecación fueron realizadas por los servicios reales. Además, el cleruco, alejado del país debido a las campañas exteriores, no conocía el trabajo de la tierra, sobre todo en condiciones tan especiales como las de la agricultura egipcia. Pero, desde el siglo II, los clerucos ya no fueron extranjeros, sino hijos de clerucos o de nativos; se les daban tierras incultas a las que debían dar valor. Ya no estaban obligados para con el rey, sino que más bien le hacían un favor al cultivar una tierra yerma, sobre la cual pagaban sus cánones.

En tales condiciones, es lógico que las exigencias del rey respecto a los clerucos disminuyeran. La tenencia de la tierra propendía a la *herencia*. Cl. Préaux ha señalado las sucesivas renuncias reales: a fines del siglo III, sólo los hijos de clerucos podían heredar la tenencia; en el siglo I, algunas mujeres tuvieron acceso al *kleros* o derecho a recibir un lote. Asimismo, se produjo una evolución parecida, aunque menos acentuada, hacia la *alienabilidad*: por temor a que no se pagaran los cánones de la cleruquía, el soberano aceptó que los derechos y deberes del cleruco fueran transferidos a otra persona; aunque en este punto los textos no hablan propiamente de venta, está claro que semejante transferencia se hacía contra entrega de dinero. La herencia y la casi alienabilidad del *kleros*, progresivamente asimilado a un bien privado ordinario, fue una importante victoria del sujeto frente a las prerrogativas reales.

En ello vemos un caso peculiar y típico de cómo evolucionaron las relaciones entre el rey y sus súbditos en la baja época helenística. Al principio, la concesión de la cleruquía era un favor preñado de severas obligaciones. Pero el progresivo empobrecimiento de Egipto obligó a los soberanos a considerar como una necesidad vital asegurarse el cultivo del suelo, el más esencial de sus recursos procedentes de la tierra. Así pues, renunciaron a algunos de sus derechos para obtener una revalorización de mayor alcance. Pero se entró en un círculo vicioso: la transformación de las tenencias cleruquianas en propiedad privada disminuyó en el mismo grado el dominio real y, por lo tanto, la riqueza de bienes raíces del monarca, singularmente mermados por las concesiones y dones hechos a los sacerdotes.

Los reinos helenísticos dejan una confusa sensación de éxito y fracaso. Por un lado, las grandes ciudades cosmopolitas, de amplias avenidas y nobles monumentos, con una envidiable prosperidad, una burguesía dinámica y en plena expansión, y la helenización de una clase media entre los medios autóctonos; por otro lado, el marasmo del campo, duramente explotado y que no sacaba provecho alguno del nuevo orden. El rey y los grandes capitalistas que movían los hilos sólo se interesaban por sus beneficios y, conscientemente o no, favorecían esa ruptura entre el mundo urbano y el mundo rural que, sólo en apariencia, estaba en la onda del helenismo, porque, si bien la civilización clásica se definía claramente a través de la ciudad, ésta englobaba ciudad y campo. Probablemente ya se estaba esbozando, antes incluso de la conquista, el Imperio romano, cuyas grandezas y debilidades se inscribirían en el mismo marco antagonista.

Lo más grave fue que la situación se deterioró especialmente en Egipto, donde sacerdotes, soldados y funcionarios lograron cada vez más privilegios en detrimento del soberano, y donde los campos, asolados por la anacoresis, cada vez se cultivaban menos. Cl. Préaux ha hablado con propiedad de un «rechazo de las masas», abandonadas a su suerte, por las que nada se hacía para mejorar su nivel de vida (lo cual hubiera podido ser un medio, desde la óptica capitalista, de revitalizar la economía) y a las que no se supo ofrecer un ideal que diera sentido a su trabajo.

Cabe añadir, para no ser injustos, que los soberanos dieron lo mejor de sí mismos, teniendo en cuenta el pequeño número de inmigrantes griegos y macedonios, incapaces de cambiar a unas masas indígenas mucho más numerosas. Volviendo a una conocida frase, aplicada al siglo de los Antoninos por E. Albertini, bien pudiera decirse, con todas las precauciones que conlleva, que el mundo helenístico fue, en aquel entonces, el menos malo de los mundos posibles. Tal era, por otra parte, el sentimiento que expresaba un *dioketes* al escribir: «Nadie tiene derecho a hacer lo que le plazca, pero todo está regulado del mejor modo posible».

Por lo demás, el estudio de la civilización que se desarrolló en aquel marco nos mostrará otras realizaciones, a menudo restallantes.

Capítulo 3

La última mutación del helenismo espiritual

La algo desordenada riqueza de las creaciones del período helenístico sorprende vivamente, pues se constata en ella una plenitud vital, difícil de unificar. Al fin y al cabo, representa el triunfo del individualismo que tanto había progresado a finales del siglo V y que se expresa bajo formas tan distintas como el éxito del lirismo, la aspiración del filósofo a una sabiduría personal y las necesidades místicas del alma, ansiosa por asegurar su propia salvación.

Pero, *paradójicamente*, el hombre no parece capaz de desarrollar su individualidad más que en el seno de la colectividad. Los poetas se agrupan en cenáculos, las tradiciones de taller tienen un papel preponderante en el desarrollo del arte, la filosofía y la ciencia evolucionan en escuelas fuertemente organizadas. Incluso los místicos no encuentran a dios más que en asociaciones gentilicias.

En relación con esa necesidad, y con la ayuda de soberanos ilustrados, se desarrollaron bibliotecas e institutos, donde se almacenaba y acrecentaba el conocimiento humano. Los dos primeros tolomeos, influidos por Demetrio de Falero, discípulo de Teofrasto, y por el poeta Filetas, dotaron a su capital de museo y biblioteca. El museo (literalmente, santuario de las musas), fundado por Soter, se convirtió, con Filadelfo, en un centro académico de investigaciones avanzadas: los sabios eran mantenidos por la generosidad del príncipe, y allí encontraban los instrumentos, las colecciones y los jardines zoológicos y botánicos necesarios para sus investigaciones. La biblioteca, aneja al museo, no paró de

crecer: 200.000 volúmenes a la muerte de Soter, 400.000 a la de Filadelfo, que adquirió importantes fondos, especialmente el de Aristóteles, y 700.000 cuando fue quemada a raíz de la conquista de César. Además, Filadelfo instaló, en el Serapeum, una segunda biblioteca de 50.000 obras. Los atálidas rivalizaron con los lágidas y fundaron también una biblioteca, en Pérgamo, de 400.000 volúmenes, más especializada en la erudición que en la literatura.

Sensibilidad e intelectualismo en las letras

La literatura se mostró extraordinariamente viva. Es cierto que los géneros tradicionales de los siglos clásicos desaparecieron casi por completo: creadas para instruir y convencer al *demos*, la tragedia y la elocuencia ya no disponían del marco social necesario. Pero renació la poesía lírica y apareció la erudición filológica, mientras que sólo sobrevivieron la comedia y la historia.

El hombre de letras y su público

Las nuevas condiciones del mundo helenístico explican, al mismo tiempo, el auge de la literatura y su radical transformación. Entre las más importantes está la aparición de un instrumento de expresión y de centros literarios que permitían captar en vivo aquella mezcla de unidad y diversidad que caracterizaba, a la sazón, al helenismo.

Durante la época clásica, el dialecto ático había adquirido una innegable primacía debido al esplendor intelectual de Atenas; fue ese dialecto el que creó la base esencial de la *koiné*, o lengua común, que se difundió desde la época de Alejandro con finalidades esencialmente pragmáticas en la cancillería, las relaciones comerciales y el uso corriente. Pero la *koiné* enriqueció el dialecto ático con influencias, especialmente del jónico, y lo simplificó desde el doble punto de vista morfológico y sintáctico, despojándolo de sus matices y finura, pero permitiendo que se convirtiera en una lengua de cultura de gran difusión. No obstante, la práctica de la literatura siguió siendo un juego, como en la época anterior, y, mientras en prosa se usaba ampliamente la *koiné*, la poesía se complació en cambiar su expresión recurriendo a los dialectos tradicionalmente vinculados a un género: la lengua homérica —en sí misma un artefacto

harto bastardo— para la epopeya, el eolio para el lirismo amoroso y el dorio para los cantos bucólicos.

Sin embargo, Atenas, que en lo esencial había impuesto su dialecto, ya no era el centro literario de la Hélade, salvo en la comedia. Alejandría tendió a reemplazarla, pero sin desempeñar aquel papel de capital en la filosofía y en las ciencias. Pero había otros centros en absoluto despreciables, como Siracusa, Tarento, Cos, o Pérgamo.

La novedad no fue menos evidente en cuanto a las relaciones de los creadores con los poderosos y el público, pues apareció una tipología humana totalmente nueva: el hombre de letras. Pero, dado que la noción de derechos de autor era ajena a la Antigüedad, el literato sólo podía vivir de las subvenciones de los príncipes, a menos que contara con recursos propios. El mecenazgo se convirtió, así, en el soporte normal de toda vida literaria, especialmente practicado por los primeros lágidas, que amaban la literatura tanto como las artes o las ciencias. El peligro, al que no pudieron sustraerse los más eminentes, fue el desarrollo de una poesía cortesana, con las inevitables adulaciones serviles. Teócrito, tras haber intentado en vano atraer la atención de Hierón II de Siracusa y de haber residido en Cos, donde quizá tenía vínculos familiares, se instaló en Alejandría. Allí se granjeó el favor de Tolomeo Filadelfo, y eso le brindó la ocasión de escribir uno de sus peores idilios, el *Elogio de Tolomeo*: un auténtico ejercicio de escuela por la pedante rigidez de su planteamiento, tomado de los panegíricos de los sofistas y de los retóricos, y que le llevó a alabar, sucesivamente, a los parientes, al nacimiento y a los méritos de Filadelfo. Pero el ejemplo de las *Siracusanas*, uno de sus poemas más perfectos, en el que evocaba el comienzo de las fiestas de palacio y abordaba delicadamente el juego de la apoteosis de los monarcas, demuestra que la poesía cortesana no tiene por qué esterilizar el espíritu.

Calímaco no era menos hábil a la hora de adular. En el *Himno a Delos*, Apolonio, aún en el seno materno, pronuncia su primera profecía: invita a su madre a evitar Cos, reservada para el nacimiento de Filadelfo, e ir a dar a luz a Delos. Calímaco no dudó en dedicar un poema entero, que Catulo traduciría al latín, al rapto de un mechón de cabellos de la reina Berenice (esposa de Tolomeo III), robado de un santuario y convertido en constelación celeste.

Otra innovación fundamental entre los hombres de letras fue que los nativos empezasen a escribir en griego. Tal fue el caso, a principios de la época helenística, de dos sacerdotes que explican las tradiciones de su país: Beroso, en su *Historia de Caldea*, y Manetón (del que se menciona-

rá el papel que tuvo en la creación del dios Serapis, véanse las págs. 162 y sigs.), en su *Historia de Egipto*. Estos tratados, aunque perdidos, marcarían un punto de inflexión en los contactos entre civilizaciones. A partir de Filadelfo, también los judíos contribuyeron al progreso de las letras helénicas, no sólo con traducciones, sino también con obras originales (véase la pág. 54).

El público tampoco era ya el mismo de la época anterior. La literatura ya no concernía al *demos*, y se dirigía exclusivamente a la burguesía. Lo cierto es que dicha clase tendía a expansionarse, era cada vez más ilustrada debido a la indiscutible difusión de la cultura a consecuencia de una enseñanza más estimulante y racional, y las mujeres, imitando a unas reinas a menudo muy instruidas, ya no estaban necesariamente mantenidas aparte de las cuestiones del espíritu. Pese a no ser tan popular como lo había sido en el teatro, en el tribunal o en la *Ecclesia*, el público siguió siendo bastante amplio, y no menos sorprendente resulta que pudiese disfrutar con las sutilezas de una poesía refinada, en principio reservada a los *happy few*. Es indudable que la familiaridad con las musas se tenía por virtud —casi por una vía de acceso a la condición de héroe— y que el éxito de una fiesta como la que dio Filopátor para celebrar la apoteosis de Homero habría sido incomprensible tiempo atrás.

Lógicamente, el hombre de letras debía tener en cuenta las aficiones y las preocupaciones de aquel público, aficiones y preocupaciones que él, por lo general, también compartía. De esa manera, se desarrollaron algunas tendencias que podían parecer comunes a todos los géneros literarios. La más evidente era la búsqueda incesante de la novedad. Si los géneros clásicos desaparecían, a excepción de la comedia y la historia, no era porque no concordasen con la nueva sociedad, sino, sobre todo, porque a nadie le gusta seguir los pasos de sus inmediatos predecesores. Preferían mirar hacia el pasado más antiguo de la Hélade, a la época heroica, o, al menos, a la arcaica, para hallar las formas literarias desaparecidas desde hacía siglos —epopeya, poseía didáctica, lirismo personal—, un marco adecuado para inserir pensamientos o sentimientos radicalmente nuevos. Por lo demás, el deseo arcaizante, apreciable en el arte, no debe llevar a engaño: Apolonio de Rodas no podía y, sobre todo, no quería ser un Homero, ni Teócrito un Alceo.

Otra tendencia no menos evidente era el gusto por una literatura altamente intelectual. Más que nunca, el griego intentaba comprender, y

como los acontecimientos se sucedían, incesantes, en una época tan caótica, la historia experimentó un rápido desarrollo. Por otra parte, más que la ciencia, fue la erudición la que se benefició de aquella incansable curiosidad. Los comentaristas trataban de captar los secretos de los grandes clásicos, mientras que los poetas, con sus veladas alusiones y deliberadas oscuridades, crearon numerosas enigmas para futuros exégetas.

La comedia nueva

La tragedia había muerto. La comedia, por su parte, mantuvo durante cierto tiempo un intenso resplandor en Atenas y se extendió a Macedonia (Filipo ofreció representaciones después de la toma de Olinto y Alejandro, después de la de Tebas) y por el Oriente helenístico.[1] El coro y la parábasis desaparecieron: los intermedios dividían en actos un argumento que hasta entonces había sido continuo, y el prólogo, copiado de la tragedia, permitía al poeta urdir la acción y presentar sus opiniones personales, tal y como antes hacía la parábasis.

De una forma más clara que la predominante en el siglo IV, la forma de comedia que aparecía ahora (llamada «comedia nueva») se acercaba a la representación con matices de la vida contemporánea. El amor se convirtió en el tema esencial, un amor contrariado hasta el reconocimientos final, que permitía un desenlace feliz. La intriga se hizo más compleja, aún manteniéndose fiel a un esquema más o menos constante. Los caracteres eran estudiados con finura. Describiendo las máscaras cómicas, Pólux contabilizó cuarenta y cuatro, de las que nueve eran de ancianos y, de adultos, habrá diecisiete de mujeres, once de gente joven y siete de esclavos: así pues, ya no había suficiente con los caracteres generales.

No obstante, esa comedia, a menudo rayana en lo patético, seguía siendo alegre. A modo de ocurrencias, conservó los procedimientos de la comedia común: parodias, habladurías de cocineros, jactancias de soldados fanfarrones, narraciones de parásitos, intrigas de esclavos —antecesores de los Scarpin molierescos— que engañaban a vejestorios.

Las piezas se conocen por las «contaminaciones» de la comedia latina (véase la pág. 198) y por fragmentos. Dos autores sobresalían: Filemón

1. Un testimonio de ello fue, por ejemplo, Machon, un cómico de Sición o de Corinto que trabajaba en Alejandría hacia el 250. De él se conservan alrededor de 500 versos anodinos y picarescos sobre cortesanas, músicos y parásitos.

(tal vez oriundo de Siracusa), al que gustaba la proliferación de situaciones cómicas, y el ateniense Menandro, a quien los profesores bizantinos llamaban «la estrella de la nueva comedia» y que dividía su tiempo entre los placeres de su villa del Pireo, la compañía de la cortesana Glicera y la composición de casi 110 comedias. Tras el descubrimiento de un papiro de su *Díscolo* (*El misántropo*), podemos tener una idea menos imprecisa de su genio, que M. Croiset consideró, sin exagerar, inferior al del inigualable Molière.

Menandro filosofaba a su manera, o más bien moralizaba, pero sin demasiada originalidad: de *El misántropo* se puede decir que es una «obra de encargo». Su verdadero mérito es de trazar los personajes de una forma tan real que Aristófanes de Bizancio se preguntó quién había imitado a quien: ¿Menandro a la vida humana o la vida humana a Menandro? En su *Heautontimoroumenos*, traducido casi en su totalidad por Terencio, contrapone dos tipos de ancianos: Cremes, enfático creador de frases, y Menedemo, «el hombre que se autocastiga», espíritu íntegro y enamorado del absoluto, y evoca los conflictos generacionales mostrándonos las relaciones de ambos con sus hijos. En *El arbitraje*, pone en escena a dos jóvenes casados que se adoran y que se han separado por un malentendido: el joven, de carácter apasionado y un auténtico héroe, digno de Escopas, se lanza con entusiasmo al desenfreno antes de volver con su esposa, que, pese a las apariencias, se había mantenido digna de su amor.

Así pues, el amor y los sentimientos cotidianos componen la temática por excelencia de la comedia de Menandro, cosa natural en una época en la que el hombre, arrancado de su condición de ciudadano, se aferra a las pasiones y los afectos. Pero Menandro estaba demasiado vinculado a su tiempo como para no dejar caer algún comentario (apasionantes para el historiador) sobre otras cuestiones: las relaciones entre ricos y pobres, la esclavitud, la superstición y la religión. A la par de la gran tradición cómica, abominaba los cultos extranjeros. En *El espectro* arroja sorprendentes revelaciones sobre las prácticas de los magos. *La mujer poseída por la divinidad* pone en escena a una joven consagrada a Cibeles que se lamenta por haber perdido sus dotes proféticas tras enamorarse: la diosa reclama un amor exclusivo.

En resumen, un teatro que llamaba la atención por la finura con que aborda los análisis psicológicos, al mismo tiempo que conmueve por sus cualidades profundamente humanas. Eran los últimos destellos del genio ático, lo bastante vivos como para que aún pueda evocarse, a propósito de Menandro, tanto a Eurípides como a Platón.

Un lirismo de la evasión

La poesía merece, en lo esencial, su nombre tradicional de poesía alejandrina, ya que fue en la corte de los lágidas donde vivieron, al menos en parte, los mayores poetas.

Ya hemos destacado algunos de sus rasgos —en primer lugar, su naturaleza cortesana—. La alabanza del soberano, a menudo desenfrenada, tomó el lugar que anteriormente había ocupado el amor a la patria. El elogio era tanto directo, realzado con mentiras piadosas, como indirecto, gracias a hábiles comparaciones mitológicas. En tales poemas cortesanos, el estilo está a la altura de la inspiración: envarado, frío, repleto de perífrasis rebuscadas o de apóstrofes inútiles.

Fuese cual fuese el tema tratado, la poesía se tornó culta. Conviene, no obstante, señalar de nuevo que, a excepción de los *Fenómenos* de Arato, los versos no acogen a la verdadera ciencia, que a la sazón conocía grandes adelantos, sino a la erudición, especialmente la arqueología, la historia, la geografía y la mitología. Algunos pasajes de Calímaco y, sobre todo, de Licofrón son totalmente ilegibles para nosotros si no disponemos de una edición comentada que utilice los trabajos de los glosadores antiguos o bizantinos, a menudo también harto desamparados frente a tanta alusión oscura.

Pero el genio de los alejandrinos es algo más que la poesía cortesana o erudita, pues aparece una nueva sensibilidad, delicada o profunda, pero siempre matizada y diversa. Los sentimientos familiares se manifiestan de buen grado, e incluso el afecto por los animales domésticos, visible en tantos epitafios a compañeros íntimos; el amor reina por completo en ese nuevo lirismo, y aparece por todas partes: los rudos guerreros homéricos se convierten en galanes afortunados en amores; el propio Cíclope, el horrible Cíclope de Homero, es, en una de las más encantadoras elegías de Teócrito, un enamorado perdido que emociona por su infortunio y el desprecio con que lo colma su amada. No es frecuente, como en el caso de los *Argonautas* de Apolonio, que aparezca la pintura detallada de una pasión; normalmente, se trata de piezas breves, que traducen, con patetismo, una situación amorosa. Suele insistirse en todo lo que hay de afectación y de poca chispa en tales poesías, en las que, ciertamente, los amores y las metáforas de luceros, rayos y cadenas abundan en demasía. Pero no hay que olvidar que esas imágenes, penosamente banalizadas a lo largo de los siglos, empezaban entonces su andadura. Por lo demás, en las más bellas elegías de Teócrito o de sus mejores imitadores, se oyen

también acentos más poderosos: tan pronto la sensualidad estalla con todo su frenesí, como se asocia a los remordimientos, al arrepentimiento, al desespero ante la traición. Los elegíacos alejandrinos no sólo inventaron la poseía galante, sino que practicaron también el lirismo amoroso más sincero y emotivo.

En una época en la que las ciudades crecieron hasta convertirse en grandes aglomeraciones inhumanas, el placer por la campiña era, como en el siglo XVIII, intenso. La poesía bucólica gusta de evocar la naturaleza como marco de las emociones humanas. Los paisajes preferidos son amables, graciosos, prestos a ofrecer un agradable espacio de reposo al hombre cansado —los que aún denominamos «idílicos» en recuerdo de Alejandría—: los elementos esenciales son manantiales cristalinos y arroyuelos, rocas cubiertas de musgo y alfombras de mullida hierba, árboles frondosos y umbríos y laderas salpicadas de mirtos y olivos, flores libadas por abejas, pájaros y cigarras. Los pueblan campesinos y, sobre todo, pastores que ya no son los de Arcadia; llevan una vida libre y solitaria en pequeños valles, conocen a sus animales por sus nombres, los cuidan y aman: sus bestias aún no llevan cintas. Pero esos habitantes de la campiña se elevaban muy por encima de su condición a través de una apasionada aspiración a la belleza, belleza de cuerpos deseables de adolescentes o de jóvenes muchachas, belleza, sobre todo, de los versos y de la música. De ahí los desafíos poéticos, las justas musicales, los cantos improvisados,[2] que tan a menudo conforman el fondo de las égoglas de Teócrito y que surgen de las animadas competiciones que, al parecer, seguían vivas, a la sazón, en los ambientes pastorales de Sicilia.[3]

Había otras evasiones posibles, que los alejandrinos no desdeñan. Sensibles a la poética del viaje, sienten una predilección especial por las incidencias pintorescas y los países maravillosos: así, Apolonio adapta a

2. En los cantos improvisados, ambos interlocutores se responden inventando cada vez el mismo número de versos sobre un tema parecido o sobre dos temas antitéticos.

3. Creo, en efecto, que la poesía popular es la fuente principal del género bucólico. Hoy día, en las zonas donde la vida pastoral permanece viva, como en la propia Sicilia, Cerdeña o el País Vasco, aún se conserva. Sus improvisaciones proporcionaron a Teócrito los refranes que resumían la sabiduría del campo, temas como el de los amores desdichados del pastor siciliano Dafnis, la propia noción de los cantos improvisados. No creo que deba insistirse demasiado en los orígenes religiosos del género bucólico, tal como los expuso R. Reitzenstein: en el transcurso de las fiestas religiosas en honor de Dionisos y Artemisa, las asociaciones de *boucoloi* (pastores) entonarían himnos a sus dioses, himnos de los que las églogas serían una transposición literaria.

los gustos y conocimientos de su tiempo las viejas ensoñaciones de aventura, antaño engendradas por la *Odisea*.[4] Seducidos por las metamorfosis, su mitología les proporciona numerosos ejemplos, aunque, sin que resulte por ello paradójico, también saben extraer lo mejor del detalle concreto y realista, por ejemplo, al describir ampliamente las naturalezas muertas, e incluso las obras de arte, con gran despliegue de epítetos precisos: son los *ecphraseis* (descripciones), que ocupan un lugar predominante en los epigramas de la *Antología*.

Junto a esta renovación total de la inspiración, aparecen nuevas formas de expresión. Los alejandrinos no abandonan el poema largo, según demuestran el *Alejandra*, los *Argonautas* y los *Fenómenos*. Pero prefieren la obra corta, o tal vez la búsqueda de la expresión llevada a su extremo: el idilio, llamado todavía égloga, o el epigrama. Profesan un auténtico culto a la forma, buscando la palabra rara, arcaica o técnica, acumulando los nombres propios, de potente sonoridad. Al mismo tiempo, y en lo que supone una verdadera revolución, la poesía abandona el acompañamiento musical. Los poetas ya sólo prestan atención a la métrica, con la que se muestran especialmente altivos, ya que, en adelante, sólo ella ha de conferir musicalidad al verso.

Los maestros del arte por el arte

Los grandes nombres pertenecen a la Alejandría del siglo III, aunque muchos poemas deTeócrito evocan brillantemente el gentil cenáculo[5] de poetas agrupados en Cos en torno a Filetas, a quien se reclamaba también a la corte de los lágidas como preceptor de los infantes.[6]

Teócrito lleva, de entrada, la poesía pastoril a su cima. El siracusano nunca olvidó, ni siquiera en Alejandría, el encanto de los paisajes sicilia-

4. Uno de los pasajes más conocidos de los *Argonautas* lleva a los héroes a los dominios celtas, en los países brumosos de Occidente, a un gran río con múltiples desviaciones que parece ser, sucesivamente, el Po, el Rin y el Ródano: una geografía anormal y, sin embargo, precisa (aparecen mencionados los montes Herciníanos y los lagos suizos), que parece tomada de Timeo (véase la pág. 116).

5. Los cenáculos desempeñaron un importante papel en la vida literaria. En dos *scyphoi* del tesoro de Berthouville-Bernay, Ch. Picard ve la representación de un cenáculo con Arato, Licofrón, Menedemo (preceptor de Antígono Gonatas), Teócrito y sus Musas.

6. En Cos, Teócrito también reencontró a Leónidas de Tarento, exiliado. Leónidas es autor de un centenar de epigramas, en los que cuenta sus desgracias o describe paisajes campestres.

nos, ni los juegos eróticos o musicales de los pastores. Su exquisita sensibilidad, algo femenina, produce un efecto maravilloso cuando exalta las efímeras alegrías y las penas duraderas del amor. Se compadece de los amores de Heracles con el grito más desesperado de la Antigüedad (13, 66): «¡Desdichados los que aman!». Evoca filtros y refranes de la joven deshonrada y abandonada (las *Magas*). Pero sus *Siracusanas* son un mimo suculento y brutal, al tiempo que una delicada evocación de las liturgias áulicas. Su verbo bucólico sería imitado ampliamente por Mosco, Bión, e innumerables anónimos, cuya producción es muy mediocre, salvo excepciones como la de la deliciosa *Oaristis*, que sigue siendo la conversación amorosa más sensual de la poesía antigua. Creador indiscutible de un género que se estancó rápidamente, el delicado y sensible Teócrito no merecía el descrédito que algunos émulos torpes, entre los que tal vez cupiese incluir al gran Virgilio, arrojaron sobre él.

Calímaco, bibliotecario en Alejandría durante los reinados de Filadelfo y Evergetes, es el gran autor de los *Orígenes*, de las *Elegías* y de los *Himnos*. Animado por una clara conciencia de la dignidad de la poesía, detestaba a los críticos, «azotes de los poetas que sumergen el espíritu de los niños en la oscuridad, chinches que devoran los versos hermosos». Es una lástima que tuviera un gusto tan acentuado por lo excéntrico, por la alusión, y que se deleitara con un áspero estilo.

Su intratable enemigo,[7] *Apolonio de Rodas*, quiso hacer una copia de la *Odisea* con los *Argonautas*: como plagio resultaría insoportable a no ser por una admirable pintura de la pasión de Medea. *Arato*, el favorito de Gonatas, fue todavía más audaz: en sus *Fenómenos* tradujo en versos el sistema astronómico de Eudoxo de Cnido y demostró que la inspiración de la filosofía más elevada no era incompatible con la poesía. El oscuro *Licofrón*, bibliotecario de Filadelfo, desplegó en una larga monodia, *Alejandra*, los lamentos proféticos de la infortunada Casandra, que llega incluso a predecir la grandeza de Roma. Poseía el arte de la fórmula atrevida, como cuando trataba a Clitemnestra de «puta respetuosa», pero a menudo se pierde en las incomprensibles sutilezas de una poesía hermética. *Herondas*

7. La querella de Calímaco con su discípulo Apolonio muestra el encarnizamiento de las luchas en los cenáculos. Calímaco sólo toleraba los poemas cortos y Apolonio quería escribir una epopeya. El asunto se envenenó. Apolonio declaró en un epigrama que su maestro era «un indecente, un juguete frívolo, un pedazo de madera». Calímaco respondió mediante el *Ibis* (que sólo conocemos por la adaptación latina de Ovidio), comparando a su adversario con aquel pájaro de costumbres inmundas, consagrado a Hermes, dios de los ladrones. Apolonio tuvo que exiliarse en Rodas, donde escribiría su obra.

practica el mimo, un género crudo y picante, que los más grandes de la época no desdeñaban. En su *Maestro de escuela* pone en escena, en un excelente sainete, a personajes bien caracterizados: una burguesa dura y muy avara que quiere educar a un hijo perezoso, astuto y granuja, y un maestro con un amplio repertorio de castigos corporales; su proveedor de mujerzuelas, que trata de recuperar ante el tribunal a una de las pupilas que le ha sido arrebatada, posee el lenguaje sabroso y ordinario de su empleo.

Los innumerables epigramas de la *Antología*, una tardía colección artificial, con numerosas piezas romanas y bizantinas, atestigua, en tono menor, los gustos delicados y afectados de la época.

Esa poesía no merece el descrédito en que suele tenérsela; es mucho más que los ejercicios de perro amaestrado a que se la pretende reducir. Con un tono moderno, que sorprende enseguida, expresa nuevas sensaciones y emociones; y la anima una intensa necesidad de perfección formal, que la convertiría en el modelo natural de todos los que, a lo largo de los siglos, buscan el arte por el arte.

La erudición filológica

Pese al desprecio del amargado Calímaco, los gramáticos de la época helenística realizaron un trabajo útil al crear una rama nueva del saber, la crítica textual, que se hizo cada vez más necesaria a medida que se formaban grandes bibliotecas.

Sus nombres merecen ser recordados, ya que, gracias a ellos, poseemos textos correctos de los grandes autores griegos. Zenódoto de Éfeso fue preceptor de Filadelfo antes de convertirse en bibliotecario en Alejandría; realizó una edición crítica de los poemas homéricos y abrió el camino a los diortotes (correctores). Aristófanes de Bizancio, bibliotecario durante el reinado de Evergetes, editó a Homero, Hesíodo, y los líricos, con notable espíritu crítico. El más destacado de sus discípulos y sucesor en la biblioteca, Aristarco, conocido sobre todo por su Homero, destacó hasta el punto de que su nombre pasó a designar al juez exigente; junto a su maestro, empezó a establecer el canon (es decir, la lista) de los clásicos, que se impuso rápidamente. Finalmente, su gran rival, Crates de Mallos, bibliotecario de Pérgamo, proporcionó comentarios de Homero y de Hesíodo y una importante obra de filosofía estoica.[8]

8. Véase la pág. 126.

La historia en el siglo III

La historia sobrevivió, pero transformándose completamente. Después de Éforo de Cime,[9] se encaminó hacia lo universal y, aparte de Grecia, sus intereses abarcaron tanto Oriente, que se abrió con la epopeya de Alejandro, como Occidente, sobre el que los progresos de la conquista romana atrajeron gradualmente la atención. Pero, a la sazón, los acontecimientos eran tan considerables y las investigaciones necesarias tan vastas que el historiador se convirtió en erudito de despacho, a excepción de Polibio, que debe al conocimiento directo de lo que narraba la superioridad indiscutible con respecto a sus predecesores e imitadores. Por otra parte, al ser considerada cada vez más como una ciencia, la historia abandonó, en ocasiones, toda pretensión literaria.

Los grandes historiadores del siglo III sólo permanecen entre nosotros a través de fragmentos. Con métodos y talentos muy diferentes, merecen ser brevemente evocados.

Jerónimo de Cardia sirvió a los reyes de Macedonia y conoció de cerca los hechos que narra en su *Historia de los diadocos* y en su *Historia de los epígonos*. Su obra, «la más importante que se ha escrito sobre los cincuenta años que siguieron a la muerte de Alejandro» (F. Jacoby), llama la atención por su lucidez e inteligencia. Poco pintoresca, analítica, es una guía irremplazable para seguir y comprender los hechos, y fue ampliamente utilizada por Diodoro y Plutarco. Pero estaba muy mal escrita, y Dionisio de Halicarnaso la declaró ilegible por la poca armonía de su estilo.

En su *Historia de Grecia* y en su *Historia de Macedonia*, Duris de Samos narra los acontecimientos que tuvieron lugar desde el 370 hasta el 280; también nos ha dejado una *Historia de Agatocles*. Carente, asimismo, de estilo, destaca su sentido común, su moderación y su gusto por las anécdotas mordaces.

Pilarcos prosiguió la narración de Duris hasta el 220, con un gusto acentuado por las escenas patéticas que Polibio abominaba. Su historia vale por el pintoresquismo, por la acción con la que Pilarcos sabe animarle y por el anecdotario: es comprensible que Plutarco haya recurrido tanto a él en sus biografías.

El mayor historiador del siglo III, Timeo de Tauromenio, es el autor de una *Historia de Sicilia*, completada con una *Historia de Pirro*. Expul-

9. Discípulo de Isócrates, autor de una *Historia general del mundo*, desde el retorno de los Heraclidas hasta el 340.

sado de su patria por Agatocles, se refugió en Atenas, donde permaneció durante cincuenta años escribiendo su obra; finalmente volvió a Sicilia bajo el reinado de Hierón II.

Este admirable erudito acometió una encomiable labor, leyendo todo lo que había aparecido y recurriendo a los documentos originales. Hizo gala de un remarcable espíritu crítico y aportó juicios de gran agudeza para sus predecesores. Era maniático en extremo con la cronología y trató, con éxito, de reducir a un mismo grupo las fechas expresadas según los calendarios de Atenas, Esparta, Argos, Olimpia... Se tiende a juzgarle a partir de las acerbas críticas que no le ahorró Polibio, que le reprochaba sus conocimientos excesivamente librescos y, sobre todo, su gusto excesivo por la retórica. De hecho, su pasión por el saber le llevó a interesarse por dominios hasta entonces descuidados, como el Occidente bárbaro, y Roma, en particular, sobre el que fue el primero en llamar la atención.

Polibio, un historiador racionalista

Sin embargo, la gloria de Timeo se ve oscurecida por la de Polibio (h. 210-125), introductor de una auténtica revolución en la historia y, ciertamente, uno de los espíritus más fecundos y penetrantes de toda la época helenística. Perteneciente a una gran familia de Megalópolis, de joven fue uno de los rehenes que la Liga aquea tuvo que liberar después de Pidna, por lo que pasó cuarenta años en Roma, donde se vinculó con lo más granado de la ciudad, en especial los hijos de Escipión Emiliano. La historia fue para él, como también para Tucídides, el precio del exilio. Como el gran ateniense, Polibio aporta un conocimiento real sobre las cuestiones de la guerra y de la política. En su obra esencial, las *Historias*, narra la conquista del mundo por parte de Roma. Su relato abarca del 221 al 146, pero presenta brevemente, a modo de introducción, los acontecimientos desde el 264. El conjunto, que sigue un orden cronológico, está dividido en cuarenta tomos, de los que sólo se conservan íntegros los cinco primeros.

Desde el principio de su obra, Polibio asigna a la historia un doble objetivo didáctico, político y moral: extraer lecciones para el hombre de Estado y aprender a soportar los caprichos de la fortuna. Extremadamene pragmático, rechaza, por consiguiente, todo aquello que, como la retórica, no tiene más finalidad que agradar.

Para alcanzar su objetivo, debía proceder a la búsqueda de las causas, en lo que se muestra fiel discípulo de Tucídides. Como él, exige una

distinción entre los pretextos y las auténticas causas de las guerras. Entre estas últimas, da una importancia primordial a la acción de fuertes personalidades, como Aníbal o Escipión, a las instituciones y costumbres (estima que la rivalidad entre Roma y Cartago era inevitable, debido a una suerte de determinismo), a los factores económicos (muestra perfectamente el papel desempeñado en la política romana por el mercado de capitales, la bolsa y los *negotiatores*), a los factores sociales (insiste en la importancia de la oligantropía en el declive de Grecia). Así, para él, la historia ya no es la narración de hechos particulares, sino una obra de *inteligencia orientada hacia la práctica.*

La mejor manera de hacerle justicia a Polibio, subraya P. Pédech, es comparándole con los sabios que iluminaron aquella época: Eratóstenes, Crates, Agatárquides. A todos estos sabios, como también a Polibio, los animaban idénticos móviles: «La curiosidad, el amor por la razón, el gusto por la exactitud y la precisión, el sentido de la síntesis y la fe en la ciencia».

A pesar de esta preocupación constante por la explicación racional, Polibio invoca a menudo a la Casualidad o Fortuna (*Tykhé*). Pero es evidente que no admite, en historia, ni el azar ni la providencia. La *Tykhé*, pues, representa una especie de residuo y, en lo posible, Polibio busca causas humanas para los acontecimientos humanos: así, desde su punto de vista, la conquista romana es el resultado de un plan concertado y de las cualidades excepcionales de una raza.

Partiendo de semejantes principios, Polibio dejó una obra de innegable rigor. Su documentación era de primera mano: participó en muchos acontecimientos y estuvo en condiciones de conocer muchos más, especialmente en Roma, entre el círculo de los Escipiones, de quienes era amigo. Su principal fuente de información, y a la que más atendía, era la experiencia personal. Por otra parte, viajó mucho a Occidente (Etruria, Cisalpina, Alpes, Hispania, e incluso hizo que Escipión le confiara unas naves para bordear las costas atlánticas de África) y Egipto, de modo que tuvo una práctica directa con los lugares en los que transcurre su narración. Pero también había leído mucho, a antecesores y contemporáneos, tanto a analistas latinos como a historiadores, geógrafos y filósofos griegos. Finalmente, también tuvo acceso a documentos de archivos, especialmente a la *tabula* del pontífice máximo y a los archivos de Perseo, llevados a Roma después de Pidna.

La objetividad es, en Polibio, una preocupación constante que sólo abandona al hablar de los etolios o de Perseo, a los que detesta. «La verdad —escribió— es para la historia lo que los ojos son para los animales: si se los arrancamos, se vuelven inútiles.» Llevó su preocupación a tal extremo que, prácticamente, suprimió los discursos recompuestos, tan habituales en la historiografía griega.

Sin embargo, Polibio nunca está ausente de su texto, frecuentemente interrumpido con prefacios, digresiones explicativas y polémicas en las que perdía la serenidad. Juzga y critica constantemente, tal vez movido por un extraño rigor, muy lejos de la despreciativa impasibilidad del gran Tucídides. Sus relaciones con los romanos plantean un tema de especial relevancia; se le ha criticado, al efecto, su política de colaboración, y es evidente que, impresionado por lo que vio en Roma con sus propios ojos, no esconde su admiración por aquel pueblo prudente, serio, paciente y enérgico. Luego, sin embargo, su entusiasmo se atemperó un poco: fue testigo de la violencia con la que los romanos resolvían los conflictos, percibió la crisis que amenazaba Roma y previó su decadencia.

La forma es la parte más débil de su obra. Carecía de imaginación y de sensibilidad. Describía mal y sentía una ominosa predilección por las palabras vacías y abstractas. Escribía aún peor, algo ya subrayado por Dionisio de Halicarnaso (*De Comp. verb.*, 4, 30), y un crítico moderno ha podido decir, sin exagerar demasiado, que puede ser leído en cualquier lengua excepto en la suya. Por ello, es una rareza entre tan altos espíritus preocupados, sobre todo, por gustar. Polibio quería, por encima de todo, comprender, explicar y convencer, y lo hizo de una forma tan profunda y fervorosa que puede ser considerado uno de los historiadores más sólidos de toda la Antigüedad.

El sabio imperturbable y el erudito voraz

Los cenáculos filosóficos

La filosofía había brillado hasta tal punto con Platón y Aristóteles que parecía condenada a estancarse. Sin embargo, continuó siendo una de las ramas más activas del pensamiento griego a lo largo de toda la época helenística. No sólo las doctrinas tradicionales sobrevivieron y experimentaron interesantes avances, sino que aparecieron nuevas doctrinas que marcarían profundamente a la élite.

El rasgo común era la disciplina que se imponía a los filósofos, que no estaban aislados, sino que se agrupaban en escuelas altamente organizadas, con sus tradiciones, sus locales, su jefe (o escolarca) y, naturalmente, sus heréticos. Paradójicamente, incluso los cínicos se doblegaron a esa regla. En sus seminarios, el maestro seguía formando a los discípulos no tanto mediante lecciones teóricas como a través de la entrevista diaria y la vida en común. El filósofo se convirtió en un tipo humano bien definido, un especialista cada vez más aislado del vulgo.

Aunque cada ciudad importante ayudaba a sus filósofos, que junto a los retóricos impartían lo que podríamos llamar la enseñanza superior, el mayor centro del pensamiento siguió siendo Atenas, cuyas escuelas eran más renombradas que el resto y donde se elaboraban las nuevas doctrinas.

Las escuelas tradicionales

La mayor parte de las escuelas del siglo IV subsistieron.[10] *Los cínicos* eran los más pintorescos, con su materialismo integral, su rechazo de todo respeto humano y la deliberada frecuentación de los elementos más dudosos de la sociedad, como estibadores o prostitutas.

La *Academia* experimentó, de entrada, un gran desarrollo con Teofrasto, discípulo directo del maestro, que ignoró la metafísica en aras de una observación cada vez más precisa de los hechos, especialmente en botánica y meteorología. De su cercenada obra subsisten sobre todo los *Caracteres*, que parecen los fragmentos de una *Poética*, modelos propuestos a imitación de los poetas.

La escuela de Aristóteles recibió un nuevo impulso con Arcesilao de Pitane (escolarca del 268 al 241), brillante orador que se consagró exclusivamente a la enseñanza oral y que fundó la Nueva Academia. Enseñaba probabilismo, una doctrina que rechazaba el dogmatismo de los estoicos y sólo buscaba descubrir lo más verosímil, lo más probable. En el siglo II, fue erigido en sistema por Carnéades, conocido, sobre todo, por la embajada que envió a Roma por cuenta de los atenienses (155) con otros dos filósofos, el estoico Diógenes y el peripatético Critolao, y por el éxito y el escándalo que provocaron sus conferencias. Aunque no dejó nada escri-

10. Sobre el pitagorismo, véanse las págs. 200-201.

to, parece que fue uno de los pensadores más profundos de la época. Según él, no había forma alguna de distinguir la verdad del error; hay que abrirse un difícil camino entre la duda absoluta de los escépticos y las grandes hipótesis de los estoicos. Así pues, sostiene un positivismo alejado de cualquier metafísica e inspirado en un platonismo moderado.

En el siglo I, la Academia estaba representada por dos interesantes pensadores que reaccionaron contra el probabilismo:[11] Filón de Larisa (escolarca del 110 al 85) y, sobre todo, Antíoco de Ascalón[12] (85-69), que aceptaba toda una parte del estoicismo, especialmente su teoría del conocimiento. Cicerón se cuenta entre los oyentes de ambos.

Los *escépticos* (los interrogadores) se declaraban seguidores de Pirrón (finales del siglo IV), un pensador de gran carácter que sólo era conocido por el testimonio de sus discípulos. He aquí el epitafio en que uno de ellos proclama lo que ha aprendido del maestro: «Soy yo, Menecles el Pirroniano, que da el mismo valor a todo lo que se dice y que ha establecido entre los mortales la senda de la ataraxia». El más conocido de los alumnos de Pirrón, en el siglo III, fue Timón de Fliunte, un danzarín convertido en sofista, que enseñaba que todo es indistinto, ni verdadero ni falso, que los sentidos y la inteligencia engañan por igual y que, por tanto, hay que suspender el juicio, vivir sin opiniones y sin inclinaciones, abandonar toda creencia para que se instale en el alma la ataraxia (ausencia de inquietud). Realizó una crítica muy acerba de todos los dogmatismos y pintó a Zenón, padre del estoicismo, con los rasgos de una vieja mujer fenicia, exageradamente maquillada y «más necia que un tambor». Semejante doctrina remite a la sabiduría hindú, y se afirma que Pirrón había conocido al gimnosofista[13] Calano, llegado de la India con Alejandro.

El éxito de la escuela escéptica fue muy intenso durante toda la época helenística, aunque no estuviera representada por ninguna figura de primer orden; se comprende que las desdichas de aquella época llevaran a algunos espíritus hacia aquella doctrina sin esperanza, que se rebelaba, sobre todo, contra el dogmatismo de los estoicos, como Aristón de Quíos,

11. Entre Carnéades y Filón, la Academia estuvo dirigida por Clitómaco, un semita de Cartago, cuyo auténtico nombre era Asdrúbal. Este hecho curioso era muy característico de la época.

12. Ciudad de Siria.

13. Los griegos llamaban «sofistas desnudos» a los sabios o faquires indios.

un disidente del estoicismo cuyas críticas coinciden a menudo con las de los escépticos puros. La escuela se mantuvo muy activa, incluso más allá de la conquista romana, ya que sus dos maestros más eminentes son de la época imperial: Enesidemo y Sexto Empírico.

El epicureísmo de Epicuro

Las preocupaciones morales eran ya importantes en las escuelas tradicionales, y aún serían más intensas con las dos doctrinas que aparecieron a finales del siglo IV: el epicureísmo y el estoicismo. Sin apenas exagerar, puede decirse que la filosofía se presenta a la sazón como un refugio contra la derrota del hombre, que ya no encuentra razón suficiente para vivir en su papel de ciudadano. En primer lugar, la filosofía intenta dar solución al problema de la felicidad y, en ambos casos, a pesar de las diferencias manifiestas, la respuesta es la misma: la felicidad radica en el dominio sobre sí misma de un alma que se hurta al mundo, que se libera de lo contingente, que alcanza un estado de indiferencia (ataraxia para unos, apatía para otros), en el que nada podrá alcanzarla. Ciertamente, el ascetismo radical que está en la base de aquellas doctrinas no era nuevo a finales del siglo IV, pero, por vez primera, se fundamenta en la ciencia, especialmente en la física: de ahí su dogmatismo científico que, de hecho, las aleja mucho de las filosofías humanistas de la gran tradición clásica.

Epicuro, nacido en Atenas, pasó su juventud en Samos, y volvió más tarde a establecerse en Atenas, donde, retirado en su famoso jardín, vivió rodeado de discípulos que buscaban junto a él la paz moral practicando «un método de *cura mental* dirigido contra la tristeza, la angustia, el tedio, y las preocupaciones vanas» (A. Rivaud). La benevolencia con que los trataba, la amistad que les ofrecía y la dulzura de su carácter, tanto más meritorio cuanto que se enfrentaba a una cruel enfermedad que en el 270, tras años de sufrimiento, acabaría con él, le convirtieron, más que en un santo, en un sabio.

Las enseñanzas de Epicuro son poco conocidas, ya que sólo se conservan los borradores de tres cartas dirigidas a unos amigos y una serie de pensamientos.[14] Adoptó el atomismo de Leucipo y Demócrito,[15] no por-

14. Su obra maestra, el *Tratado de la Naturaleza*, en 37 libros, se ha perdido.

15. Estos dos filósofos del siglo V admiten que la materia está formada por partículas indivisibles, impenetrables, compactas e infinitas, a las que dieron el nombre de *ideas*,

que, a sus ojos, la física tuviera un interés en sí misma, sino porque la calma del espíritu sólo puede obtenerse mediante una explicación general del universo. El mecanismo del sistema —apenas atenuado por la teoría del *clinamen*,[16] que permitía salvaguardar la libertad de todo ser viviente— le ayudó a dominar las supersticiones que aterrorizaban al vulgo: temor a los dioses y temor a la muerte. Los dioses existen, pero, indiferentes por completo al hombre, habitan a buen seguro los espacios que separan los mundos (*metacosmia*). En cuanto a la muerte, se trata de un fantasma vano, dado que el alma, formada por átomos materiales particularmente sutiles, se disgrega en el momento del traspaso y, por tanto, no puede ser presa de los castigos infernales que espantan a los espíritus no filosóficos.

La moral de Epicuro era sutil y harto desconocida, por lo que muy pronto sus detractores dieron un sentido a la palabra epicúreo que habría hecho enrojecer a Epicuro. Ciertamente, todos los seres buscan el placer y huyen del dolor, pero la sabiduría no está en la búsqueda desenfrenada de las satisfacciones vulgares, que hacen al alma más esclava, si cabe; la sabiduría está en la ausencia de inquietud (tal es el sentido de la palabra ataraxia), lo que se logra suprimiendo la agitación de los deseos.

El placer, cuya búsqueda era considerada fundamental por Epicuro, es, en primer lugar, la ausencia de dolor; es, asimismo, un estadio más positivo, el buen humor (*euphrosyné*). Así pues, el placer reside en el dominio de los instintos y no en su satisfacción. Si el hombre puede, de esta suerte, librarse de las partes impuras y de sus propios problemas, es porque está dotado de libre albedrío, consecuencia de la teoría del *clinamen*, que permite a los átomos del alma desviarse espontáneamente.

Evidentemente, el sabio así definido no participa de la vida política, sino que huye del compromiso social para retirarse a su torre de marfil.

---

y entre las cuales sólo había diferencias de tamaño, de configuración y de posición. Esos átomos (así los llamarían ulteriormente) se movían en el centro absoluto de la vida, y el movimiento en remolino creaba unos conglomerados, siguiendo el doble juego de la densidad, que expulsaba al exterior a los más ligeros, y de la forma, que permitía la agrupación de partículas complementarias. La propia alma no escapaba al rigor de ese mecanismo: estaba hecha de átomos ligeros y de forma esférica, parecidos a los polvos que revolotean en un rayo de Sol y constantemente renovados por la respiración. El aspecto moderno de esa doctrina es sorprendente, no sólo porque sus creadores fueron los precursores lejanos del atomismo moderno, sino porque, por primera vez, no remite, para dar cuenta del universo, a ningún motor exterior como el *Logos* o el *Nous*.

16. Se acostumbra a definir con este nombre latino (en griego, *parenklisis*) el poder de declinación de los átomos respecto a la vertical de un ángulo infinitesimal.

El epicureísmo ganó rápidamente numerosos adeptos. El más conocido es, sin duda, Filónides de Laodicea (200-130), cuya biografía fue descubierta en un papiro de Herculano: alumno del matemático Apolonio de Perga, abrió una escuela en Antioquía y convirtió a Demetrio Soter[17] al epicureísmo; realizó varios viajes a Atenas para conversar con Basílides, escolarca de la patria de la secta.

Incluso puede comprobarse, no sin cierto asombro, que el éxito del epicureísmo no fue menos intenso en la Roma republicana. Es cierto que, al principio, suscitó bastante desconfianza, debido a la naturaleza ambigua de la búsqueda del placer planteada como fundamento de la moral: cabe recordar las bromas de Fabricio Luscino a cuenta del epicúreo Cineas, legado del rey Pirro. Pero sus progresos fueron rápidos desde que dos griegos lo introdujeron (en el 173 o en el 154). Hacia finales de siglo, Amafinio escribió un tratado epicúreo en latín, y, en tiempos de las guerras de Mitrídates, el escolarca Faidros huyó de Atenas y se refugió en Roma, donde inició a Cicerón, que, agradecido por sus enseñanzas, acabaría convirtiéndose. Lucio Calpurnio Pisón Cesónino, cónsul en el 58 y suegro de Julio César, propietario de una fabulosa villa en Herculano, donde se han hallado numerosos papiros epicúreos, mantuvo un cenáculo griego de pensadores de la secta.

La difusión del epicureísmo fue tan amplia que llegaba a las clases populares, a las mujeres y a los esclavos, en concordancia con sus tendencias apostólicas y la universalidad de su mensaje. Cicerón escribe (*De finibus*, 2, 49) que incluso había penetrado entre los bárbaros.

Pero el más conocido de sus miembros romanos es el poeta Lucrecio, en cuyo *De rerum natura* ofrece la exposición más completa de la doctrina. Nadie ha explicado con más claridad la liberación que encuentra el alma en la doctrina atomista y nadie ha cantado con tanto entusiasmo la voluptuosidad del saber, la confianza en la filosofía y la admiración ante la sabiduría de Epicuro, invocado como el profeta de la salvación. Restallante eco del predicamento de aquel sabio, al que una doctrina de elevada intelectualidad no hizo olvidar las virtudes más fraternales y más humanas.

17. Rey de Siria.

El estoicismo antiguo

El estoicismo, así llamado por el nombre del Pórtico (en griego, *stoa*) de Poecile, en Atenas, donde se reunían los discípulos de Zenón, nació de la misma necesidad de paz y de certeza, de paz por la certeza, en uno de los períodos más turbulentos de la historia griega.

Su fundador fue un semita de Citio de Chipre, Zenón, un comerciante convertido a la filosofía. Tuvo un éxito tan grande en Atenas que Antígono trató en vano de llevarlo a la corte de Macedonia y, al morir, el *demos* le honró con una corona de oro. La escuela que había fundado y dirigido del 322 al 264, pasó a ser encabezada por Cleantes de Aso[18] (del 264 al 232) y Crisipo de Solos[19] (del 232 al 204), que sistematizaron su pensamiento. Los tres formaban lo que se ha convenido en llamar el antiguo estoicismo.

La doctrina estoica reposa en una amplia visión del universo y ofrece un cuerpo de doctrina para el alma sedienta de verdad: lógica, física y ética. El admirable orden del universo demuestra estar dirigido por una inteligencia; esa inteligencia, que es Dios, no es externa al mundo, sino que le es inmanente: es una razón esparcida por la materia. Es fuego, el fuego inteligente y creador, que penetra la materia y le proporciona todas las cualidades sensibles, y que existe en estado puro en la esfera que limita el *cosmos*. Al cabo de un dilatado período de diez mil años, dicho fuego consume por completo el mundo y lo renueva a través de una conflagración general (*ecpyrosis*).

El mundo está animado por una jerarquía de seres divinos, desde Zeus, identificado con el fuego, hasta los demonios y los genios, pasando por los dioses astrales que Grecia recibió de Oriente a través del Platón del *Epinomis*.[20]

En un mundo totalmente determinado por las leyes físicas, el hombre no tiene más que una norma a seguir: vivir conforme a la naturaleza, plegarse al orden universal, desear aquello que desea la divinidad e identificarse así con ella. Esa aceptación, lejos de ser triste, debe ser alegre: una complacencia con el mundo; es posible porque una parte inteligente del alma, el *Nous*, es fuego en sí misma; y permite, a quien efectúa ese acuerdo, conservar su individualidad hasta la conflagración general, mientras que el alma de los malvados se disipa al morir.

18. Ciudad de la Tróade. Sobre el *Himno a Zeus* de Cleantes, véase la pág. 153.
19. Ciudad de Cilicia.
20. La última obra de Platón, a menos que quepa atribuirla a un discípulo cercano.

En la práctica, lo esencial consiste en distinguir «lo que depende de nosotros» y «lo que no depende de nosotros». En el segundo grupo se incluye todo aquello que procede de las pasiones, y a lo que hay que aprender a renunciar mediante una larga ascesis, que desemboca en el dominio sobre nosotros mismos o apatía (ausencia de pasión). Lo que «depende de nosotros» es, justamente, la voluntad, que hace del sabio un igual de Dios. Es ésta una moral severa, pero exaltante, que hace al hombre independiente de las circunstancias y, especialmente, de su rango y situación, y predica una suerte de socialismo igualitario.

«Filosofía de metecos», se ha llegado a decir (P. Petit), y, de hecho, como su fundador, muchos de los pensadores de la escuela eran orientales, originarios de Asia Menor, o incluso de los viejos países semíticos (Diógenes de Seleucia del Tigris, llamado Diógenes de Babilonia, Apolodoro de Seleucia). La influencia de las especulaciones asiáticas es patente, en particular en la concepción de un dios único y omnipotente, que administra el universo con prudencia y gobierna a los hombres mediante su providencia.[21] Pero el estoicismo no hubiera triunfado en Grecia de no haber hundido también sus raíces en el pensamiento helénico del siglo IV, en el de los cínicos en particular y también en el de Platón, el primer maestro del ascetismo moral.

El estoicismo medio

El estoicismo se renovó en el siglo II, sobre todo tras las violentas críticas que le dirigió Carnéades. Entre sus representantes más destacados cabe citar a Diógenes de Babilonia, originario de Seleucia del Tigris, uno de los embajadores atenienses en Roma en el 155,[22] y que está en los orígenes del éxito del estoicismo en la Urbe; su discípulo, Crates de Mallos, instalado en Pérgamo (véase la pág. 115); y Blosio de Cumas, el maestro de Tiberio Graco.

21. «El Dios de los estoicos no es ni un Olímpico ni un Dionisos: es un Dios que vive en sociedad con los hombres y con los seres racionales, y que todo lo dispone en el universo en beneficio de ellos; su poder penetra todas las cosas, y ningún detalle, por ínfimo que sea, escapa a su providencia [...] Es la idea semítica del Dios todopoderoso, que rige el destino de los hombres y de las cosas, tan diferente de la concepción helénica» (É. Bréhier, *Histoire de la philosophie*, I, 2, pág. 297).

22. Véase la pág. 120.

En la segunda mitad del siglo II y a principios del I, dos pensadores sobresalen como maestros del estoicismo medio: Panecio de Rodas (180-110) y Posidonio, originario de Apamea del Orontes (135-51). Muy distintos entre sí, los acerca, sin embargo, el renovado interés que prestan al platonismo y el vínculo que establecen entre contemplación y acción, que los convierte en precursores de la filosofía operativa.

Panecio, que pasó más de quince años en Roma a partir del 146 y era uno de los íntimos del círculo de los Escipiones (véase la pág. 196), acompañaba a Escipión Emiliano en sus viajes y tuvo numerosos discípulos, entre ellos los sobrinos de Escipión: Q. Elio Tubero, L. Mucio Escévola y L. Elio Estilo. Reclamado por Atenas, ejerció el escolarcado hasta su muerte (129-110).

Panecio fue un innovador que rechazaba algunas de las creencias más enraizadas del antiguo estoicismo: la teología orientalizante, la conflagración, la simpatía universal. Para él, el hombre es doble, con instintos brutales y tendencias fundamentales: «Vivir conforme a la naturaleza» suponía el predominio de las segundas sobre las primeras. Moralista, meditó largamente sobre las virtudes renunciando a la mayoría de las paradojas estoicas. Es comprensible la profunda influencia que ejerció este humanista, tanto más perdurable cuanto que aparece en Cicerón.

Discípulo de Panecio en Atenas, Posidonio fundó una escuela estoica en Rodas, adquirió la ciudadanía y se convirtió en prítane. Enviado con una embajada a Roma a solicitar ayuda contra Mitrídates, fue amigo íntimo de Pompeyo, quien le visitó varias veces en Rodas, y maestro de Cicerón. Incansable viajero, recorrió Hispania y la Galia, sobre las que aporta preciosas informaciones.

Como Aristóteles, Posidonio fue un sabio completo que acumuló una enorme documentación en todos los ámbitos. Fue el primero en dar la explicación exacta de las mareas y construyó un planetario que Cicerón admiraba.[23] En tanto que historiador, continuó el relato de Polibio desde el 145 hasta el 86. Muy versado en matemáticas —hecho que fue cada vez más raro entre los filósofos—, trató de fundar la geometría como una parte de la física. Y trató de establecer, con miras universales, una síntesis de todas las ciencias desde una óptica estoica.

23. Sobre su obra científica, véase la pág. 132.

Lamentablemente, su obra está tan mutilada que se ha interpretado desde los puntos de vista más antagónicos. Se le ha atribuido una escatología mística que tendría su origen en el neopitagorismo: la síntesis estoico-pitagórica que habría elaborado podría encontrarse tanto en *El sueño de Escipión*, de Cicerón, como en los mitos escatológicos del libro sexto de la *Eneida* y en *Sobre la faz que vemos en la luna*, de Plutarco. Esa visión apenas resiste el estudio de los fragmentos conservados. Es mejor buscar el sentido profundo de su pensamiento en la simpatía universal, próxima a los primeros estoicos, que le permite confirmar el influjo de los astros sobre el fenómeno terrestre de las mareas y otorgar una influencia excepcional a la adivinación. En esos dos puntos diverge totalmente de Panecio, y anticipa claramente a quienes, en siglos posteriores, insistirán en la unidad del *cosmos*.

La evolución que manifiesta el estoicismo medio es el mejor signo de la vitalidad de una doctrina cuya ética representa, sin duda, la más alta creación del espíritu humano en la Antigüedad. No debe sorprender que fuese abrazada por espíritus tan elevados como Cleómenes de Esparta o Tiberio Graco. Su influencia en Roma ya era profunda durante la República, pues empujaba a la acción y justificaba la política de la aristocracia tradicional. Los últimos defensores de la República, M. Bruto y Catón de Útica, se cuentan entre sus adeptos más conocidos. En la época imperial, el nuevo estoicismo proporcionó a la élite su caparazón moral: ayudó a morir a las víctimas de los tiranos, como Séneca, y, en el siglo II, con el esclavo Epicteto o el emperador Marco Aurelio, se convirtió en una suerte de filosofía de Estado, inspirando las decisiones filantrópicas de los soberanos más prudentes, aportando un ideal a los espíritus selectos, hartos de la corrupción dominante y que no querían abandonarse a la adulterada molicie de los distintos misticismos orientales.

Un nuevo personaje: el sabio

Sin duda, una de las características de este período es que las filosofías más elevadas se embarquen en la búsqueda de la felicidad. Pero esa felicidad sólo es posible con el desapego del alma, que se distancia de los problemas del mundo a través de la violencia de la ascesis. Por lo mismo, en la crisis de los siglos III y IV d.C., el impulso místico del neoplatonismo prometerá al iniciado las bienaventuranzas de la evasión.

Así se manifiesta un nuevo ideario moral: a los héroes de los primeros tiempos y a los ciudadanos de las épocas clásicas viene a sucederles el sabio. Hay, en semejante planteamiento, cierta resignación, una huida frente a lo real que había que dominar al no poder asumirlo, pero ¡qué grandeza y qué nobleza, también, en esa ascensión que otorga al alma todos los poderes! La salvación, igualmente buscada a la sazón por las religiones, se merece por la lucha. El helenismo se decanta, definitivamente, por el individualismo, ya que la conciencia está sola frente a su destino, pero no renuncia a reformar la vida pública, especialmente con los estoicos, grandes consejeros de los príncipes, y, sobre todo, no olvida, en un grandioso arrebato —filantrópico, en el pleno sentido del término—, que todos los hombres son hermanos.

La similitud final entre la ataraxia y la apatía, lograda al final aunque alcanzadas por vías radicalmente heterogéneas al principio, no puede dejar de sorprender al historiador. Por otra parte, se ha señalado la semejanza entre tales estados de calma serena y el *nirvana* de las especulaciones indias: hay en ello, sin duda, algo más que una aproximación fortuita; y no por casualidad eclosionó la misma sabiduría en el Mediterráneo oriental y en la llanura indogangética, regiones entre las que siguieron estableciéndose tantos contactos fecundos.

El apogeo de la ciencia griega

Las ciencias se habían independizado por completo de la filosofía y tendían a constituirse en disciplinas autónomas, ya que ninguna inteligencia podía abrazar, como Aristóteles, la práctica totalidad del saber humano.

Entre las condiciones favorables que explican el considerable avance de las ciencias, cabe destacar el mecenazgo, que creó verdaderos institutos de investigación, como el museo de Alejandría, con sus salas de disección, sus observatorios y sus jardines zoológico y botánico. Pero también la extensión del mundo conocido tuvo un importante papel, y no sólo, como es lógico, en el conocimiento de la *oikumené*, sino también en la geografía matemática: sólo la longitud de Egipto permitía medir el meridiano terrestre.

La investigación matemática

Las matemáticas conservaban su primacía y, más allá de los indudables progresos que realizaban, servían cada vez más ampliamente para dar cuenta del universo.

Euclides, llamado a Alejandría por Tolomeo Soter, redactó hacia el 300 los 13 libros de sus *Elementos*. Organizó todas las investigaciones precedentes, a las que añadió las suyas propias (especialmente la distinción del 5° postulado, que lleva su nombre) y se valió de un método totalmente sistemático, que pasaba de lo simple a lo complejo mediante largas series de demostraciones a partir de principios básicos. La importancia histórica de su obra no debe subestimarse, ya que proporcionó la sólida base de todo el saber humano en la materia hasta la reciente invención de las nuevas matemáticas.

Hacia el 200, Apolonio de Perga (262-190) enseñó en Alejandría y en Pérgamo, y recibió el nombre de «gran geómetra». Sus trabajos se centraban, sobre todo, en el valor de π y en las secciones cónicas, de las que ofreció la primera definición racional.

Arquímedes de Siracusa (287-212) también se interesó por las matemáticas, especialmente por el número π (fijó su valor en 3,1416), la esfera (demostró que el volumen era igual al tercio del volumen del cilindro exinscrito), el cilindro y las secciones cónicas, y fundó la mecánica racional y la hidrostática. Pero, junto a esa obra teórica deslumbrante, desplegó un genio extraordinario en el ámbito de la mecánica práctica: inventó palancas, juguetes mecánicos, máquinas de asedio, y dio su nombre al tornillo sin fin de Arquímedes, concebido en Egipto para las necesidades de irrigación. Ello prueba la nueva afición por los perfeccionamientos de la técnica, que también aparecen en Alejandría, con una pléyade de excelentes ingenieros, entre ellos Sóstrato de Cnido, el arquitecto del Faro.

También la astronomía se benefició de los progresos de las matemáticas. La extensión del mundo conocido despertó, por otra parte, un nuevo interés por la Tierra, su forma, su lugar en el universo y su movimiento. Eratóstenes de Cirene, bibliotecario en Alejandría durante el reinado de Evergetes, creó la geografía matemática. Midió la longitud del meridiano terrestre con un método muy sencillo: Siena (*Syene*, en la Tebaida) y Alejandría estaban, aproximadamente, en el mismo meridiano; el día del solsticio de verano, los rayos del sol caían perpendicularmente sobre Siena, que estaba debajo del trópico; aquel mismo día, en Alejandría, los rayos formaban con la vertical un ángulo que Estrabón midió por medio de un

gnomón: 7°; sabiendo, por otra parte, la distancia entre ambas ciudades, dedujo la longitud del meridiano: 252.000 estadios (39.690 km), resultado de una admirable precisión. Además, estableció un mapa de la superficie terrestre por longitudes y latitudes: tomando Rodas como centro de coordenadas, calculó las longitudes por las diferencias horarias y las latitudes por la inclinación del Sol en el solsticio en relación con la vertical del lugar.[24]

Aristarco de Samos (principios del siglo III) determinó las dimensiones del Sol y de la Luna y sus respectivas distancias respecto a la Tierra. Pero su verdadera gloria fue sostener que el Sol estaba inmóvil y que la Tierra gravitaba a su alrededor. Aunque suponía que la Tierra, la Luna y los planetas eran órbitas circulares —porque la filosofía griega creía que el círculo era la única curva perfecta—, puede ser considerado como el primer antecesor de Copérnico.[25]

Por lo demás, dicha hipótesis provocó un escándalo, y el más grande de sus sucesores, Hiparco de Nicea, se las ingenió para «salvar las apariencias» y mejorar el sistema geocéntrico perfeccionando la teoría de las excéntricas y de los epiciclos. Teoría, por cierto, sumamente ingeniosa, que consistía en hacer girar los astros no directamente alrededor de la Tierra, sino alrededor de un punto que gravitara él mismo alrededor de la Tierra, lo que permitía saber las irregularidades aparentes de los planetas, de sus estaciones y de sus retrocesos. Dotado de un admirable don de observación, Hiparco trazó, en su observatorio de Rodas, un mapa del cielo donde catalogó más de 800 estrellas fijas y, comparando sus resultados con los de los caldeos, descubrió la precesión de los equinoccios. Calculó, asimismo, con notable precisión, la oblicuidad del eclíptico, la distancia de la Tierra a la Luna (con menos de un 5 % de error) y la duración del año solar (365 días, 5 horas y 55 minutos, 7 minutos más que la cifra auténtica). Al mismo tiempo, sentó las bases de la trigonometría, especialmente al establecer la división del círculo en 360 grados, divididos en minutos y segundos.

Posidonio de Apamea, el gran estoico,[26] también se interesó por las ciencias. Apasionado por la medición (longitud del meridiano, altura de la atmósfera, distancia de los astros), lanzó la hipótesis de que las mareas se explican por la atracción lunar.

24. Eratóstenes creó también la cronología científica al fijar las fechas desde la caída de Troya hasta la muerte de Alejandro.

25. La teoría del heliocentrismo fue recuperada por Seleuco de Babilonia.

26. Véase la pág. 127.

Biología y medicina

Las ciencias de la vida no florecieron menos, vinculadas sobre todo a la pasión por la observación exacta, heredada de Aristóteles, y a los progresos de la medicina. La sede de la escuela más conocida quizá fuese Alejandría: allí se empezó a disecar, sin duda, porque paradójicamente, con las prácticas de momificación, el respeto a los despojos mortales era menos inflexible que en Grecia. Pero Cos, patria de Hipócrates y célebre desde hacía mucho tiempo por su Asclepio, conservaba también su antigua fama, igual que Cnido; de manera generalizada, en todos los santuarios de Asclepio (especialmente en Epidauro y en Pérgamo), las curaciones mediante tratamientos médicos sustituyeron a los milagros.

Los nombres más importantes fueron los de dos contemporáneos nacidos a finales del siglo IV. Herófilo de Calcedonia fue uno de los pioneros de la anatomía. Descubrió el sistema nervioso y explicó su funcionamiento general, demostrando la función de la médula espinal y del cerebro. Estudió el ojo y el nervio óptico y estableció el diagnóstico a través del pulso. Erasístrato de Céos es el verdadero fundador de la fisiología; se especializó en el estudio de la circulación, tuvo la intuición de cuál era el papel de los vasos capilares y, aunque dijo que las arterias contenían aire y que sólo las venas transportaban la sangre, sus descubrimientos en ese ámbito no fueron superados hasta Harvey.

El médico continuó siendo uno de los personajes sociales más nobles del mundo griego. Sin dejarse influir demasiado por Oriente, siguió practicando una medicina laica y científica, deudora de las grandes filosofías helénicas. Era mucho más que un técnico de la curación: era una autoridad moral de quien también se esperaba consuelo psicológico. En las cortes reales, especialmente de los lágidas, el médico era atentamente escuchado y gozaba de un prestigio incomparable.

La ciencia helenística presenta evidentes limitaciones. Aunque las matemáticas penetraron en nuevos ámbitos, no había un sistema coherente de notación de los números,[27] y habría que esperar hasta Diofanto, en el siglo III de nuestra era, para que se esbozara una notación algebrai-

27. Las unidades, decenas y centenas seguían escribiéndose mediante letras del alfabeto. Por ejemplo, α'= 1, ι' = 10, ρ' = 100, ρια' = 111..., un sistema suficiente para las necesidades del comercio, pero no para las de la ciencia.

ca —por otra parte, todavía rudimentaria—. Además, la carencia de instrumentos de observación se dejaba sentir muy severamente en las ciencias de la naturaleza. Sin embargo, los progresos realizados causan estupefacción. Decía Leibniz que «aquel que comprende a Arquímedes y Apolonio, admira menos a los modernos». Tamaña floración es aún más remarcable por cuanto supone, en definitiva, el fin de la ciencia antigua: en ese terreno, los romanos apenas hicieron un esfuerzo especulativo como el de los griegos y la humanidad, hasta que llegaron los grandes descubrimientos del Renacimiento, vivió del capital intelectual acumulado en Alejandría, Rodas o Pérgamo.

UN ARTE DEL HOMBRE

Si la filosofía y la ciencia nos han trasladado al interior de los «templos serenos», cuyo acceso estaba reservado a unos pocos especialistas, el arte nos devuelve a lo cotidiano. De hecho, ninguna época reclamó tanto a los artistas que embellecieran el marco de la vida diaria. Cuantitativamente, la producción fue prodigiosa: se construyó febrilmente y las grandes excavaciones arqueológicas han sacado a la luz miles de estatuas o estatuillas destinadas a decorar los edificios. Nunca hubo tantos arquitectos, escultores y pintores. Ello es debido, en primer lugar, al hecho de que el mundo helenístico era próspero, y los reyes consideraban un deber rodearse de hombres capaces de ilustrar sus capitales o sus residencias. Y también se debe, en segundo lugar, a que la burguesía era numerosa y rica, amante tanto del arte como de las letras, y que, en su seno, las tendencias evergéticas se desarrollaron tanto como en la corte.

El arte se volvió laico, ya que, a la sazón, los grandes clientes eran reyes y burgueses. Desde luego que se conservó una arquitectura y escultura religiosas, pues no había ciudad griega sin santuario, y la urbanización es uno de los fenómenos más característicos de la época. Pero, con algunas excepciones, ya no se da el impulso de la fe: apenas se innova en la construcción de templos y la mayoría de las veces se aplican recetas conocidas; la estatuaria se complace en representar divinidades muy humanas, y la escena de género suele reemplazar al tema religioso. En cambio, se multiplican los edificios civiles en hermosas ciudades, organizadas siguiendo un urbanismo racional; palacios y mansiones particulares rivalizan en lujo y confort.

El influjo de Oriente apenas se dejaba sentir, mientras que las artes autóctonas —que, por otra parte, estaban periclitando y carecían de inventiva— tendían a imitar los modelos griegos. El helenismo triunfaba por doquier y, a pesar de las nítidas diferencias entre las distintas escuelas, se produjo la creación de una especie de *koiné* artística.

Residencias de los dioses y de los hombres

1. En la arquitectura religiosa, ámbito predilecto del arte clásico, hubo pocas innovaciones. Los trabajos del Olympieion de Atenas, abandonados tras la caída de los pisistrátidas, se reemprendieron gracias a la ayuda proporcionada por Antíoco IV, por otra parte, no sin una importante modificación, ya que se adoptó el orden corintio, lo que supuso su primera aparición en un gran templo; pero las obras volvieron a interrumpirse una vez más, y habría que esperar hasta Adriano para que se terminara el colosal edificio.

Se construyeron muchos templos nuevos, pero siguiendo las normas tradicionales. El dórico se empleaba cada vez menos; sin embargo, hay buenos ejemplos de él en Pérgamo (templos de Hera Basileia y de Atenea Políade), que muestran la evolución hacia una ligereza de influjo jónico: columnas más esbeltas, multiplicación de metopas y triglifos (3 metopas por intercolumnio en lugar de 2), y simplificación del plano por desaparición del opistódomo.

El jónico se convirtió en el orden por excelencia, especialmente en Anatolia, donde los arquitectos buscaron las relaciones matemáticas entre los distintos elementos, en la tradición de Piteo.[28] A principios del siglo II, Hermógenes, autor también de un tratado de las proporciones, levantó el templo de Dionisos, en Teos, y el templo de Artemisa Leucopriena[29] en Magnesia del Meandro.

Prosiguió la reconstrucción de los grandes templos jónicos de Anatolia (templos de Artemisa en Éfeso y de Cibeles en Sardes), comenzada

28. Arquitecto del siglo IV, que había hecho del templo de Atenea Políade en Priene (concebido durante el reinado de Alejandro, pero terminado en el siglo II), encarnación de un canon de proporciones al que, además, había dedicado un libro: todos los elementos eran múltiplos del lado del plinto y soportaban las columnas del peristilo.

29. Literalmente: de las blancas cejas. Este templo de Artemisa (31 × 58 m; 3 × 15 columnas) estaba situado sobre un basamento de 7 escalones (los templos clásicos sólo tenían 3) y era díptero.

en el siglo IV. Tan sólo una construcción, empezada a principios del siglo III, se sale de lo habitual: el Didimeion (templo oracular de Apolo en Dídime, cerca de Mileto), finalmente reconstruido tras un incendio a principios del siglo V. Este edificio gigantesco (116 × 52 m) está rodeado por un peristilo de dos hileras en los costados largos y de tres en las fachadas, 120 columnas en total, un verdadero bosque de mármol, como en las grandes creaciones de la época arcacia anatolia. Además, el plano es de lo más curioso: una pronaos de 12 columnas, seguida de una antecámara que servía de sala oracular, sin más comunicación con aquélla que un balcón desde donde, quizá, se promulgaban los oráculos. Se accede a un amplio patio central (situado 5 m por debajo del nivel de la pronaos) desde la anticámara, a través de una escalera monumental, y, desde la pronaos, mediante dos túneles que pasan a ambos lados de la escalera. Este patio a cielo abierto se corresponde con lo que era la nave en un templo canónico, pero sus dimensiones, o tal vez motivos religiosos, impidieron cubrirlo. Al fondo del patio, un pequeño templo jónico próstilo tetrástilo linda con la fuente sagrada a la que estaba asociado el oráculo y que albergaba la estatua arcaica en bronce de Apolo *Filesios*, realizada por Cánaco, robada por Jerjes y devuelta de Ecbatana por Seleuco. Es difícil imaginar las razones que determinaron una construcción tan original: ¿necesidades del culto o necesidad de renovación? La decoración era de un lujo exuberante para la tradición jónica.

Esa misma tendencia a lo colosal, a menudo característica del período helenístico, vuelve a encontrarse en la construcción de altares monumentales: el altar de Hierón II, en Siracusa, de un estadio de largo; el gran altar de Zeus y de Atenea en la acrópolis de Pérgamo (dimensiones del pedestal: 36 × 34 × 5,60 m), conocido sobre todo por su decoración esculpida (véase la pág. 144), o el altar de Atenea en Priene (13 × 7 m), inspirado en el de Pérgamo.

A esas construcciones ajustadas a las tradiciones griegas, cabe añadir los templos autóctonos que los soberanos, en su empeño por conciliar a los sacerdotes y a las masas, edificaron o restauraron. Son especialmente conocidos en Egipto, donde se realizó un considerable esfuerzo en favor de la religión propia.

Los templos tolemaicos

File	templo de Isis	Tolomeo II
Edfu	templo de Horus	Tolomeo III terminado en el siglo I
Esna	templo de Jnum Re	Tolomeo VI
Kom Ombo	templo del dios cocodrilo Sebek y del dios halcón Harveris	Tolomeo VI
Dandara	templo de Hator	últimos tolomeos

El plano de estos templos sigue siendo el egipcio: pilón, patio con pórtico, pronaos, sala hipóstila y santuario rodeado de capillas. Pero una tendencia organizativa empezó a abrirse paso: se encerraba cada parte en un recinto, con lo que se creaba una serie de recintos encajados entre sí. Se constata una búsqueda más específica de las proporciones y de la pureza de la línea. Surgió un nuevo orden, que muy pronto sería el único utilizado: el orden compuesto, que ordenaba sus motivos vegetales en capas superpuestas y que deriva, seguramente, del corintio. En definitiva, no se puede negar que la arquitectura griega ejerció cierta influencia sobre tan suntuosas creaciones.

2. Los avances arquitectónicos fueron mucho más evidentes en la casa, que se amplió y ganó en confort y suntuosidad. La evolución, iniciada ya desde el siglo IV, se acentuó cuando el hombre, que había pasado de ciudadano a simple particular, ya no tenía su espacio en el exterior, en los discursos del ágora y de la asamblea, y se interesaba cada vez más por su interior. Evidentemente, seguía habiendo muchas viviendas miserables: en Alejandría, los pobres se amontonaban en casas de alquiler de varias plantas (al menos 4) que serían las precursoras de las *insulae* de la Roma imperial. Pero el ascenso de una burguesía acomodada favoreció la construcción, como se constata en las excavaciones arqueológicas de Priene y, sobre todo, de Delos.[30]

30. Estas excavaciones son, por otra parte, complementarias, pues la arquitectura doméstica era mucho más rica en Delos que en Priene. (Véase también la casa de Mirmeción: pág. 173.) Algunos testimonios escritos permiten imaginar también las residencias: a partir del informe de Zenón, se sabe que la villa del *hipodioeketes* Diótimo, en la *doréa* del Fayum, estaba construida con materiales egipcios (ladrillo secado al sol), pero había sido decorada con pinturas por artistas llegados de Alejandría.

En Priene se agrupaban, alrededor de un patio, una gran sala que se abría a un vestíbulo con columnas, dos estancias más pequeñas y un pórtico. A ambos lados de las calles más importantes se dispuso un espacio de terreno dividido en tiendas independientes.

En la isla de Apolo, a la sazón uno de los centros privilegiados del gran comercio mediterráneo, las excavaciones han sacado a la luz tanto viviendas mediocres, comprimidas unas con otras entre cuatro calles, como lujosas residencias que ocupaban por sí solas una manzana entera. Estas últimas, numerosas sobre todo en el barrio del teatro, daban a una puerta única con un vestíbulo; se ordenaban alrededor de un patio central, generalmente bordeado por un peristilo[31] al que abocaban las estancias de recepción (especialmente el *oicos*)[32] y vivienda; en el centro, una cisterna recubierta con un mosaico recogía el agua, por otra parte indispensable en una isla sin fuentes. El plano no tenía nada de original, y desarrollaba los elementos anteriores, pero la abundancia y el lujo ornamental sí eran nuevos: en las estancias principales, el pavimento estaba hecho de mosaicos[33] de un extremo refinamiento (el más destacable es el de *Dionisos blandiendo el tirso*), de brillante colorido; los muros estaban revestidos de estuco pintado con vivos colores, que encuadraban fajas con escenas representadas; estatuas y estatuillas alegraban patios y habitaciones, como en la «casa de Hermes», suntuosa residencia con varias plantas y dos peristilos superpuestos, en la que la arquitectura estaba concebida en función de la decoración esculpida; mesas o asientos de mármol amueblaban armoniosamente los interiores. Es lógico que los comerciantes itálicos establecidos en Delos se sintieran a gusto en tan bellas casas, a la vez íntimas, aireadas y espaciosas, y que rápidamente las imitaran, primero en Campania y luego en Roma, donde el peristilo tendió a doblar el *atrium* primitivo.

Un éxito meditado: la ciudad

Considerando el conjunto urbano, el progreso es absolutamente claro. Es extraño que se permitiera a la ciudad desarrollarse por sí misma, al

31. El pórtico podía conllevar una planta en la fachada norte: entonces se llamaba rodio.

32. Estancia principal, generalmente situada en el lado norte y abriéndose al sur.

33. Véase la pág. 150.

azar, como parece que fue el caso de Delos, donde las casas estaban mutuamente imbricadas de un modo sorprendente. El urbanismo se convirtió en norma, ya se tratara de ordenar un marco preexistente desde mucho antes, como en Mileto o el Pireo, ya de construir a partir de la nada, como en las nuevas aglomeraciones. Las ciudades que nacen a la sazón en Oriente obedecen, la mayoría de las veces, al plano de Hipodamo:[34] calles ortogonales y plano funcional (véase la pág. 67). Alejandría (fig. 6) y Antioquía ofrecen excelentes ejemplos de aquellas realizaciones, que responden tanto a las leyes de la estética como a las de la comodidad. Pero Pérgamo (fig. 5), con su elevadísima acrópolis, brindó la oportunidad a los arquitectos de los atálidas de crear algo enteramente distinto, que se siguió construyendo durante más de un siglo, sobre todo con el impulso de Atalo I y de Eumenes II. Eran como tres ciudades superpuestas, cada una con sus templos, vinculadas a terrazas conectadas por una vía en zigzag y gigantescas escaleras: un extraordinario decorado teatral suspendido en el flanco de un abrupto espolón sobre la llanura.[35]

Obedezcan o no, al plano de Hipodamo, los trazados de las ciudades helenísticas muestran, de hecho, más sutilezas e intenciones ocultas de lo que parece a simple vista. La adaptación al paisaje, de la que Pérgamo extrae su poderosa belleza, no es una ley menos constrictiva en una ciudad llana como Alejandría, donde todo se ordena en torno a los puertos: en esa unión íntima del agua y los edificios, no cesaron de inspirarse pintores y mosaístas,

Y tampoco se cae en la monotonía, como pudiera temerse de ciudades pensadas en exceso. Aunque las ciudades careciesen de la libertad caótica de épocas anteriores, a cambio podían descubrirse extraordinarios edificios, erigidos para sorprender o llamar la atención. Alejandría estaba dominada por su Faro, una de las siete maravillas del mundo, superposición de un paralelepípedo, un octógono y un cilindro, y albergaba también la tienda-pabellón de Filadelfo y el talamete (nave-vivienda) de Filopátor. Pérgamo lucía el gran altar de Zeus y de Atenea, una mesa de ofrendas única tanto por su tamaño como por su belleza, digna del señor de los dioses y de su hija predilecta. A finales del período, las avenidas se ampliaron y se las dotó de columnatas, especialmente en Siria y Anatolia.

Aunque los urbanistas que concebían aquellos estructurados mundos de piedra nunca renunciaron a encarnar a la vez el orden matemáti-

34. Es el caso de pequeñas ciudades como Filadelfia o el Fayum.
35. Sobre la influencia de Pérgamo sobre Preneste, véase la pág. 199.

co y la fantasía teatral, no por ello olvidaban las necesidades más prácticas. Son conocidos, sobre todo a través de inscripciones, numerosos reglamentos municipales que preveían la anchura de las calles o la distancia entre las casas. El agua llegaba a través de acueductos y era distribuida ampliamente, aunque sin desempeñar una función tan importante como la que tendría más tarde en las ciudades romanas; también se organizaron servicios de recogida de basuras.

Los grandes edificios colectivos

Pese a la diversidad de los planos, los edificios destinados a la vida colectiva tuvieron un desarrollo considerable en todas partes. Había salas de reunión para el consejo, que normalmente adoptan la disposición del Tersilio de Megalópolis,[36] y cuyo ejemplo más destacado es el buleuterion de Priene (principios del siglo II): de planta cuadrada, se abría sobre el gran pórtico del ágora con una disposición de gradas paralelas en tres de sus lados que rodeaban el altar; unos pilares sobre las diagonales soportaban un armazón visto. Se observa la misma sobriedad en los buleuterion de Mileto y de Aso, algo más recientes.

Pero el debilitamiento de la vida política explica que la creaciones más bellas se destinaran sólo al placer y la comodidad de los habitantes. Se manifestó una clara tendencia por los pórticos, que proporcionaban monumentalidad al conjunto urbano, ofrecían refugio tanto contra los ardores del sol como contra la lluvia, y cobijaban a transeúntes o filósofos. Los romanos imitaron rápidamente esa tipología arquitectónica, aunque con algunas modificaciones: la basílica conservará a lo largo del tiempo el nombre de «pórticos reales» de Atenas o de las ciudades helenísticas.

A menudo, el pórtico era utilizado sólo para dar un marco más grandioso a un santuario (pórticos de Antígono Gonatas y de Filipo V, en Delos) o para resaltar un paisaje urbano preexistente (pórtico de Eumenes, a los pies de la parte sur de la acrópolis de Atenas, que conducía a los templos de Asclepio y de Dionisos). Lo más corriente es que se alzase en los márgenes del ágora, a la que contribuía a limitar y ordenar. En adelante, el ágora, hasta entonces una simple plaza de mercado harto inorgánica, se definiría, siguiendo la tipología de Mileto, como una plaza rectangular porticada. Delos tenía numerosas ágoras cercanas al puer-

36. Sala de reuniones construida, en el siglo IV, para la asamblea de la confederación arcadia, los Diez Mil.

to, donde se concentraba la principal actividad comercial de la isla. Corinto, Tasos y Magnesia del Meandro poseían las suyas, espaciosas y armónicas. La de Atenas (fig. 3) era aún más notable, con sus tres nuevos pórticos, el del centro, el del sur y el del este (ofrecido por Atalo II).

En una civilización que se humanizaba, los edificios destinados a los placeres colectivos se multiplicaron. Los teatros[37] de piedra se adosaban a la ladera de una colina; elaboradas investigaciones matemáticas corregían las ilusiones ópticas para convertirlas en sabias composiciones armoniosamente insertas en el paisaje. Una importante modificación del plano de los teatros permitió el desarrollo de un auténtico escenario permanente: así como anteriormente los actores estaban colocados sobre una tarima de madera delante del proscenio, que hacía las veces de telón de fondo, ahora se situaban encima del mismo. La transformación es particularmente notoria en el teatro de Priene, datada en torno al 150.

Incluso en las ciudades más modestas, los gimnasios, las palestras y los estadios son testimonio del gusto tradicional por los ejercicios físicos, base de toda educación liberal.[38] El gimnasio, donde se reunía la juventud, se convirtió también en el centro universitario de la ciudad, donde los profesores vinculados a la institución impartían la enseñanza literaria, científica, filosófica y musical, y donde hablaban conferenciantes de paso. Esa función sólo se confirma, a partir del siglo III, a través de inscripciones, pero ya hacía un siglo que los gramáticos, retóricos o sofistas de Atenas se citaban en el gimnasio. Nuevas edificaciones respondieron a nuevas necesidades: salas de conferencias (*acroateria*) y bibliotecas, mientras que, en los alrededores, se disponían jardines para los paseos de los filósofos. Los adultos deseosos de entregarse al placer de la conversación no desdeñaban aquellos santuarios del cuerpo y del espíritu, colocados a partir de entonces al amparo especial de un dios o de un héroe típicamente griegos, Hermes y Heracles, y que cada vez estaban más integrados en la ciudad, ya que, si antes eran ajenos a las aglomeraciones, ahora solían estar cerca del ágora.[39]

37. Los teatros helenísticos más importantes son los de Delfos, Dodona, Oropo y Delos, en Grecia; Priene y Pérgamo, en Anatolia; y Siracusa (refección de Hierón II) y Egesta, en Sicilia.

38. Para la extensión progresiva de los gimnasios, véase la fig. 7. La palestra era, al menos en teoría, un edificio para entrenarse en la lucha. Se conocen bien las palestras helenísticas de Delos y de Olimpia. Esta última (finales del siglo III) sirvió de modelo para la descripción de la palestra canónica que hizo Vitruvio: las distintas estancias, vestuarios, salas de unción y baños muy simples se abrían a un patio central porticado.

39. Sobre la función del gimnasio en el Oriente griego, véase la pág. 96.

El desarrollo de los grandes negocios conllevó otras creaciones, de las que estamos particularmente bien informados gracias a las excavaciones de Delos. En el siglo III, se construyó una amplia sala hipóstila —sobre una planta ya conocida por los griegos (véase el telesterion, o sala de iniciación a los misterios, de Eleusis y el Tersilio de Megalópolis) y, sin duda, de origen oriental—, tal vez más comparable a una cámara de comercio.[40] Por otra parte, las asociaciones de comerciantes extranjeros instalaron en ellas (finales del siglo II) grandes almacenes, dotados también de suntuosas salas y pequeñas capillas. Los posidoneístas de Beritos (véase la pág. 31) tenían una residencia especialmente lujosa junto al lago sagrado, en la que se han descubierto importantes estatuas (el grupo de *Afrodita, Pan y Eros*). Los *negotiatores* itálicos tenían su propia ágora, rodeada de tiendas y despachos, preludio de la «plaza de las corporaciones» de la Ostia imperial.

No hay prueba mejor de la prosperidad del mundo griego y del ocio de sus habitantes que aquellas ciudades armoniosas, donde todo era orden y belleza, en el ágora, en el teatro, en la palestra, e incluso en los edificios más utilitarios. Cabe añadir que estaban decoradas con un sinfín de obras de arte que sobrepasan lo imaginable: cuando Filipo V tomó Termo, centro de la confederación etolia, pero ciudad más bien modesta, ¡Polibio contó 2.000 estatuas! Como en épocas anteriores, el griego no concebía una arquitectura que ignorase el prestigio de la escultura.

Género patético y realismo en la escultura

Pocas épocas han experimentado, como la helenística, tanta devoción por estatuas y bajorrelieves. Evidentemente, no todo era de primera calidad, y el hecho de llegar a un público más amplio no podía evitar cierta degradación del arte. No obstante, la escultura se mantuvo muy activa: no se limitó a seguir con el impulso adquirido ni a copiar incansablemente las obras maestras del clasicismo, sino que, en los nuevos centros que sustituían a los tradicionales (especialmente a Atenas, venida a menos tanto en ese terreno como en muchos otros), innovó.

Dos tendencias, ambas heredadas del segundo clasicismo, parecían imponerse. Por un lado, triunfaba el genero patético y la escultura rele-

40. Sala sostenida por 5 hileras de 9 columnas, dóricas en el exterior y jónicas en el centro. Armazón visto y lucernaria central.

vaba a la tragedia a la hora de inspirar terror y piedad al espíritu. Gustaban las escenas sangrientas, más vinculadas a los terribles castigos de la mitología que a la historia más contemporánea. Los cuerpos se convulsionaban, los rostros desencajados por el sufrimiento expresaban el infortunio de la condición humana, un «romanticismo» desenfrenado y feroz que aparece sobre todo en Pérgamo, pero también en Rodas, en la línea del arte de Escopas, de quien exagera los excesos aún más, si cabe.

Por otra parte, los artistas demuestran la misma agudeza observadora que los biólogos o los poetas de la época. La vena realista se exacerba, manifestándose en el retrato, que triunfa con el desarrollo del individualismo y el advenimiento de los cultos reales. Ello es harto evidente en un gusto, más naturalista que realista, por lo más trivial de la existencia: testimonios de ello son la espantosa *Vieja ebria*, obra maestra de Mirón de Tebas, una borracha decrépita con lamentables pechos marchitos, que aún sostiene en la mano su vaso, o ese miserable *Pescador* de rostro lastimero y costillas marcadas. Los aspectos que el arte clásico solía descuidar, en busca de la belleza ideal, ya no son desdeñados: la infancia, la vejez, las deformidades físicas, la pobreza. Se trata de un barroquismo, especialmente en la pequeña estatuaria de apartamento o en los relieves llamados pintorescos, apresuradamente calificados de alejandrinos, y que también parecen haber sido apreciados en Asia.

La tradición escultórica en Grecia

En la propia Grecia, donde se explotaban tradiciones escultóricas con muchos siglos de antigüedad y numerosas obras maestras, apenas se innovaba. Y aunque se constatan, como en la poesía alejandrina, ciertas tendencias arcaizantes, la ruptura con el siglo IV fue menos radical que en la literatura.

Los más imitados son los grandes maestros del segundo clasicismo, aunque no se acababan de entender ni su mensaje ni sus proporciones. Así, eran revisitados de buen grado los temas preferidos de Praxíteles y de sus hijos, que contribuyeron a transmitir su herencia: adolescentes de formas demasiado amables, cómodamente apoyados en un soporte, innumerables réplicas de sátiros flautistas, amorcillos domésticos, mujeres jóvenes de agradables carnaciones. Además, se exageraban los rasgos que mejor definían al maestro: delicadeza del modelado con transiciones sutiles (*sfumato*), *morbidezza* (suavidad) del rostro, especial atención a las cabelleras. En el perdurable éxito de Praxíteles había algo más que una casualidad:

aquel arte encantador, cuyo valor espiritual era cada vez más desconocido, correspondía a un gusto por la gracia ampliamente difundido en todo el mundo helenístico, y se ha señalado con razón que el *Sátiro descansando* (Periboeto) es muy parecido a ciertas creaciones de los idilios de Teócrito.

Antes de que los escultores de Pérgamo se pudieran considerar sus más inmediatos herederos, Escopas, maestro del realismo doliente, era muy imitado en Grecia, como lo atestiguan esos Alejandros «moribundos» de intensa expresión patética, con la mirada elevada a modo de éxtasis, que recuerdan las cabezas de los frontones de Tegea. Con más libertad y eclecticismo, el anónimo autor de la *Victoria de Samotracia* fue también un discípulo del escultor de Paros: la diosa de torso arqueado y caderas eminentes palpita con un profundo aliento, al que se asocia felizmente el ropaje agitado por los vientos marinos no sin cierta aura romántica. Con más razón es de lamentar la incertidumbre, por parte de los especialistas, respecto a la batalla que esa obra maestra conmemoraba: ¿la victoria de Demetrio Poliorcetes sobre Tolomeo en Salamina de Chipre, o más bien la victoria de Antígono Gonatas en Cos?

También Lisipo había hecho escuela. El escultor anónimo del *Hércules Farnesio* conserva algo de su estilo, pero el héroe semeja abrumado por su monstruosa musculatura de «atleta de feria» y cansado de sus propias victorias. El discípulo más destacado de Sición es Cares de Lindos, autor del célebre *Coloso de Rodas*, una de las siete maravillas del mundo: aquella monumental estatua (de 32 m de altura) de Helio, divinidad políade, se levantaba a la entrada del puerto de Rodas y se derrumbó a causa de un terremoto.

Con el tiempo, surgió un academicismo. A partir del 150, la escuela neoática busca deliberadamente sus modelos en el pasado y huye de la observación directa de la vida. Aquel arte frío y calculado, obsesionado por los logros harto eminentes del clasicismo, produjo las obras más impersonales de toda la época, al copiar incansablemente la *Atenea Pártenos* o las cariátides del Erecteion. Ese neoaticismo se prolongaría en Roma, donde su representante más célebre es Pasíteles (siglo I), un espíritu curioso que consagró cinco libros a la historia de la escultura (véase la pág. 199).

La pasión en las escuelas asiáticas

Pero la escultura helenística no se limitó sólo a ese arte de tradición, muy pronto anclado en el inmovilismo. En Asia o en Alejandría vieron la luz grandes creaciones, realmente animadas por un nuevo espíritu.

Asia florecía de nuevo. De todos los talleres, numerosos e innovadores, el más brillante fue el de Pérgamo. Los atálidas crearon un museo en su palacio, donde acumularon piezas de la época arcaica de Bupalo y de Onatas, y se rodearon de excelentes maestros. A su alrededor surgió un nuevo género, la crítica de arte y, gracias a ellos, se realizaron algunas de las obras más notables de la época.

En lo alto de la ciudadela, cerca del santuario de Atenea, Atalo I erigió un gran exvoto para celebrar su victoria sobre los gálatas, aquellas bandas errantes de Galacia que asolaron Asia. Aunque el conjunto es difícil de recomponer, se le pueden atribuir algunas partes célebres, como el *Gladiador* o *Galo moribundo* del Capitolio, y el grupo de *Arria y Paetus* de la colección Ludovisi, que representan, respectivamente, a un gálata expirando y a un gálata cortándose el cuello tras haber dado muerte a su esposa. Una buena ocasión para que el artista anónimo cantara la gloria del soberano exponiendo la desesperación de los vencidos, cuyos rostros expresan el horror de la derrota y de la muerte, mientras sus cuerpos se desploman, terriblemente heridos.

Eumenes II construyó un gran altar para Zeus y Atenea Niceforio sobre cuyo basamento corría un largo friso continuo (130 m) a la manera oriental, que representaba una *Gigantomaquia*.[41] Por un lado, los gigantes, a menudo representados con hórrido realismo (monstruos con cabeza de león o anguípedos alados); por el otro, los Olímpicos, con gestos más moderados y elegantes. ¡Qué poderío, qué fogosidad en esa barahúnda descabellada, impregnada de un romanticismo que evoca el arte atormentado de Rude! ¡Cuánta desmesura en los rostros angustiosos de los monstruos! ¡Qué realismo llevado hasta al más ínfimo detalle, desde el pelaje de los monstruos a las escamas de las serpientes o los accesorios que decoran los pocos espacios libres de la moldura, como si el artista tuviera horror al vacío! No sin cierta nostalgia cabe pensar en lo que hubo de ser, menos de tres siglos antes, la *Gigantomaquia* del Partenón; aquí, un Escopas delirante ha llevado el desorden y el torbellino exacerbado de las pasiones hasta el límite, para expresar mejor la barbarie del conflicto que estremeció el universo antes del triunfo de los dioses.

El poder emotivo de tales obras procede de todo lo que, finalmente, osan expresar: el horror y la desesperación ante la muerte o la barbarie.

41. En el interior se desplegaba otro friso, menos atormentado y más clásico, consagrado a Telefo, hijo de Heracles y antepasado mítico de la dinastía (véase la pág. 148).

El gusto por lo macabro, lo morboso, lo deforme, por aquello que niega la razón y la cordura del hombre, aparece expuesto con una complacencia que le competiría al psicoanálisis. Sin duda, su lección no es en absoluto distinta de la del arte clásico, pero las convulsiones de una época angustiosa liberaron al artista de sus reservas y escrúpulos: la victoria del espíritu es ardua, manchada de sangre, impura. Sobre la elevada acrópolis de Pérgamo, un mundo conocedor del terror y los fantasmas se traicionaba tanto como se traducía.

Rodas también poseía una brillante escuela de escultores,[42] que es mejor vincular a los talleres asiáticos. La producción es muy variada, desde una triple *Hécate* de estilo arcaizante a una *Ninfa* que aborda muy libremente una de las esculturas más modernas, la *Afrodita en cuclillas* de Doidalses. La obra maestra es el grupo del *Laocoonte* (hacia el 50), donde se manifesta un gusto por lo patético que recuerda mucho a Pérgamo, tal vez con algo más de ternura por los niños que las serpientes tratan de asfixiar.

Esa misma «anatomía del sufrimiento» (Ch. Picard) se encuentra en Tralles, en el enorme grupo del *Toro Farnesio* (hacia el 100). Aquí, lo mismo que los poetas se acercan a temas poco conocidos, los artistas recuerdan con placer un mito muy raro, el del castigo de Dirce por los dos hijos de Antíope. En lo alto de una roca, los jóvenes preparan el suplicio de Dirce, cuyo cuerpo palpitante, atado a los cuernos de un toro salvaje, será arrojado seguidamente a una fuente: una enorme masa piramidal y la emoción hasta el paroxismo.

Al norte de Anatolia trabajaban dos grandes maestros. Didalses de Bitinia, que esculpió una *Afrodita en cuclillas*, en el baño, haciendo resbalar el agua sobre su cuerpo entrado en carnes: una escena de género, donde la diosa no es más que el pretexto para desplegar un audaz virtuosismo. Boeto de Calcedonia[43] realizó un encantador *Niño de la oca*, que manifiesta un gusto renovado por los temas infantiles.

La escuela siria conservó cierto clasicismo, recreándose en la representación del modelo femenino rollizo, de formas opulentas. La obra más característica es el grupo de *Afrodita, Pan y Eros*, hallado en Delos, en el centro de los posidoneístas de Beritos: la diosa está muy cercana a

42. Sobre Cares de Lindos, véase la pág. 143.
43. Sobre los «lechos de Boeto», véase la pág. 151.

una mortal regordeta, de encantos dudosos, una belleza de estilo levantino, se ha llegado a escribir (Ch. Picard).

El ameno realismo de Alejandría

A pesar de la riqueza y la diversidad de las escuelas asiáticas, la escultura del Egipto tolemaico resiste bien la comparación. Por otra parte, a veces es difícil distinguirlos: un *Gálata* del Fayum es muy parecido a los *Gálatas* de Pérgamo, y la *Afrodita* metida en carnes remite a sus hermanas sirias.

La influencia praxiteliana es mayor en Alejandría que en cualquier otro lugar. Se manifiesta, en particular, en las innumerables representaciones femeninas que no suelen tener de diosas más que el nombre: *Afrodita Anadiomene* (saliendo de las aguas), deshaciendo su melena o atándose la sandalia, *Afrodita púdica*, que disimula coquetamente los encantos de su cuerpo rollizo. Una de las más emotivas derivaciones de los modelos praxitelianos procede de un centro cercano: es la *Venus de Cirene* (siglo II).

La observación precisa de la realidad apasionaba, y cabe pensar que en aquel realismo confluían una corriente griega, surgida desde el clasicismo, y una corriente egipcia, cuyo arte autóctono siempre se entregó al análisis minucioso, y a menudo divertido, de lo real. Cada vez gustaba más la anécdota por la anécdota, y las escenas de género reemplazaban a las escenas de inspiración religiosa. En ellas, los amorcillos retozan a su aire, graciosos *putti* de gruesas mejillas y rostro burlón, además de animales domésticos, como en los epigramas de la *Antología*. El escultor se complace en diferenciar las distintas tipologías sociales, y aparecen las vidas de los pobres, de los marinos, de los campesinos, de los pescadores, o de los bufones, un testimonio altamente instructivo para el historiador de la vida cotidiana. Ya no se desdeñan los personajes exóticos que deambulan por la Alejandría cosmopolita: nubios, libios, negros. En el relieve pintoresco, una de las creaciones más originales del alejandrinismo, el artista sabe evocar todo un paisaje en un marco modesto: paisaje rural, emparentado con los de los contemporáneos idilios, y paisaje urbano, portuario o nilótico.

Los temas de género o los relieves pintorescos trasmiten, en sus formas más variadas, un intenso amor por la vida, que también se observa en los retratos, sobre todo de la realeza, cuyos mejores ejemplos denotan un agudo sentido del análisis psicológico. Existen destacables bustos de

los primeros lágidas, y la última de las reinas, la gran Cleopatra, puede reconocerse hoy día, con su perfil imperial y su nariz aguileña, en una noble cabeza de argelina oculta tras un velo de Cherchell (la antigua *Cesárea*).

Sincretismos grecoegipcios

Mientras que el arte griego de Alejandría se apasionaba por reflejar la vida con lo que ésta tiene de inaprehensible, el arte egipcio tradicional expiraba. Aún se esculpía siguiendo los cánones faraónicos, como en el relieve del *Coronamiento de Tolomeo IV Filopátor*, donde el soberano lágida aparece como un faraón, flanqueado por las diosas del Alto y del Bajo Egipto. Pero es una escultura moribunda, donde la convención sustituye a la sinceridad.

Más atractivo es un arte mixto, que aparece ya (finales del siglo IV) en el *Monumento funerario de Petosiris*, sacerdote egipcio elevado a héroe a la manera griega, cuyos bajorrelieves muestran una curiosa mezcla de motivos autóctonos y de tipologías helénicas. Pero los altorrelieves muestran obras aún más notables: una gran cabeza de pizarra verde de Copenhague representa un *Tolomeo Evergetes*, de rostro lleno y rasgos apolíneos, pero cuyas superficies lisas y planas, que confluyen en aristas, así como un arranque de pilar dorsal, es imposible concebir fuera de Egipto. Otra cabeza de pizarra verde (British Museum) es el retrato de un *Africano* de acentuado tipo camita, con la osamenta muy visible, los cabellos rizados, y una expresión indefinible de ironía, de crueldad, de misterio: una admirable creación en la que confluyen dos técnicas y, cabría añadir, dos talentos.

El mundo del color: pinturas y mosaicos

Tanto del pintor como del escultor se esperaba que supiera emocionar y fascinar a la vez. La pintura nos es más conocida gracias al descubrimiento de algunos originales muy raros (decoración de las casas de Delos o estelas del museo de Volo)[44] y, sobre todo, de los frescos o de los

44. Proceden de la necrópolis de Demetríade, ciudad fundada por Demetrio Poliorcetes, en el golfo de Pagasas (294).

mosaicos, especialmente de las residencias de Herculano o de Pompeya, que copiaban las grandes creaciones de la pintura helenística.[45]

De nuevo, es fuera de Grecia donde cabe buscar el hálito creador. Las escuelas de Propóntide y de Asia destacan por su *pathos*. Dos ejemplos característicos: Timómaco de Bizancio pintó una *Medea* que, presa de gran agitación, mira a los hijos que va a inmolar y que se divierten tranquilamente jugando a la taba sobre el altar en el que serán degollados ante su pedagogo.[46] También juega con la sensibilidad del espectador, aunque de un modo algo más matizado, el artista de Pérgamo que representó el *Télefo*, con la ninfa *Arcadia y Heracles*: mientras que la mirada de la ninfa se pierde en la lejanía, como si contemplara el futuro de la dinastía surgida de esa criatura (según una versión que los atálidas intentaron legitimar), Heracles observa a Télefo; junto a ellos, una gran cesta de frutas, un sátiro, y la joven Pártenos, símbolo del paisaje arcádico.

La escuela de Alejandría se caracteriza por la importancia de las escenas de amor en paisajes bucólicos. El ciclo de Afrodita ocupaba un espacio primordial. Los amorcillos, traviesos y crueles, con sus pequeñas y desagradables invenciones, que afectan tanto a los mortales como a los propios dioses, aparecen en bellas escenas, como el *Descubrimiento de un nido de amorcillos* o la *Vendedora de amorcillos*. A menudo, estas obras transmiten un leve encanto, aunque, a veces, como en la poesía contemporánea, caigan en un brutal libertinaje.

El indiscutible progreso de la pintura no sólo se debe al enriquecimiento de la técnica (aparición de nuevos tonos: azul, violeta, púrpura...), sino también a la intensificación de la sensibilidad. Las escenas de idilio son, sin duda, las más numerosas. La mayoría representa parejas célebres de la mitología, cómodo pretexto para reflejar conmovedoras pastorales: una ninfa dando de beber a un sátiro sediento; Afrodita coqueteando con Ares; Artemisa tomando amorosamente el mentón de Hipólito, que la mira con grandes ojos llenos de asombro; Dionisos contemplando a Ariadna dormida por Hipno; Adonis muerto sobre las rodillas de Afrodita.

El paisaje, que, en aquellos idilios, compone el indispensable telón de fondo, a veces tiene su propia representación. Gustaban especial-

45. Sobre el nacimiento de la pintura romano-campaniense, véase la pág. 200.

46. Esta composición parece que fue particularmente apreciada: se encontró una copia de la escena completa en Herculano y, en Pompeya, una copia en la que sólo aparece Medea.

mente los jardines, «paraísos» llenos de extrañas esencias, y de los que parece emanar una fragante frescura, y los paisajes portuarios, que parecen cantar una invitación al viaje. A los pintores también les gustaba representar animales, fieras o monstruos fantásticos, y con no menor frecuencia peces o aves, decorado natural de los comedores que acompaña a las cestas de frutas: es la primera aparición del bodegón en el arte griego.

Junto a aquellas pinturas, que servían sobre todo para cautivar la vista, hay que dejar un capítulo aparte para los grandes frescos, en los que se disponen múltiples personajes, y cuya inspiración humana y, a menudo, religiosa se dirige especialmente al alma. Las *Bodas Aldobrandinas* del Vaticano muestran a la joven desposada, rodeada de su madre y de sus sirvientes, y alentada por Afrodita y Peito (Persuasión): nada más dulce que las emociones expresadas en los rostros ni más claro que el colorido.

Los frescos de la villa Item, en Pompeya (llamada también villa de los Misterios), son aún más notables. Este gran conjunto de la época augusta, que indudablemente decoraba un salón de iniciación, plantea, asimismo, problemas de interpretación: Dionisos se apoya en Ariadna, un sátiro toca la siringa; una ménade está en trance, mientras que una joven recibe una fustigación ritual, otra se refugia espantada en brazos de una compañera, y un escolano lee un libro sagrado... Al menos, el sentido general está claro: es la salvación que los misterios prometen a los fieles por el amor de dios. La obra es valiosa tanto por la belleza y la perfección técnica que demuestra como por el intenso fervor religioso que la impregna.

Los temas de los mosaicos solían provenir de pinturas. Tras los primeros ensayos del siglo IV (pavimentos de guijarros, llamados en inglés *pebble mosaics*), el mosaico logró grandes progresos en la expresividad al usar piedras coloreadas y talladas a la medida. ¿Dónde tuvieron lugar tales progresos: en Sicilia o en Alejandría? Ello está en discusión, pero es seguro que, de golpe, ese arte menor se situó en un primer plano en la decoración de palacios y de casas.

Las recientes excavaciones del palacio de los reyes de Macedonia, en Pella, han sacado a la luz destacables mosaicos (fechados hacia el 300) que representan a Dionisos sobre la pantera y escenas de caza (¿Crátero salvando a Alejandro durante la cacería del león?).

La admirable *Batalla de Arbelas*, del museo de Nápoles, copia seguramente un cuadro de Filóxeno de Eretria (principios del siglo III). El ar-

tista se entrega a complejas investigaciones perspectivistas: su cielo rayado de lanzas y sus escorzos de caballos hacen pensar en un cuadro de Uccello. Un árbol reseco simboliza el paisaje. La composición, muy densa, está centrada, sin embargo, en el gesto conmovedor e inútil de Darío.

Los mosaicos de Delos tienen el extraño mérito de ser obras realmente helenísticas, y no copias romanas. Las suntuosas residencias tenían pavimentos que, a tenor de las estancias, muestran adornos geométricos, bodegones, animales (en su mayoría, marinos, como delfines), o escenas mitológicas: la más célebre es la sorprendente *Dionisos blandiendo el tirso*, en la que el rostro melancólico y la mirada ensoñadora del dios contrastan con la briosa pantera en la que va montado.

Artes menores y artículos de Alejandría

Una civilización debe juzgarse tanto por las pequeñas obras de las artes menores como por las grandes creaciones de las artes plásticas y, en ese terreno, el período helenístico resplandece de modo particular.

La cerámica estaba, no obstante, en declive. Sobre un fondo claro (como en las hidrias funerarias de Alejandría) u oscuro (a imitación de los modelos metálicos), se ejecuta una decoración, raramente vinculada a la figura humana, que es muy a menudo vegetal o floral. En la vida cotidiana, el vaso pintado ya no ocupaba, de hecho, el lugar de honor del que disfrutó en el clasicismo. De entrada, tuvo que padecer la competencia de la alfarería en relieve, rara hasta entonces, y que avanzó considerablemente: la cerámica megarense (actualmente se sabe que se fabricaba en todo el Mediterráneo oriental) reproducía a bajo coste las bellas creaciones de la toréutica. En Atenas, aparece hacia el 250, inicialmente con una decoración puramente vegetal y, más adelante (a partir del último cuarto de siglo), con una decoración figurada; la producción fue masiva hasta el 100. En el siglo III, se multiplicaron los centros de producción (Pérgamo, Corinto, Argos...) e incluso, a finales del siglo II, se conquistó el Occidente itálico, lo que influiría en la creación de la *terra sigillata*, la cerámica corriente en el Imperio romano.

Los vasos metálicos nunca fueron tan apreciados. En Alejandría como en Pérgamo, los toréuticos trabajaban el oro, la plata y el bronce. La mayor parte de piezas del tesoro de Berthouville-Bernay (Normandía) no son romanas, sino de la época helenística: las más bellas representan la tristeza y la muerte de Aquiles y el trágico fin de Héctor, cuyo cuerpo

es arrastrado alrededor de las murallas y, después, pesado: escenas patéticas y moralistas que se han permitido vinculado, con razón, al arte de Pérgamo.

Con tales vasos pueden compararse los lujosos lechos de bronce, adornados con cabezales cincelados que, a menudo, representaban escenas dionisíacas (mulos coronados con pámpanos o el propio Dionisos). Son conocidas, indistintamente, como «lechos de Delos», ya que éste era el principal centro de producción, o «lechos de Boeto», por su creador más célebre, el maestro de Calcedonia (véase la pág. 145).

Las series de monedas son innumerables. Cada soberano quería tener su propia moneda, acuñada con su efigie, siguiendo una costumbre de algunos sátrapas o dinastas del Imperio persa, y que no sólo se instauró en los reinos helenísticos, grandes o pequeños, de Oriente, sino también en Sicilia, con Hierón II, en la propia Esparta, con Cleómenes y Nabis, y en los reinos bactrianos e indios. Son valiosas, en particular, como admirable galería iconográfica en la que sobresalen algunas testas notables, como la del gordezuelo eunuco Filetairo; la de Tigrames de Armenia, con su perfil clásico y su pesada tiara; o, sobre todo, las de los príncipes del Ponto, Mitrídates III y Mitrídates IV, representados con vigoroso realismo. Las ciudades independientes, lógicamente, siguieron acuñando moneda: las piezas de Atenas, siempre numerosas, son obra de grabadores negligentes y rutinarios, sin sentido alguno de la composición.

Las figurillas de terracota proporcionan la evocación más delicada de un mundo de gracia y armonía. Los coroplastas de Alejandría las realzaban con ligeros tonos pastel. El centro más conocido estaba en el reino atálida, en Mirina: las figurillas que se producían allí, tal vez menos refinadas que las tanagras del siglo IV, eran de una variedad casi infinita.

Por lo demás, hay también un comercio de baratijas de arte, vidriería, medallones de bronce o de yeso, camafeos, alhajas de oro, de cristal o de pórfido, auténticos «artículos de Alejandría», pues está claro que la capital de los lágidas era el centro de producción de aquellas pequeñas obras maestras, dotadas de un refinado encanto y donde la vida se sublima en un delicado realismo, a veces caricaturesco, a veces tierno, entre los arabescos de una insaciable «guirnaldomanía». Las excavaciones de Begram (Afganistán) han demostrado que eran apreciadas en lugares muy alejados del mundo mediterráneo, donde han sido halladas en grandes cantidades, incluso en el centro mismo de Afganistán (véanse las págs. 227-228 y sigs.).

A pesar de lo que se ha afirmado, el arte griego no renació en la época helenística —no estaba muerto, aunque tampoco logró sobrevivir—, ya que innovó y se renovó a través de los caminos más diversos. Su principal característica era expresar el hombre, sus angustias, pero también su aspiración a una amable felicidad. Son pocas las emociones que no plasmase: de los excesos de la pasión a las delicadezas del idilio; y pocos los temas que no abordase: griegos y bárbaros, ancianos y niños, belleza ideal y deformidad, y aunque iba dirigido a la élite de los ricos, a menudo halla su inspiración en el mundo de los humildes; y caminos que no explorase: desde el «romanticismo» de Pérgamo hasta el «barroquismo» de ciertos relieves alejandrinos. En todo caso, siguió siendo arte griego, porque, más que nunca, nada de lo humano le era ajeno.

LA EFERVESCENCIA RELIGIOSA

Del mismo modo que no lo hizo en el siglo IV, la religión tradicional tampoco desapareció. Las Panateneas seguían subiendo a la Acrópolis, los atletas midiéndose en la palestra olímpica, Delfos produciendo sus ambiguos oráculos, y los mistas invadiendo las explanadas de Eleusis: todos aquellos santuarios serían frecuentados más allá del período helenístico, hasta el fin del mundo antiguo. Además, otras construcciones vinieron a incorporarse a las de épocas precedentes: en Delfos, un teatro (siglo III), y, en Olimpia, nuevos edificios gímnicos (palestra, gimnasio, rehabilitación del estadio). Pero el hálito de la fe ya no existía, y los sacrificios públicos no eran más que una oportunidad para darse una comilona en medio del general alborozo.

Escepticismo y fervor

La religión políade, moribunda por la disgregación interna de las ciudades, se hundió con el derrumbamiento político de éstas. El hombre ya no podía satisfacer sus deseos de un más allá en el marco de las *poleis*: la mejor devoción ya no consistía en cumplir de la mejor manera posible con sus deberes de ciudadano. La religión colectiva se tornó individual, como era de esperar en una época en la que el individualismo triunfaba.

Una crisis tan profunda provocó dos actitudes opuestas. Muchos cayeron en el escepticismo, que no sólo se desarrolló en ciertas escuelas fi-

losóficas, sino también, según parece, entre el pueblo: ¿cómo no iba a dudar de Atenea, el ateniense, después de ver a Poliorcetes proclamarse hermano de la diosa e instalar su harén en el Partenón? Evémero (finales del siglo IV) enseña que los dioses no son más que grandes hombres de la historia, divinizados por los servicios prestados a la humanidad, teoría que halló muchos oídos favorables en la propia Grecia e incluso —y sobre todo— en la Roma republicana.

El nuevo culto a *Tykhé*, la Casualidad o Fortuna, es una forma enmascarada de escepticismo, pues la diosa no era más que la negación de la providencia divina y la personificación del desorden y de lo fortuito, únicos capaces, al parecer, de gobernar, a partir de entonces, las cuestiones humanas en medio de las vicisitudes de acontecimientos caóticos. Un personaje de una comedia de Menandro reprochaba la credulidad de su interlocutor: «¿Tú qué crees, que los dioses se ocupan de castigar, uno a uno a los millones de hombres o de salvarlos? ¡Menudo trabajo!». Ya hemos mencionado (véase la pág. 118) la importancia, en Polibio, de la noción de Casualidad en la historia, difícil de conciliar, por otra parte, con sus pretensiones de explicación racionalista. Más curioso es constatar la aparición de una auténtica divinidad, adorada como tal, y capaz de alcanzar una gran difusión (la *Fortuna Primigenia* del santuario itálico de Preneste[47] no lo hubiera sido sin el gran influjo helenístico). Incluso las metrópolis tenían su propia *Tykhé*, y se ha conservado la representación de la *Tykhé de Antioquía* tal y como salió del cincel de Eutíquides, discípulo de Lisipo: con el cuerpo ágil y majestuoso, el pie sobre el Orontes domesticado y una corona mural ceñida a la cabeza, el rostro de la diosa refleja una serena e incluso benévola, aunque impenetrable, gravedad.

Pero, en términos generales, el fervor era mucho más fuerte que el escepticismo, y estalló en ciertas filosofías como el estoicismo, según demuestra el admirable *Himno a Zeus* de Cleantes de Aso,[48] que habría que poder citar entero y del cual, al menos, mencionaremos la última invocación: «Zeus, dispensador de todos los bienes, dios de las nubes oscuras, del rayo tronante, salva a los hombres de su funesta ignorancia, disípala, oh Padre, de sus almas, permítele hallar la sabiduría a la que tú obedeces y que te hace gobernarlo todo con justicia».

Ese fervor era aún mayor entre el pueblo, abrumado por la crisis social, contrariado por las vicisitudes de una tormentosa historia, arranca-

47. Véase la pág. 199.
48. Véase la pág. 125.

do de sus creencias tradicionales, y para el que alcanzar la cima de la sabiduría no era un consuelo. El ansia de salvación se convirtió en un suplicio y la masa sólo halló sosiego en los cultos emocionales, incluso extáticos, que procuraban al creyente un contacto directo y personal con el dios por él elegido.

Unos dioses muy cercanos: los reyes

A simple vista, el culto a los soberanos, heredado de Alejandro, no era la respuesta a las nuevas aspiraciones, y podía parecer una hábil maniobra de unos reyes con el interés manifiesto de proclamarse dioses. Sin embargo, ante el fracaso de la ciudad, las esperanzas se desplazaron, natural y espontáneamente, hacia aquellos señores todopoderosos, cuyo favor era infinitamente valioso. El himno en honor de Demetrio Poliorcetes (290), que cantaban los atenienses a instancias de Estratocles, expresa exactamente unos sentimientos que debían de ser los de muchos: «Los otros dioses están lejos o no tienen oídos, o no existen, o no prestan ninguna atención a nuestras necesidades; a ti, Demetrio, te vemos aquí mismo, no de madera o de piedra, sino realmente presente». Esas actitudes fueron seguidamente explotadas por los monarcas, enormemente satisfechos de tener en el culto real una garantía de poder y estabilidad y, a menudo, un medio para imponer, asimismo, una unidad espiritual al mosaico de pueblos que constituían su reino.

Ya hemos hablado de los heterogéneos orígenes de dicho culto, constituido por elementos helénicos y orientales (véase la pág. 18). Las ciudades griegas no fueron las menos solícitas a la hora de adorar: desde 305, Tolomeo I ya recibía honores divinos en Rodas. Pero las tradiciones teocráticas de Oriente acentuaron la evolución y permitieron la regularización y universalización de cultos inicialmente aislados y anárquicos. En cuanto a los detalles, cabría matizar, ya que el culto de Estado era distinto del culto municipal.

Egipto es un buen ejemplo de la implantación del culto real. Ciertamente, allí existía una tradición milenaria que hacía del faraón un dios, pero trataba de imponer dicha creencia a los griegos, el elemento más dinámico del reino. Tolomeo II mantuvo la apuesta. En Alejandría, Alejandro era honrado a la vez como dios y como héroe fundador de la ciudad. Filadelfo añadió a su culto el de su padre Soter (Salvador) e incluso el de sus parientes bajo el nombre de Salvadores. Y aún dio un nuevo paso al

frente con la apoteosis de Arsínoe II, su hermana-esposa, que, en vida, ya se sentía como Afrodita recibiendo a Adonis en su palacio e instalándole en su propio lecho,[49] y que fue honrada por Calícrates en un templo próximo a Alejandría, consagrado a Afrodita Zefiriti. Tras su muerte, su marido la divinizó bajo la advocación de Filadelfa: en las pequeñas ciudades del llano, su culto se extendió rápidamente, especialmente en el nomo de Arsinoitia (el Fayum), que llevaba su nombre. El principal centro estaba en Crocodilópolis, donde tenía como paredro un Adonis para el que, en un «paraíso», se cultivaban las flores que aquel joven dios de la vegetación prefería. Al mismo tiempo, Tolomeo se asoció en vida a la reina muerta y creó un culto a los dioses Adelfos (Hermanos). Así, la astucia del soberano triunfó sobre todas las dificultades y obtuvo, a lo largo de su vida, honores divinos, un ejemplo que seguirían todos sus sucesores.

Los sobrenombres de los soberanos son característicos del nuevo estadio espiritual: Soter (Salvador), Evergetes (Bienhechor), Epífanes (Ilustre), Teos (Dios). Las almas se adaptaron tan bien a esas extrañas confusiones entre divinidad y realeza que, a finales del período helenístico, Antonio y Cleopatra intentaron, en vida, crear un vasto imperio teocrático: si Cleopatra se encontraba con Antonio en Tarso, era Afrodita yendo de juerga donde Dionisos; oficialmente, el triunviro tomó el nombre de Nuevo Dionisos, y entró en Alejandría coronado de yedra, sosteniendo un tirso y calzando coturnos, como el propio Baco; en vísperas de la derrota, incluso se creyó oír que el tirso divino había abandonado al *imperator* dejándole únicamente en su humana medida, a él, habitado por el dios durante años.

Los dioses trascendentes

Los cultos reales, aún correspondiendo a la mentalidad popular que convertía en un dios al hombre fuerte y por más que sirviesen a los intereses políticos de los soberanos, no eran suficientes para colmar las aspiraciones religiosas. Faltaban los dioses trascendentes.

El panteón tradicional

Algunos dioses del panteón tradicional, los mismos cuyo éxito se había consolidado en el siglo IV, conservaban una surtida clientela. Las mi-

49. Véanse las *Siracusanas* de Teócrito.

radas de todos los enfermos seguían dirigiéndose a Asclepio: con su generosidad innata, plasmada en tantas estatuas y relieves de la época, se compadecía de los sufrimientos y aseguraba la curación. Las sucursales de Epidauro, especialmente Cos y Pérgamo, se llenaron de suntuosos edificios que evidenciaban su riqueza;[50] tales santuarios se convirtieron en auténticas escuelas de medicina (véase la pág. 132), tanto más cuanto que los milagros escaseaban y que, a la sazón, el dios sanaba gracias a los tratamientos impuestos por sus sacerdotes-médicos. Se produjo, por tanto, cierta racionalización en aquel culto, progresivamente encaminado al Epidauro romano, que era tanto un balneario como un *hieron* de tratamiento.

Asimismo, Dionisos acrecentó su influencia sobre los espíritus.[51] Por su condición sincrética, iba asociado a otras divinidades, a las «dos diosas» de Eleusis, al Apolo de Delfos, a la Artemisa de Éfeso y a la Cibeles de Asia. La literatura y el arte prueban la profundidad del movimiento dionisíaco, que, por otra parte, proseguía sus conquistas en Europa y en la propia Roma (véanse las págs. 202 y sigs.). El éxtasis seguía siendo la recompensa del creyente que se abandonaba enteramente a la locura de inspiración divina, pero, gradualmente, se fue imponiendo una soterología, o fórmula de salvación, dionisíaca a través del amor. Ciertamente, no todos los fieles comprendían el fondo de la doctrina y muchos, a buen seguro, se dejaron llevar por las facilidades de un misticismo cuya fuente primigenia era la embriaguez; pero basta observar los frescos de la villa Item (véase la pág. 70) para entender lo que aportaban a los espíritus más elevados los misterios del dios que seducía el alma como sedujo a Ariadna, que se abandonó sobre su pecho con una felicidad indescriptible.

El triunfo de Oriente

Pero los dioses de Oriente tenían un atractivo —debido en parte a su exotismo y misterio— al que Grecia no fue demasiado sensible hasta el 420 y que triunfó durante la época helenística, cuando los griegos ocupaban sus propios centros de culto. El influjo de Asia fue considerable, mientras que disminuyó el de Tracia y se acentuó el de Egipto. De mo-

50. La importancia de las construcciones erigidas en el Asclepio de Cos en la época helenística es asombrosa: un templo jónico, una *leskhé* (lugar de reunión, una especie de club), y toda una terraza, dispuesta en voladizo sobre el santuario, con un gran templo dórico.

51. Sobre los *tekhnites* (artistas) dionisíacos, véase la pág. 169.

mento, dejaremos de lado el budismo y el brahmanismo, de los que ya tendremos ocasión de explicar (véase la pág. 221) que ejercieron también su atracción sobre los griegos de la *diáspora* más oriental.

La frigia Cibeles (llamada también la Abuela o la Madre de los dioses), helenizada desde hacía mucho tiempo, ganaba adeptos a diario, especialmente en el reino de Pérgamo, donde los romanos hallaron, un día infortunado, la piedra negra que entronizarían solemnemente en Roma, en un templo sobre el Palatino (204). La propia Alejandría fue conquistada, y un curioso documento del museo del Cairo revela los extraños sincretismos que unían a la anciana diosa de Asia con Rea, la divinidad cretense, asistida por demonios guerreros, los curetes, no sin curiosas referencias a la astrolatría, pues los planetas también aparecen representados en tal documento. El elemento más novedoso del culto era que Atis aparece cada vez más junto a su divina amante, servido por eunucos, celosos imitadores de un dios que, en su locura, se había castrado. Las barreras de decencia y razón que el helenismo había erigido durante siglos con el culto metropolitano cayeron y, en lo sucesivo, Cibeles se mostraría, en Frigia o en Creta, tal como era realmente: una Abuela orgiástica, dueña de todos los frenesíes. Lo mismo puede decirse de las divinidades sirias, especialmente de la «diosa siria», honrada en misterios obscenos en los que se exaltaba su carácter resueltamente naturista.

El prestigio de Egipto era aún mayor. Los griegos eran sensibles a la monumentalidad de templos y tumbas, a la coherencia de una espiritualidad en que cultos, rituales y creencias formaban un conjunto orgánico, al mensaje de inmortalidad de una religión abierta y optimista. Los cultos autóctonos estaban aún perfectamente vivos, como lo demuestra uno de los templos más bellos de la época tolemaica, el de Edfu (véanse las págs. 134-135): en kilómetros de inscripciones, los hierogramáticos han reunido de manera sistemática el compendio de todos los conocimientos sagrados, de geografía, de estructura del mundo sideral, de mitos, de historia y de liturgias de santuario. Las fiestas conservaban su suntuosidad, ya se tratase del servicio cotidiano o de las grandes solemnidades, como la coronación del faraón, la victoria, o la «buena reunión» (hierogamia de Horus y Hator).[52] En la propia Tebas, a la sazón desposeída de

52. La liturgia no deja de impresionar: servicios regulares *cotidianos* (gran servicio por la mañana para abrir la *naos* y despertar al dios; servicios secundarios a mediodía y por la noche para alimentarlo) y *solemnes* (en los primeros días de las décadas y en los días de las fases lunares), a los que se añadían las fiestas organizadas según un calendario regular.

toda función política, los grandes santuarios de la orilla derecha estaban activos y bien conservados, aunque Amón perdió su crédito en beneficio de otro dios solar, Montu-Re, favorecido con dotaciones por los soberanos (véase la tabla de la página siguiente).

Casi todos los dioses egipcios tenían fieles entre los griegos, que se dieron a identificaciones[53] en ocasiones muy extrañas: ¡Hator, la diosa-vaca, se convirtió en Afrodita, y Epet, la diosa-hipopótamo, en Deméter! Amón,[54] Anubis y Horus desempeñaban un papel importante. Pero los corazones se emocionaban, sobre todo, con Isis, asociada a menudo a su esposo, Osiris. A ella se consagraron grandes y magníficos santuarios, como el Isieio (en Behbet y Haggar) o File, y a su alrededor se desarrolló un misticismo moderado, que no buscaba la comunión con la diosa en la violencia de la orgía, sino en la conversación cotidiana de la liturgia y en la búsqueda del perfeccionamiento moral. Existen numerosas copias, realizadas entre el siglo I a.C. y el siglo III d.C., de un *Himno a Isis*, que se remonta con toda seguridad al período helenístico, y que parece haber sido escrito por un griego de Menfis, instruido en la religión egipcia: es una letanía muy dulce, una traducción apenas helenizada de algún texto religioso autóctono, en el que el creyente expresa su reconocimiento y adoración por aquella a quien la humanidad debe tantos favores.

Incluso formas mucho más elementales de la piedad egipcia, como la zoolatría, tuvieron gran éxito entre los griegos. Al margen del Apis de Menfis, se conoce bien el santuario grecorromano de Tot en Hermópolis, acondicionado especialmente para la cría de animales sagrados, con fuentes para los ibis, palmeras para los babuinos y galerías para la sepultura de ibis y de los babuinos, debidamente momificados: eran numerosos los peregrinos que subían a rendir homenaje a aquellos animales, considerados como «el gran alma de dios en la tierra».

El influjo egipcio sobre el mundo mediterráneo fue extraordinario, aunque no se trate, en propiedad, de un fenómeno nuevo: desde Herodoto, si no desde Homero, los griegos sabían que Egipto era el país de

Las inscripciones de ese «libro de piedra» que es el templo de Edfu nos han proporcionado un auténtico *ordo* litúrgico.

53. Las más corrientes eran las siguientes: Amón = Zeus; Isis = Deméter; Osiris = Dionisos; Hator = Afrodita; Tot = Hermes; Imhotep = Asclepio; Jonsu = Heracles... Algunos ya se encuentran en Herodoto. Naturalmente, había muchas incoherencias: Isis también podía ser Afrodita (véanse las págs. 163-164).

54. Cabe notar, sin embargo, que Amón, en la época helenística, ya no se extendió fuera de Egipto.

TEBAS HELENÍSTICA
(según A. Bataille)

En declive después de ser saqueada por Asurbanipal (663), ya no sería más un centro político, sino la capital donde residía el epiestratega de la Tebaida y un centro agrícola.

Dos zonas sagradas

1. La orilla derecha («residencia de Zeus» para los griegos), con los enormes conjuntos de Karnak y de Luxor. Obras de los tolomeos en otros santuarios secundarios, pero no en los de Amán. Conjunto bien conservado.
2. La orilla izquierda, donde los templos funerarios ya estaban en ruinas (17 de 47 con Soter). Del más bello, el de Amenofis III, sólo subsisten los colosos, que los griegos creían consagrados a Memnón y que cantaban a la aurora.

Las fiestas

La más importante era la «Gran fiesta del valle» (en griego «Travesía del dios Amón hacia las Memnonia»): el Amón de Karnak visita durante doce días los templos funerarios.

La evolución religiosa

Medio tradicional, fiel a su glorioso pasado. Sin embargo, acentuada evolución:

1. Declive de Amán, cuyas grandes posesiones se dividen en tierras particulares.
2. Ascenso de Montu-Re, antiguo dios tebano de nuevo glorificado en las inscripciones.
3. En la orilla izquierda, auge del culto popular de los dos visires sanadores: Imhotep y Amenhotep.
4. Tumbas cada vez más sencillas, con una democratización de las honras fúnebres (muchos campesinos acomodados y pequeños funcionarios se hacen momificar y alquilan los servicios de un coaquita).

las maravillas, cuna de toda sabiduría, patria de los dioses más antiguos; inspirados en mayor o menor medida en las doctrinas egipcias, los relatos de los filósofos y de los historiadores les enseñaron que Dionisos no era sino Osiris, que Deméter era Isis, y que los santuarios egipcios estaban repletos de divinidades mitad animales mitad humanas, con cabezas de ibis, de halcón, de gato, o de serpiente. No obstante, las primeras manifestaciones del culto egipcio en el mundo griego parecen muy mo-

destas: pequeñas comunidades egipcias llevaron, a finales del siglo IV y principios del III, el culto de su diosa, Isis, al Pireo, a Delos, a Eretria; al principio, dicho culto estuvo probablemente limitado a círculos restringidos y capillas harto mediocres.

Por otra parte, el notable auge de los siglos II-I —y de la época imperial— es asombroso. El culto a Isis se extendió con gran rapidez en los medios griegos y adquirió carácter oficial: Atenas, Eubea, Beocia, Delos y Thera (Santorin), Tesalia y Macedonia, así como cierto número de ciudades de Asia Menor —Esmirna, Éfeso, Magnesia del Meandro, Priene—, poseían, en el siglo II o tal vez incluso antes, un culto oficial a los dioses egipcios. Porque Isis ya no era la única, a pesar de que en muchos lugares ejerciera un cierto predominio: Serapis, del que a menudo tomaban el nombre santuarios y fiestas del culto egipcio en Grecia, y el dios con cabeza de chacal, Anubis, cuyas funciones se asimilaban a Hermes, formaban, con Isis, una tríada análoga a las familias divinas de los templos egipcios. Harpócrates, el dios-niño, también aparece en las dedicatorias griegas, tal vez bajo su aspecto adulto de Horus, lo mismo que Osiris, cuya identidad esencial con Serapis era probablemente poco apreciada. Los vestigios más importantes y sorprendentes del culto a dichas divinidades son, sin duda alguna, los de Delos: sobre la «terraza de los dioses extranjeros», en mitad de la ladera del Cinto, se levanta el gran conjunto de los santuarios egipcios (Serapeum C, Isieio, Anubieio), que, en el siglo III se unieron, sin llegarlas a destronar, a las dos pequeñas capillas primitivas, el Serapeum A y el Serapeum B; las múltiples dedicatorias y los inventarios realizados a mediados del siglo II reflejan la piedad de los fieles de Delos o de fieles extranjeros, llegados de casi todos los países mediterráneos, desde el sur de Italia hasta Siria (véanse las págs. 162-163). Los dioses egipcios, como en todos los santuarios del mundo griego que a ellos se consagraban, aparecían bajo el aspecto de dioses benéficos, caritativos, salvadores; se les invoca porque han «salvado de grandes peligros» —especialmente de los del mar—, o porque se espera de ellos una curación o un oráculo —aquellos oráculos que el intérprete de sueños, casi siempre vinculado a los santuarios egipcios, tenía por misión explicar.

¿Poseyeron, desde entonces, los dioses egipcios el poder que las *Metamorfosis* de Apuleyo evocan con tanta brillantez, en la época imperial, y que consistía en aportar a los hombres, gracias a la iniciación, la liberación de las ataduras de la Heimarmené (suerte fijada por el Destino) y en asegurarles una bienaventurada inmortalidad? Es lícito creerlo así, tanto más cuanto que, en el Egipto tolemaico, Isis y Serapis-Osiris te-

nían un carácter manifiestamente infernal y protegían a los difuntos durante el peligroso viaje al más allá; sin embargo, en los textos griegos anteriores a nuestra era, la promesa de salvación espiritual nunca se formula claramente, y la existencia en Grecia de «misterios egipcios» en la época helenística puede ponerse en duda.

El mecanismo de difusión y expansión del culto egipcio en tierras griegas, a partir del siglo II, es, en muchos casos, difícilmente explicable, y permite interpretaciones diversas: intervención directa de los soberanos lágidas para favorecer la introducción de su religión nacional en el mundo Egeo a fin de incrementar su influencia; fervor propagandístico del clero egipcio; llamada de los propios griegos, seducidos por los extraños rituales de un nuevo culto, el cual, una vez helenizado, conservaría, en tierras de la Hélade, una parte de su originalidad. En todo caso, debe admitirse que, en Egipto, los dioses autóctonos experimentaron, en época tolemaica, un período de renovación; el clero egipcio volvió a ganar influencia, sobre todo a partir del siglo II, y realizó una vasta obra teológica. Además, en Egipto, desde el principio de la conquista lágida, se intentó lograr una síntesis entre dioses egipcios, griegos y orientales; los himnos griegos de Isidoro, en el santuario de Madinat al-Fayum, convirtieron a Isis en una diosa universal, adorada por todos los pueblos de la tierra bajo nombres distintos. La gran proyección que parecían tener en aquella época la religión de Isis y Serapis, adoptada ampliamente por los griegos de Egipto, y el intenso fervor que denotan los creyentes quizás expliquen su expansión y su éxito en el mundo griego.

El ejemplo de Delos, ya invocado en relación con los dioses egipcios, muestra la multiplicidad de préstamos. En la isla sagrada donde Leto dio a luz a Apolo y Artemisa, no parecía haber sitio para otros poderes. Ahora bien, en la «terraza de los dioses extranjeros» no sólo se instalaron Isis, Serapis y Anubis, sino también las divinidades de Hierápolis de Siria: a Hadad y su paredro, Atargatis, honrada como Afrodita la Santa, les fue dedicado un teatro, aislado por un pórtico destinado a proteger de cualquier mirada profana los misterios licenciosos que se celebraban en honor de la «diosa siria». Es un hecho notable que, hasta la llegada de los romanos, en Delos no se introdujesen ciertas costumbres religiosas, especialmente la del larario.

Nacimiento y amalgamas de dioses

A veces, los griegos no se contentaban con adoptar simplemente a las divinidades con mayor potencial místico, de modo que se formaron extraños sincretismos. En un caso específico, se asiste a la creación —en el sentido más literal del término— de un tipo de divinidad mixta. Tolomeo I, deseoso de imponer a sus súbditos griegos y egipcios un dios que pudiesen honrar en común, confió a una comisión de teólogos, en la que Manetón (véanse las págs. 107-108) tuvo un papel importante, la misión de elaborar la nueva deidad. Fue Serapis, heredero al mismo tiempo de Osiris-Apis, el dios funerario egipcio de Menfis a quien debía el nombre,[55] y de divinidades griegas, filántropas como Zeus o Asclepio, y místicas, como Dionisos, a quien Herodoto ya había identificado con Osiris. Para establecer la imagen del dios, Soter, hacia el 285, hizo transportar a Alejandría una estatua que Briaxis ejecutó, en la segunda mitad del siglo IV, para el templo de Hades en Sinope: en adelante, Serapis aparecerá con los rasgos de un hombre de edad madura, con cabellera y barba abundantes, un tocado cilíndrico (*modius* en latín), y dibujadas en el rostro, una benevolencia infinita y una profunda serenidad.

El culto, nacido en Menfis,[56] se extendió a Alejandría, donde Tolomeo III reemplazó el pequeño Serapeum, edificado por el fundador de la dinastía, por un gran santuario, donde se apreciaba el deliberado sincretismo de Soter. La decoración esculpida era griega, ejecutada con temas dionisíacos, mientras que las placas de fundación celebraban, en griego, al «rey Tolomeo, hijo de los dioses adelfos» y, en egipcio, al «rey del sur y del norte, escogido por Amón, poderosa es la vida de Ra, Tolomeo eternamente vivo, amado por Ptah». Poco a poco, Serapis se extendió por toda la cuenca mediterránea: Delos,[57] especialmente, poseía tres Serapeum, dos de ellos muy modestos, lo que demuestra el éxito

55. Otros han pretendido, sin demasiada verosimilitud, hacer derivar el nombre de Serapis de un epíteto de Baal: Sar-apsi («rey de las profundidades»).

56. Auguste Mariette encontró en el Serapeum de Menfis un hermoso conjunto de estatuas que componían dos grupos: estatuas dispuestas en avenida, a la manera egipcia, y que representaban a Dionisos niño y un pavo real desplegando su cola; y sabios, poetas y filósofos de Grecia, situados en exedra alrededor de Homero. La fecha no está clara (reino de Soter o de Filométor). En todo caso, cabe mencionar el carácter específicamente griego de la decoración del Serapeum de la vieja metrópolis egipcia. (Se conoce también un Serapeum en Canope.)

57. Véase la pág. 160.

que tuvo entre las clases más humildes. El más importante, en la «terraza de los dioses extranjeros», imitaba los santuarios de Egipto, con su galería de esfinges y sus múltiples capillas: se ha hallado una gran cantidad de exvotos de navegantes, salvados de los peligros del mar, o de enfermos curados. Un decreto de Istros (en el Ponto) prescribe una consulta a un oráculo de Apolo para saber si pueden instituir el culto de Serapis (siglo III). ¡Extraño destino el de aquel dios nacido de la voluntad del primero de los lágidas y de la sutileza de sus teólogos, que lograrían imponerlo a la adoración de los egipcios y, después, al mundo entero!

Otras síntesis fueron más espontáneas. Zeus se asimiló a dioses locales, de donde surgieron una serie de epíclesis: Labrandaios (de Labranda, en Asia Menor) o Dolikhenos (de Dolikhe, en Siria). También se le identificó fácilmente con grandes dioses varones del panteón semítico: Baal, en Fenicia; Baal-Shamem y Hadad, en Siria; Bel, en Mesopotamia. Zeus Hipsisto («muy elevado»), que algunas veces sólo era adorado con el nombre de Hipsisto, añadió a sus características griegas o asiáticas de dios de las alturas rasgos claramente hebraicos:[58] con el doble sentido de su epíteto, bastaba para que se autorizara aquella fusión. En los albores de la era cristiana, ese Zeus tendió a sustituir a todos los dioses varones del panteón helénico hasta que se convirtió en un dios único, bajo el influjo conjunto del monoteísmo judío y del monoteísmo al que se orientaba la conciencia griega.

Más curioso aún es el caso de la pareja semítica de Afrodita y Adonis, entronizada desde hacía mucho tiempo en el panteón griego, y que se introdujo en Egipto por asimilación con Isis y Osiris. Desde principios del siglo III, aparecieron en Alejandría dedicatorias a Afrodita-Isis, y allí donde se instalaba Afrodita, aprovechando la gran popularidad de Isis, se instalaba también su amante Adonis, identificado con Osiris, el dios benévolo de las moradas subterráneas y de la vida sobrenatural. Las *Siracusanas* de Teócrito muestran al pueblo de Alejandría dirigiéndose apresuradamente al palacio para contemplar, en su radiante belleza, más patética aún ante la certidumbre de su muerte, a su joven dios, «Adonis el tres veces amado», por quien las mujeres, sobre todo, sentían una admiración vehemente y pasional. Un documento mucho más modesto, el

58. Sobre el desarrollo de la religión judía en la época helenística, véanse las págs. 50-51.

libro de cuentas de un sectario de Adonis, permite reconstruir indirectamente las adonias, celebradas en la campiña por un humilde griego: después del baño de purificación y de la tonsura ritual, vinculados a la liturgia de Isis, llega la jornada de alborozo de la hierogamia, celebrada con abundantes ágapes; luego, la jornada de duelo y abstinencia, en conmemoración de los funerales del dios; y, finalmente, la de los misterios, en que se interpreta la sagrada pantomima de la resurrección.

En todas partes aparecen sincretismos semejantes. El mencionado *Himno a Isis* identifica a la diosa con Deméter. En Delos hay una dedicatoria a una Isis Soteira (Salvadora) Astarté Afrodita, es decir, a una diosa de la salvación griega, semítica y egipcia al mismo tiempo. Una confusa aspiración monoteísta tendía a reunir en la persona de Isis a todas las deidades femeninas del Mediterráneo oriental. No faltaba mucho para que Apuleyo, en la admirable invocación del libro 11 de las *Metamorfosis*, la presentara como un poder universal, honrada bajo los nombres más diversos.

Hermetismo y magia

También aparecieron nuevas formas de pensamiento religioso. Ninguna fue tan importante como el hermetismo, que toma su nombre de Hermes, el equivalente helénico del Tot egipcio, dios benévolo, escriba de los Infiernos, inventor de la escritura jeroglífica y dispensador de todas las ciencias sagradas, medidor del tiempo y escritor del destino, que sabía pronunciar las invocaciones en el tono deseado, y que, según los teólogos de Hermópolis, incluso era el creador del mundo gracias a su voz demiúrgica y a su aliento, que hacía nacer a todas las cosas. Esas especulaciones sobre el Verbo recuerdan las de los griegos sobre el *Logos* o las de los judíos alejandrinos sobre la *Sophia*: Hermes se merece de sobra ser proclamado Trimegisto (el tres veces grande).

Por ser Tot el inventor de la escritura, era normal que se atribuyeran a Hermes-Tot los libros más antiguos, y a él se remonta, según Clemente de Alejandría, la literatura sagrada de Egipto, en tanto que autor de 42 libros, 36 sobre filosofía y 6 sobre astrología y medicina. Los tratados herméticos que se conservan son, sin duda alguna, de época romana, pero se remontan a la época helenística, como ha demostrado A.-J. Festugière. En dichos textos, los especialistas no se ponen de acuerdo sobre lo que es egipcio, griego, o incluso iraní. En todo caso, la parte de las an-

tiguas especulaciones autóctonas es notable: «Los griegos —declara Asclepio en uno de sus libros (*Corpus hermeticum*, 16, 2)— no tienen más que discursos vacíos, buenos para hacer demostraciones, y ésa es, efectivamente, toda la filosofía de los griegos, un ruido de palabras. En cuanto a nosotros, los egipcios, no usamos simples palabras, sino sonidos preñados de eficacia».

En efecto, el pensamiento hermético surge por revelaciones y no mediante excursos, lo que supone un esfuerzo total para poner en juego las fuerzas divinas destinadas a conservar la fuerza y la estabilidad del universo. La inteligencia no se separa de la acción, ya que sólo los rituales pueden conferir su regularidad a los fenómenos: así, el retorno regular de la Luna se aseguraba con el sacrificio de su enemigo, el antílope. La función del rey era ejecutar los rituales que estabilizaban el cosmos: era el «maestro de la palabra que hacía la paz».

El poder de los sacerdotes orientales procedía del hecho de poseer dos conocimientos esenciales: la manera de entrar en contacto con los dioses y el mecanismo de la simpatía universal. Hermes enseña que el mundo está dividido en dos partes: el mundo sublunar, impuro, y el éter, donde gravitan los astros. Los astros-dioses, o simples imágenes de la divinidad, que les proporciona el movimiento inicial, emiten influjos que, a través de los aires, actúan sobre el mundo de los hombres. Este último está formado por cuatro (o cinco) elementos —agua, tierra, aire y fuego (y éter)— que reaccionan entre ellos y reparten las buenas o malas influencias de los astros. Para el Trimegisto, la filosofía es el estudio del entramado de esas influencias y de las cadenas místicas que la simpatía teje entre los dioses y los hombres. Así pues, el universo es un todo orgánico, sometido a las leyes eternas, y que merece el nombre de orden (*cosmos*). Ese campo cerrado está regido por el tiempo, asimilado al eterno retorno y simbolizado por el movimiento regular de los astros sobre sus órbitas. El hombre, hecho de materia y espíritu, era una reducción del *cosmos*, un microcosmos: «Al hombre, querido Amón, los diestros lo llaman un mundo, porque es acorde con la naturaleza del universo» (*Iatromathematica*, I, 387). En ese mundo cerrado, el individuo se siente protegido, el iniciado se siente poderoso, ya que, conociendo las leyes fundamentales, puede exigir a los dioses un conocimiento mayor.

Así, el hermetismo proporciona un apoyo filosófico a la acción mágica. El iniciado puede esperar la epifanía del dios y puede, asimismo, provocarla. Las series verticales, que agrupan a todos los hombres, animales, plantas y minerales dependientes de un mismo astro, ligan al ma-

go con el mundo que lo rodea y justifican, por consiguiente, las prácticas mágicas. Por dicha razón, el Trimegisto se convirtió en maestro de las ciencias ocultas; el mago, iniciado por su gnosis, detenta una parte de su poder y puede amenazar a los dioses y obtener, si cabe mediante la violencia, un mayor conocimiento y, en consecuencia, un poder mayor. Su Poder, que deriva de su Saber, es el origen de un Saber más amplio; *esta reciprocidad activa entre* Poder y Saber *es una de las esencias originales del pensamiento mágico.*

La aportación egipcia al hermetismo fue, por tanto, considerable, pero no es menos cierto que el pensamiento egipcio fue replanteado en términos griegos. De esa manera, en la teoría trinitaria del dios solar Atum, creador de dos dioses que, con él, forman uno solo con él, el Todo, existe una transcripción, en lenguaje filosófico, de antiguas creencias autóctonas.

El considerable desarrollo de la magia, que se asentó, a la sazón, en el *mundo griego como una disciplina autónoma*, tal y como había ocurrido en Oriente hacía miles de años, deriva de la conjunción de tradiciones griegas y orientales. En Grecia, pese a la condena de Platón, que en las leyes de su ciudad ideal veía a la muerte como «esa, profeta o adivina, que parece capaz de hacer daño a los otros mediante los vínculos o los hechizos mágicos» (*Leyes*, 909 b), los magos tenían derecho de ciudadanía desde hacía mucho tiempo. Circe y Medea ocupaban un lugar modesto, pero Hécate, por el contrario, se convirtió, desde el siglo V, en la reina de la magia popular, la inquietante divinidad de las apariciones fantasmales. Con la cabellera revuelta, erizada de víboras, vagaba en las noches sin Luna por los cementerios, a la luz de las antorchas y acompañada de sus perros. Era «la soberana del fuego», «la subterránea», «la negra», invocada en las tablillas de encantamiento que se depositaban en las tumbas. Con ella se apelaba a Hermes ctónico, que conducía las almas a los Infiernos, pero que, asimismo, peligroso psicagogo, podía conducirlas hacia los vivos, y cuya función, desde que fue asimilado a Tot, dios del protocolo infernal y maestro de la gnosis mágica, fue considerable. El mago podía obligar a descender a la tierra a la divinidad, evocarla mediante símbolos, hacerla aparecer en un sueño o a través de un instrumento (la llama de una antorcha, el agua de un barreño); más aún, provocar un éxtasis que permitía el acercamiento del dios. Así pues, en aquel período de inquietud, la magia ofrecía a los adeptos el consuelo de sus eficaces prácticas.

En las *Magas*, Teócrito da cuenta de extrañas prácticas destinadas a recuperar a un ser amado voluble. Los amuletos se multiplicaban en la tumbas: «El escarabeo conquista el mundo» (P. Petit). Los papiros mágicos muestran que la magia acababa en manos del mago porque algún dios o un demonio (*daemon*) decidía morar en él: más allá de los rituales, las fórmulas, las invocaciones, o los hechizos, la magia se convirtió en una forma de misticismo.

Una buena prueba de los poderes que sentía en su seno el mago habitado por el demonio es el siguiente texto que, por otra parte, no es el único: «¡Que tu nombre y tu fluido me aporten buenas cosas! Entra en mi inteligencia y en mis pensamientos para el resto de mi vida y cumple por mí todos los deseos de mi alma. Porque tú eres yo y yo soy tú. Porque poseo tu nombre a guisa de filacteria en mi corazón, y ninguna carne que se mueva contra mí podrá dominarme, ningún espíritu se me resistirá, a causa de tu nombre que poseo en mi corazón y que invoco. Sujeta los ojos de aquellos que se me resistan, de todos y de todas, y, en cuanto a mí, déjame lograr todo lo que emprenda, porque tengo el poder de Abraham, de Isaac y de Jacob, así como el del gran dios, el demonio Iao».[59]

Astrología y alquimia

La astrología, originaria de Mesopotamia, experimentó también un auge importante. Se basaba en la creencia de que, por simpatía, las conjunciones de los astros ejercen su influjo sobre los destinos humanos. Cada astro posee su propia acción, que se deduce de su nombre (el planeta Venus engendra la voluptuosidad, Mercurio es un astuto alcahuete...) o de su apariencia (Saturno, lívido y lento, es un anciano malévolo, y Marte, el rojo, camina torpemente y se muestra tornadizo y nefasto...). Además, cada uno mantiene una relación privilegiada con una parte del cuerpo: por ejemplo, los órganos sensoriales se reparten entre los siete planetas. «Si, por tanto, en el momento de la concepción o del nacimiento, un astro está en malas condiciones, el resultado es una dolencia del órgano correspondiente» (*Iatromathematica*, I, 388). De ser así, era conveniente paliar la insuficiencia con plantas que pertenecieran a la serie del astro deficiente, y en ello se basaba el ceremonial de recolección

59. Iao = Yhavé. Nótese el extraño sincretismo judaico.

de las simples, que aparece en los papiros mágicos: «Te cojo, planta, con los cinco dedos de la mano y te llevo conmigo para que ejerzas tu poder para el uso que quiero hacer de ti» (*Papiros mágicos griegos*, 4, 287).

También la alquimia hunde sus raíces en la época helenística. Las máximas de Hermes y de Agatodemón son fórmulas unidas por una filosofía bastarda, a partir del principio de la mutación de los metales, de acuerdo con la inmutabilidad del mundo, representada por el fénix que muere para renacer y asegura la eternidad con su perenne *renovatio*. Hermes hizo suyas las tradiciones persas de Zoroastro y Ostanes y la judía de Moisés. La alquimia, organizada por Bolos de Mendes hacia el 200, era muy práctica, ya que intentaba transformar los metales comunes en oro y plata mediante distintos procedimientos, como la tintura, la aplicación de un barniz, o la producción de aleaciones. Habría que esperar a Zósimo (siglo III d.C.) para que se instituyera un auténtico *mysterion* del alquimista en busca del famoso mercurio filosofal, vivificador de todos los metales.

Nuevas cofradías

Los adeptos a los nuevos dioses se agrupaban en comunidades cultuales. Mientras que, para las divinidades políades, el marco de culto era, por definición, la ciudad, en este caso se trata de asociaciones gentilicias, verdaderas cofradías en las que los fieles se juntan porque han elegido libremente adorar a un mismo dios.

Griegos y bárbaros, ciudadanos y extranjeros se entremezclaban en ellas. Aunque a veces los esclavos se agrupaban entre sí (como los competaliastas de Delos), la mayoría de las cofradías recibían por igual a hombres libres y esclavos. Mujeres y hombres eran iguales, e incluso los niños eran admitidos como escolanos. Hay que imaginarse el poderoso elemento de unificación que representaban tales asociaciones: al mundo clásico, donde la oposición entre griego y esclavo era absoluta y donde la mujer era menospreciada, le sucede un mundo nuevo, donde los antagonismos desaparecen, donde todos los hombres se sienten hermanos, ya que todos aman a un mismo dios y esperan de él idéntica salvación.

Había diferentes tipos de cofradías. Los orgeones, con muchos siglos de existencia,[60] adoraban a los héroes protectores, pero desapare-

60. Parece que están mencionados en las tablillas micénicas.

cieron muy pronto. Fueron sustituidos por los tiasos, agrupaciones que aseguraban el culto de un dios salvador y cuya creación se remonta a finales del siglo V. Los eranos eran sociedades por cotización que aparecieron en el siglo III, con una organización más compleja y menos religiosa que los tiasos. Gracias a las numerosas inscripciones, es bien conocido el funcionamiento de muchas de aquellas asociaciones, que desempeñaban un papel cada vez más importante en la vida cotidiana. Así, los tiasos de *tekhnites* (artistas) dionisíacos eran compañías de actores a las que los soberanos solían encargar representaciones, fiestas y procesiones: las más célebres eran la «de los artistas del Istmo y de Nemea», en Corinto, y la «de los artistas bajo la invocación de Dionisos en Jonia y el Helesponto», que ejercían su actividad en toda Anatolia y a quienes patrocinaron los atálidas.

Poco importan, sin embargo, las distinciones. En todas partes el espíritu era el mismo: los participantes eran hermanos que se reunían para orar, cumplir las liturgias o celebrar banquetes, y ni siquiera la muerte los separaba ya que, a menudo, la asociación tenía su propio cementerio. Estaban unidos porque habían elegido a un mismo dios. La unión de los corazones era fortalecida por la participación en las mismas ceremonias, en la misma iniciación —a menudo, un bautismo de agua o de sangre—, en los mismos ayunos, en los mismos rituales —que, como la *catábasis* (descenso a la tierra), simbolizaban la esperanza en otra vida después del traspaso— y, sobre todo, en el mismo mensaje de salvación. Como explica R. P. Festugière, con sólo cambiar el nombre del dios en la célebre frase de la Epístola a los Gálatas (3,28) se obtiene la definición de todas aquellas comunidades: «No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús».

Para los humildes, la inquietud fundamental de la época, que, en el caso de los acomodados, disipaba la razón filosófica, encontraba remedio en las esperanzas que ofrecían las doctrinas de salvación. Fue esa religión, tan ferviente y entusiasta, la que adoptaría Roma, una religión cuyo componente oriental no cabe minimizar en beneficio del elemento helénico.

Fue también en aquel mundo donde nació otra religión oriental, una religión también de misterios y de salvación, que iría imponiéndose lentamente: el cristianismo. Aunque sus raíces judaicas sean evidentes, fue en la religión helenística donde halló su terreno abonado en el plano psicológico: la trinidad, la posibilidad de un nexo de unión entre naturaleza divina y naturaleza humana, la madre del Salvador, o el culto de los

santos, son dogmas cuyo equivalente directo se halla en los reinos helenizados de Oriente, profundamente ajenos al judaísmo. Por lo demás, lo esencial quizá sea que, al igual que los misticismos de Egipto o Asia, el cristianismo propugnaba el amor y no el temor al Señor.

En la confrontación entre Grecia y Oriente a raíz de las conquistas de Alejandro, es difícil saber qué aportó Oriente a la civilización helenística: por así decirlo, nada en literatura y en ciencia, algo más en arte y en filosofía, y casi todo en religión.

En general, todo lo vertido en el molde de la lengua fue poco sensible al influjo oriental, pero, a menudo, las aspiraciones del espíritu hallaron la manera de satisfacerse adhiriéndose a las creencias y a los seductores y misteriosos rituales de Oriente. Si el griego de Egipto caía enfermo, se dirigía en primer lugar a un médico griego, que utilizaba un método de diagnóstico, un tratamiento y una farmacopea casi exclusivamente helénicos. Pero, si tenía pocas esperanzas de recuperar la salud de aquel modo, ascendía de buen grado a la montaña de las tumbas, en lo alto de Tebas, para solicitar su curación a Amenhotep, hijo de Hapu, «dios muy bueno», según lo describían los graffiti, casi todos redactados en griego.

Capítulo 4

Más allá de las fronteras políticas

La extensión de la ecúmene (*oikumené*) quizá sea el fenómeno más destacado de la época. Apareció en Occidente y en Oriente y, por lo tanto, no estaba únicamente vinculado a las conquistas de Alejandro; afectó tanto a tierras de una civilización ya antigua, como Cartago o India, como a países todavía bárbaros, como Escitia, Galacia o Iberia. El mundo se abrió completamente al helenismo: a través de las relaciones comerciales, el arte, el pensamiento, la religión y las formas de vida griegas se difundieron ampliamente y enriquecieron a las civilizaciones más diversas.

A grandes rasgos, pueden distinguirse dos modelos distintos en aquella transformación general: la helenización, bien conocida desde la época arcaica y fruto de las colonias implantadas en tierra bárbara: sin Marsella, el Occidente galo, ligur o íbero, no hubiera sido lo que fue; y las relaciones comerciales de largo alcance —muchos miles de kilómetros, en el caso de las relaciones entre el Mediterráneo, India o China—, que pusieron en contacto mundos prácticamente desconocidos entre sí.

La Europa bárbara

Desde los Urales hasta el estrecho de Gibraltar, fuera de los márgenes mediterráneos, Europa, donde los indoeuropeos casi habían eliminado a todos los pueblos anteriores, seguía llevando una vida patriarcal,

pese a los indudables progresos materiales, especialmente la difusión general de la metalurgia del hierro. El antiguo sistema colonial fue el que permitió a los griegos introducir sus productos casi por todas partes, abasteciéndose a su vez de productos alimenticios o materias primas, y permitiendo al helenismo imponerse progresivamente, al menos en las regiones más cercanas al Mediterráneo y al mar Negro.

Las colonias de la Póntica septentrional

El helenismo continuó sólidamente implantado en el Ponto pese a las migraciones de nuevas tribus iraníes,[1] como los sármatas, que, procedentes de la región comprendida entre el Don y el Ural y de las estepas asiáticas, en los siglos III y II, reemplazaron a los escitas en todo el litoral norte. Los escitas quedaron entonces confinados en Crimea, en los alrededores de su nueva capital, Neápolis, y en los cursos inferiores del Dniéster y del Bug.

Hubo al menos una ciudad que padeció gravemente las consecuencias de aquellos grandes desplazamientos: Olbia, que, asediada en numerosas ocasiones, tuvo que pagar grandes tributos hasta que en el siglo III cayó ante los escitas y, hacia el año 50, fue destruida por los getos. La situación en Crimea fue, al principio, menos problemática. En el siglo II, se estableció una nueva Tanais en la abrupta orilla derecha de la desembocadura del Don. Todas las ciudades construyeron magníficas residencias, mucho mayores que las que habían tenido en el pasado: en Quersoneso, una casa helenística incluye un baño decorado con un mosaico, realizado seguramente por un artista local, que representa a dos bellas jóvenes desnudas a ambos lados de una pila en la que se refleja un pájaro.

El antiguo reino del Bósforo[2] conservaba su estructura de la época clásica y unía ciudades griegas y una *khora* bárbara.[3] Alcanzó su apogeo a finales del siglo IV y principios del III, cuando sus exportaciones de cereales alcanzaron su cota máxima. En el siglo II hubo una clara recesión debido a la competencia del trigo egipcio y a la presión del reino escita

1. Sobre las grandes migraciones de los iraníes en el siglo III, véanse las págs. 46-47. Sobre los sármatas de Asia, véase la pág. 233.

2. Se trata, lógicamente, del Bósforo cimerio (estrecho de Kertsch), reino creado, en el 480, alrededor de Panticapea, la capital. Hay que distinguirlo del Bósforo tracio (el europeo).

3. Así pues, desde la época clásica, ya prefiguraba los reinos helenísticos.

de Crimea, pero el reino del Bósforo experimentó una notable renovación cuando el rey de Ponto, Mitrídates Eupátor (107), lo anexionó y creó así un gran Estado que englobaba las orillas sur y norte del Ponto Euxino. El rey aplastó una rebelión de esclavos escitas e incrementó su poder integrando a la rica ciudad griega de Quersoneso y a los escitas de Crimea. Pero su suicidio, en el año 63, sería el inicio de una inevitable decadencia.

La diferenciación social se acentuó por doquier. En Quersoneso, había casas humildes de 150 m² al lado de espléndidas residencias como la mencionada. En Olbia, más próspera, las diferencias eran aún mayores: la superficie de las viviendas iba de los 100 a los 1.500 m². Algunas inscripciones demuestran que, a veces, hubo alteraciones serviles: los esclavos pactaban con los enemigos de la ciudad, por ejemplo los gálatas.

La prosperidad, generalizada a pesar de los altibajos, seguía ligada a la exportación del pescado salado y del trigo,[4] pese a la competencia cada vez mayor del trigo egipcio. Había, a la sazón, grandes instalaciones agrícolas, como una finca del siglo III en Quersoneso, rodeada de poderosas murallas cuadrangulares. Las explotaciones pesqueras se organizaron industrialmente, y las fábricas de cerámica y las tejerías, convertidas también en auténticas manufacturas, mantenían una gran producción. El auge de la viticultura en toda la periferia de Panticapea supuso una novedad interesante, aparentemente paradójica en aquellas tierras nórdicas: en Mirmeción, se ha encontrado una gran propiedad en la casa del señor, suntuosamente decorada, está rodeada de numerosos lagares y tinas de mosto;[5] en Tiritaca, había cisternas que podían contener hasta 5.000 litros de zumo de uva.

Con el declive de Atenas, los negocios, en permanente ebullición, cambiaron nuevamente de dirección y se trasladaron a Asia Menor, Rodas y Alejandría. Su principio era el del comercio colonial de siglos anteriores: intercambio de productos locales[6] (sobre todo, alimenticios) por objetos de lujo y vino de calidad. Sin embargo, la ampliación de la *oikumene* convirtió la Póntica septentrional en el punto final de rutas muy lejanas que

4. Las recientes excavaciones de aldeas demuestran su gran prosperidad.

5. Muchas viviendas, con sus dependencias agrupadas alrededor de patios, provistas de alcantarillas. Tres lagares, cisternas para el mosto y una bodega fija. Muelas y morteros para el grano. Los muros tenían una capa de yeso pintado. Telas estampadas fabricadas en el Bósforo cimerio. Abundante cerámica y figurillas de terracota (representando, sobre todo, a Heracles).

6. Trigo, salazones de pescado, sal, carnes, lanas, pieles.

llevaban hasta sus puertos el ámbar del Báltico (por otra parte, muy poco apreciado en aquella época) y el oro del Altai. Más adelante veremos (véase la pág. 233) que una larga pista procedente de China y que cruzaba Mongolia desembocaba en Olbia. Por otra parte, se intensificaron los cómodos enlaces con el gran Norte a través de la llanura rusa. Los hallazgos de huesos y astas de reno en Olbia son característicos de dicha expansión del tráfico, lo mismo que los restos de un oso polar en Alejandría. En el taller de un toréutico de Menfis, se halló un relieve de yeso que representa a una mujer, vestida con una larga pelliza, ordeñando a la hembra de un reno, junto a un reno erguido y dos perros sentados: evocación pintoresca, muy propia del gusto alejandrino, de la vida en el extremo Septentrión.

Ciertamente, en comparación con el del Mediterráneo, el helenismo de la Póntica empalidece y, entre los nacidos en Borístenes, apenas si puede citarse al cínico Bión y al estoico Esfero, consejero de Cleomenes III. En ocasiones, el helenismo se ve contaminado por los nativos, que se instalaban en las ciudades griegas en cada vez mayor número: en la pequeña ciudad de Citea, una inscripción del siglo III menciona un templo dedicado a una divinidad anónima, el «dios tonante».

La helenización de los escitas y los sármatas

1. Entre las profundas transformaciones del mundo escita surgidas de su prolongado contacto con el helenismo, ninguna fue tan importante como la urbanización. Los escitas tendían a renunciar a la vida nómada y a establecerse en grandes aglomeraciones. En el siglo II construyeron una nueva capital, Neápolis (cerca de la actual Simféropol), griega de nombre y estructura. En el interior de las murallas, que mantenían la tradición escita, se ha hallado un pórtico dórico de tipo helenístico con aparejo isódomo, casas decoradas con frescos, esculturas e inscripciones griegas. No muy lejos del recinto se erigía el mausoleo de una gran familia aristocrática (siglo II), de construcción bastante tosca, pero cuyos sepulcros de superficie eran hasta entonces desconocidos en Escitia.

Al mismo tiempo se consolidó el poder real, visible con la aparición de la moneda, acuñada en Calatis a mediados del siglo IV por Ateas, el poderoso monarca. Asimismo, se reforzó la aristocracia: los nobles se rodearon de objetos griegos de gran lujo, que se llevaban consigo a la tumba. Su estilo de vida y refinada cultura eran desconocidos por la mayoría, lo que entrañaba una diferenciación social más intensa, tal como han demostrado los historiadores de la antigua Unión Soviética.

De hecho, el helenismo dejó trazas profundas en el interior del país.[7] Los hallazgos griegos son más numerosos: monedas (sobre todo de Panticapea) y vasos, principalmente ánforas de vino con los sellos de Sinope, pero también de Tasos y de Rodas.

El arte grecoescita siguió un progreso que había empezado en los primeros siglos de colonización. Se trata de un arte decorativo, que trabaja esencialmente los metales preciosos para el adorno de hombres y monturas y que no se deja definir fácilmente. A veces, se trata de piezas de estilo griego, realizadas sin duda en los talleres toréuticos de las colonias de la Póntica septentrional (principalmente en Panticapea), pero cuyos temas son, a menudo, adaptados para los clientes escitas. Los kurganes[8] del Taman (entre finales siglo IV y principios del siglo III) han proporcionado placas de adorno de oro que representan una magnífica cabeza de Artemisa, grifos (kurgán de los Cinco Hermanos, cerca de Rostov, en el Don), y una diadema en oro cuya cinta porta bacantes y delfines en cada extremo de un nudo de Heracles (kurgán de Karantin, cerca de Panticapea). A la misma época pertenecen los objetos, también de oro, de los kurganes de Tchastye (cerca de Voronezh, en el Don), en plena estepa forestal: un puñado de vasos en forma de cabeza de ave rapaz y placas de adorno decoradas con grifos enfrentados.

A veces, por el contrario, el elemento autóctono es más importante, y cabe atribuirlo a creadores escitas, que seguían impregnados de las tradiciones de la estepa, aunque bajo un fuerte influjo griego. Una evolución irreversible llevó al arte escita de la estilización vegetal y animal a la representación humana. Las arcadas de las tumbas a lo largo del Dniéster ya no se coronaban con pájaros o grifos, sino con la imagen de la Gran Diosa, como en los túmulos de Alexandrópol (principios del siglo III). En numerosas placas colocadas en las sepulturas, aparece la diosa sentada con un espejo en la mano, frente a un hombre con un ritón,[9] o al antepasado anguípedo de los escitas. En las armas de parada, especialmente car-

7. La helenización se encuentra, no menos intensa, en el arte y el antropomorfismo de la religión, entre los sindes y los meotas, es decir, entre los pueblos cimerios (o sea, tracios) que ocupaban Crimea antes de que los escitas se apoderaran de ella (los griegos llamaban Meotis al mar de Azov).

8. Sepulturas en forma de túmulos.

9. Se ha supuesto que ese tipo de vaso servía para un filtro mágico, análogo al néctar de los griegos.

cajes, los animales ceden su lugar a auténticas escenas vinculadas a la vida de Aquiles,[10] con algunas particularidades locales curiosas (el héroe aprendiendo a tirar con arco debió de ser una concesión a las costumbres autóctonas). No podemos dejar de pensar que esa transformación artística no es ajena a la evolución religiosa hacia el antropomorfismo.

Por otro lado, el arte grecoescita se dedicó progresivamente a representar escenas típicamente locales: batallas, cría de caballos, héroes tirando con arco, luchando o bebiendo en un ritón, un jinete persiguiendo a una liebre. Pero no debemos verlas simplemente como relieves pintorescos que tratan de dar un color local a la vida de la estepa, por más que los artistas griegos que realizaron los primeros bocetos lo hicieran, indudablemente, con ese espíritu, característico de la época helenística. Hay serias razones para creer que los escitas veían en esas escenas la ilustración de antiguas sagas que exaltaban los grandes acontecimientos de la raza.

2. Los sármatas, a su vez, se helenizaron con un retraso muy lógico respecto a los escitas. En los kurganes del Volga, especialmente en Novocherkassk (siglo I antes de nuestra era), se han hallado objetos de metal precioso que demuestran la aparición de un arte grecosármata, muy próximo al arte grecoescita: brazaletes y cilindros de oro incrustado y copas de plata, en cuyo interior destaca, sobre un fondo realzado, un medallón adornado con magníficas escenas que representan a una nereida con un hipocampo o las vendimias.

La región balcánico-danubiana

La región balcánico-danubiana estaba habitada por los tracios al este, los ilirios al oeste, y los getos y los dacios al norte. Desde hacía mucho tiempo, su gran proximidad con Grecia había facilitado la expansión comercial y cultural del helenismo que, pese a la conmoción sufrida por las invasiones celtas, aún se desarrolló en la época helenística. Asimismo, cabe distinguir cuidadosamente entre la vertiente occidental y la vertiente oriental.

Iliria fue muy poco permeable. Es cierto que las colonias griegas de la costa, Epidamos y Apolonia, seguían progresando, pero estaban se-

10. El mito de Aquiles es uno de los que pudieron ser introducidos por los griegos entre los habitantes del Ponto (estancia del héroe en la isla Blanca). Fue honrado con la epiclesía de Pontarkés («maestro del Ponto»).

paradas del interior por las cadenas montañosas. Los influjos itálicos y celtas se consolidaron firmemente por lo que difundieron, en cierto modo, un helenismo ya asimilado. Los objetos griegos son escasos, salvo quizá los vasos apulianos.

Muy distinta era la situación en la parte oriental. Las colonias griegas de las dos costas tracias tenían un poderoso radio de influencia. El Hebro y los valles del Axios (Vardar) y del Morava facilitaban la difusión de los objetos de arte y de las formas de vida. Por otra parte, los tracios estaban mucho más civilizados que los ilirios, e incluso que los getos y los dacios, lo cual les proporcionó las condiciones adecuadas para saborear el helenismo, al tiempo que la influencia de los escitas, que en esa zona era notable, ayudaba aún más a su difusión.

Es en tierra tracia, por consiguiente, donde se encuentran los testimonios griegos más destacables, el más importante de los cuales es la tumba con cúpula de Kazanlak (Bulgaria), de finales del siglo IV o principios del siglo III. El vestíbulo y la cámara mortuoria están decorados con frescos de una excepcional viveza. El más importante representa un banquete funerario: el difunto, sin duda un jefe odriso, aparece sentado frente a una mesa, coronado de oro; tiende la mano a su esposa, mientras los sirvientes atienden solícitamente llevando frutas o joyas y tratando de retener a los caballos que piafan. Es indudable que la obra, de un vigoroso realismo, fue realizada por artistas griegos, y, más probablemente, anatolios, pero numerosos detalles, especialmente en la construcción de la cúpula, demuestran que supieron adaptarse a las tradiciones locales. De la misma época (finales del siglo IV) es el tesoro de Panagurichté (cerca de la antigua Filipópolis, en la actual Bulgaria), formado por 9 vasos que, en conjunto, suponen más de 6 kg de oro fino: un magnífico servicio que sólo pudo ser realizado —por griegos— para las suntuosas borracheras de un príncipe.

El arte grecotracio que se desarrolla a la sazón es más notable que aquellos objetos de importación. A finales del siglo IV, en la orilla izquierda del Tonzos (actual Tundja), Seutes III construyó una nueva capital, Seutópolis, cuyas murallas rodeaban 5 ha. El palacio real, circundado por una muralla especial, era una vasta construcción de 40 m de fachada, con una gran sala decorada con incrustaciones policromas. Las casas se ordenaban alrededor de un patio y, a menudo, tenían terrazas sostenidas por columnas de madera. El plano del conjunto era en tablero y había un servicio de distribución de agua en cada residencia. Se han hallado gran cantidad de vasos, autóctonos o griegos: entre estos últimos, son numerosas las ánforas de vino de Tasos. La ciudad fue arrasa-

da a finales del siglo III. Más tardías son las numerosas y grandes fortalezas dacias, descubiertas en Transilvania.

Las artes menores de tracios y getodacios muestran también el influjo helénico: vasos metálicos, platería, joyas, armas de parada, cerámica de lujo. En todas partes se acuñaba moneda, primero imitando las estateras de Filipo y de Alejandro y, después, los tetradracmas de Tasos.

Finalmente, los tracios adoptaron de los griegos la representación antropomórfica de su divinidad principal, el Héroe representado con los rasgos de un jinete. Aunque la mayor parte de los innumerables ejemplares datan de época romana, es seguro que la génesis tipológica procede del período helenístico. Por otra parte, la religión se helenizó y se constatan curiosas síntesis entre el Héroe y Apolo o Asclepio, o entre Bendis, la cazadora, y Artemisa o Hécate.

El mundo celta

En el siglo V, Occidente estaba casi por completo dominado por los celtas, cuyo turbulento dinamismo les condujo muy pronto hacia otras conquistas. A principios del siglo IV ocuparon la región padana de la Península Itálica, creando una nueva Galia. En los siglos IV y III, la Galia meridional recibió nuevos inmigrantes, lo mismo que las Islas Británicas y la Península Ibérica en el siglo III. Otros se instalaron en el valle del Danubio y en Iliria y Tracia. Las bandas de gálatas saquearon Grecia en el siglo III, antes de desviarse hacia Asia Menor, donde muchos de ellos se establecieron definitivamente en Galacia. A partir del 250, formaron la Galia Bélgica, del Sena al Rin, y alcanzaron una parte de las Islas Británicas. Finalizada la expansión, el mundo celta incluía Alemania hasta el Elba,[11] todo el centro de Europa a ambas orillas del Danubio, las Islas Británicas y las actuales Francia, Italia septentrional, España y Portugal. El influjo celta penetró en la propia Escandinavia merced a la importación de obras de arte. Ningún pueblo en la Europa independiente era tan poderoso.

Desde la primera edad del Hierro (época de Hallstatt), la civilización celta se había impregnado profundamente de helenismo gracias a las relaciones establecidas desde Grecia por la ruta danubiana, desde Italia a través de los puertos alpinos y desde Marsella a través del valle del Róda-

11. La zona comprendida entre el Elba y el Rin fue progresivamente conquistada a los celtas por los germanos (siglos III-I).

no. El movimiento prosiguió en la segunda edad del Hierro (época de La Tène), sobre todo durante los dos primeros períodos (La Tène I, entre 450 y 250, y La Tène II, entre 250 y 100), en los que el mundo celta vivió su apogeo; con La Tène III (siglo I) empieza cierto declive. Las rutas de penetración eran las mismas, pero la expansión gala hacia el sur permitió unos contactos más fáciles y fecundos. La parte occidental de los dominios celtas se orientó cada vez más hacia el Mediterráneo, y la senda del Ródano, gran ruta del estaño, recuperó, después de la crisis de la época clásica, la importancia del período arcaico.

Los objetos griegos, numerosos en el mundo celta, son testimonio de aquel comercio. Los marselleses también importaban abundante coral rojo, originario de las islas de Hyères, del que el arte galo hizo un gran uso. Las monedas griegas, sobre todo las piezas de Marsella, circulaban por toda la Galia, salvo al oeste de una línea que iba desde la Normandía occidental hasta la desembocadura del Garona, lo que no significa, por otra parte, que el comercio marsellés penetrara *directamente* en toda la Galia, sino que las acuñaciones marsellesas servían a menudo para el tráfico entre los propios galos. Algunas tradiciones curiosas, que demuestran la extensa difusión del helenismo, deben de remontarse a esa época: así, Tácito atribuye a Ulises la fundación de Asciburgium (Eschenburg, en la confluencia del Ruhr y del Rin, un importante centro en la ruta del ámbar y del estaño).

Ningún terreno se vio tan alterado como el del arte. Es cierto que los celtas raramente representaban la figura humana, y las pocas obras de altorrelieve que han llegado hasta nosotros están poco influidas por el helenismo. Pero el arte decorativo produjo piezas excelentes: armas de parada, joyas de oro, de coral, de esmalte y de bronce, vasos de bronce y vajillas de barro. Se utilizaban motivos griegos, especialmente hojas, palmetas y follaje, que se fueron transformando progresivamente, enriqueciéndose a base de dibujos curvilíneos harto extravagantes: las espiras reemplazan a las hojas de las palmetas, el follaje acabó convirtiéndose en un doble espiral, la decoración vegetal fue cambiando por mediación de una fantasía alegre, amante de la curva, la asimetría y la geometría abstracta.

Con los intercambios, se desarrolló la economía monetaria, vinculada también a Grecia en la región balcánico-danubiana, y que se extendería ampliamente por todo el dominio celta, desde Hungría hasta Gran Bretaña. En la Galia,[12] en el siglo II, algunos pueblos, como los arvernos, imita-

12. Esta nueva cronología de las emisiones galas procede de los trabajos de J.-B. Colbert de Beaulieu.

ron las estateras de Filipo y dispondrían, en adelante, de un monedaje de oro de buena ley que, junto a las piezas marsellesas, constituiría el instrumento monetario esencial. Hacia finales del siglo II, tales monopolios fueron disminuyendo ante la difusión del metálico romano y, sobre todo, ante la aparición de monedas locales, realizadas por pueblos de la periferia que acuñaban oro o plata. No fue hasta el siglo I cuando las emisiones de oro, plata y, más tarde, bronce se generalizaron entre la mayoría de los pueblos. Breves inscripciones en caracteres griegos o latinos nos han proporcionado los nombres de pueblos, de dinastas o de magistrados responsables de la moneda. Con el discurrir del tiempo y la difusión territorial, la imitación de los prototipos, que ya no eran bien comprendidos, degeneró: los elementos se disociaban y, por ejemplo, el cuerpo y las patas de un caballo se representaban por separado. Hubo también una adaptación a las creencias locales, patente en la presencia de numerosos símbolos mitológicos que alcanzaron extrañas deformaciones, especialmente en Armórica, donde motivos fantasmagóricos tal vez correspondan a mitos celtas que reaparecerán en las epopeyas irlandesas de la Edad Media. Ninguno de los innumerables pueblos bárbaros que copiaron las piezas helenísticas lo hicieron con tanta libertad, fantasía y desdén por la belleza clásica.

En este punto, es conveniente señalar los límites del helenismo en el mundo céltico. Seducidos por las obras maestras griegas, los galos las imitaron, pero su adaptación fue muy libre, guiada siempre por su propio talante, heredero de la geometría abstracta de la Europa primitiva. Además, su espíritu, extremadamente flexible, era, al mismo tiempo, sensible a otros influjos, a veces muy lejanos: los motivos estilizados de los escitas o los animales heráldicos de Irán. Las aportaciones etruscas no son menos considerables: en contacto con ellos, los galos de la Cisalpina, y después los de la Galia, empezaron a construir *oppida*, pese a que, al menos en el ámbito artístico, Etruria transmitía un mensaje griego ya asimilado.

Los celtas se dejaron impregnar por un profundo helenismo en las regiones más próximas al Mediterráneo, bajo la influencia cercana de Marsella y de sus colonias, y en la regiones en las que su arte, debilitado por el contacto con pueblos anteriores, como los ligures o los íberos, era menos puro.

La Marsella helenística

Marsella siguió siendo poderosa. Durante la segunda guerra púnica fue la más fiel aliada de Roma, con la que mantenía excelentes relaciones

desde hacía ya mucho tiempo. En el siglo II, Roma la recompensó enviando sus tropas a defenderla de los celta-ligures y dotándola de un vasto territorio, tomado a sus enemigos a lo largo del litoral, pues, hasta entonces, sólo disponía de un extrarradio muy limitado. Habría que esperar a su errónea elección en el conflicto entre César y Pompeyo para que perdiese su libertad y, en el año 49, fuera anexionada al Imperio.

La constitución de Marsella era aristocrática, con un consejo de 600 timucas y dos delegaciones más restringidas de 15 y 3 miembros, respectivamente. Un hecho notable es la ausencia de una asamblea del pueblo. Pero no había crisis social, porque los ricos no eran grandes terratenientes. Las costumbres mantenían una severidad secular, en una ciudad siempre en vilo y cuya organización militar era rigurosa debido a la amenaza bárbara. Los espectáculos de mimo estaban prohibidos, así como los cultos orientales y las dotes que sobrepasaban las 100 piezas de oro. Una furibunda adhesión a un helenismo a menudo en peligro mantenía las costumbres añejas: el largo vestido colgando hasta el suelo a la manera jónica seguía estando de moda, de ahí las injustas acusaciones contra las tradiciones marsellesas. En realidad, reinaba una austera gravedad, muy sorprendente para un gran puerto como aquél.

Los cultos esenciales seguían siendo los de Apolo Délfico, Artemisa de Éfeso y Atenea, aunque también se ha encontrado una estatuilla de Hécate y, en una cueva cercana, gran cantidad de pequeños vasos ofrecidos, sin duda, a una ninfa de las montañas. Los cuentos eran apreciados, uno de los cuales tal vez sobreviviese en el *Tozaris* de Luciano de Samosata. Las representaciones dramáticas ocupaban un lugar de honor, puesto que se erigió un teatro. Florecieron las técnicas, especialmente la construcción de navíos y máquinas de guerra: los lugartenientes de César tendrían motivos de sobra para quejarse de las catapultas marsellesas. La escuela de medicina fue famosa hasta bien entrada la época romana. Pero las artes siguieron siendo el punto flaco: Estrabón no admiró más construcción que la de las murallas; Vitruvio afirmaba que las casas estaban cubiertas de adobe; los exvotos eran muy toscos, y los vasos que se cocían eran de un tipo de vajilla corriente.

Tras el eclipse de los siglos V-IV, la vida económica recuperó toda su vitalidad con la reapertura (¿finales del siglo IV?) de la vía del Ródano como ruta internacional del estaño que, procedente de las Casitérides, alcanzaba de nuevo Marsella por los valles del Sena, del Saona y del Ró-

dano —un maravilloso *stimulus* para los intercambios con el mundo mediterráneo.

Las excavaciones de 1966-1968, realizadas en el barrio de la Bolsa, aportaron un notable testimonio de dicha vitalidad. Se halló el trecho de muro que llegaba al ángulo que prolongaba el Lacydon (Vieux-Port) mucho más hacia el interior que en la actualidad: un muro magnífico, con dos estadios sucesivos (ambos de principios del siglo III), uno de caliza blanca y el otro de caliza rosa, entrada principal de la ciudad flanqueada por dos grandes torres. Sin duda, ese descubrimiento demuestra que, a partir del siglo III, la muralla englobaba la colina de las Carmelitas y, por lo tanto, Marsella se extendía mucho más hacia el este de lo que se suponía, y era una gran ciudad, sin relación con lo que había sido hasta entonces. Muy cerca de allí, también se exhumó un muelle sobre pilotes, cimentado profundamente a lo largo del ángulo del Lacydon —que, por lo tanto, era un puerto de aguas profundas—, y mucha cerámica, lo que permitió juzgar los intercambios: ánforas locales, vasos campanienses, vasos ibéricos (de la forma conocida como «sombrero de copa») y ánforas de Rodas (17 asas selladas).

El monedaje era abundante, estable y de buena ley, tras la devaluación sufrida en el siglo IV: estaba formado por piezas de plata o de bronce, que representaban a Apolo, Artemisa y Atenea, y en las que se reconoce la habilidad de los grabadores sicilianos. Las relaciones con Campania y Roma se intensificaron, pero Marsella no rompió con el mundo griego tradicional. En las listas de proxenos y teodorocos[13] de Delos aparecen muchos marselleses —el pueblo de Delos votó un decreto honorífico para uno de ellos, León—. Lámpsaco, ciudad hermana, pues también había sido una fundación focense, envió una embajada a solicitar apoyo diplomático para obtener el socorro de Roma contra Antíoco III. Pero la auténtica originalidad de Marsella fue que absorbió, con la gran ayuda de su red de colonias, todo el comercio de la Galia meridional y de la Iberia mediterránea.

13. Proxenos: ciudadanos encargados de recibir a los embajadores o viajeros procedentes de otras ciudades; teodorocos: ciudadanos que corrían con los gastos para recibir a los teoros (embajadores sagrados).

Los celta-ligures de Provenza

Desde tiempos inmemoriales, la costa entre las bocas del Ródano y el Arno estaba ocupada por pueblos primitivos de origen no indoeuropeo,[14] los feroces ligures. En Provenza se mezclaron con la nueva oleada de invasores celtas (siglo IV) y crearon una civilización mixta, formando una poderosa confederación céltico-ligur, la de los salios, con centros como Arles y Entremont (en las afueras de Aix-en-Provence). Aunque a menudo las relaciones con Marsella eran tensas, se establecieron rápidamente vínculos comerciales, ya que los celtas se mostraban más permeables al helenismo que los ligures. Además, Marsella estaba poderosamente fortificada, y en Saint-Blaise tenía un admirable puesto avanzado, que sólo sería destruido por los lugartenientes de César. Los comerciantes estaban bien protegidos; generalmente, eran bien recibidos, según los pactos habidos con los nativos del interior. Una tésera de hospitalidad con los velaunos, una tribu de los actuales Alpes-Maritimes, en forma de mano de bronce (principios del siglo I) ha sido hallada en la Alta Provenza.

Los *emporia* de la costa provenzal,[15] en un país muy rudo, donde lo mejor era estar fuertemente amurallado, servían de relevo para el comercio massaliota. Por otra parte, a finales del siglo III, los marselleses se instalaron en Glanum (Saint-Rémy-de-Provence), a la salida de las brechas que atraviesan la pequeña cordillera de los Alpilles, en un emplazamiento indígena agrupado alrededor de un santuario de aguas. En el lugar se desarrolló una bella ciudad helenística, centro de negocios y lugar de ocio, que experimentó su apogeo en el siglo II (Glanum I para los arqueólogos): las casas, erigidas en torno a un peristilo, tenían un plano parecido al de las residencias delias, y su construcción, de aparejo helénico, era muy esmerada.[16] De esa época datan un templo, un espacio monumental consagrado a las ninfas y situado alrededor de una fuente milagrosa (junto a la que se ha encontrado una dedicatoria al Apolo sanador), un relieve de mármol que representa una Estación danzante, de mano sobria y

14. Sin embargo, ciertos autores han tratado de presentarlos como protoindoeuropeos.

15. Las colonias marsellesas eran Tauroenton (¿Sanary?), Olbia (Hyères), Antipolis (Antibes), Nicaea (Niza). Sólo Olbia es bien conocida gracias a las excavaciones realizadas.

16. Son difíciles de estudiar, ya que no cesaron de cambiar. De esa época parece datar el primer estado de la casa del Capricornio, de la casa de Épona, y de la casa de las antas, una magnífica construcción de estilo delio, en torno a un patio porticado por los cuatro costados. La construcción consta de grandes bloques, de hasta 1,45 m de longitud, aparejados sin mortero.

segura (museo de Múnich), y monedas de plata acuñadas a nombre de los glánicos. Las tumbas de los galos helenizados están marcadas con estelas que muestran inscripciones galo-griegas.

En el siglo II, el lugar se romanizó tras la ocupación del país por parte de las tropas de Mario. En el período grecorromano (Glanum II, 100-40), las casas se hacen de piedra irregular, el atrio reemplaza al peristilo y aparecen los mosaicos.[17] Hacia el 40, tras la toma de Marsella (Glanum III), las construcciones ya son de piedra regular y mortero. Era ya una ciudad romana, a la que Augusto dotó de bellos edificios.

La implantación de una colonia en el interior parece un caso único. Pero sólo el comercio puede explicar la rápida helenización de los celtaligures. Se introdujo el cultivo del olivo y de la viña —muy limitado, por otra parte—. Los *oppida* fueron fortificados siguiendo técnicas griegas, con muros bien aparejados que contrastan con los de las murallas de la Galia vellosa. El culto a Dionisos se propagó a la par que la afición al vino. Los celtas empezaron a escribir su lengua en alfabeto griego: en Provenza subsisten cerca de cuarenta inscripciones galo-griegas muy enigmáticas, como las célebres dedicatorias a las Madres (diosas galas de la Fecundidad) de Glanum.

Se formó, sobre todo, un arte céltico-griego, conocido principalmente por los descubrimientos de Entremont y de Roquepertuse. Los temas son celtas, pero la técnica está vinculada a los griegos. Ciertamente, la escultura sigue siendo bastante bárbara, y es sorprendente que, habiendo surgido en los siglos III y II, a menudo recuerde la de la época arcaica griega, como si los escultores principiantes se hubieran encontrado ante los mismos problemas y hubieran recurrido a las mismas convenciones para solucionarlos. Pero sólo hay que comparar esas piezas céltico-griegas con las esculturas puramente celtas, como la cabeza hallada en Msecke-Zebrović (Bohemia), con su extraña estilización, o incluso el dios del jabalí de Euffigneix (Haute-Marne), para ver los decisivos progresos realizados bajo el influjo mediterráneo.

La influencia helénica es especialmente visible en el *oppidum* principal de los salios, Entremont, destruida por los romanos en el 122. Sobre una plataforma triangular acordonada por una muralla, se desarrolló

17. Reconstrucción de la casa del Capricornio y de la casa de Sila, que ofrecen los primeros ejemplos de mosaico en la Galia.

una gran ciudad, dividida, mediante un muro, en ciudad alta y ciudad baja, la primera con las residencias de los jefes y el santuario, y la segunda con las estancias y los talleres donde se trabajaban el metal, el cuero y la arcilla. El plano es helenístico, con su cuadrícula característica y sus largas calles, pero las casas de piedra seca o de adobe sobre cimiento de piedra y cubiertas de ramaje son muy pobres en comparación con las de Glanum. Los objetos helénicos son numerosos (cerámica megarense, ánforas de Rodas), todos importados de Marsella. Las monedas, halladas en gran número, son esencialmente marsellesas (un tesoro contiene casi 1.500), aunque también hay tres piezas de los alóbroges y algunos denarios republicanos.

Una vía enlosada lleva al «santuario de los espíritus», situado en la parte alta, donde se han efectuado sorprendentes descubrimientos: pilares llenos de celdillas en forma de calaveras alternando con grabados de cabezas cortadas, estatuas de jefes con atuendos de guerra que aparecen sentados, en cuclillas o a caballo, con la mano izquierda sobre una máscara que representa una cabeza cortada con los ojos semicerrados y asiendo con la derecha un rayo de hierro —auténticos retratos de efigies rudas—. Los grandes jefes muertos recibían allí las honras fúnebres, convertidos en héroes bajo la forma de Taranis, divinidad del trueno, identificado por los romanos con su Júpiter. En cuanto a las cabezas cortadas, no son forzosamente de enemigos decapitados, porque se sabe que los galos embalsamaban las cabezas de sus reyes difuntos y las guardaban cuidadosamente en pequeños cofres: Posidonio, que visitó Galia a principios del siglo I (véase la pág. 126), lo cuenta horrorizado. El culto de los héroes, convertidos en espíritus protectores cuyos *mana* es saludable conservar en el *oppidum*, y el culto a la cabeza cortada eran las creencias más profundas del mundo celta que se perpetuaron en Entremont, pero empleando los medios de expresión plástica griegos. La inspiración macabra es claramente indígena, con una conmovedora emoción frente a la muerte, terrible y fraternal al mismo tiempo, dado que conduce a la apoteosis, pero la técnica es helénica.

Los antiguos fueron sensibles al vasto movimiento de helenización que conquistó, en el lapso de tres siglos, toda la Galia meridional. César afirma (*La guerra de las Galias*, 1, 1, 3) que, en la Narbonense, hay una civilización (*cultus*) y un humanismo (*humanitas*) que no existían en la Galia bárbara. Según Estrabón (4, 1, 5), «los marselleses hicieron de su ciudad una gran escuela para los bárbaros y convirtieron a los galos en filohelenos hasta el extremo de que sólo redactaron en griego sus con-

tratos comerciales». Justino, compilador de Trogo Pompeyo, es aún más claro, aunque cierto énfasis retórico estropee el notable pasaje en que exclama: «Bajo la influencia de los focenses, los galos suavizaron y abandonaron su barbarie y aprendieron a llevar una vida más dulce, a cultivar la tierra y a rodear las ciudades con murallas, a vivir bajo el imperio de las leyes y no bajo el imperio de las armas. El progreso fue tan brillante que parecía no que Grecia hubiese emigrado a la Galia, sino que la Galia hubiese pasado a Grecia» (43, 4).

Íberos y celtas del Languedoc-Rosellón

Semejantes testimonios también son válidos para la región comprendida entre el Ródano y los Pirineos, igualmente sometida al influjo de Marsella, pero distinta desde el punto de vista étnico: los volcos, gentes celtas, se superpusieron a los íberos, un pueblo no indoeuropeo[18] bastante próximo, por otra parte, a los ligures, y formaron una civilización sincrética, en la que una aristocracia celta mandaba a unos indígenas muy vinculados a sus tradiciones. La llanura baja de Leucata, salpicada de albuferas, en Languedoc-Rosellón (Basses-Pyrénées), estaba densamente poblada, con *oppida* situados al límite de las colinas, a menudo en la boca de los valles que permitían trasladar el mineral hasta el mar (cobre de las Corbières y de la Montaña Negra por el Hérault y el Orb; estaño de las lejanas Casitérides, que llegaba, tras un largo viaje, por el Aude, el Orb o el Hérault), o en la vecina región de los Pirineos, donde desemboca una ruta terrestre que transportaba los productos de la explotación de las ricas minas cantábras.

Los marselleses habían comerciado toda la vida con la región situada entre el Hérault y los Pirineos, ya que les interesaban sus recursos de trigo y, sobre todo, de minerales. En la desembocadura del Hérault habían fundado (siglo VI) su única colonia en la Galia al oeste del Ródano: Agathé (Agde). Las excavaciones han revelado, bajo la colina en la que aún se encuentra la ciudad alta, una pequeña aglomeración helénica con numerosos tiestos marselleses y campanienses y tres inscripciones griegas (una funeraria, una dedicatoria y una carta particular). Pero, a partir del siglo IV, a medida que un número creciente de celtas se fueron insta-

18. El euskera parece mantener estrechas relaciones, aunque no de filiación directa, con la lengua hablada por los íberos.

lando en el territorio comprendido entre el Ródano y el Hérault, esa zona fue a su vez ocupada. Así, entre el Ródano y los Pirineos, se abrió un magnífico campo de expansión para el comercio griego, que dejó innumerables huellas en forma de vasos y monedas en los *oppida*.

Tales relaciones explican los préstamos culturales obtenidos por los nativos. La arquitectura se perfeccionó: las fortificaciones eran esmeradas; las casas, que seguían siendo rudimentarias y de una sola pieza, se sostenían sobre columnas cuyo capitel imita con mala traza el jónico o el dórico. Y se desarrolló una escultura céltico-griega, muy próxima a la de Provenza, y cuya tipología más notable era el guerrero de Grézan o el dintel de Nages (Gard).[19]

A finales del siglo II y en el siglo I, aparecen monedas locales. Unas fueron emitidas por pueblos, como las monedas de plata con cruz de los volcos tectosagos y las piezas de bronce de tribus celtas e íberas (longostaletos de Béziers, neronceno de Narbona), mientras que otras llevan, en caracteres griegos, el nombre de una ciudad (Béziers) o de sus jefes celtas, que en griego se acompañaban del título de *basileus*. Además, íberos y celtas se acostumbraron a escribir su lengua en caracteres griegos, lo cual sorprende especialmente en el caso de los íberos, que poseían su propio alfabeto: existe una inscripción íbero-griega sobre una lámina de plomo de Elna (*Iliberis*) y unas veinte galo-griegas. Estas últimas, halladas sobre todo en la región de Nimes, están en monumentos de tipología claramente gala: capitel o fuste de columna votiva (capitel de Montagnac en el Hérault) y altas estelas funerarias, coronadas por una pirámide (monumento de Escingoreix en Nimes).

También la religión parece haberse transformado. Estrabón afirma que «los propios rituales de sacrificio se helenizaron» (4,1). Ahora el osario era, normalmente, una crátera; las copas se quemaban en la pira funeraria y se encerraban en la tumba. Ése era el ritual griego de las exequias, que confía el muerto al Dionisos infernal para asegurar su eterna salvación. Así pues, el comercio del vino y de vasos para libaciones también vehicula creencias dionisíacas. En las casas del *oppidum* de La Roque, cerca de Fabrègues (Hérault), se han descubierto altares-hogares para el culto doméstico, junto a curiosos vasos cuyo fondo se agujereaba antes de ser cocidos: costumbres que no parecen locales y que debieron de ser importadas. Por otra parte, algunas divinidades autóctonas reciben nombres helénicos: el culto de Heracles era antiguo, tanto como la

19. La decoración de este dintel alterna caballos y cabezas cortadas.

ruta que llevaba su nombre, y se menciona a una ninfa, Pirene, a quien el héroe habría seducido a su paso, y una Afrodita Pirenaia.

De tales aportaciones, ninguna ofrece mejor testimonio que la de Ensérune, un *oppidum* entre Narbona y Béziers donde se han llevado a cabo interesantes excavaciones. Hacia el 250, una nueva ciudad se extendió ampliamente siguiendo un plano en forma de tablero. A las cabañas y casas humildes suceden moradas más grandes y mejor construidas. Reconstruida tras su destrucción por los cimbrios, hacia el 100, subsistió hasta Tiberio, momento en que sus habitantes abandonaron definitivamente las alturas por el llano. El comercio marsellés le aportaba los productos mediterráneos, especialmente el vino (se han encontrado ánforas selladas procedentes de Rodas). Las monedas son numerosas, y más de una cuarta parte de ellas son originarias de Marsella (el resto son acuñaciones de las ciudades indígenas de la región o de los volcos, piezas de las colonias hispánicas y denarios republicanos). Grandes *pithoi* exhiben como emblema espigas de trigo, racimos de uva y columnas jónicas.

Así pues, desde los Alpes hasta los Pirineos, la Galia meridional es «Galia griega», por recuperar la definición de Justino, no porque Marsella ejerciera una supremacía política, sino porque su comercio expandió ampliamente unos gustos y un estilo de vida nuevos. La diferencia es capital respecto a los dominios celtas del interior, cuya cultura siguió siendo más tosca y más rígidamente gala a pesar de las innegables aportaciones griegas. A partir del 125, Roma, que debía asegurar sus comunicaciones con las provincias hispánicas, ocupó el país —so pretexto de defender a sus aliados marselleses de los ataques bárbaros— y pronto creó una provincia, la Transalpina, que a partir de Augusto se llamaría Narbonense, alrededor de la capital, Narbo Martius (Narbona, fundada en el 118). La conquista modificó rápidamente las relaciones de fuerza, aunque Marsella, a la que los romanos dotaron de un amplio territorio, se mantuvo independiente hasta el año 40. Pero los *oppida* de Provenza, que habían resistido, fueron salvajemente destruidos, e incluso en el Languedoc, donde, habiendo optado por la sumisión, lograron subsistir, el comercio se orientó deliberadamente hacia Italia, como demuestra la abundancia de monedas romanas. Marsella ya se estaba debilitando incluso antes de su ruina política. Roma tomó el relevo de la ciudad focense, que, en época romana, no sería más que un refugio de exiliados y una ciudad universitaria, orgullosa todavía de su helenismo, preservado

durante tantos siglos. A la hegemonía comercial y espiritual, sucedió la ocupación militar y la explotación económica. Pero la huella dejada por Marsella en el sur de la actual Francia no desapareció: si la Narbonense conoció una incomparable civilización fue porque, desde la época arcaica alta, fue surcada por los comerciantes griegos y penetrada por su civilización.

Íberos y celtas de Hispania

En la costa mediterránea de la Península Ibérica y en el reino de Tartesos, los íberos habían subsistido, mientras que los celtas ocupaban toda la Meseta, mezclándose íntimamente con los autóctonos en el alto valle del Ebro (alrededor de Numancia) bajo el nombre de celtíberos. La helenización también era antigua entre ellos, lo mismo que entre sus hermanos del Languedoc-Rosellón, que habían recibido el influjo celta.

La principal colonia de Marsella, *Emporion*, tuvo un gran desarrollo. Estaba situada en la rica tierra triguera del Empordà (Girona), entre las desembocaduras del Fluvià y del Ter, que facilitaban las relaciones con las tierras más lejanas. Sus monedas se dispersaron ampliamente desde el Ródano hasta el estrecho de Gibraltar, con una destacada concentración en Cataluña y en el Languedoc marítimo. La ciudad nueva (Neápolis), que, quizá desde finales del siglo VI, se había instalado en el continente frente al islote de la Palaiápolis, se extendía tanto que fue preciso ampliar la muralla (siglo III). La mayoría de los monumentos son de la época helenística: un ágora bordeada por un pórtico al lado de una gran cisterna pública, un templo de Asclepio y de Higía, donde se halló la admirable estatua cultual, de estilo clásico, y casas, por otra parte pobres, de tres o cuatro habitaciones, decoradas a veces con mosaicos, uno de los cuales lleva una dedicatoria al Buen Espíritu. Justo al lado, la aglomeración ibérica de Indica.

Las relaciones comerciales con los indígenas peninsulares se basaban en el intercambio de productos mineros y de trigo por vino, aceite, vasos y objetos de arte. También en ese caso, las relaciones conllevaron una rápida helenización, visible sobre todo en el arte denominado ibérico. Las construcciones, bien aparejadas, utilizaban, si se terciaba, columnas griegas, y se construyeron auténticos templos *in antis* en el Cerro de los Santos y en el Llano de la Consolación, ambos en Albacete. La escultura alcanzó su apogeo en el siglo IV y, sobre todo, en el siglo III, y siguieron

realizándose obras interesantes hasta el inicio del Imperio romano. Los santuarios nos han proporcionado estatuaria abundante y muy original, que representa tanto un bestiario variado (leones, toros, esfinges) como la figura humana. Sólo en el Cerro de los Santos se ha encontrado un conjunto impresionante de 200 estatuas de mujeres drapeadas o de orantes.

La obra maestra, la *Dama de Elche* —«española por la manera y la vestimenta, quizá fenicia por el aderezo, y griega por el estilo» (Th. Reinach)—, goza de merecida reputación. No se sabe qué admirar más en ella, si el rostro apesadumbrado, con una severa y altiva majestad, o la sobrecargada ornamentación: un complejo tocado coronado con una mitra, una cinta lisa de la que pende, a ambos lados de la cabeza, una gran rueda con *umbo* central, y un profuso collar de tres vueltas. Esta enigmática mujer, reina o sacerdotisa, posee una huella local muy marcada, y su aderezo recuerda ciertas obras cartaginesas, pero la técnica es indudablemente griega, especialmente en el modelado del rostro y en el drapeado de la camisa pegada al cuerpo y del manto con grandes pliegues. Cuesta creer que un artista capaz de realizar un retrato de semejante expresividad hubiera podido aprender su técnica en un taller que no fuera helénico. La fecha de la obra es claramente más tardía de lo que se dijo en un principio, cuando se buscaban paralelismos con el arte ático del siglo V: debe de remontar a principios de la época helenística (según algunos, a mediados del siglo IV), al igual que la *Gran dama oferente* del Cerro de los Santos.

El arte menor está igualmente helenizado. Los bronces de los santuarios de Despeñaperros y de Castellar de Santiesteban (Jaén), también muy ornados a la manera oriental, manifiestan claramente el influjo griego. Las figuritas de terracota, especialmente las de Eivissa, contienen aportaciones tanto púnicas como griegas. Pero la gran pintura y la cerámica fueron de clara inspiración helénica. En el siglo IV, los motivos geométricos de los vasos fueron reemplazados por una variada decoración de animales y figuras humanas. La alfarería del cerro de San Miguel, en Liria (Valencia), muestra escenas de caza, de pesca o de ceremonias rituales, con una expresividad algo bárbara.

La helenización decrece rápidamente a medida que se avanza por la Meseta, lo que no es óbice para que se reciban otros influjos, especialmente el cartaginés.[20] Pese a sus límites, la transformación que supone la aculturación helénica no es por ello menos importante, como en la Galia meridional: es característico de ambas zonas que una de las creacio-

20. Sobre el poder cartaginés en la España del siglo III, véanse las págs. 191 y sigs.

nes más brillantes de la civilización griega, la estatuaria, fascinase a los indígenas hasta el punto de imitarla para expresar sus propias concepciones. También en este caso, cuando los romanos conquistaron Hispania para arrebatársela a los cartagineses,[21] encontraron un país que, gracias a los griegos, ya no era realmente bárbaro.

El Mediterráneo medio

Al principio del período helenístico, el Mediterráneo medio estaba dividido en dos repúblicas aristocráticas —primero, aliadas, y, después, rápidamente rivales—, Cartago y Roma, en las que el helenismo era aún más fuerte que en las naciones bárbaras de Europa.

Las transformaciones de Cartago

La antigua colonia fenicia ya no estaba confinada en su aislamiento, como en siglos anteriores, pero su apertura acrecentó la gravedad de los problemas sociales. El pueblo, inquieto ante el poder de la aristocracia, reivindicaba sus derechos tras las derrotas de la primera guerra púnica y la rebelión de los mercenarios. Una gran familia, los Barca o Bárcidas, se aprovechó de ello para apoyarse en el pueblo y lanzarse en Hispania a empresas personales que recordaban a las de Alejandro y los diadocos; uno tras otro, Amílcar (que desembarcó en el 237), su yerno Asdrúbal y su hijo Aníbal desplegaron en ella su poder. El Estado que crearon, apoyándose en un ejército de mercenarios, tenía las características de una monarquía helenística. Llevaron a cabo una política de asimilación, desposaron a princesas íberas, fundaron una Nueva Cartago (Cartagena) como capital y acuñaron monedas donde aparecían como reyes, con la cabeza ceñida con una diadema.

Tras una interrupción de casi dos siglos, Cartago comerció de nuevo con el mundo griego. Las relaciones eran especialmente estrechas con el Egipto lágida, Rodas y Campania. La moneda existía desde el 350 (en la Sicilia púnica, desde principios del siglo IV, para pagar los sueldos de los mercenarios): su patrón fenicio era el mismo que el de los tolomeos. Los comerciantes cartagineses frecuentaban Atenas y Delos, y Tebas tenía un

21. La organización de las dos provincias data del 197.

proxenos en Cartago. Plauto, inspirándose en una comedia griega, hizo desembarcar a un negociante púnico en Calidón, donde tenía un anfitrión. El comercio se basaba en el intercambio, productos griegos manufacturados por géneros alimenticios del Magreb y minerales importados a través del comercio de larga distancia con el África negra (oro de los placeres de Gambia) o las Islas Británicas (estaño). En la propia Cartago, los objetos helénicos eran numerosos, lo mismo que en las necrópolis del cabo Bon: alfarería, bronces y marfiles. Un bello vaso modelado, originario de Alejandría, lleva una cabeza de hombre sobre la tapa con una rana debajo, símbolo egipcio de la resurrección.

En consecuencia, el arte se transformó —no el gran arte, sin duda—; los templos siguieron siendo de tipo fenicio, y sólo posteriormente su ornamentación escultórica se inspirará en los modelos griegos. Pero la escultura religiosa y funeraria se helenizó. Las estelas del *tophet*[22] presentan la forma de un pequeño templo con frontón, acróteras, entablamento y columnas jónicas. Aparecen símbolos religiosos o elementos decorativos originarios de Grecia (hermes, sátiro, crátera, follaje). Los sarcófagos descubiertos en la necrópolis de Santa Mónica tienen una tapa decorada con estatuas de divinidades: el más interesante lleva una Tanit, identificada con Isis y vestida con un traje que imita el plumaje de un pájaro. Los coroplastas copiaban las terracotas sicilianas y los broncistas los oinochoes italiotas. Esas influencias pueden explicarse, en parte, por la instalación de artistas griegos en Cartago, el más famoso de los cuales fue el escultor Boeto de Calcedonia.

También las almas eran sensibles al prestigio de los cultos griegos. Después del tratado firmado entre Aníbal y Filipo V tras la victoria púnica sobre los romanos en Cannas, los dioses invocados en el juramento de los cartagineses portaban nombres helénicos,[23] como si el cartaginés hubiera querido mostrar que ambos panteones eran cercanos. Deméter y Coré habían sido introducidas solemnemente, en el 396, para expiar un sacrilegio cometido por Amílcar durante el sitio de Siracusa; les fue consagrado un templo en la colina de Bordj Djedid y mujeres griegas, establecidas en Cartago, les rindieron culto a la manera griega. Las excavaciones han sacado a la luz numerosos vasos para libaciones funerarias múltiples (*kernoi*) y, en las tumbas, estatuillas de factura griega de ambas diosas, una

22. Santuario donde tenían lugar los sacrificios de niños.
23. Los dioses griegos mencionados en ese juramento son difíciles de identificar con las divinidades púnicas. De todas maneras, parece que se podrían proponer las siguientes asimilaciones: Zeus = Baal Ammón; Hera = Tanit; Heracles = Melqart; Ares = Hadad...

llevando a la otra. Desde el siglo IV, Dionisos se identifica con un dios niño cananeo, Shadrapa. En las estelas funerarias del *tophet* se observan, además del caduceo de Hermes, signos dionisíacos: crátera, hiedra, viña y un sátiro itifálico; en las sepulturas se han encontrado racimos de uva y falos.

Aparece una escatología nueva, que responde a los mismos tormentos presentes en el mundo helenístico. La práctica de la incineración, copiada de los griegos, demuestra la creencia en un alma etérea, que se libera con el fuego. Los motivos que simbolizan esa alma, Esfinge y Sirenas, son numerosos en las tumbas, como en el mausoleo de un príncipe númida en Dugga (siglo II). Se apela a Deméter y a Dionisos para pedir la eterna salvación, porque las viejas creencias de la oscura caverna del *schéol* ya no bastan.

Ciertamente, todas esas aportaciones son superficiales. El arte púnico siguió fabricando incansablemente su mercancía tradicional. Los principales dioses siguieron siendo Baal Ammón y Tanit, y sólo apenas se humanizó el horrible culto que se les rendía en el *tophet* sustituyendo a los niños por animales en el sacrificio. Aunque estuvo mucho tiempo abocada al Mediterráneo, es decir, al mundo griego, Cartago permaneció fiel a su pasado semítico.

En el Imperio de Cartago

La influencia griega parece que se introdujo parcialmente en el vasto imperio creado poco a poco por Cartago.

Ya hemos hablado del caso de España, donde coexistían colonias púnicas y griegas. Córcega y Cerdeña, donde el elemento indígena (ligur en el primer caso e íbero en el segundo) era predominante, tuvieron que aceptar la hegemonía de Cartago hasta que fueron anexionadas por Roma en el 238. Pero la influencia helénica es sensible. En Córcega, las excavaciones han demostrado que Alalia estaba en el lado griego. En Cerdeña, donde se han hallado algunas inscripciones griegas, Olbia mantenía una relación comercial con Marsella.

En el Magreb,[24] en principio controlado parcialmente por los cartagineses, y donde, incluso después de la caída de la metrópolis, penetra-

24. Dejando a un lado el elemento púnico, la población era libia. Los libios (antecesores de los bereberes) pertenecían al grupo camita. Ocupaban un inmenso territorio, desde el oasis de Siwa hasta el Atlántico y desde la sabana sudanesa hasta el Mediterráneo. Estaban divididos en numerosos pueblos: númidas, moros, gétulos...

ron las tradiciones cartaginesas, el helenismo también progresó. Desde el siglo IV, en el Marruecos septentrional y en el Tell argelino-tunecino, aparecen reinos moros (mauritanos) y númidas. Más adelante, sus reyes adoptaron un protocolo áulico oriental, instituyendo un culto real, acuñando moneda y promoviendo la urbanización. Copiaron el Estado creado por los Bárcidas en Hispania, como se desprende del estudio de los patrones monetarios. Por lo tanto, en segunda instancia, fue una influencia griega lo que los convirtió en pequeños príncipes helenísticos. El más destacado, Masinisa, un monarca númida cuya capital estaba en Cirta (Constantina), enviaba su trigo a Atenas y a Delos; uno de sus hijos triunfó en las Panateneas de Atenas. Micipsa, su sucesor, atrajo a su corte a intelectuales griegos.

Las excavaciones de Marruecos han sacado a la luz numerosas ciudades que, aun conservando sus modos de vida púnicos y, especialmente, sus rudimentarias casas, se abrieron a la influencia griega. El urbanismo de Tamuda, a 15 km del mar, en la región de Tetúan, era de tipo hipodamio, con un ágora y un plano en tablero. Lixos, una antigua factoría fenicia en la desembocadura del Lucus (frente a la actual Larache), tenía dos templos helenísticos, dedicados, sin duda, a Heracles-Melqart, y construidos en bella mampostería, igual que la muralla con la que se cercó en el año 100. Sala, en el estuario de Bu Regreg, tenía una construcción de aparejo helénico. En el interior, Volubilis, que poseía también una cuidada muralla, tenía tres templos prerromanos, uno de tipo púnico y dos de tipo griego. Las monedas de Tingi (Tánger) portaban una cabeza de Deméter, y en Lixos se ha encontrado un Hadad representado como Océano. Está en discusión si los admirables bronces griegos de Volubilis o de Lixos fueron introducidos por el comercio en la época helenística o simplemente reunidos por Juba II, rey de Mauritania. En todo caso, está claro que se constata la penetración del helenismo en todo el territorio, a pesar de la resistencia de la civilización púnico-mauritana, y que ello sólo se puede atribuir a la voluntad deliberada de los reyes moros, helenizados mucho antes del reinado de Juba II.

Una Roma griega

En Roma, la helenización es un hecho antiguo. Las dos fechas principales son el 343, por el acuerdo firmado con Capua, que orientó los intereses y la curiosidad hacia una zona profundamente helenizada, y el 272,

con la toma de Tarento, que consumó la conquista de la Magna Grecia. A partir de entonces, los contactos políticos y militares con el mundo helénico, la conquista progresiva de la cuenca oriental del Mediterráneo y la afluencia de esclavos orientales aceleraron el movimiento. Las mentalidades contrarias a esos cambios trataron vanamente de pararlos: Catón el Viejo impuso leyes suntuarias contra el lujo que llegaba de Grecia, pero él mismo aprendió griego en sus últimos días; en el 186, el senado reprimió duramente las Bacanales, sin lograr expulsar a Baco ni vencer el misticismo. Si éste era irresistible, era porque las condiciones sociales habían evolucionado profundamente. La ciudad estaba dividida entre la aristocracia y la plebe, igualmente ávidas de placeres, y el pueblo era sensible al predicamento de algunos pensadores políticos griegos.

El poder absoluto de los reyes de Oriente fascinaba a los espíritus más nobles. El primero de los *imperatores* que antepuso su propia voluntad de poder a la salvaguarda de las instituciones republicanas fue Escipión el Africano. Después de que Zama le llevase a lo más alto de la gloria, Escipión aplastó al Estado con su orgullo altanero. Como un rey helenístico, realizó una política familiar, confiando a su hermano Lucio la dirección de la guerra de Siria a fin de servirle de mentor. Y Enio le prometió a ese superhombre, que ya disfrutaba de los honores humanos, una feliz eternidad. Acusado de haberse dejado corromper por Antíoco III, rehusó defenderse y se retiró a un orgulloso exilio. Sila fue aún más lejos: intentó fundar una monarquía en Roma, pero, incapaz de consolidar suficientemente su influencia sobre el Estado, prefirió los placeres de Campania al ejercicio de un poder que hubiera sido limitado.[25] César soñaba con llevar la diadema del *basileus* y Antonio, subyugado tanto por Oriente como por Occidente, con establecer un reino teocrático.

El gran comercio hizo su aparición siguiendo, naturalmente, el ejemplo griego. A partir del 326, Roma acuñó sus primeras monedas de plata en Campania, los «didracmas romano-campanienses», y se inició con la suficiente rapidez en la economía monetaria como para abandonar, en el 289, el patrón griego en favor del patrón libra y transportando sus talleres a la propia ciudad en el 269. En el 179 se construyó en Ostia un gran puerto de tipo helenístico; desde entonces, los *negotiatores* y los banqueros de Italia ya no se diferenciarían de sus correligionarios orientales más que por su mayor ambición.

25. Por lo menos, si se acepta la hipótesis de J. Carcopino.

La transformación más patente se produjo en las costumbres de la vida cotidiana. La casa tradicional con *atrium* se dobló por la parte posterior con un peristilo. Los suelos se cubrieron de mosaicos y los muros de pinturas, de los que existen bellos ejemplos en Pompeya y Herculano. El viejo mobiliario de madera fue sustituido por mesas de mármol y lechos de bronce. Los ricos se aficionaron a las ropas suntuosas y a las comidas en las que se sucedían los más exquisitos manjares. El marco urbano se embelleció, no sólo con la construcción de nuevos edificios, sino también con la acumulación de obras maestras obtenidas a través del pillaje en Oriente. Sila se trajo un capitel del Heraion de Olimpia, y el navío cargado con obras de arte que se halló en el muelle de Mahdia (Tunicia) quizá traía su botín. El caso de Verres no era una excepción.

Las consecuencias fueron de lo más funesto para la opinión pública. La vieja sociedad patricia se hundía y la austeridad del *pater familias* era discutida. Los matrimonios de conveniencia y los divorcios se multiplicaban. La búsqueda irrefrenable de placer tomaba el relevo a la austeridad de antaño.

El círculo de los escipiones

Pero el helenismo semeja la caja de Pandora. En algunos círculos aristocráticos de la «generación de 160» (P. Grimal), especialmente en torno a los escipiones, surgió un nuevo refinamiento. Escipión el Africano, que escandalizaba al rasurarse cada día y pasearse vestido a la griega, era amigo de Enio. Escipión Emiliano, que tuvo los mejores maestros griegos y disponía de la biblioteca del rey Perseo, que había traído por Paulo Emilio, se rodeó de íntimos de clase alta, griegos o ganados al helenismo: Polibio, Lelio, llamado el Sabio, Terencio, Panecio de Rodas... Algunos de ellos ejercieron sobre él una gran influencia, como Panecio, que le propuso la disciplina racional y, por tanto, humana, de la causa estoica, y Polibio, quien, según el punto de vista de P. Pédech, contuvo un poco su imaginación y su sensibilidad y le conminó, no sin prejuicio para su brillante personalidad, a privilegiar el método y el razonamiento por encima del ardor y la pasión.

En semejante círculo se pensaba atrevidamente, se juzgaba al gobierno del pueblo como el peor de todos y se justificaba la toma del poder por parte de los aristócratas ilustrados. El escepticismo se abrió paso aunque la religión no dejó de ser un instrumento admirable en manos de un político hábil. El estoicismo ejerció una gran atracción. De hecho,

se despreciaban las formas vulgares del helenismo, corruptoras de las costumbres. La censura de Emiliano era parecida a la de Catón: Escipión declaraba al pueblo «que quería serle útil como un collar de clavos lo era para un perro» y expresaba su violenta desaprobación al visitar una escuela de danza. Se predicaba y practicaba la sencillez y la pureza: en los funerales de Escipión, Q. Elio Tubero ofreció una comida tan frugal que el pueblo refunfuñó. En resumen, los representantes más sagaces de la aristocracia se iniciaron con ahínco en las formas más refinadas del helenismo y desdeñaron sus aspectos más bajos.

El despertar de la literatura y del arte

Conviene fijarse, sobre todo, en las formas refinadas, merced a las cuales Roma experimentó un prodigioso despertar.

La *literatura*, hasta entonces rudimentaria, nace realmente en la segunda mitad del siglo III. El teatro y la epopeya son los primeros en aparecer. Tragedia y comedia reemplazan a las formas dramáticas primitivas, indígenas o procedentes de los etruscos o de los oscos, y recogen los argumentos de la literatura griega. Ello es especialmente claro en la comedia costumbrista griega, la *palliata* (de *pallium*, manto griego). Lógicamente, la epopeya halla su inspiración en las grandiosas luchas de Roma y Cartago, pero todos los procedimientos que usa son griegos. El antiguo verso latino, el saturnio, desaparece rápidamente en beneficio de los metros griegos, muy variados y expresivos. Al mismo tiempo, se desarrolla la historia, pero los primeros analistas, Q. Fabio Pictor y L. Cincio Alimento, sólo son capaces de escribir en griego.

En tal creación —que antes que nada es imitación—, el papel de los pueblos de la Italia helenizada, en particular de la Italia meridional, fue considerable. Livio Andrónico, un esclavo tarentino de origen griego, posteriormente liberto, tradujo la *Odisea* y escribió tragedias griegas sobre el ciclo troyano (especialmente apreciado en Roma, donde el mito de la llegada de Eneas al Lacio se había extendido desde hacía tiempo) y comedias; fundó un colegio de poetas basado en el modelo de las asociaciones griegas. Cneo Nevio, un ciudadano de origen campaniense, cantó la primera guerra púnica en su *Pœnicum bellum* y escribió tragedias y comedias. El umbro Plauto compuso obras extraídas de la comedia de costumbres o de la comedia nueva, con un lenguaje ingenioso atemperado con la más delicada de las poesías. Quinto Ennio, un mesapio de Calabria que recibió el derecho de ciudadanía, esbozó en sus *Annales* un inmenso

fresco del crecimiento de Roma, desde los orígenes míticos hasta la segunda guerra púnica, e imitó a Eurípides en las tragedias psicológicas.

La influencia helénica no disminuyó con la generación siguiente. Lucio Accio, el mayor de los trágicos, también imitó a Eurípides. Los cómicos mezclaban las intrigas de distintas comedias griegas mediante el procedimiento de la *contaminatio*; el mejor de ellos, Terencio, impregnado de lo más humano del helenismo, era un antiguo esclavo africano: ¿se quiere un ejemplo más claro de la unidad del mundo mediterráneo, que el de aquel bereber que tradujo obras griegas al latín? Huyendo del ejemplo de los primeros analistas, el viejo Catón, en sus *Origines*, relata en latín los inicios de la Roma conquistadora.

En el siglo I, Lucrecio da una admirable expresión lírica a la filosofía de Epicuro (véase la pág. 125) y Cicerón maneja con incomparable autoridad el período de Isócrates. Sus rivales también son deudores de la elocuencia helénica, como Hortensio, que busca el verbo florido de las escuelas de Asia, o Marco Junio Bruto, devoto de la sobriedad ática y tratadista de retórica. Salustio toma por referente a Tucídides. Catulo es un alejandrino tan bueno en sus confidencias íntimas como en su *Epitalamio de Tetis y Peleo*, mitológico y galante.[26] Los poetas de la época augusta helenizan con embeleso. Horacio, que imita los metros de Alceo y Safo, exclama (*Arte poética*, 324): «La Musa ha concedido a los griegos el genio, ha concedido el hablar con boca armoniosa a los griegos ávidos de gloria». Virgilio escribe, sucesivamente, bucólicas, un poema didáctico y una epopeya, como los maestros de Alejandría. La influencia helenística es aún más visible en las *carmina* arrebatadas, y a menudo convencionales, de los elegíacos: Propercio podía autoproclamarse (4, 1) «el Calímaco romano».

Toda la literatura romana de la época republicana o augustea se distingue de la literatura helénica coetánea únicamente por la lengua en que está escrita. Eso no significa, sin embargo, que no tenga características propias, como las de Alejandría, Cos o Atenas. No hay ejemplo más evidente que el de Virgilio. Sus *Bucólicas* y sus *Geórgicas* recuperan temas tratados incesantemente por los alejandrinos, pero con el nuevo espíritu del retorno a la tierra, preconizado por Augusto. La *Eneida* se considera al mismo tiempo una *Ilíada* y una *Odisea*, pero impregnada totalmente del patriotismo romano y de la devoción por el emperador y su raza.

26. Sobre Catulo traductor de Calímaco, véanse las págs. 107-108.

En el *arte*, la helenización venía de lejos, ya que, desde principios del siglo V, el templo de la tríada aventina había sido decorado por los artistas griegos Damofilo y Gorgaso. Pero Roma era una ciudad modesta donde, según Plinio el Viejo (16, 36), en tiempos de Pirro, las techumbres eran todavía de tablillas. El mármol se usaba cada vez más. Se construyeron basílicas en el Foro: la basílica Porcia (184), la basílica Emilia (179) y la basílica Sempronia (169). Llegaron a Roma arquitectos griegos como Hermodoro de Salamina (de Chipre), al que Q. Cecilio Metelo el Macedónico fue a buscar para construir, en el campo de Marte, en medio de un gran pórtico (146), los templos de Júpiter Stator y de Juno, antes de que D. Junio Bruto, cónsul en el 138, erigiera uno a Marte: serían los primeros templos de mármol en Roma. En efecto, poco a poco el templo etrusco-itálico de ladrillo, erigido generalmente sobre un podio elevado, fue reemplazado por un templo griego en mármol y períptero, mientras los órdenes griegos sustituían al orden toscano. Los santuarios de Largo Argentina muestran claramente la evolución: el templo C de finales del siglo IV es etrusco-itálico, así como el templo A del siglo III, al que se le añadió una *perístasis* corintia; el templo redondo B (principios del siglo II) es de tradición helénica. Los templos cercanos al *Forum olitorium* (siglos II y I) son dórico períptero, el primero, y jónico períptero el segundo, mientras que el tercero sólo tiene columnas en tres de sus lados. En el siglo I, Pompeyo amplió el campo de Marte con un templo consagrado a Venus Victrix, un teatro de piedra —el primero de Roma—, pórticos y jardines. En las afueras de Roma cabe señalar el imponente santuario de la *Fortuna Primigenia*, en la acrópolis de Preneste, la cual (tal vez desde el siglo II o, por lo menos, en tiempos de Sila) desplegó, imitando a Pérgamo, un armonioso conjunto de terrazas y pórticos superpuestos que culminaban en un hemiciclo y un *tholos*.

La helenización también influyó en la escultura. El culto de las *imagines* familiares y la glorificación de los héroes desarrolló rápidamente el arte del retrato, que acentuó aún más el verismo helenístico. Paralelamente, apareció el bajorrelieve histórico. En Delfos, Paulo Emilio consagró un pilar ornado con escenas de batalla para celebrar su victoria en Pidna: fue un artista griego quien magnificó la derrota de los griegos para el triunfante emperador. En Roma, el primer ejemplo parece ser el «altar» (hacia el 40) llamado de Cneo Domicio Ahenobarbo, uno de los asesinos de César. Las grandes obras clásicas eran cada vez más copiadas por los escultores neoáticos (véase la pág. 144), el más célebre de los cuales fue Pasíteles, que obtuvo el derecho de ciudadanía en el 89: sin em-

bargo, tratando temas decididamente nacionales, alardeaba de un retorno formal a las lecciones del pasado.

La pintura aparece, en el 300, con Fabio Pictor, quien, a pesar de su rango nobiliario, pintó episodios de la segunda guerra samnita en el templo de Salus, en el Quirinal. El primer documento conservado procede de un fresco (¿hacia el 140?) del Esquilino con escenas de guerra.

La pintura romano-campaniense deriva de las decoraciones helenísticas y no de la tradición italo-etrusca. En Pompeya, el primer estilo (hasta el 90, aproximadamente), muy influido por Oriente, se despliega por las paredes de las cornisas y las pilastras sin elemento figurativo alguno. El segundo estilo (90-30) gusta de las escenas ilusionistas, representadas en horizontes de ensoñación.

Especulaciones y misticismo

El más resuelto de los pueblos le tomó gusto a la filosofía. En el 155, Atenas envió como embajadores a los escolarcas de sus escuelas más conocidas (Liceo, Academia, Pórtico). Carnéades provocó un escándalo con dos conferencias contradictorias sobre un mismo tema. El círculo de los Escipiones era un gran centro de pensamiento, y no por casualidad lo eligió Cicerón como marco para sus diálogos filosóficos. Muy pronto los filósofos hicieron acto de presencia en Roma y, aunque a menudo fueron ridiculizados, su influencia no fue por ello menos duradera.

Ya nos hemos visto obligados a estudiar la influencia de la Academia, del epicureísmo y del estoicismo en Roma (véanse las págs. 120 y sigs.), dado que el desarrollo de esas escuelas está ligado a su evolución en el mundo helenístico. Pero hay una secta muy antigua, a cuyas opiniones Aristóteles concedía aún una gran importancia, y que conservó numerosos adeptos en siglos posteriores, sin contar con una personalidad notable:[27] Pitágoras. Implantada sobre todo en Occidente (el Maestro se instaló en Crotona), renació en Roma, en el siglo I, con el nombre de neopitagorismo, y experimentó un increíble desarrollo.

En Roma, el pitagorismo estaba enraizado de antiguo, y ya Apio Claudio (censor en el 312) lo había profesado. Difundido por emigrantes y esclavos de la Magna Grecia, se implantó sólidamente: Ennio y Catón el Viejo practicaban el pitagorismo y, pese a la gran alteración cronológica que ello presuponía, se propagó la idea de que hasta el buen rey

27. Sobre la influencia del pitagorismo entre los esenios, véanse las págs. 51-52.

Numa Pompilio habría seguido las lecciones de Pitágoras. Siguió a ello un largo eclipse, del que resurgió en el siglo I. Gracias a su misticismo radical, a las promesas de inmortalidad que aportaba, a la moral rigurosa y la estricta observancia que imponía, el pitagorismo atrajo a muchos espíritus que rechazaban doctrinas más racionales. En un mundo desgarrado por el odio y las guerras civiles, las comunidades pitagóricas predicaban el ejemplo de la amistad y la concordia.

La más conocida de ellas fue la que se constituyó en torno a P. Nigidio Figulo, mago y apóstol animado por un fervoroso proselitismo en pro de su fe: en su casa se celebraban auténticos misterios, en los que se comentaban los discursos sagrados atribuidos al Maestro y los relatos órficos. Ofrecía a sus adeptos una revelación universal respecto a todos los ámbitos del saber: astronomía, física, filología, historia natural, moral y teología. Profeta al modo de Pitágoras, podía entrar en contacto con la divinidad y adivinar el futuro. Mistagogo, taumaturgo y pensador al mismo tiempo, está considerado por Aulo Gelio (*Noctes atticae*, 19, 14) como uno de los dos pilares intelectuales del siglo junto con el gran Varrón, su discípulo, que exigió ser enterrado siguiendo el ritual pitagórico. Éste era amigo de Cicerón, así como de Diódoto, un estoico pitagórico a quien alojó en su casa. Quinto Sextio y su hijo, Q. Sextio Níger, abrieron una escuela pitagórica que tuvo una considerable influencia.

En resumen, una verdadera pasión por la filosofía en una época problemática, que buscaba certezas ontológicas y éticas. Las sectas discutían ávidamente sobre la certeza y sobre el bien supremo, pero también reaccionaban entre sí y se contaminaban mutuamente, sobre todo la Academia, el estoicismo y el pitagorismo. Nadie como Cicerón atestigua mejor semejante eclectismo. El brillante orador, con su inquietud habitual, abrazó sucesivamente todos los sistemas: el epicureísmo de Lucrecio, de quien fue el primer editor; el estoicismo, siempre que trata de la moral; el pitagorismo, en su admirable *Sueño de Escipión*;[28] y la Academia nueva, en sus últimos diálogos.

Bajo la influencia griega, aparece un nuevo tipo de derecho, menos formal y más humano. El arbitraje se convierte en un procedimiento

28. En el libro VI de *De Republica*, Escipión Emiliano ve en sueños a su abuelo el Africano, quien le revela el futuro de su casta. La idea central (la inmortalidad en la armonía de las esferas celestes) es eminentemente pitagórica.

normal y los magistrados tienen en cuenta un principio hasta entonces desconocido: la *bona fides*.

La vieja religión romana subsiste con su animismo innato y sus ritos extravagantes, pero también prosigue una helenización que había empezado en la época arcaica. Después de mucho tiempo, los grandes dioses del panteón romano se habían identificado con los dioses griegos. Apolo, tan profundamente griego como para ser el único en conservar su nombre, favorecía, con el desarrollo del ritual griego y de las ceremonias helénicas (especialmente los lectisternios, banquetes ofrecidos a los dioses en ocasiones solemnes), el progreso de una religión abierta y fraternal, en franca oposición con el frío ritualismo de la tradición. Ello alentó el sucesivo renacimiento del pitagorismo y la renovación de los oráculos sibilinos de raíz silena. Ceres adquirió el rostro místico y doloroso de Deméter, madre de Perséfone, y fue honrada a la manera griega en el *sacrum Cereris*, que obligaba a las matronas a guardar ayuno y abstinencia sexual durante nueve días. Venus, antiguo espíritu de la fecundidad y los encantos femeninos y señora de los hortelanos, se convirtió en la augusta deidad del amor.

Pero los dioses griegos tradicionales no eran suficientes ni para los romanos ni para los propios griegos. A su vez, el misticismo oriental penetró en Roma, especialmente durante la grave crisis de la segunda guerra púnica. En el 293, Asclepio se instaló en la isla Tiberina, bajo la forma de una serpiente, con el nombre de Esculapio. En el 212, y después de la batalla de Cannas, se consultó al oráculo de Delfos y se ofrecieron a Apolo nuevos juegos al estilo griego. Recursos que se demostraron ineficaces, por lo que, en el 204, se mandó traer desde Pérgamo la gran piedra negra sagrada de la Gran Madre de Pesinunte, Cibeles, solemnemente entronizada en el Palatino. Los misterios de Baco sedujeron a quienes no diferenciaban bien el misticismo de los cultos más naturistas. En el 186, el senado castigó severamente las orgías escandalosas de las Bacanales. La represión fue terrible: 7.000 detenciones, la mayor parte seguidas de ejecuciones capitales.

Como los *basileis* helenísticos, los personajes más ambiciosos solicitaban la ayuda de los dioses: Escipión el Africano gustaba de subir al Capitolio, cercano a su residencia, para conversar con Júpiter, del que se creía hijo. Sila era *Felix*, heredero protegido por la Fortuna y ferviente adepto de Venus. Pompeyo solicitó la ayuda de Venus Genitrix, pero fue en vano, porque César, su vencedor, tenía mejores razones para reivindicar su patrocinio: él mismo era descendiente de la diosa a través de su antepasado Eneas. Pompeyo el Joven se proclamó hijo de Neptuno.

Es cierto que, bajo todas aquellas formas de helenización, el antiguo trasfondo romano subsistía, con su carácter resuelto y pragmático y su desconfianza frente a especulaciones y búsquedas de una vida mejor: se ha insistido mucho en que, en latín, los nombres de legumbres son de raíz vernácula, mientras que los de las flores son griegos. Pero la oleada del helenismo era irresistible, porque, en Italia y en la cuenca oriental del Mediterráneo, se dejaban sentir las mismas necesidades y las mismas aspiraciones. Desde el siglo III, Roma es una ciudad helenizada. Sus más prominentes ciudadanos no olvidan su deuda: Cicerón recuerda a su hermano que está al frente de griegos, «una raza que, no contenta con ser civilizada, pasa por ser la cuna de la civilización» (*A su hermano Quinto*, 1, 1, 27); Virgilio proclama en la *Eneida* (6, 848 y sigs.), refiriéndose a los griegos: «Otros forjarán con más elegancia el anhelante bronce (estoy seguro) y extraerán del mármol vívidos rostros, defenderán mejor las causas y seguirán con el compás las celestes revoluciones y predecirán el curso de los astros»; Plinio el Joven aconseja a su amigo Máximo, enviado como gobernador a Acaya: «En el seno y en el propio corazón de esa Grecia [...] fueron descubiertas, en su nacimiento, la civilización, las letras e incluso el cultivo de la tierra» (*Epístolas*, 8, 24).

En la Italia sojuzgada

En la Italia central y meridional, totalmente sometidas políticamente a Roma, la influencia griega continuó siendo poderosa, especialmente en dos zonas en las que habían penetrado desde la época arcaica.

En Etruria, las artes, que experimentaron un postrer florecimiento, manifiestan en todos los ámbitos el influjo helenístico, tanto la estatuaria, que produce obras de primer orden —*Minerva* de Arezzo, *El orador* de Florencia—, como las artes funerarias, cuya producción es variada: urnas decoradas con bajorrelieves y, a menudo, con la tapa coronada con retratos, que exageran el realismo hasta convertirlo en caricatura, o hipogeos adornados con grandes frescos (la tumba François o la tumba del Tifón, que datan quizá del siglo I). Las estatuas de terracota (*Apolo sentado* de Faleria, el frontón de *Dionisos y Ariadna* y el friso gálata de Civita Alba) demuestran un perfecto conocimiento de la técnica griega y, a menudo, un gusto decidido por el patetismo barroco de Pérgamo.

En Campania aparece una cerámica que sustituye a la alfarería italiota (desaparecida a principios del siglo III) e inunda el mercado occi-

dental durante más de dos siglos. Fabricada principalmente en Cales y en Teanum Sidicinum (actual Teano), imita la decoración floral helenística, blanca sobre fondo negro, o las vasijas con relieves, un sustituto barato de los vasos metálicos. El arte mayor también estaba helenizado, especialmente los frescos de los hipogeos oscos de Paestum o los ídolos del santuario de Fondo Paturelli, en Capua, de poderoso sabor arcaizante. La afición al espectáculo era muy intensa, ya que Pompeya tenía teatro propio desde principios del siglo II.

La Italia del norte, que no padecería el yugo romano hasta finales del siglo III y principios del II, seguía siendo sensible al prestigio del helenismo. Pueden distinguirse, de oeste a este, tres zonas de poblamiento: los ligures comerciaban por todo el Mediterráneo occidental en sus grandes naves de cinco hileras de remeros y compraban tanto vasos campanienses y bronces etruscos como alfarería púnica; los galos traficaban con los etruscos, a través de los cuales se procuraban espejos, joyas, candelabros o lebrillos griegos o etruscos; los vénetos sufrieron muy pronto la influencia de la colonia griega de Adria.

El África profunda y Arabia

Ni siquiera los desiertos de África y Arabia fueron un obstáculo infranqueable a la penetración del helenismo, aunque no quepa sorprenderse de que en esas zonas sea mucho más superficial.

Sabios, mercaderes y soldados griegos en Nubia

Las relaciones entre Egipto y el África profunda a través del valle medio del Nilo eran antiguas: Homero conoce a los pigmeos, de los que evoca sus luchas con las grullas, y Herodoto narra el viaje entre la primera y la cuarta catarata, hasta una Meroe que sólo puede ser Napata. Pero aquellas relaciones se interrumpieron enseguida, debido al gran debilitamiento de Egipto. Sin embargo, se reemprendieron con brillantez cuando los tolomeos instauraron de nuevo un poder fuerte.

Dos factores contribuyeron a dicha recuperación. En primer lugar, la curiosidad intelectual. El problema de las crecidas del Nilo seguía

apasionando; en el siglo IV existían dos teorías: según Éforo, que tomaba el efecto por la causa, la crecida era provocada por el almacenamiento del agua en grandes hendiduras, de las que emergía en verano como si fuera una especie de sudor; según otros (tal vez Eudoxo de Cnido), el Nilo tenía su origen en la zona templada del sur, donde las lluvias de verano, parecidas a nuestras lluvias de invierno, hacían aumentar el caudal del río. Los sabios de la época helenística, quizá siguiendo ya a Aristóteles, que habría pedido a Alejandro llevar a cabo las comprobaciones necesarias, admitían que las lluvias de verano en Etiopía eran la causa de la inundación —explicación parcial, pero verídica.

Los cartógrafos promovieron también una exploración en profundidad. Eratóstenes, utilizando la *Navegación en Etiopía* de Filón de Megara (en los inicios del reino de Filadelfo), estableció la latitud de Meroe[29] e hizo del paralelo de esta ciudad el lado meridional de su mapamundi; por otra parte, él sabía que el Nilo describía una gran curva en forma de N invertida entre la segunda y la sexta cataratas, y no ignoraba el Atbara, el Nilo Azul (el Astapous de los griegos), ni la gran «isla» entre el Nilo Blanco y el Nilo Azul.

Tales progresos sólo fueron posibles porque las relaciones económicas se reanudaron, sin duda apoyadas por operaciones militares. El Nilo no proporcionaba una vía de penetración practicable, ya que estaba cortado por cataratas y cerrado por un desierto inhóspito; el tráfico se efectuaba a través de pistas caravaneras: al oeste, por una ruta alejada del río, que se apoyaba en un rosario harto discontinuo de oasis (la llamada ruta de los cuarenta días), y, sobre todo, al este, por una ruta que sorteaba una y otra vez los meandros del Nilo en Kerma, Napata y Meroe y que en Egipto era de vital importancia para vigilar el desolado paso entre la segunda y la cuarta catarata. Filadelfo mandó enviar una expedición —que seguía, en el tiempo, a las de Samético II y las de Cambises—, lo que brindó la ocasión, asimismo, para llevar a cabo investigaciones científicas más profundas. Pero Plinio el Viejo afirmaba que todas las ciudades río abajo más allá de Meroe habían desaparecido, lo que no hace sino confirmar que, en la baja época helenística, al margen de algunas embajadas o misiones de exploración, la *tierra de nadie* sólo era atravesada por algunos nómadas que querían vender o cambiar sus productos en los últimos puestos egipcios.

29. La Meroe helenística (véanse las págs. 207-208) es, pues, distinta de la de Herodoto. Estaba situada en el Nilo, 160 km más abajo de la actual Jartum.

En manos de los lágidas sólo quedaba el Dodecasqueno,[30] es decir, la región con una longitud de 12 *skenes* al sur de Assuán, con pequeños puestos: File, metrópolis religiosa,[31] en la que aún se acumulan las ofrendas de los tolomeos; Ajuala, alrededor de cuyo templo, consagrado al dios autóctono Mandulis, se establecieron los intercambios con los nómadas blemios; y Selkis, completamente al sur, un puesto fronterizo pegado a una lengua de tierra arable que vigilaba la entrada al uadi Alaki, de donde se extraía el oro de los cuarzos auríferos, un mercado igualmente importante, ya que se han descubierto tanto *ostraka* demóticos y griegos como graffitis meroíticos.[32]

Al no poder utilizar las vías del Nilo o del desierto, los tolomeos intentaron explorar el mar Rojo, que ya había sido frecuentado por los grandes faraones. Tolomeo Filadelfo fundó una serie de establecimientos, como Myos Hormos, Filotera, Berenice y Tolemais Theron (caza de elefantes), al tiempo que escalas en las islas de las serpientes y de los topacios. Las mercancías seguían una pista jalonada de pozos entre Meroe y Tolemais, situada más o menos a la misma latitud del mar; luego, embarcaban hasta Berenice o Myos Hormos, desde donde ganaban de nuevo el valle del Nilo en Coptos, por pistas de 12 días, en el primer caso, y de 6 en el segundo, jalonadas también de pozos y cisternas. Igualmente, Filadelfo ordenó finalizar o revisar el canal de Necao, una suerte de prefiguración del canal de Suez que unía el fondo del golfo de Suez no con el Mediterráneo, sino con el Nilo. A pesar de tantos esfuerzos, el tráfico en aquella ruta siguió siendo mínimo debido a las dificultades de navegación en el mar Rojo, donde el viento soplaba constantemente del norte dificultando el regreso, y donde la costa occidental era un auténtico desierto mineral, poblado de nómadas salvajes, trogloditas, o ictiófagos. Sin embargo, en la baja época helenística, los navegantes se animaron y, tras sobrepasar Bab-al-Mandab, llegaron incluso a la costa de los Somalíes (el antiguo país de Punt).

En una especie de desafío a la geografía, los verdaderos intercambios entre África y el Mediterráneo se hacían rodeando Arabia. Las mercancías se transportaban por el desierto hasta el mar, lo atravesaban en em-

30. Salvo durante la revuelta de Harmaques, aplastada por Tolomeo IV Epífanes.

31. Templo de Isis, iniciado por Nectanebo I y proseguido por los tolomeos (véanse las págs. 135-136). Unos relieves muestran a Isis recibiendo el Dodecasqueno de manos de Tolomeo Filométor.

32. Sobre la escritura meroítica, véase la pág. 208.

barcaciones de cuero, transitaban por vía caravanera a lo largo de la costa occidental de Arabia y, a menudo por Petra, alcanzaban Gaza.

Si los tolomeos pusieron tanto empeño en asegurar posibles rutas para extraer las riquezas de África, no cabe duda de que éstas andaban cada vez más buscadas. Los elefantes constituían un potencial militar tanto más importante cuanto que sus rivales seléucidas se los podían procurar fácilmente en la India: de alguna manera, en la táctica helenística, desempeñaban un papel semejante al de los tanques en los ejércitos modernos. Seguían llegando por vía marítima, en navíos especialmente acondicionados al efecto.[33] Pero hay que considerar asimismo, y sobre todo, el oro del Nilo Superior y de los ríos etíopes, los topacios, las esmeraldas, el ébano, el marfil, las plumas y los huevos de avestruz, las grandes fieras (vivas o en forma de pieles), los esclavos negros, e incluso el mineral de hierro.

El helenismo en «Etiopía»

No debe sorprender que la civilización helénica penetrara tan profundamente en África, como lo había hecho anteriormente, en distintas ocasiones, y por idénticos motivos, la civilización faraónica.

En una fecha remota (hacia el 800), se formó en el valle medio del Nilo (el antiguo país de Kush en tiempos de los faraones, más tarde Nubia, en el actual Sudán) un poderoso reino centralizado y teocrático, al que los griegos llamaron «Etiopía» (país de las caras quemadas).[34] Su población «era de piel negra, nariz chata y pelo rizado» (Diodoro, 3, 8): pertenecía al grupo de lengua cusita, una rama de la gran familia camita, y sus reyes mantenían estrechas relaciones con el mundo mediterráneo. El propio Diodoro (3, 6) explica que uno de ellos, Ergámenes (Argamanu), contemporáneo de Filadelfo, «fue educado en la escuela de los griegos e instruido en la filosofía»: ¡convencido de tales principios, liquidó a todos los sacerdotes para librarse de su tiranía!

Meroe, la capital de «Etiopía», era una importante aglomeración, cuyas ruinas se extienden actualmente a lo largo de 3 km. Goza de un clima de lo más aceptable: lluvias veraniegas acompañan al sol en su ce-

33. La captura y el transporte de elefantes eran muy caros, por lo que los cazadores recibían un salario parecido al de los escribas de rango superior.

34. La palabra Etiopía, en la Antigüedad, encubre una realidad muy diferente de la actual. Por ello, usaremos comillas al referirnos a su sentido antiguo.

nit y generan una vegetación espinosa, lo que permite una floreciente ganadería. Los árboles favorecen la labor del mineral de hierro, muy abundante en toda la región: en las excavaciones se han hallado escoriales de 9 m de altura de la época helenística, de modo que el sobrenombre de la «Birmingham africana» (Sayce) no es nada exagerado. La siderurgia, desarrollada de forma muy notable, fue importada del Egipto lágida. Finalmente, una verdadera encrucijada de vías fluviales y rutas terrestres justifica su función comercial:[35] los valles del Nilo Blanco, del Nilo Azul y del Atbara, con una red de pistas que llevaban al centro de África a través del Kordofan y el Darfur, a las altas mesetas abisinias y la costa de los Somalíes, a Egipto a través de Napata y Kerma, y al mar Rojo.

Aunque la civilización meroítica muestra una indudable originalidad, especialmente visible en el abandono de la escritura egipcia y en la aparición, hacia 200, de una nueva escritura,[36] la influencia del helenismo fue considerable, tanto del sirio como del egipcio (fácilmente explicable por la intensidad de las relaciones con Arabia y Petra). El baño del palacio real de Meroe es de puro estilo helenístico y las tumbas de los reyes o de las grandes personalidades contienen abundantes objetos griegos (lámparas y trípodes de bronce, gemas, tallas).

La influencia griega fue mucho más allá, pero es difícil de calibrar, debido a la ausencia de excavaciones metódicas. En plena Abisinia, no lejos de Maqalié, se descubrieron cuatro pequeñas copas de metal llegadas, sin duda, del Egipto helenístico. Pero cabe preguntarse si llegaron a esa elevada meseta a través de una pista que conducía de Meroe a Aksum, lugar donde ha aparecido una estela de Horus sobre los cocodrilos, o si más bien desembarcaron en Tio (en el mar Rojo), donde se han hallado ánforas alejandrinas, para finalmente atravesar, en ambos casos, el desierto dankali.

El hierro y el oro del África negra

Al margen de los ámbitos cusitas, donde era intensa, la influencia griega también llegó al África negra. A orillas del Lualaba (Katanga) se

35. Se trata de un comercio de trueque, ya que, a la sazón, «Etiopía» no conocía la moneda.

36. Por lo demás, la escritura meroítica (en vías de ser descifrada) deriva de los jeroglíficos.

ha encontrado una estatuilla de cobre de Osiris momificado de la baja época helenística, pero no puede descartarse que llegara mucho más tarde a través de traficantes árabes. En todo caso es seguro, pese a algunas teorías aventuradas sobre su origen local, que la difusión de la metalurgia del hierro en la vasta zona de las sabanas —poblada ya por negros del grupo sudanés, y donde el mineral laterítico era abundante y fácil de tratar— se efectuaba, básicamente, desde Meroe, como atestiguan las tradiciones autóctonas. Puesto que Meroe debe al Egipto lágida el trabajo de aquel metal, el continente africano debe, indirectamente, al helenismo la técnica que revolucionó completamente la vida cotidiana y provocó un creciente dominio del suelo y una diferenciación social más acusada.

También se ha barajado la posibilidad de que aquella técnica fuera introducida desde África del Norte y Cirenaica. Pero Meroe debió de desempeñar el papel esencial: el hierro progresó muy lentamente en el Sahara central, mientras que hay numerosos restos de un tipo de siderurgia antigua, en el macizo del Ennedi y a lo largo del Chad, es decir, en la ruta de Meroe a Gao.

Ello no es óbice para que existiese una gran ruta de comercio que atravesaba el Sahara, a la sazón menos inhóspito, recorrida por caravanas escoltadas por carros ligeros, de las que se han hallado representaciones en grabados rupestres. Partiendo de Gao, en el recodo del Níger y a lo largo del Adrar de los Ifora, dicha ruta penetraba en los Tassili (mesetas) del Ahaggar (Argelia) y, a través del oasis de Gat (Libia), alcanzaba la costa de la Cirenaica. También los ganaderos nómadas del Sahara —libios, o sea blancos, salvo en la parte oriental, Tibesti y Ennedi, poblada por negros, los «etíopes trogloditas» descritos ya por Herodoto— tenían un papel fundamental en el comercio que introducía los productos de lujo del África interior, tan apreciados por los griegos, en la cuenca del Mediterráneo.

Al sur de la sabana sudanesa, la zona silvestre era el dominio del oro, una riqueza capital que transitaba por el Sudán y alcanzaba el Mediterráneo a través de Meroe o por las pistas saharianas; también allí comenzó una metalurgia del hierro, tomada de sus vecinos del norte, aunque bastante tardíamente (¿albores de la era cristiana?).

La encrucijada árabe

Arabia, completamente poblada por semitas, formaba un enorme cono entre los reinos seléucida y lágida. Como ya les había sucedido a los persas, el carácter inhumano de su clima la había excluido de las hazañas de Alejandro, por lo que, después de éste, siguió siendo independiente. Sin embargo, desempeñó una doble e importante función en la vida económica del mundo helenístico.

Por un lado, en su parte meridional (la Arabia Feliz), era relativamente fértil, y las plantas aromáticas (especialmente el incienso, la mirra y la canela) crecían en abundancia. Hacia el 300, se formaron cuatro pequeños reinos semíticos —Sabá, Hadramawt, Ma'in y Qataban—. Durante mucho tiempo vivieron del comercio de las plantas aromáticas, de las que el mundo griego hacía gran uso, tanto para la liturgia como para la perfumería y la cocina.

Por otra parte, Arabia era como el nexo de unión entre África, Asia y el mundo mediterráneo. Bañada por el mar Rojo y el golfo Pérsico, recibía por vía marítima los productos del continente africano y de la India. Los nómadas que habitaban la parte septentrional —especialmente, los gerreos y los nabateos de Petra— eran, ante todo, caravaneros; hacían convergir los productos de Oriente y Occidente, como los de la propia Arabia, en Petra, sobre todo plantas aromáticas, pero también oro y animales salvajes (leones, tigres, leopardos, avestruces). El admirable enclave de Petra, refugio inexpugnable en medio de su círculo de montañas, ya fue descrito por Diodoro (2, 48): «Inmenso peñasco, fortaleza natural: sólo puede llegarse por un estrecho sendero, por el que pasan unos pocos hombres tras despojarse de sus armas; hay también un gran lago que produce mucho asfalto y del que extraen grandes beneficios». Los nabateos, cuya capital era Petra, llevaban seguidamente los tesoros acumulados hacia Gaza, centro de redistribución[37] hacia los puertos sirios y Alejandría, que podía alcanzarse por mar o por una complicada ruta hacia Pelus, organizada seguramente en tiempos de la dominación persa a través de una tierra de lagunas y dunas carentes de agua potable. A partir del siglo II, las alfarerías y las monedas griegas (las piezas son mucho más seléucidas que lágidas) demuestran la intensificación de las relaciones comerciales con el mundo mediterráneo.

37. Según los informes de Zenón, los comerciantes que dependían de Apolonio iban a buscar los productos preciosos de Oriente a Gaza.

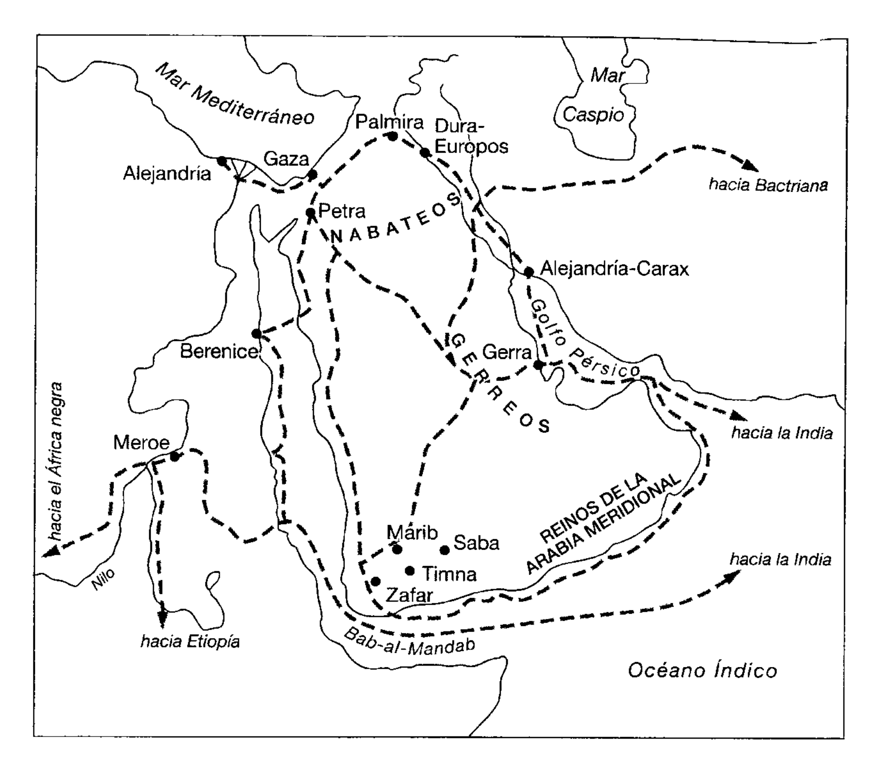


FIGURA 8. La encrucijada árabe.

La importancia económica de Arabia explica tanto el interés que le dedicaron los reyes más osados (en el 312, Seleuco atacó Petra, y, en la Arabia Feliz, Filadelfo llevó a cabo una campaña tan decepcionante como la posterior de Augusto) como el de los sabios. Teofrasto, en *Historia de las plantas*, utilizó las informaciones aportadas por Anaxícrates en el periplo que realizó por orden de Alejandro. Eratóstenes describió a las cuatro tribus de la Arabia meridional. Agatarco de Cnido evocó, no sin excesivo color local, un fabuloso país impregnado por completo por el suave olor de las plantas aromáticas.

El helenismo en Arabia

La influencia helenística —por otra parte, mucho más siria que egipcia— sólo penetró lentamente en las tribus del norte, que se mantenían

estrechamente vinculadas a sus tradiciones. En Petra, el helenismo no hizo realmente su aparición hasta Areta III, llamado el Filoheleno (87-62), que inauguró una política de expansión hacia Siria e hizo acuñar moneda copiando las tipologías seléucidas (Areta II ya había acuñado monedas, pero no presentan inscripción alguna). Las construcciones mejoran y empiezan a cocerse vasos con decoración floral, imitando la alfarería de Palestina y Siria. Pero habrá que esperar al siglo II de nuestra era para que se erijan, en estilo grecorromano, aquellas admirables tumbas con fachadas clásicas, que han dado a Petra su renombre.

Un poco antes del siglo I de nuestra era, el helenismo penetró en los reinos de la Arabia meridional, donde se manifiesta con vigor, especialmente en la escultura, como en la admirable estatua de Timna llamada Lady Bar'at, no sin indudables influjos partos.

El debilitamiento del mundo helenístico, surgido de la rivalidad entre monarquías, es lo único que explica que fuese tributario, en cuanto a los productos de lujo más solicitados, de los bárbaros de Arabia, que explotaron a fondo los refinados gustos de los griegos. Estrabón dejó escrito (16, 4): «Estas regiones siempre pasaron por ser muy ricas, porque intercambiaban las plantas aromáticas y las piedras más preciosas por plata y oro, y no gastaban en el exterior nada de lo que recibían».

PARTIA

Un reino helenizado

Ya hemos visto (véanse las págs. 46-47) la formación y extensión del reino parto. Era un Estado monárquico de tipo feudal, prácticamente calcado del aqueménida (incluso Mitrídates I hizo revivir el título de Gran Rey), donde los soberanos, en principio absolutos, veían su poder limitado por la independencia de los sátrapas y reyezuelos vasallos y por las intrigas palaciegas, acrecentadas por la poligamia. Su principal fuerza radicaba en un temible ejército, que incluía tanto elementos iraníes (arqueros, caballería ligera, catafractarios cubiertos, como sus caballos, de hierro) como hoplitas griegos. Vivían en el interior de suntuosos palacios, en las sucesivas capitales de Hecatómpilos, Ecbatana y Ctesifonte.

Eran reyes ricos, porque extraían importantes beneficios del comercio que pasaba por Irán siguiendo las únicas rutas terrestres que unían el

Mediterráneo con India y China[38] (véanse las págs. 223 y sigs.): se cuidaban de su mantenimiento, aumentando los pozos y las caravaneras en las pistas que atravesaban los desiertos, con vistas a cobrar suculentos peajes. Los intercambios no sólo enriquecían al monarca, sino también a una clase de mercaderes opulentos, entre los que se mezclaban los descendientes de los colonos griegos y los nobles partos, a menudo unidos por lazos matrimoniales: en las inscripciones se constata una curiosa mezcla de nombres griegos e iraníes en el seno de una misma familia.

Con mucha habilidad, los reyes respetaban la innata pluralidad de su reino. Iraníes como la mayoría de sus súbditos, eran, naturalmente, mazdeístas, pero también miraban por los griegos, numerosos tras la conquista de Alejandro. Seleucia del Tigris no tuvo guarnición destacada y fue una de las mayores metrópolis comerciales del Asia anterior.

Por lo demás, los arsácidas fueron especialmente sensibles al prestigio del helenismo; así, acuñaron monedas con sus nombres y títulos escritos en griego; Mitrídates I, el mayor expoliador de los griegos seléucidas, se proclamó Filoheleno; y se rodearon de artistas y actores griegos: Orodes II escuchaba las *Bacantes* de Eurípides cuando le trajeron la cabeza y el brazo del desgraciado triunviro Craso. La actitud condescendiente con los griegos tuvo grandes consecuencias, porque permitió que Irán y Mesopotamia, políticamente separadas del mundo griego, se mantuvieran espiritualmente como un bastión avanzado del helenismo.

Los sincretismos del arte en Partia

El sincretismo del reino parto aparece bien a las claras en el arte. Irán produjo numerosas esculturas griegas de excelente factura, generalmente anteriores a la expansión de Partia hacia el sur. Tanto en Laodicea como en Shami, han salido a la luz unos elegantes bronces que representan dioses o reyes.[39] En Susa, una importante colonia griega (Seleucia del Euleo), se ha encontrado una cabeza de Afrodita.

38. En el 106, Mitrídates II recibió la primera embajada china (véanse las págs. 232-233). A partir de entonces, los contactos entre ambas cortes fueron regulares.

39. En Laodicea (a 100 km al sur de Ecbatana), estatuillas de los siglos III-II (Zeus, Atenea, Apolo, Deméter...), importadas de Siria y de Egipto; también se halló una estela con un decreto de Antíoco III. En Shami (en la ruta que unía el golfo Pérsico con la región de Ispahan), grandes estatuas de Zeus, Dionisos, Antíoco IV y su esposa. Estas estatuas, como el decreto de Laodicea, muestran la expansión del culto real en el Irán seléucida.

Esas aportaciones favorecieron la helenización del arte autóctono. Es cierto que hay supervivencias en estado puro de la tradición aqueménida, estancada y en plena decadencia (el pequeño templo de Persépolis del siglo III, o el templo del fuego de Nurabad, de los siglos III-II). Pero también aparece un arte mixto greco-iraní: los templos de Kengavar y Jurha son de planta griega, con las columnas coronadas de capiteles que imitan torpemente los órdenes griegos. En el Nimrud Dagh, el rey de Comagene,[40] Antíoco I (69-34), extendió sobre una terraza y alrededor de su propia estatua las imágenes de sus dioses sincréticos enumerados en una inscripción griega (Zeus-Ahura, Helio-Mitra, Heracles-Veretragna): obras colosales que seguían la tradición oriental, pero en las que se descubre un sentido helenístico del modelado.

Más aún, se asiste al nacimiento de un arte parto. En Nyssa, las excavaciones de la antigua Unión Soviética sacaron a la luz un palacio real fortificado (siglos III-II) cuyas metopas revelan una mezcla de elementos partos (carcajes con arcos y flechas) y occidentales (mazas de Heracles); en su interior se han hallado estatuillas helenísticas de mármol o plata dorada y 40 ritones de oro, coronados de grifos iraníes, pero con una decoración de escenas mitológicas griegas. Sin embargo, no será hasta el siglo I de nuestra era cuando el arte parto adquirirá su propia dignidad, sobre todo en el campo de la escultura, que une las tradiciones ancestrales de la estepa con los influjos helénicos, no sin una torpeza en ocasiones patética.

Los reinos bactrianos, India y China

La expedición que Alejandro realizó hacia la India abrió perspectivas ilimitadas a la expansión helénica hacia Oriente. Cierto es que al conquistador le resultó imposible llegar hasta la cuenca del Ganges a causa del amotinamiento de sus veteranos y que, por ser excesivamente extenso, el reino de sus herederos, los seléucidas, se vería privado de sus satrapías orientales. Pero los contactos, una vez establecidos, ya no se interrumpieron, y así lo demuestra, hacia principios del siglo III, la historia del más grande de los emperadores indios de la época helenística, Asoka. Príncipes griegos siguieron reinando en inmensas regiones reparti-

40. Pequeño principado en la orilla derecha del Éufrates, que sirvió de Estado tapón entre Partia y el Imperio seléucida (más tarde, romano).

das hoy día entre las repúblicas caucásicas de la antigua URSS, Afganistán, Pakistán e incluso una parte de la India. Es más, las relaciones comerciales y culturales entre la India y el mundo mediterráneo se intensificaron.

Asoka y los griegos

Uno de los ejemplos más brillantes de las nuevas relaciones lo proporciona Asoka (261-¿224?), el soberano más poderoso de los Maurya. Esta dinastía, fundada en el 313 por Chandragupta (el *Sandracottos* griego), que había echado a los prefectos de Alejandro, expandió ampliamente su poder de Aracosia a Bengala y de Afganistán a Mysore. Conocemos bien a Asoka a través de las inscripciones con que sembró su Imperio. Se trata de un magnífico conjunto epigráfico compuesto de mandamientos de inspiración budista, que participan al mismo tiempo de la confesión y del sermón: el soberano, convertido hacía poco tiempo, toma como norma el *Dharma* (el Buen Orden, la Ley), que recomienda las virtudes esenciales. La verdadera propaganda doctrinal radica en el don del *Dharma*, regalo altruista inspirado en el amor a la humanidad y que exige un esfuerzo difícil y perseverante.

Tales inscripciones expresan un ideal de realeza que se puede comparar al del soberano helenístico. Los titulares se parecen: la fórmula repetida a menudo de «el rey amigo de los dioses, de rostro amistoso» recuerda las fórmulas lágidas o seléucidas. Asoka amaba a los hombres, de la misma manera que los monarcas griegos se proclamaban filántropos (amigos de la humanidad). En ambos casos, la esencia del buen gobierno era la justicia, que inspiraba al señor el deseo de que se le presentasen todos los litigios. Sin que haya influencia en uno u otro sentido, encontramos una misma concepción en dos mundos que ya no están separados.

Hay, no obstante, una diferencia esencial: el rey griego sólo se guiaba por la razón y Asoka se dejaba llevar por la fe, que se difundía propagando la ley, un espíritu proselitista ajeno al soberano helenístico. Por otra parte, Asoka estaba inspirado por un ideal que iba más allá de la tierra: «¿Qué hay más importante que alcanzar el cielo?», exclama. En otro momento, aparece presa del remordimiento tras la conquista del Kalinga, en la que se produjo una gran carnicería: un sentimiento impensable en el Mediterráneo de la misma época.

Las inscripciones también mencionan las relaciones diplomáticas con los soberanos griegos[41] Antíoco II, Tolomeo II, Magas de Cirene y Alejandro (¿de Epiro?). Demuestran cierto conocimiento del mundo occidental, llamado *iona* (jonio), una palabra que servía tanto para describir a los iraníes como a los helenos: Asoka sabe que entre ellos no se encuentran brahmanes y señala, asimismo, los progresos de la fe entre los griegos, seguramente los colonos de los confines orientales.

Esta última indicación, tan enigmática, pudo ser descifrada gracias al descubrimiento, en 1958 y 1964, de dos inscripciones griegas en el sur de Afganistán, cerca de Kandahar, en el emplazamiento arqueológico de Alejandría de Aracosia. La primera es bilingüe (en griego y arameo) y confirma el apasionado proselitismo del rey, deseoso de propagar la fe hasta los límites de su Imperio, tanto entre los griegos como entre los iraníes (el arameo se había difundido ampliamente como lengua de cultura entre ambos pueblos); destaca especialmente que «el rey se abstiene de los seres vivos del mismo modo que los otros hombres, y todos los cazadores y pescadores del rey han dejado de pescar. Y todos aquellos que eran intemperantes han dejado de serlo en la medida de sus posibilidades. Y se han hecho obedientes para con el padre y la madre y con las personas ancianas, contrariamente a lo que se hacía antes». Por otra parte, ambas versiones son ligeramente distintas, porque hay el deseo claro de adaptar la revelación a cada pueblo, a fin de hacer más accesible el *Dharma*: de esta manera, los griegos podían reconocer una prescripción pitagórica en la fórmula que recuerda la abstinencia de toda carne de animal, un principio fundamental del budismo. Con dicho texto se abre un nuevo y apasionante capítulo en la historia de la influencia de los cultos de Oriente entre los griegos de la *Diaspora*.

La segunda inscripción estaba grabada en un bloque de un edificio, y no sobre un peñasco, como la primera. Ofrece un fragmento de la traducción del 12° edicto de Asoka sobre las sectas y predica la caridad y la modestia en las relaciones con el prójimo. Pero también aquí hay transposición: la palabra india que designaba a las sectas (con lo que com-

41. Seleuco I firmó un tratado de alianza con Chandragupta y le envió un legado, Megástenes, que volvió de la India con una brillante narración de la que se conservan algunos fragmentos (véase la pág. 231). Plinio el Viejo (6, 58) menciona una embajada enviada por Filadelfo a un príncipe indio, que debía de ser el padre de Asoka, Bindusara.

porta dicha noción de confesional) está traducida al griego como *diatribé* (escuela filosófica). Así pues, fueron los filósofos griegos de Aracosia los que asimilaron el mensaje de Asoka, los que lo tradujeron y los que, sin duda, lo expusieron a los monarcas del Mediterráneo a raíz de las embajadas que su rey había enviado. «Las dos inscripciones griegas de Kandahar arrojan mucha luz sobre aquellas célebres embajadas; ya no es un detalle anecdótico o un desfile extravagante y sin sentido de un monarca exótico; entendemos el vínculo entre la India y los filósofos de las cortes de Pella, Cirene y otros lugares, los intermediarios, las maneras de exponer, de discutir, de comprender» (L. Robert). Es todo un mundo de intelectuales, el que nos es desvelado, en aquella lejana colonia sometida a Asoka, con sus filósofos y sus lapidarios (buenos emisarios del helenismo, una civilización de la piedra escrita), pero, sin duda alguna, también con sus artistas, sus músicos y sus actores.

Los reinos grecobactrianos y grecoindios

Durante el reino de Asoka, unos acontecimientos de gran trascendencia afectaron a Bactriana y Sogdiana, las satrapías más orientales del Imperio seléucida. Bactriana es la llanura situada entre el Hindu Kush y el Oxus (actual Amú Daryá), en torno a Bactra, su capital. Entre el Oxus y el Yaxartes (actual Syr Daryá), en cuyas orillas Alejandro había establecido su última Alejandría, está Sogdiana, con el hermoso oasis de Maracanda (Samarcanda). Cuando están irrigadas, ambas provincias esteparias son feraces. Además, Bactra era uno de los grandes nudos de comunicación de Asia: las rutas procedentes de India y China confluían en ella y se prolongaban por el Asia anterior hasta la costa mediterránea.

Se trata de regiones demasiado alejadas de Antioquía para que pudieran mantenerse durante mucho tiempo bajo el dominio seléucida. Poco antes del 250, el sátrapa que las gobernaba se proclamó independiente, tras aliarse con Partía contra su antiguo soberano y adoptar el título real con el nombre de Diódoto I: fue el primero de una serie de 39 reyes —a los que conocemos principalmente por sus monedas, pero también por algunos textos occidentales, indios o chinos— que habrían de gobernar los reinos grecobactrianos (posteriormente grecoindios) durante doscientos años. Su historia es especialmente oscura. Los monarcas, cuya efigie aparece siempre en sus monedas, pertenecían a varias familias que pudieron conformar una especie de aristocracia militar he-

lénica. Los límites de sus Estados son dudosos. A menudo reinaban muchos príncipes a la vez, ya fuera porque había una división entre dos rivales o porque los virreyes asistían al rey en la administración de unas conquistas demasiado extensas.

Durante un primer período, el reino bactriano se extendió alrededor del núcleo inicial. Durante el reinado de Eutidemo I, que se hizo con el poder asesinando a Diódoto II, y de su hijo Demetrio I, el reino bactriano comprendía, además de Bactriana y Sogdiana, Aracosia (en torno a Kandahar) y Drangiana, al sur, Asia y Margiana, al oeste, y una parte de la Ferganá, al este. Eutidemo se enfrentó a un intento de reconquista por parte de Antíoco II, quien tuvo la prudencia de reconciliarse con él.



FIGURA 9. El reino grecobactriano.

El reino creció de nuevo con la llegada de príncipes intrépidos, que osaron aventurarse más allá de la elevada barrera del Hindu Kush, una de las más infranqueables del mundo, en dirección a la India, donde, tras la caída del poder maurya, después de la muerte de Asoka, reinaba una gran confusión. Su primer objetivo era conquistar el valle del Kabul, afluente de la orilla derecha del Indo, ruta natural de todas las invasiones: se incorporan a la región el Kapiça (valle superior del río, alrededor de Kapiçi) y el Gandara (valle inferior, alrededor de Peshawar, valle afluente del Kunar y, seguramente, parte del Panjab, con el importante centro de Taxila).

Antímaco Teos y su hijo, Demetrio II, llevaron a cabo en la región fructíferas expediciones. La numismática demuestra la expansión hacia la India de un reino hasta entonces iraní: Antímaco acuñó monedas coincidentes con el modelo indio; con Demetrio, cuyo casco estaba adornado con restos de elefante, aparecieron las leyendas bilingües, en las que el título griego estaba traducido a un dialecto pracrito.[42] Hacia el 190, Eucrátides tomó el poder tras asesinar a Demetrio II y ocupó durante mucho tiempo el valle del Kabul, lo suficiente para proclamarse Megas (Grande), pero cuando volvió de su expedición, su hijo lo asesinó.

Los años posteriores a la muerte de Eucrátides fueron especialmente problemáticos. Sin duda fue entonces cuando se produjo la escisión definitiva entre los dos reinos a ambos lados del Hindu Kush: el Estado grecobactriano y el Estado grecoindio. Un griego originario de Alejandría del Cáucaso —por sus orígenes, quizás un simple aldeano—, Menandro (Milinda, en indio), empezó un reinado glorioso (155-130). Dueño de Kapiça y de Gandhara, extendió su poder por las armas en el Panjab hasta el curso del Ravi (antiguo Hydraotes), o incluso más allá. Aliado con los príncipes indios, dirigió una expedición victoriosa hasta Pataliputra (Patna). Soberano de un considerable reino, que por lo menos abrazaba desde Kabul hasta el Ravi y desde Udyana hasta Aracosia, se hizo merecedor de los títulos con los que engalanaba sus monedas: *basileus basileon* (rey de reyes) en griego y *maharajá* (gran rey) en pracrito. Murió en campaña, tal vez tratando de anexionarse Bactriana.

El interés de Menandro por el budismo fue importante. Cerca de Peshawar se halló un relicario con su nombre y sus monedas llevaban la insignia budista, la Rueda de la Ley (*Dharmatchakra*). Un texto en pali,[43]

42. El pracrito y el pali eran los dialectos del indio medio, derivado del sánscrito (que, desde esa época, ya sólo sería una lengua religiosa y literaria).

43. Véase la nota 42.

el *Milindapanha* (*Preguntas de Milinda*) lo muestra manteniendo sutiles diálogos filosóficos con un budista. «Figura sorprendente, la de aquel griego sagaz y elocuente, tan bien adaptado al medio colonial que en la Iglesia de Buda debió adquirir la reputación de un neófito lleno de deferencia, casi de un santo» (R. Grousset). En realidad, no puede asegurarse que hubiera conversión. Algunos creen que el cambio de epíteto que se produjo en sus monedas al final de su reinado señala el momento en que se convirtió al budismo: efectivamente, Soter (Salvador) dio paso a Dicaios (Justo), traducido como *Dhramika* en la leyenda india, que tal vez signifique aquel cuyo ideal es el *Dharma.*

El reinado de Menandro señala el momento culminante del helenismo oriental. Las disputas entre dinastías o entre reyes lo debilitaron, y los grandes movimientos de población que afectaron a las estepas del Asia central hundieron a los Estados griegos. Más allá del Yaxartes, vivían nómadas bárbaros en inquietante torbellino: eran los saka (nombre dado en Asia a los escitas), de raza irania. Más lejos, en los oasis de la cuenca del Tarim, estaban los sedentarios indoeuropeos (no iraníes), los yue-che de los textos chinos (a buen seguro los tocarios, los *tokharoi* griegos). A mediados del siglo II, los yue-che fueron violentamente expulsados por los hiong-nu (probablemente, los antepasados de los hunos) y, entonces, ejercieron una terrible presión sobre los saka, a los que ellos mismos siguieron muy pronto en su camino hacia Afganistán y la India.

En el 130, los bárbaros se apoderaron de Sogdiana, de hecho la Hélade del Uzbekistán. Hacia el 100, conquistaron Bactriana, y los griegos sólo lograron mantenerse en los pequeños cantones del Badajshán, al norte del Hindu Kush. Los reinos grecoindios pervivieron largo tiempo, pero la unidad se convirtió en fragmentación (había por lo menos cinco Estados) y habrá una gran inestabilidad política. El poder pasaba de mano en mano, y la única figura que destaca es la de un soberano enérgico, Antálcidas (véanse las págs. 221-222). Los Estados griegos desaparecieron en el Panjab hacia el 75, en Gandhara hacia el 70 y hacia el 50 en el valle superior del Kabul, última plaza fuerte del helenismo.

Una civilización eurasiática

Lo más sorprendente de todo es que aquellos reinos grecobactrianos y, más tarde, grecoindios se mantuvieran por dos siglos. Esa apasionan-

te historia sólo fue posible gracias a los dinámicos y hábiles condotieros, cuyos resueltos o astutos perfiles aparecen en las monedas, y alguno de los cuales osó llevar sus armas mucho más lejos que Alejandro, hasta el mismo valle del Ganges. Con sus títulos de reyes, como los monarcas seléucidas o lágidas, y con los mismos epítetos que ellos, a veces incluso antes que ellos (Antímaco Teos, Platón Epifanio), parecería que administraron sus Estados a la griega, con la ayuda de estrategas que gobernaban las satrapías y que tenían bajo su mando a los meridarcas (comandantes de facciones). La política de urbanización parece haber proseguido, y se conoce por lo menos la existencia de una Demetria de Aracosia, fundada por un Demetrio, y de una Dionisópolis en Gandhara.

Es imposible hacerse una idea del número de griegos establecidos en aquellas lejanas tierras. Algunos podían ser familiares de segunda generación de helenos instalados mucho tiempo atrás, pero la mayoría debían de ser descendientes de los colonos que Alejandro o los primeros seléucidas llevaron allí. El número de indígenas en la administración y en el comercio parece que fue considerable, y algunos podrían haber recibido el derecho de ciudadanía en las *poleis* griegas: las inscripciones dedicatorias realizadas en unas cuevas, cerca de Bombay, conservan los nombres de indios que se proclamaban *yavanas*, es decir, griegos.

La desproporción numérica y la atracción de ancestrales y brillantes civilizaciones explicarían que, en mayor medida que en otras partes, los griegos experimentasen la influencia indígena. Los mestizajes debieron de ser numerosos: un príncipe bactriano como Antímaco Teos tenía un típico rostro eurasiático. En los reinos grecoindios, la transmisión de los cultos locales fue intensa. La simpatía de los reyes griegos por el budismo, que en aquella época estaba muy extendido, era evidente más allá del atractivo de una doctrina tan humana, de compasión universal, y era lógico que los extranjeros se fijasen más en aquella religión, accesible a todos, más que en el brahmanismo tradicional, cuyo sistema de «colores» (castas) era, por su esencia, poco permeable a los no arios; el ejemplo de reyes como Menandro se siguió durante mucho tiempo. Casi una decena de inscripciones en pracrito, redactadas en los alfabetos autóctonos (por otra parte, llama la atención que, en toda aquella zona, no se hayan encontrado textos griegos), son dedicatorias budistas hechas por los griegos —uno de ellos fue un meridarca, Teodoro, que ofrecía un cofrecillo de reliquias—, copias manifiestas de fórmulas rituales indias.

Pero también el brahmanismo tradicional ejerció alguna atracción; incluso algunos textos indios parecen admitir la correspondencia del

elemento helénico con el segundo de los «colores», el de los *kshatriyas* (guerreros). En Vidiça se ha encontrado un pilar que un embajador de Antálcidas (véase la pág. 220) le ofrecía hacia el año 100 a Vasudeva, avatar de Visnú, y en el que se leía esta curiosa inscripción: «El pilar-Garuda [dios-pájaro, hipóstasis de Visnú] de Vasudeva, el dios de los dioses, ha sido erigido por Heliodoro, un Bhagavad [sectario del Señor], hijo de Dión, habitante de Taxila, llegado como legado griego del gran rey Antálcidas al rey Kosiputra [...]». Es igualmente sorprendente ver en las monedas de Antálcidas una figura repetida en el anverso, con múltiples variantes: Zeus sobre el elefante. El dios griego superior es representado con un símbolo vinculado a la mitología india, ya que el elefante era el *vahana* (cabalgadura o vehículo) de Indra, rey de reyes.

La riqueza de aquellos reinos era considerable, tanto por la fertilidad del suelo como por la intensidad de las relaciones comerciales, pues los atravesaba un gran eje de comunicación que, procedente de Bactra, alcanzaba, por los pasos del Hindu Kush, primero Begram y Taxila y después, en la India independiente, Mathura, de donde partía una ruta que llegaba hasta Pataliputra, en el Ganges, y Barygaza, en el océano Índico. A lo largo de todo el eje se alineaban las ciudades, inmensas caravaneras como Bactra, encrucijada de la vía que procedía de la India pasando por Peshawar e iba hacia el Mediterráneo y las rutas de China por los oasis del Turkestán o por Mongolia, y de la que el embajador chino Chang Ch'ien[44] dejó una brillante descripción. Las excavaciones realizadas en Afganistán (en 1964) han sacado a la luz una ciudad griega todavía anónima (el nombre actual es Ai-Janum), en la confluencia del Amu-Daryá y el Kokcha: una acrópolis y una ciudad baja muy fortificadas. Esta última se desarrolló en forma de tablero alrededor de un eje principal de 1,6 km de longitud; se puede entrever ya un barrio de casas y uno de monumentos públicos, y se han hallado dos inscripciones griegas: una dedicada a Hermes y Heracles, dios del gimnasio, y algunas máximas délficas copiadas por el filósofo Cleantes de Soloi. La alfarería (vasijas megarenses, ánforas) procede del mundo mediterráneo. Al otro lado del Hindu Kush ya se conocían dos importantes aglomeraciones, también cuadriculadas según el esquema de Hipodamo: Begram (la antigua Kapiçi, capital de Kapiça), cerca de Kabul, que poseía una muralla con doble paramento de

44. Véase la pág. 232.

ladrillos, y Taxila, cuya muralla de 1,2 km englobaba una acrópolis y una ciudad baja.

Por todas partes circulaban las abundantes y notables monedas de los soberanos griegos, que, además, sobrepasaban considerablemente el área de su poder político.[45] Aunque sólo tres de ellos, Eutidemo I, Eucrátides y Menandro, acuñaban oro (y, a veces, con piezas de un peso sorprendente), las series de plata y de cobre eran muy numerosas.[46] En Bactriana, las leyendas son únicamente helénicas, mientras que, en los reinos grecoindios, son bilingües, y aparentan más exuberancia y riqueza. Por otra parte, son un gran testimonio de sincretismo religioso: aparecen divinidades griegas,[47] símbolos budistas (la Rueda de la Ley, la *stupa*),[48] y divinidades políades locales, asimiladas a dioses griegos.[49]

En definitiva, la verdadera riqueza de aquellos reinos procedía de su inmejorable situación en las grandes rutas de comercio que unían la India, e incluso Mongolia y China, con el mundo mediterráneo.

El comercio griego con la India

Una parte de la llanura indogangética pudo abrirse momentáneamente a las audaces empresas de aquellos dinastas, pero, durante toda la época helenística, hubo otra epopeya, la de los mercaderes que transportaban al Mediterráneo los productos de lujo de la India o de Afganistán: marfil, pedrerías, perlas, perfumes, especias, muselinas, maderas preciosas, sin olvidar los animales (sobre todo elefantes, pero también loros, perros, ganado indio, muy apreciados en Alejandría) y, quizás, hasta cortesanas.

Pueden distinguirse tres rutas, que se mantuvieron como las grandes arterias de tráfico con la India en época romana, pero que es bien sabido que existían desde la época helenística. La más sencilla era la vía ma-

45. ¡Se ha encontrado un tetradracma de Agatocles de Bactriana en Polonia, en la provincia de Poznan!

46. Sobre las piezas de cuproníquel, véanse las págs. 232-233.

47. Aparecen diez dioses griegos: Zeus, Heracles, Apolo, Dionisos (especialmente importante por su epopeya india), los Dioscuros, Poseidón, Atenea, Artemisa, Niké, Tikhé.

48. Véase la pág. 228.

49. En Kapiçi, por ejemplo, un dios del rayo, genio elefantino de la colina, se identifica con Zeus e Indra. En Gandhara, Siwa, dios del vino y de la orgía sexual, se asimila a Dionisos y su compañera con la cazadora Artemisa. Como en el caso de Egipto, se constata que algunos de aquellos sincretismos eran poco equilibrados.

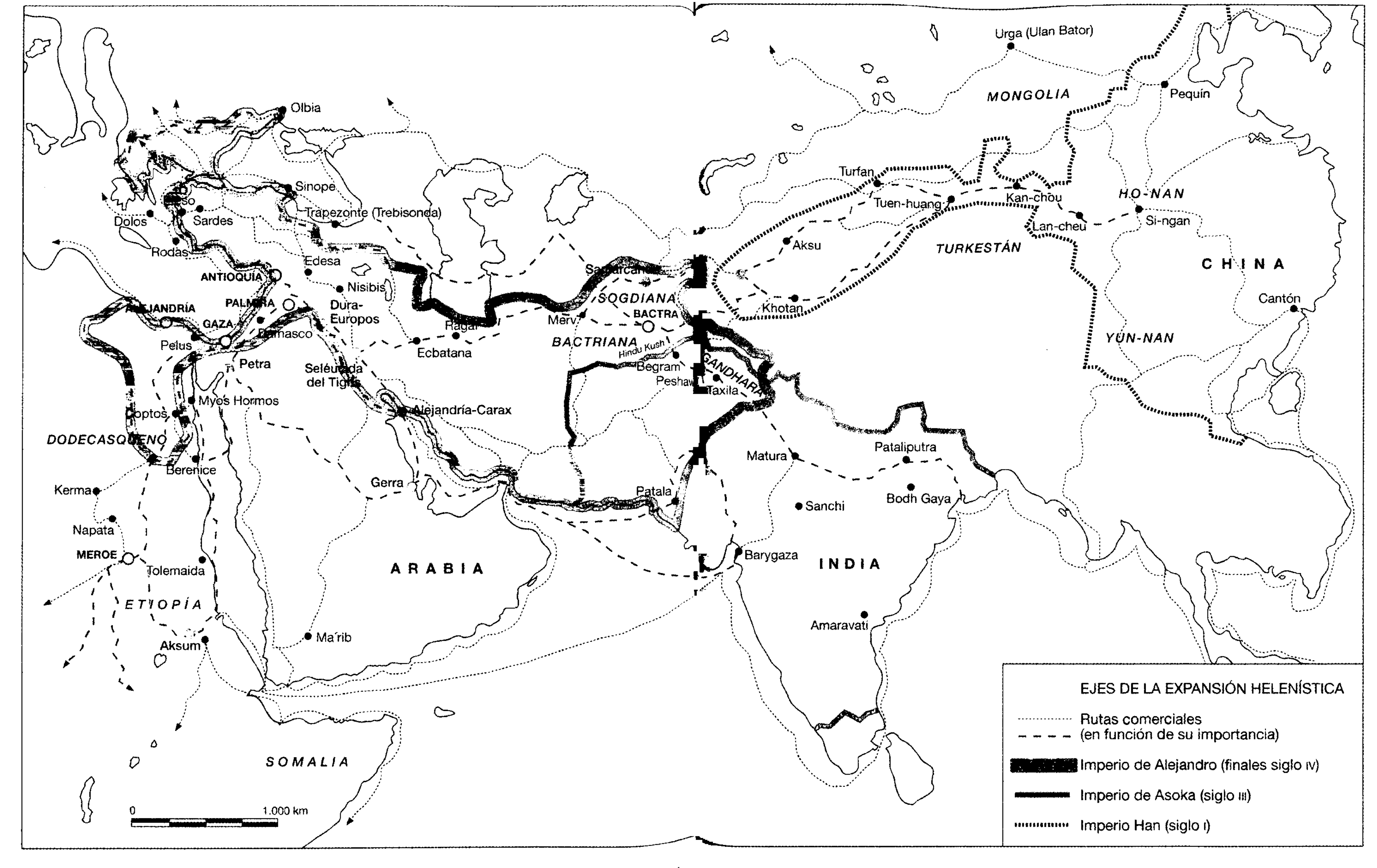


FIGURA 10. El mundo griego en Asia (siglos III-I a.C).

rítima que llegaba a Arabia y que aprovechaba el monzón para poder ir y volver rápidamente en fechas regulares. Ahora bien, parece ser que los griegos no conocieron el monzón hasta más adelante, gracias a un tal Hipalos, en 80 a. C., según algunos, o hacia el año 40 de nuestra era, según otros. Pero hacía ya mucho tiempo que los marineros árabes, por un lado, y los indios y cingaleses por el otro, habían descubierto el fenómeno, y en sus manos estaba el tráfico más importante. Generalmente, las mercancías desembarcaban en el golfo Pérsico, ya fuera en Gerra o en las bocas del Tigris, en Alejandría-Carax (posteriormente llamada Antioquía). En el primer caso, los gerreos las transportaban en caravanas hacia Petra, desde donde alcanzaban Gaza y los puertos de Siria o Alejandría. En el segundo caso, remontaban hasta Seleucia del Tigris y volvían a tomar la segunda ruta.

Una variante con mucho futuro se introdujo a principios de la época helenística. Estrabón explica que 120 navíos partían cada año de Myos Hormos, en el mar Rojo, hacia la India, y añade que los mercaderes de Alejandría habían tomado esa iniciativa hacía poco tiempo, cuando ya unos cuantos tolomeos habían osado emprender la travesía. Aquella ruta, totalmente marítima que partía de las orillas de Egipto y permitía escapar a las exigencias de los gerreos y los nabateos, implicaba, aparentemente —porque se trataba de una flota importante y regular—, tener conocimiento del monzón (de ahí la fecha que proponemos para ese «invento» de los griegos: la primera mitad del siglo I a. C.). Pero Estrabón indica que la ruta ya había sido abierta anteriormente, al menos por elementos aislados.

Una segunda ruta, totalmente terrestre, partía del valle del Indo o de los puertos situados en su delta, emprendía los pasos de Peshawar, atravesaba los Estados grecobactrianos, Partia (tras lograr su independencia) y el reino seléucida por Alejandría de Margiana (Merv), las Puertas del Caspio, Ragai (cerca de Teherán), Ecbatana, Seleucia del Tigris (donde se unía al tráfico procedente de Alejandría-Carax) y Dura-Europos, desde donde se bifurcaba, bien por Damasco o Palmira hacia los puertos fenicios, bien por Antioquía y, a través de los montes Taurus, hacia Éfeso. Una variante más septentrional permitía alcanzar directamente la costa de Anatolia por Nisibis, Edesa y Sardes.

Las indicaciones complementarias, tanto de Estrabón como de Plinio el Viejo, permiten reconstruir una tercera ruta, común con la anterior hasta Bactriana. Seguía el Oxus (Amu Daryá), de fácil navegación, el Caspio (que, sin embargo, Estrabón afirma que no era navegable), remon-

taba el Ciros y descendía el Fase hasta el Ponto, desde donde llegaba fácilmente al Mediterráneo. Pero hay varios puntos oscuros, especialmente el paso hasta el Caspio (incluso algunos han supuesto erróneamente que, en aquella época, el Oxus no desembocaba en el mar de Aral, sino en el Caspio): quizá la confusión fuese creada por el Oco (Hari Rud), cuyo nombre a menudo pudo ser confundido con el Oxus por los antiguos.

En cada una de aquellas tres vías, el papel de los intermediarios fue importante, y no es posible imaginar que los mercaderes griegos transportaran por sí solos las mercancías de una punta a otra de su largo trayecto. La ruta marítima estaba básicamente en manos de marineros árabes o indios, que relevaban a los caravaneros de Arabia. La gran ruta terrestre también provocaba una serie de transferencias: el nombre de la pimienta (*piperi*), que es indio, fue atribuido a los persas en un tratado hipocrático de finales del siglo IV, porque el producto les llegaba a los griegos por Persia. La progresiva reducción de los Estados seléucidas hizo cada vez más difíciles las dos últimas rutas: había que atravesar la Partia independiente y, a partir del año 100, los principados saka, que se habían instalado sobre los restos del reino grecobactriano.

En aquel comercio, la balanza era claramente desfavorable al mundo griego, que compraba más de lo que vendía, lo cual explica, en parte, su progresivo empobrecimiento en metales preciosos. No obstante, los objetos más lujosos transitaban hacia Oriente por esas mismas rutas, como demuestran excavaciones tan instructivas como las de Begram.

En los primeros siglos de nuestra era, Begram se convirtió en la capital de verano de los emperadores «indoescitas», como el gran Kanishka. En las ruinas del gran palacio real, destruido a raíz de la toma de la ciudad por Sapor I, en el 241 d.C., se descubrió un gran tesoro, lentamente acumulado, y formado por piezas helenísticas, objetos iraníes, marfiles indios y lacas chinas: ¡extraño encuentro de los frutos más bellos de cuatro civilizaciones! Los hallazgos griegos, de materiales muy diversos (bronce, vidrio coloreado, cristal, pórfido, e incluso yeso), proceden en su mayoría de Egipto, aunque algunos pueden atribuirse a la Siria seléucida. Los temas son muy variados (Faro de Alejandría, paisaje portuario, Homero, Sófocles y las Musas...), y hay numerosas representaciones religiosas (raptos de Ganimedes y de Europa, Tykhé, Serapis-Heracles llevando a la vez *modius* y maza, Eros mofletudo con una mariposa que representa el alma, Dionisos asistiendo a la cocción ritual del cerdo, Baco niño). No puede dejarse de pensar en la sorprendente atracción que el arte helénico ejercía sobre los reyes indios, ni en el intermi-

nable camino que debían de recorrer aquellas piezas de gran valor hasta Begram. Y Begram no era más que otra etapa en la ruta que, a lo largo de los siglos siguientes, llevaría lentamente la influencia griega hasta China.

El arte grecobudista y el arte grecobactriano

1. Los hallazgos de Begram, a los que cabría añadir los de documentos jónicos o enigmáticos poliedros alejandrinos de Taxila, demuestran que, en la época helenística y antes, por lo tanto, de que el comercio romano hiciera llegar objetos grecorromanos, las piezas de alta calidad procedentes del Mediterráneo penetraron en el mundo indio, lo que explicaría la gran influencia del arte griego en el arte budista coetáneo. Más bien cabría hablar de influencia occidental, porque la aportación helénica iba acompañada a menudo de recuerdos iraníes o incluso mesopotámicos.

La innovación más importante que caracteriza al arte maurya es la sustitución de la madera por la piedra, generalmente el gres, un hecho que se ha entendido como un intento de imitación del arte grecoiraní. Los monumentos de Asoka parecen tener, sobre todo, aportaciones persas: la gran sala hipóstila del palacio de Pataliputra recuerda la sala del trono de Darío en Persépolis, y las admirables columnas con capiteles campaniformes, coronadas de animales extremadamente refinados y esparcidas por todo su Imperio, tienen vínculos evidentes con las obras aqueménidas. Pero la técnica ya mostraba influjos griegos, que atemperaban la aridez del modelo aqueménida, hasta el punto de que se ha especulado con la llegada de artistas seléucidas a la corte de Pataliputra.

Con la dinastía de los Sungga (176-64), la influencia griega se acentuó desde el mismo momento en que se constituye definitivamente la iconografía de las vidas anteriores de Buda. La obra maestra es el gran *stupa* (cúpula hemisférica rodeada de una balaustrada provista de pórticos o *torana* en los cuatro puntos cardinales) de Sanchi. Aunque la inspiración de conjunto es muy budista, y denota de forma clara una pasión específicamente india por la vida vegetal y animal, una especie de vívido paganismo animado por la creencia en la unidad de todas las formas de vida, algunos recursos atrevidos sólo se explicarían a través del conocimiento reciente de las técnicas helenísticas. Los motivos griegos son aún más evidentes en una obra más o menos contemporánea, el recinto de

Bodh Gaya: la cuádriga encabritada de Surya, el dios solar, que en él aparece y el centauro de un medallón son temas de importación.

El arte sungga, que afecta principalmente a la India central, tenía formalmente prohibida la representación de Buda en relieves y, con más razón aún, en altorrelieves, sólo se le podía evocar mediante símbolos transparentes. Por otra parte, la presencia del helenismo es tamizada y modesta. A la etapa siguiente, la era kushana, le corresponde representar, en Gandhara, una escultura en la que está representado el gran Caritativo, en el que las influencias griegas tienen vía libre. Buda aparece con los rasgos juveniles de Apolo, la nariz en la prolongación de la frente y la boca bien marcada; sólo los pesados párpados y el abotargamiento del rostro son de tipo oriental. Presenta sus características distintivas: el moño, el punto de la sabiduría entre los ojos y los lóbulos de las orejas alargados. Su manto monástico es un auténtico *himation*, con pliegues diestramente concéntricos. También Zeus sirvió de modelo para el genio del rayo, y las Ménades para las Nagi, mientras que otras obras muestran una Atenea o el caballo de Troya con Casandra.

Los ejemplares más bellos del arte del Gandhara —que pronto hizo escuela tanto en Matura como en Amaravati—, los relieves y estatuas de esquisto azul de Gandhara y las figurillas de estuco de Hadda (Afganistán) o de Taxila datan del período romano (siglos II-V) y cabe relacionarlas con el apoyo ilustrado que el más importante de los soberanos kuchana, Kanishka, le brindó al budismo, gracias a la incomparable prosperidad de su imperio y al desarrollo del budismo del Gran Vehículo. Pero desde nuestro punto de vista (aunque el tema está en discusión), lo cierto es que su aparición es mucho más antigua y se remonta aproximadamente al año 100: fue en el reino grecoindio donde las influencias helénicas, llegadas de Alejandría y de Siria, lograron manifestarse con suficiente fuerza como para romper los tabúes sobre la representación con imágenes.

Así, las divinidades y los héroes de la religión griega proporcionaron al budismo su iconografía, como lo harían poco después con el cristianismo. Pero, paradójicamente, la tradición helénica fue más fuerte en Asia que en Occidente. A lo largo de un milenio, aproximadamente, el Buda-Apolo conquistó poco a poco India, el Asia central, Indochina, China, Corea y Japón, evolucionando y deformándose de manera imperceptible. Hay pocas repercusiones del helenismo tan inesperadas. El más noble de los dioses griegos caminando lentamente junto a los pro-

gresos de la evangelización budista: como una piedra arrojada al agua a cuyo alrededor se forman ondas cada vez más lejanas.

2. Las excavaciones han permitido descubrir un fenómeno parecido al de la creación del arte grecoindio: el nacimiento de un arte grecobactriano. En Jaltchayan, en las ruinas de una ciudad situada a orillas de un afluente del Amu Daryá, se halló un grupo de esculturas claramente inspiradas en modelos helenísticos, aunque profundamente transformadas al gusto o las costumbres iraníes. Una Atenea lleva un casco bactriano y un vestido ceñido con mangas; su rostro, desprovisto de la serenidad viril propia de la hija de Zeus, tiene una expresión de una dulzura femenina tan personal que debía de reproducir los rasgos de una reina saka. Niké aparece en numerosas representaciones, pero en un entorno religioso o político muy local: en un bajorrelieve, planea sobre un busto de Mitra; en un medallón de terracota, corona a un rey sentado en un trono zoomorfo, junto a su visir, y tocado con un sombrero puntiagudo.

Es curioso que esas destacables creaciones daten del período que sigue a la caída del Imperio grecobactriano, ruina que no impidió la difusión del helenismo, por lo menos en el arte más oficial, porque las estatuillas de terracota de la misma excavación, de tipología extremadamente variada, siguen siendo indígenas.

Los contactos intelectuales

Las relaciones de India con Occidente no se limitaban al intercambio de productos de lujo ni a las lecciones del arte griego, sino que se instauró un mejor conocimiento entre ambos mundos. Cierto es que tales contactos no eran nuevos; sin ir más lejos, algunos elementos orientales del pitagorismo podrían haber sido indios, y, en todo caso, lo es, presumiblemente, el «gran año» de 10.800 años que, según Heráclito, permitía a los astros recuperar sus posiciones. Aristoxeno de Tarento, discípulo de Aristóteles, cuenta la visita a Sócrates de un sabio indio que le explica que no se pueden conocer las cosas humanas sin conocer las cosas divinas: verdadera o falsa, la anécdota no es absurda. La historia de las ciencias (sobre todo, astronomía y medicina) también proporciona ejemplos de esa misma influencia del este en el oeste. Los tratados hipocráticos conocían medicaciones indias; el *De los aires* explica la enfermedad por la circulación del viento en el cuerpo, siguiendo las especulaciones brahmánicas. El Platón del *Timeo* narra el equilibrio corporal a

través de tres sustancias esenciales, aire, flegma y bilis, doctrina clásica en la fisiología india.

Pero en los reinos mediterráneos, las embajadas y el comercio multiplicaron las informaciones sobre el Lejano Oriente.[50] Se admiran la vida ejemplar y los rasgos de sabiduría de los gimnosofistas.[51] La célebre conversación de Cineas con su maestro, Pirro, sobre la vanidad de las ambiciones humanas recuerda, curiosamente, un diálogo entre el rey Koravyo y el buda Ratthapalo.

En otros casos no es posible hablar de influencia: por ejemplo, en el desarrollo de una verdadera sofística en India y China, contemporánea a la de Grecia; aunque, un siglo después de Zenón de Elea, el chino Hui Tzu sostenga que un bastón que cortemos por la mitad cada día no tendría fin, está claro que no podía conocer a su predecesor helénico. Pero se estableció una ósmosis difícil de definir entre dos zonas tan civilizadas a las que ya unían tantos vínculos: hemos señalado que las concepciones sobre la realeza eran próximas y que la apatía o la ataraxia no estaban muy lejos del *nirvana*. Megástenes, legado de Seleuco Nicátor en Pataliputra, y cuyo relato de su viaje fue, probablemente, una de las principales fuentes helenísticas sobre la India, ya había descubierto una proximidad de costumbres e ideas.

Seguramente quedaba mucho por hacer. Estrabón aún deplora la escasez de informaciones sobre la India. Sólo la época romana dio un verdadero impulso a los intercambios intelectuales, gracias a la intensificación del comercio. Fue entonces cuando la India se inició en la astronomía, la astrología y la medicina de los griegos, y tal vez imitase su teatro. A la inversa, puede sospecharse un influjo indio en la novela helénica o el pensamiento de los gnósticos y de Plotino. El monzón acercó a dos mundos que, después de tantos siglos, ya no podían ignorarse.

Los griegos, la estepa asiática y China

Es difícil confirmar la existencia de relaciones aún más lejanas, con el mundo de la estepa (ocupada por los iraníes, los saka y los sármatas[52]

50. Una farsa alejandrina, conservada en papiros, evoca la odisea de unos marineros griegos naufragados en la costa de Malabar, que son recibidos por el rey del país y olvidan su infortunio bebiendo con él hasta perder el sentido.

51. Véase la pág. 121.

52. Sobre los saka, véase la pág. 121; sobre los sármatas, véase la pág. 233.

y, más al este, por los hunos) y China; ello no obstante, son innegables, aunque esporádicas y sólo vislumbradas al albur de algún hallazgo arqueológico.

Bactriana desempeña de nuevo, al respecto, una función capital. Pistas interminables, en las que el viajero debía superar pasos difíciles y soportar el tormento de la sed, la unían desde hacía mucho tiempo al mundo chino. Dos eran las pistas que deben ser tomadas en consideración. La primera (la conocida Ruta de la Seda) llegaba a Kashgar a través de los valles del Pamir y rodeaba, por el norte (por Aksu, Turfan o Kanchou) o por el sur (por Khotan, Tuen-huang o Kan-chou), la cuenca del desierto del Tarim: a partir de ahí, el camino hacia China ya no era tan complejo;[53] la segunda enfilaba el norte hacia Samarcanda, desde donde podía retomar la sección septentrional de la primera en Aksu, o bien seguir hacia el noreste para alcanzar el río Amarillo por Mongolia. Los textos chinos conocen bien Ta-yuan (la Ferganá), anexionada en parte por los soberanos bactrianos, y Ta-hia (Bactriana); suministran datos precisos sobre la conquista del reino bactriano por parte de los yue-chih. El emperador Wu-ti envió una misión informativa a Bactriana, dirigida por Chang K'ien (138-125, aproximadamente), cuya narración[54] fue utilizada y reproducida parcialmente hacia el año 100 por el gran historiador Sse Ma-ts'ien: en particular, hace mención de numerosas villas fortificadas en Ferganá que sólo podían ser obra de los griegos.

El texto menciona las dificultades de los mercaderes de Ferganá, deseosos de entablar relaciones *directas* con China. Esas relaciones directas parece que sólo se realizaron en el 106, durante la primera caravana china hacia Partia a través de Bactra. Pero los intercambios sucesivos, realizados por una serie de intermediarios, ya existían anteriormente: transportaban en una dirección sementales para las caballerizas chinas y, en la otra, sedas, pieles, grandes cantidades de minerales de hierro y metales preciosos. Tal vez sean prueba de ello las monedas de cuproníquel

53. Llegaba a Ch'ang-ngan (la actual Si-ngan), capital del imperio de los Han anteriores, y que debió de ser la *Sera metrópolis* de los geógrafos romanos.

54. La narración no sólo es válida por los detalles de aquello que el autor había visto (por ejemplo, en Bactra, telas y cañas de bambú procedentes del Sse-ch'uan). También había oído hablar de dos países situados más al oeste: Ngan-si (Persia) y Tiao-ch'e (el resto de Asia hasta el «mar occidental», o sea, el Mediterráneo). He aquí lo que sabía de Tiao-ch'e, es decir, de los Estados aparentemente griegos o helenizados: ¡siembran arroz, hay pequeños soberanos y los habitantes son hábiles prestidigitadores! Allí es donde habita Si Wang-mu, la princesa lejana de las narraciones chinas...

acuñadas hacia el 170 por los reyes bactrianos Eutidemo III, Agatocles y Pantaleón, que, en aquella época, y a la vista del alto grado de fusión del níquel, sólo podían proceder de una aleación natural: si fuera cierto que semejante aleación sólo se daba en Yun-nan (lo que ha sido puesto en duda),[55] sería la prueba de un tráfico entre China y Bactriana desde principios del siglo II. Por otra parte, el nombre de la seda ya era conocido en el Mediterráneo antes de la era cristiana.[56]

Hay también objetos occidentales que jalonan ambas rutas. Monedas del Bósforo (siglo IV) en el valle del Ili (tributario del lago Baljash); tejidos de lana de Anatolia, junto a sedas de China y joyas de la estepa con motivos animales sobriamente estilizados, en las célebres «tumbas heladas» de los jefes sármatas,[57] en el Altai septentrional, en Pasyryk; telas griegas de finales del siglo II (procedentes de Siria, Bactriana o del Bósforo cimerio), junto a jades y alfombras de fieltro chinas y bronces de la estepa, en los kurganes de los hunos de Noin-Ula, cerca de Urga, en Mongolia; un vaso de vidrio alejandrino con una cabeza de Atenea (siglo II) en Ho-nan, es decir, en el valle medio del río Amarillo.

Se ha hablado de una influencia artística del helenismo en la Siberia meridional en los siglos II-I —la ruta del norte transportaba el oro siberiano también a Bactra— e incluso en el arte del reino Han (este último, sin duda, más tardío). En los textos del Khotan (el Turkestán chino) del siglo III de nuestra era, aparecen palabras griegas para definir estateras, dracmas, campo militar, y algunos creen que se remontan a los tiempos de los reinos grecobactrianos. El nombre chino de la vid (*Pu T'ao*) podría ser una transcripción del griego *botrys* (el racimo), con lo cual la viña podría haber sido introducida en China después de los contactos sinobactrianos.

Por lo demás, Bactriana no fue el único centro de relaciones entre los mundos griego y chino. Rutas terrestres y marítimas unían China con la India; los reinos indogriegos extraían su oro del Yun-nan. En la Taxila helenística se han hallado jades chinos, una concha japonesa y una estatuilla, aparentemente griega, que representa un gorila, la única prueba de un posible contacto con la península de Indochina. Y después de la

55. Esta aleación natural se encontraría también en Irán.

56. En la baja época helenística, la seda era muy apreciada en el mundo mediterráneo, a pesar de la competencia de la bombicina (véase la pág. 29). Roma empezó a apreciarla a raíz de un triunfo de César.

57. Los sármatas y los iraníes (sobre su migración a Europa, véase la pág. 171) estaban instalados en la Siberia meridional, al norte de los saka.

ocupación de Bactriana por los nómadas y, en consecuencia, de la disminución del comercio terrestre, la India y el Mediterráneo se relacionaban por vía marítima, gracias a lo cual se transportaban objetos chinos, especialmente la seda. Finalmente, parece demostrado que la pista septentrional que venía de China a través de Mongolia, rodeando por el norte el gran macizo central de Asia, no finalizaba necesariamente en Samarcanda y en Bactra: quizás un desvío llegaba directamente a Olbia, en el mar Negro.

Cabe reconocer, sin embargo, que todo ello es poco en comparación con la embajada enviada por Marco Aurelio al emperador chino en el 166.

Del uadi Bu Regreg al Ganges y del Elba al Nilo Azul, el único factor capaz de unificar un poco un mundo de tan irisada diversidad fue la difusión del helenismo. Pero las formas de pensamiento y de vida de los griegos fueron asimiladas de manera desigual, según la lejanía, el carácter étnico y, sobre todo, el grado de civilización. Mientras que Roma se transformó completamente a partir de sus contactos con los reinos helenísticos, y los celtas, los íberos o los nubios lograron alcanzar una existencia más humana gracias a ellos, los indios apenas les deben más que un sentido nuevo de la belleza.

El helenismo se impuso por doquier no por la fuerza, sino mediante su indefinible seducción. Alcanzó tanto a los pueblos sometidos como a los romanos, victoriosos de los griegos, y a los partos o a los escitas, liberados de la tutela de éstos. La famosa frase de Horacio (*Epístolas*, 2, 1, 156) sobre «la Grecia vencida que ha vencido a su feroz vencedor» se podría aplicar, no sólo a la Roma republicana, sino también a muchas otras naciones.

De esta suerte, rendirse a los atractivos del helenismo nunca supuso, para pueblo alguno, renunciar a sí mismo, sino que fue como encontrar los medios para realizarse plenamente, para expresarse mejor, para acceder a una vida más humana. De ahí la importancia del arte, que extendió las formas de la suprema armonía, un lenguaje en que materia y espíritu parecen en comunión, una sintaxis que oculta la más sabia articulación de las apariencias y de la realidad esencial. Para los mejores, el helenismo fue una *liberación*, el acceso a los templos serenos, la liberación de supersticiones y ritualismos. Y para todos fue una *revelación*, una clara toma de conciencia de las propias virtudes, un medio para profundizar en sus creencias más íntimas. Por ello, el austero rostro de los héroes de Entremont o la sonrisa burlona de los buda de Gandhara pueden ser, igualmente, hijos de Grecia.

Bibliografía

Aymard, A. y J. Audoyer, *L'Orient et la Grèce antique*, 6ª ed., París, 1967 (trad. cast.: *Oriente y Grecia antigua*, 2 vols., Barcelona, Destino, 1981).
Bengtson, H., *Griechische Geschichte*, 3ª ed., Munich, 1965 (trad. cast.: *Historia de Grecia*, Madrid, Gredos, 1987).
Bernand, A., *Alexandrie la Grande*, París, 1966.
Bevan, E., *Histoire de Lagides*, París, 1934.
Bikerman, E., *Institutions des Séleucides*, París, 1938.
Bonnard, A., *La civilisation grecque*, vol. III, Lausanne, 1959.
Bréhier, E., *Histoire de la philosophie*, vol. I, nueva ed., París, 1961 (trad. cast.: *Historia de la filosofía*, Madrid, Tecnos, 1988).
Brun, J., *Épicure et les Épicuriens*, París, 1960.
—, *Les Stoïciens*, 2ª ed., París, 1961.
Cloché, P., *La dislocation d'un empire: Les premiers successeurs d'Alexandre le Grand*, París, 1959.
Cohen, R., *La Grèce et l'hellénisation du monde antique*, nueva ed., París, 1948.
Croiset, A. y M. Croiset, *Histoire de la littérature grecque*, vol. V., París, 1938.
Davidson, B., *L'Afrique avant les Blancs*, París, 1962.
Delorme, J., *Gymnasion: Étude sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce (des origines à l'Empire romain)*, París, 1960.
Festugière, A.-J., *Épicure et ses dieux*, París, 1946.
Festugière, A.-J. y M.-P. Nilsson, en M. Gorce y R. Mortier (comps.), *Histoire générale des religions*, vol. II, París, 1944.
Filliozat, J., *Inde, nation et traditions*, París, 1961.

Ghirsman, R., *Parthes et Sassanides*, París, 1962.
Glotz, G., R. Cohen y P. Roussel, *Histoire grecque*, vol. IV, 1ª parte, *Alexandre et l'héllenisation au monde antique*, reed., París, 1948.
Grimal, P., *Le siècle des Scipions*, París, 1953.
Grousset, R., *L'Inde*, París, 1949.
Holleaux, M., *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques*, París, 1921.
Jannoray, J., *Ensérume*, vols. I y II, París, 1955.
Jeanmarie, H., *Dionysos: Histoire du culte de Bacchus*, París, 1951.
Jouguet, P., en G. Hanotaux, *Histoire de la nation egyptienne*, vol. III, París, 1933.
—, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient*, ed. rev., París, 1961.
Launey, M., *Recherches sur les armées hellénistiques*, vols. I y II., París, 1949-1950.
Lévêque, P., *Pyrrhos*, París, 1957.
Marrou, H.-I., *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, 6ª ed., París, 1965 (trad. cast.: *Historia de la educación en la antigüedad*, Madrid, Akal, 1985).
Martin, R., *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.
Mongaït, A., *L'archéologie en U.R.S.S.*, Moscú, 1955.
Pédech, P., *La méthode historique de Polybe*, París, 1964.
Petit, P., *La civilisation hellénistique*, 2ª ed., París.
Piganiol, A., *Histoire de Rome*, 5ª ed., París, 1962.
Préaux, C., *L'économie royale des Lagides*, Bruselas, 1939.
—, *Les Grecs en Égypte d'après les archives de Zénon*, Bruselas, 1947.
Rostovtzeff, M., *A social and economic history of the Hellenistic world*, vols. I-III, Oxford, 1941 (trad. cast.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967).
Roussel, P. y P. Cloché, *La Grèce et l'Orient, des guerres médiques à la conquête romaine*, 2ª ed., París, 1938.
Tarn, W. W., *La civilisation hellénistique*, París, 1936.
Taton, R. y otros, *La science antique et médiévale*, 2ª ed., París, 1966.
Will, E., *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.)*, vols. I y II, Nancy, 1966-1967.

Tablas cronológicas

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
341-270 2ª mitad siglo IV			
Finales siglo IV			
326-325			
323	323. Muerte de Alejandro.		323. Tolomeo, sátrapa de Egipto.
322-264			
321			
319-289		319-289. Agatocles.	
316	316. Casandro, dueño de Grecia.		
313			313. Seleuco, sátrapa de Babilonia.
312-176			
306-305			306-305. Los diadocos toman el título de rey.
305			305. Primeras monedas reales lágidas. Honores divinos concedidos a Tolomeo en Rodas.
305-304			
303		303. Tratado Tarento-Roma.	
301			
300			300. Fundación de Antioquía.

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
		341-270. Epicuro. 2ª mitad del siglo IV. Aparición de los mosaicos con figuras.	**341-270 2ª mitad siglo IV**
	Finales siglo IV. Fundación de Teutópolis. Tumba de Kazanlak. Tesoro de Panagurichté.	Finales siglo IV. Pirrón. Evémero. Herófilo y Erasístrato.	**Finales siglo IV**
	326-325. Alejandro en la India.		**326-325**
			323
		322-264. Zenón escolarca.	**322-264**
321. Reparto de Triparadiso.		321. Primera comedia de Menandro.	**321**
			319-289
			316
			313
	312-176. Dinastía Maurya en la India.		**312-176**
			306-305
			305
305-304. Sitio de Rodas.			**305-304**
			303
301. Batalla de Ipso. Muerte de Antigono Monoftalmos.			**301**
	300. Embajada de Megástenes en Pataliputra.	300. Euclides: *Elementos*. Tumba de Pet-Osiris.	**300**

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
Principios siglo III			Principios siglo III. Seleuco I funda sesenta ciudades.
Siglo III		Siglo III. Aparición del monedaje celta.	Siglo III. Difusión del hierro en Egipto.
297	297. Muerte de Casandro. Intervención de Pirro.		
294	294. Demetrio Poliorcetes se apodera de Macedonia.		
289		289. Toma de Messina por los mamertinos.	
287-212			
283-246			283-246. Tolomeo II Filadelfo. Archivos de Zenón. Institución de los monopolios lágidas.
282			282. Traición de Filetairo.
281/280	281/280. Reconstitución del *koinón* aqueo.		
281			281. Corupedio. Muerte de Lisímaco.
280			280. Asesinato de Seleuco I Nicátor.
280-261			280-261. Antíoco I Soter.
280-275		280-275. Pirro en Occidente.	
279/278	279/278. Los gálatas atacan Delfos.		279/278. Los gálatas invaden Anatolia.
276-239	276-239. Antígono Gonatas.		

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
		Principios siglo III. Creación de Serapis. Asimilación Afrodita-Isis. Fundación del Museo y de la Biblioteca de Alejandría.	**Principios siglo III**
	Siglo III. Desarrollo de la viticultura en Crimea.		**Siglo III**
			297
			294
			289
		287-212. Arquímedes.	**287-212**
		283-246. Divinización de los soberanos lágidas. Comienzo de los Setenta.	**283-246**
			282
			281/280
			281
		280. Beroso. Arato. Faro de Alejandría.	**280**
			280-261
			280-275
			279/278
			276-239

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
276-272			
275-215		275-215. Hierón II.	
275-194			
272	272. Muerte de Pirro.	272. Capitulación de Tarento.	
270			270. Antíoco I aplasta a los gálatas.
268-241			
267-261	267-261. Guerra de Cremónides.		
264-241		264-241. Primera guerra púnica.	
264-232			
263-241			263-241. Eumenes I.
260-255			
250			
249			
246-221			246-221. Tolomeo III Evergetes.
245	245. Arato estratega.		
240			240. Atalo I adopta el título de rey.
236-229	239-229. Demetrio II.		
232-204			
229-221	229-221. Antígono Dosón.		
228	228. Atenas expulsa a la guarnición macedonia del Pireo.		
227	227. Reformas de Cleomenes en Esparta.		

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
276-272. Primera guerra de Siria.			**276-272**
			275-215
		275-194. Eratóstenes.	**275-194**
			272
		270. Teócrito. Calímaco. Herondas.	**270**
		268-241. Arcesilao de Pitane escolarca.	**268-241**
			267-261
		264-232. Cleantes escolarca.	**264-232**
			263-241
	261-224. Asoka. Inscripciones grecobudistas.		**261-224**
260-255. Segunda guerra de Siria.			**260-255**
	250. Independencia de Bactriana y de Sogdiana.	250. Aristarco de Samos e Hiparco. Timeo. Apolonio de Rodas. Manetón.	**250**
	249. Fundación del reino parto.		**249**
246-241. Tercera guerra de Siria.			**246-241**
			245
			240
			236-229
		232-204. Crisipo escolarca.	**232-204**
			229-221
			228
			227

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
223-187			223-187. Antíoco III el Grande.
222	222. Batalla de Selasia.		
221-204			221-204. Tolomeo IV Filopátor.
221-179	221-179. Filipo V.		
219		219. Intervención romana en España (comienzo de la segunda guerra púnica).	
217			217. Movilización de los soldados indígenas en Egipto.
212-205			
212		212. Saqueo de Siracusa.	
210			
210-125			
207-192	207-192. Nabis en Esparta.		
205			
204		204. Introducción de Cibeles en Roma.	
203-181			203-181. Tolomeo V Epífanes.
202		202. Zama.	
Siglos III-II		Siglos III-II. Apogeo de los *oppida* de Provenza-Languedoc.	
200-196			
Principios siglo II			
Siglo II			Siglo II. Revueltas en Egipto.

Las relaciones internacionales	**Los confines helenizados**	**La civilización**	
			223-187
			222
			221-204
			221-179
			219
217. Rafia.			**217**
212-205. Primera guerra de Macedonia.			**212-205**
			212
		210. Sala hipóstila de Delos.	**210**
		210-125. Polibio.	**210-125**
			207-192
205. Paz de Fenicé.			**205**
			204
			203-181
			202
			Siglos III-II
200-196. Segunda guerra de Macedonia.			**200-196**
		Principios siglo II. Crates de Mallos. *Buleuterion* de Priene.	**Principios siglo II**
	Siglo II. Fundación de Neápolis de Escitia.		**Siglo II**

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
197-159			197-159. Eumenes II.
197			
196	196. Flaminino proclama la libertad de los griegos.		
189			
188			
186		186. Escándalo de las Bacanales en Roma.	
184		184. Censura de Catón el Viejo. Basílica Porcia en Roma.	
179-168	179-168. Perseo.		
176-64			
175-168			175-168. Antíoco IV Epífanes.
172-168			
170			
170-168			
168			
166	166. Atenas recibe a Delos. Decadencia de Rodas.		
165			165. Purificación del Templo por Judas Macabeo.
161		161. Filósofos expulsados de Roma.	
Hacia 160			

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
		197-159. Gran altar de Pérgamo.	**197-159**
197. Cinoscéfalos.			**197**
			196
189. Derrota de Antíoco III en Magnesia.			**189**
188. Tratado de Apamea.			**188**
			186
			184
			179-168
	176-64. Dinastía Sungga en la India. Recintos de Sanchi y de Bodh Gaya.		**176-64**
			175-168
172-168. Tercera guerra de Macedonia.			**172-168**
	170. Piezas de cironíquel de Bactriana.	170. Reanudación de los trabajos en el *Olimpieion* de Atenas.	**170**
170-168. Sexta guerra de Siria.			**170-168**
168. Pidna. Popilio Lenas en Alejandría.			**168**
			166
			165
			161
		Hacia 160. Biblioteca de Pérgamo.	**Hacia 160**

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
155		155. Embajada de Carnéades en Roma.	
155-130			
150			
148	148. Provincia de Macedonia.		
146	146. Saqueo de Corinto.	146. Toma de Cartago. Primer templo de mármol en Roma.	
145-116			145-116. Tolomeo VII Evergetes. Egiptianización de la monarquía.
138-125			
135-51			
133			133. Muerte de Atalo III.
130			
129			129. Provincia de Asia.
129-110			
125		125. Comienzo de la conquista de la Transalpina.	
118		118. Fundación de Narbona.	118. Inmunidad para los templos egipcios.
112-63			112-63. Mitrídates VI Eupátor.
107			

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
			155
	155-130. Menandro.		**155-130**
		150. Transformación del teatro desde Priene. Comienzo del neoaticismo.	**150**
			148
			146
			145-116
	138-125. Misión de Chang K'ien.		**138-125**
		135-51. Posidonio.	**135-51**
			133
	130. Extensión del reino parto hasta el Éufrates. Conquista de Sogdiana por los yue-che.		**130**
			129
		129-110. Panecio escolarca en Atenas.	**129-110**
			125
			118
			112-63
	107. Anexión del Bósforo cimerio por Mitrídates.		**107**

	Grecia y Macedonia	Occidente	Los reinos de Oriente
104			104. Aristóbulo adopta el título de rey.
101			101. Provincia de Cilicia.
100			
1ª mitad siglo I			
88	88. Saqueo de Delos.		
87-85			
86	86. Saqueo de Atenas por Sila.		
80-51			80-51. Tolomeo XIII Auletes.
75-70			
74			74. Provincias de Cirenaica y Bitinia.
66-62			
64			64. Anexión de Siria por Pompeyo.
63			63. Suicidio de Mitrídates VI. Toma del templo de Jerusalén por Pompeyo.
50			
49		49. Anexión de Marsella.	
48			48. César en Alejandría.
31			
30			30. Suicidio de Cleopatra. Anexión de Egipto por Roma.
27	27. Provincia de Acaya.		

Las relaciones internacionales	**Los confines helenizados**	**La civilización**	
			104
			101
	100. Pérdida de Bactriana. Pilar de Heliodoro.	100. Toro Farnesio.	**100**
	1ª mitad del siglo I. «Invención» del monzón.		**1ª mitad siglo I**
			88
87-85. Sila en Grecia.			**87-85**
			86
			80-51
	75-70. Pérdida del Panjab y de Gandhara.		**75-70**
			74
66-62. Pompeyo en Oriente.			**66-62**
			64
	63. Decadencia del Bósforo.		**63**
		50. Grupo del *Laocoonte*.	**50**
			49
		48. Incendio de la Biblioteca de Alejandría.	**48**
31. Actium.			**31**
			30
			27

Lista de ilustraciones

Índice de nombres